

MARÍA CORREA LUNA

NO PREGUNTES MI NOMBRE

LA VERDAD ESTÁ ESCONDIDA
DONDE MENOS SE
LA ESPERA



VESTALES

Correa Luna, María

No preguntes mi nombre - 1.a ed. - San Martín : Vestales, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4454-69-0

1. Novelas Policiales. I. Título

CDD 863

© Editorial Vestales, 2020.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-69-0

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,

sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,

bajo las sanciones establecidas en las leyes,

la reproducción total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento,

comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,

y la distribución de ejemplares de ella

mediante alquiler o préstamos públicos.

A Rufino, que con su alma noble me hace mejor persona.
Mi amor eterno, caballero andante.

A Isabel, el terremoto que arregla todo con su sonrisa.
Mi amor infinito, princesa de todos mis palacios.

A mi Aurorita, siempre.

A mis padres, sin ellos, nada.

Estamos llenos de historias.
Algunas que no perdonan...

No me olvides, La Beriso.

So close, no matter how far
Couldn't be much more from the heart
Forever trusting who we are
And nothing else matters
Never opened myself this way
Life is ours, we live it our way
All these words I don't just say
And nothing else matters
Trust I seek and I find in you
Every day for us something new
Open mind for a different view
And nothing else matters
Never cared for what they do
Never cared for what they know
But I know
So close, no matter how far
Couldn't be much more from the heart
Forever trusting who we are
And nothing else matters
Never cared for what they do
Never cared for what they know
But I know
I never opened myself this way
Life is ours, we live it our way
All these words I don't just say
And nothing else matters
Trust I seek and I find in you
Every...

Nothing else matters, Metallica.

PRÓLOGO

El reflejo de la luz de la linterna en aquella oscuridad infinita atrajo su atención. Avanzó unos pasos, y el repicar de sus zapatos se multiplicó en mil ecos a lo lejos. El destello del haz que atravesaba la negrura como un sendero sagrado parecía dividir aquella sala del museo del resto. Se detuvo un instante. Apretó los ojos, dejó que las pupilas se le adecuaran a la penumbra. Caminó un poco más hasta encontrarse dentro de aquella habitación que suponía vacía. Algo allí brillaba. No lograba distinguir qué era, así que se acercó aún más. Se obligó a enfocar la vista y volvió a iluminar la inmensa oscuridad. No pudo evitar temblar cuando distinguió, en el centro de esa sala, lo que parecía ser una antigua balanza de la que pendían dos bandejas de bronce. Una, con un pequeño bulto encima, de la que chorreaba un líquido oscuro y viscoso que le hizo pensar de inmediato en sangre; la otra, ligera, por encima de su compañera inclinada por el peso del contenido, albergaba tan solo una pluma. Después, dos cuerpos, uno a cada lado: el de un hombre, desnudo e inmerso en un mar de sangre; el otro, una mujer, vestida con una túnica blanca, impoluta. El guardia de seguridad sabía que debía llamar a la policía, pero no podía moverse. Había alguien más en aquel recinto. Alguien respiraba, fuerte. Estaba paralizado. Entonces notó que la mujer de blanco gimió. Estaba viva.

* * *

Once meses antes.

La agente de Interpol Verónica Ávalos estaba encerrada en un cuarto seguro dentro de su departamento. Junto a ella, la hija de un agente del MI6 británico, una niña de un año que respondía al nombre de Cora Lencke, jugaba con una caja de papeles y fotos viejas. Afuera, tres hombres de un grupo nazi amenazaban con entrar, querían llevarse a la pequeña. Verónica sabía que, mientras la puerta blindada resistiera, estaba segura, pero, cuando vio el armamento que aquellos delincuentes cargaban, tragó saliva y volvió a contactar al director de Interpol.

—Román, esta gente va a tirar abajo la puerta —dijo al tiempo que reubicaba a la criatura a resguardo dentro de uno de los placares de aquel supuesto vestidor que en realidad era una habitación segura. Luego, se ubicó frente a la entrada, empuñó el arma y se preparó para lo inevitable. La puerta estaba por ceder, los hombres iban a ingresar, y ella estaba lista para responder a los disparos, pero sobre todo estaba preparada para salvar a Cora.

—Estoy llegando, Verónica —respondió Benegas desde el otro lado de la línea con sirenas y bocinazos que se escuchaban de fondo—. Dentro de tres minutos estoy.

Los eventos que se sucedieron después de aquel mensaje quedarían en la memoria de Verónica para siempre: el fogueo que antecedió a la irrupción de los hombres en el cuarto seguro, el estruendo de los disparos de su Glock nueve milímetros y la imagen de Cora en brazos de los secuestradores, mientras gritaba antes de recibir los balazos que la arrojaron con violencia contra el suelo.

* * *

Tres agentes abandonaron el departamento de Ávalos con la velocidad de un equipo de élite entrenado. Uno de ellos, con Cora en brazos, colocó un pañuelo sobre la boca de la niña, que se desvaneció de inmediato. Asegurar la salida del país de la menor lo más rápido, discreto y seguro posible era primordial. Franz Lauthen había sido preciso: la pequeña debía llegar con vida a los laboratorios en Paraguay. Así, según lo planeado, los tres hombres subieron a una camioneta y emprendieron camino al punto de encuentro. A lo lejos, las sirenas de la policía y los bomberos se aproximaban.

Exactamente veintisiete minutos después, el automóvil detuvo su marcha en las afueras de la ciudad. El hombre que cargaba a la menor bajó del vehículo, y se subió a otro que lo estaba esperando. Ubicó a la pequeña en una silla para bebés y se sentó junto a la conductora.

—Tardaron más de lo planeado —dijo la mujer mientras se adentraba en un camino lateral a la autopista.

—La agente tenía un cuarto seguro.

La mujer hizo un gesto de sorpresa.

—¿Quién es? ¿La ministra de seguridad?

El hombre sonrió. A simple vista parecían un matrimonio común con un hijo en el asiento de atrás. Iban tranquilos, sin exceder la velocidad permitida y con la certeza de que iban a cumplir la parte de la misión que les correspondía.

—Interpol. Ahora, por qué motivo la nena estaba con ella, no lo sé.

—Tenemos seis horas para llegar a Entre Ríos —le recordó ella en tanto cambiaba el tema de conversación—. Ahí entregamos a la niña, y cada uno se va por su lado.

—¿Tenés claro el trayecto? ¿Preferís que maneje yo?

—Vamos a ir por el camino largo, así que descansá ahora, que después te toca a vos. No quiero ir por rutas nuevas, vamos a usar las más viejas: menos gente. Vos asegurate de que la criatura no se despierte.

—No se va a despertar, por lo menos no hasta mañana a la tarde.

* * *

Román Benegas atravesó el umbral del departamento de Verónica sin reparar en la puerta rota, ni en el humo que provenía del interior, ni en los gritos de los bomberos que intentaron prohibirle el paso. En cambio, avanzó entre escombros y obstáculos con el corazón que le latía a mil por hora en tanto rezaba, como jamás lo había hecho, por encontrar a la mujer que amaba y a Cora Lencke con vida. A su exmujer la vio de inmediato, desparramada sobre un charco de sangre y pálida como nunca. De Cora no había rastro.

—¡Oficial herido! —gritó, sin dudar en levantarla del suelo y llevarla hacia la ambulancia que había visto llegar detrás de él—. ¡Oficial herido! —volvió a vociferar. Las pulsaciones se le habían disparado, no sabía bien cómo proceder, lo único que buscaba era llegar a la ambulancia y trasladarla al primer hospital que encontrara. Verónica casi no tenía pulso y se desangraba con lentitud—. Busquen a la menor —indicó luego—. Hay una menor de un año, búsqwenla. Emitan la alerta amber, nadie sale por las fronteras, cierren los aeropuertos, quiero ojos en todos lados.

Enseguida, subió a la mujer moribunda a la ambulancia y, mientras los paramédicos le daban los primeros auxilios, se puso en contacto con la agencia y emitió el aviso para comenzar con la búsqueda de Cora Lencke. Luego, consiguió un número de teléfono, marcó y aguardó a que le respondieran.

—Justo —dijo sin preámbulos—, soy Román. Andá para el Fernández, Verónica está grave.

Luego de pronunciar aquellas palabras, dio por terminada la conversación y miró el interior del vehículo. Dos hombres realizaban maniobras de resucitación en el cuerpo cubierto de rojo bermellón de la oficial Ávalos, y él, junto a ella, sin siquiera poder tocarla, sintió que las lágrimas se le caían y que el amor de su vida se le escapaba a manos de la muerte.

* * *

El comisario general de la nación, Justo Zapiola, ingresó al hospital Fernández con el corazón en

la garganta. El llamado de Román había sido breve pero claro: Verónica estaba grave. En ese momento, en la recepción, mientras esperaba que le indicaran dónde estaba la oficial, divisó a Ana Beltrán, que entraba acompañada por su marido, Agustín Riglos.

—Está en el tercer piso —dijo ella sin detenerse, y los tres corrieron hasta las escaleras. El ascensor estaba atestado de gente, y ellos no tenían tiempo que perder. Cuando llegaron, casi sin aire, al tercer piso, la imagen les resultó desoladora: Román Benegas iba con la camisa del traje abierta y manchada de sangre y la mirada perdida. Cuando vio a Agustín, lo abrazó fuerte en busca de consuelo y luego, tras apartarse apenas, extendió la mano a Zapiola y dijo:

—Una bala le atravesó el pulmón, otra el estómago. No saben si...

Justo sintió que el mundo se derrumbaba, que afuera nada tenía sentido sin Verónica. Dejó que el peso de su cuerpo cayese sobre una de las sillas de aquella lúgubre sala de espera y vio cómo Benegas hacía lo mismo, al lado. Allí los dos, en silencio, se dispusieron a esperar, sin disputas ni reclamos, sin pasado ni futuro, porque ya nada importaba más que la supervivencia de Verónica.

* * *

—¿Alguna novedad? —preguntó Agustín cuando vio que Justo y Román salían de hablar con el médico a cargo de la terapia intensiva.

—Sigue en coma —respondió Justo.

—Ana se quedó hablando con el cirujano, pero por el momento solo resta esperar —agregó Román, que odiaba los hospitales. Aquel ambiente desabrido y frío que hacía las veces de sala de espera le daba mala espina. Quería sacar a Verónica de ahí.

—Tenemos que sacarla de acá —dijo Justo como si le hubiera leído el pensamiento.

—No es momento para traslados —interrumpió Ana, que llevaba el ambo de trabajo porque la noticia del tiroteo la había sorprendidos mientras realizaba una autopsia en Mesa de Piedra, su laboratorio—. Algañaraz —dijo en referencia al jefe de la unidad de cuidados intensivos— es una eminencia. No movería a Vero por nada del mundo. Son grandes —agregó seria—, creo que pueden lidiar con la depresión que les genera este hospital.

Los hombres no objetaron nada; en cambio, guardaron silencio. Por dentro, los cuatro allí presentes, creyentes o no, rezaban por que Ávalos sobreviviera a aquel brutal ataque.

—¿De la chiquita se sabe algo? —preguntó Riglos interesado.

Román y Justo negaron con la cabeza.

—Activamos la alerta amber, las fronteras están cerradas, relevamos las cámaras de vigilancia..., pero nada. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

—Verónica se dio cuenta de que no era mi gente la que estaba en la puerta de su casa. Si tan solo hubiera llegado a tiempo...

El teléfono móvil de Benegas vibró.

—Sí, Roberta —atendió con la esperanza de que hubiera buenas noticias de Cora—. Acá en el Fernández... —contestó—. Sí, en el tercer piso —. ¿Estás acá? ¿Por...?

El sonido de los tacos de su asistente, Roberta, sobre el mármol gastado de aquel pasillo lúgubre hizo que Román la viera enseguida. No iba sola: una mujer de unos treinta y cinco años la precedía. “Tenemos un problema muy grande —le había dicho en la línea—. ¿Dónde te encuentro? Es urgente”. Roberta había dejado de tratarlo de “usted”, y él sabía que aquella mujer, correcta hasta la médula, solo lo tuteaba cuando una crisis era inminente. En el rostro de la mujer, había una mezcla de desesperación y pánico. La vio aproximarse, y a otra señora detrás también. Así, sin preámbulos, expuso:

—Esta es Mérida Flores, la madre de Cora Lencke.

Román sabía que no era cierto, que la verdadera Mérida estaba enterrada. Lencke se lo había adelantado en la carta que le había entregado junto a la niña el día en que la había dejado bajo su custodia. Sin embargo, no esperaba aquella estocada tan pronto, por lo que trató de mantener la compostura. Él sabía lo que estaba pasando; Roberta no.

—No entiendo —respondió en tanto simulaba no reconocer el engaño que se estaba desarrollando frente a sus ojos.

—Tiene que ubicar a Lencke —intervino la mujer—, él puede encontrar a Cora. Es el único...

Román trató de calmarse, miró fijo a su secretaria y corroboró en la mirada de ella que le creía a la desconocida. Benegas sintió que estaba atado de pies y manos, así que siguió el juego. Tomó el teléfono móvil y llamó a Kfir.

—Estoy en medio del operativo, Benegas —informó el agente del Mossad desde la isla Huemul.

—Si estuvieras tan ocupado, no atenderías —respondió Román, que conocía el protocolo—. Necesito hablar con Lencke —pidió.

Kfir murmuró algo por lo bajo y comenzó a buscar al agente español. Al no encontrarlo, le pidió a uno de sus hombres que lo rastreara y aguardó.

—Su hija ha desaparecido —dijo Román al agente israelí.

—¡Mierda! —masculló Kfir, que seguía sin ver a Lencke. Un profesional del equipo se le acercó y le susurró algo al oído. Él tardó un segundo en reaccionar y luego volvió al teléfono con Benegas—. Ha desaparecido, Román —dijo—. Entró con nosotros al búnker, lo vi, estaba junto a él, pero no está por ningún sitio.

Benegas guardó silencio un momento. ¿Qué estaba ocurriendo? Sin perder demasiado tiempo, preguntó a la impostora:

—Mérida, ¿qué sabe usted de la misión de Lao?

—Hace seis meses Lao pasó a la clandestinidad —relató—. Su jefe, Jake Callahan, le pidió que se sumara a una investigación clasificada.

Román sintió que la cara se le deformaba y que no iba a poder sostener aquella pantomima. Jake Callahan, el antiguo director de Interpol, había resultado ser un doble agente.

—¿Cómo acostumbra contactarse con él? —inquirió firme.

—Callahan era nuestro intermediario; cuando necesité algo, recurrí a él. Pero, cuando me sacaron a Cora, intenté contactarlo y, como no he podido, he decidido ir a la agencia directo.

Benegas se llevó la mano al rostro. Si lo que estaba pensando era posible, se jugaba el puesto como director mundial de la agencia.

—Jake Callahan fue destituido hace poco más de un mes. Era un doble agente. Yo soy el nuevo director general.

La expresión en el rostro de Mérida lo dijo todo.

—¿Dónde está Lao? ¿Quién tiene a Cora? —La mujer estaba a punto de quebrarse. Ana la tomó del codo y la sentó en una de las sillas de la sala de espera con la intención de calmarla.

Mientras tanto, Román accedió a la base de Interpol desde el teléfono móvil, se identificó y buscó un *dossier*. El expediente de Lencke se descargó de inmediato, tras lo cual seleccionó una fotografía del archivo y se le acercó a Mérida.

—¿Este es su esposo, señora Lencke?

La mujer tomó el teléfono y observó la imagen que le mostraba el director de Interpol. Negó con la cabeza.

—Ese hombre no es Estanislao Lencke —aseguró, y luego tomó su teléfono móvil y buscó una foto—. *Este* es Lao Lencke.

Román entendió entonces que Lencke sabía que debía desaparecer, que la profundidad del entramado en el que se encontraba inmerso trascendía fronteras y códigos. La carta que le había dejado junto con la niña había sido clara, dependía de él ayudarlo a recuperar su vida. No dijo nada. Se acercó a Roberta y a la mujer que la acompañaba y siguió el juego. Iba a recuperar a Cora, iba a salvar a Lencke y, sobre todo, iba a descubrir quién era el espía que aún quedaba entre sus filas.

* * *

Cinco horas y treinta y siete minutos después de haber iniciado viaje, el automóvil que llevaba a la pequeña Cora arribó a destino. Los Conquistadores, un pueblo de Entre Ríos, estaba desierto a esa hora de la siesta y, sobre la esquina pactada, una camioneta con una mujer joven y una señora mayor los esperaban.

—¿Algo que comentar? —preguntó la de más edad.

—La nena va a dormir hasta mañana a la tarde por lo menos —dijo el hombre que la cargaba en brazos, y se la entregó a una rubia de aspecto sajón, seria y con cara de pocos amigos.

La mujer asintió, se volvió sin decir más y colocó a la niña en el coche, esa vez no en una silla, sino dentro de un improvisado catre en la parte de atrás. Luego subió a la camioneta y arrancó rumbo a la tercera parada de aquel viaje.

—Estamos en camino —informó por un antiguo teléfono móvil analógico—. Estaremos allí dentro de seis horas.

* * *

Ubicado sobre la misma banqueta hacía casi dos días, Román observó al comisario Zapiola, frente a él, con la mirada clavada en el suelo. Cuarenta y ocho horas atrás, se encontraban en una situación por completo diferente. Justo estaba en el departamento de Verónica cuando Román, sin haberlo visto, había entrado y la había besado. El triángulo amoroso que había entre ellos había quedado en evidencia, y ambos habían dejado a la mujer que, horas después, había recibido tres balazos y estaba al borde la muerte.

—Justo —dijo mientras se incorporaba para acercarse y ubicarse a su lado—, la señora que vino no es Mérida. Lencke me advirtió que esto podía pasar. Voy a necesitar tu ayuda.

—Te escucho —respondió el policía.

—Esta impostora está ahora en la central de Policía, ¿cierto? —Justo asintió—. Se le tomará declaración y demás. Necesito que la retengas setenta y dos horas para que probemos que no es quien dice ser, luego la pasaremos a manos de Interpol y...

—Dalo por hecho —respondió Justo, quien se puso de pie y abandonó la sala. No tenía ganas de fraternizar con Benegas, no en aquel momento.

* * *

El doctor Algañaraz salió del quirófano acompañado por su mano derecha, el cirujano Fuentes. A lo lejos divisaron a los familiares de la agente que casi habían perdido en la mesa de operaciones.

—Ana —llamó el médico, que había sido profesor en la universidad de la criminóloga durante un seminario de especialización forense.

Beltrán se puso de pie apenas lo vio, y Zapiola, Benegas y Riglos la siguieron.

—Hemos entrado en una etapa crítica —informó el doctor—. La cirugía fue exitosa, pero han pasado demasiadas horas, y Verónica no despierta.

Un silencio pronunciado inundó el ambiente.

—No pierdo la esperanza de que reaccione —agregó Algañaraz—, pero quiero que estén preparados. La agente Ávalos llegó en muy mal estado y perdió demasiada sangre. —Hizo una pausa—. El doctor Fuentes es neurólogo —informó al señalar al profesional junto a él—, quiero que lo escuchen un momento. Hay algo que deben saber.

—Verónica no está respondiendo a los estímulos oculares o motrices que a esta altura debería evidenciar. Hemos hecho una batería de análisis y una tomografía computada y es evidente que, tras los disparos, cayó y recibió un fuerte golpe en la cabeza. No he podido determinar aún el grado de lesión cerebral, si es que en efecto la hay, pero deben estar preparados para una opción que no consideramos. —Otra vez el silencio invadió el lugar—. Que la agente Ávalos no recupere la conciencia.

* * *

Ana sintió que arrastraba los pasos, que el cuerpo se le había vuelto pesado y que el cerebro no lograba entablar las conexiones lógicas habituales entre neurona y neurona. Verónica podía no despertar. Aquellas palabras, como una sentencia de muerte anticipada, se le habían instalado en la cabeza y se repetían una y otra vez.

Detuvo la marcha. Había deambulado por el Fernández sin rumbo y, para cuando se quiso dar cuenta, estaba frente a la sala de maternidad y neonatología. Tras un vidrio, una docena de cunitas transparentes albergaban pequeñísimos recién nacidos. Sonrió al verlos. Luego, rompió en llanto. Uno de los bebés pareció dar un salto en el moisés, un reflejo, tras lo cual comenzó a llorar, y Ana, que observó a una de las enfermeras acercarse al pequeño, acariciarle el rostro y palmearle la espalda hasta calmarlo, sonrió ante tal demostración de afecto y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Entonces recordó que su amiga de la infancia parecía debatirse entre la vida y la muerte, y ella, allí, detrás del ventanal, lloraba no solo por Verónica, sino por ella misma también, porque jamás viviría la experiencia de concebir un hijo. Ella, la criminóloga forense de más conocimiento y éxito en Latinoamérica, la mujer que tenía todo: fama, dinero, un hombre que la hacía feliz y una carrera que amaba; sufría por aquello que la naturaleza le había negado: la posibilidad de engendrar hijos.

* * *

Como director general de Interpol, Román Benegas estaba acostumbrado a dormir poco, comer mal y trabajar en varios operativos a la vez. En ese momento, en cambio, la sola idea de que Verónica no despertara lo había paralizado. ¿Qué iba a hacer?

Sentado sobre uno de los bancos del Fernández, desolado ante el panorama que debía afrontar entonces que, al abanico de posibilidades del futuro de Verónica, se le había sumado un coma indefinido, dejó durante un segundo los asuntos que lo apremiaban. Echó la cabeza hacia atrás, la apoyó sobre la pared y cerró los ojos. En ese preciso instante, la imagen del día que había conocido a Verónica le asaltó la memoria. Ella estaba parada sobre la pista de aterrizaje, llevaba un tapado abrigado y anteojos de sol, y el pelo, aun atado en una cola, le volaba sobre el rostro.

—Román —interrumpió la voz del exagente de Interpol Agustín Riglos. Benegas abrió los ojos y se incorporó—, acaban de avisar que parece que vieron a Cora en un automóvil en Entre Ríos. Han cercado las fronteras, y la policía le sigue el rastro. Vamos a encontrarla.

Benegas asintió y resopló mientras se acomodaba las mangas de la camisa, manchadas con la sangre de Verónica.

—Tengo que comentarte una cosa —dijo luego al acercarse a Riglos—. Lencke está metido en algo muy grande. Cuando llevé a la nena a la agencia, dejó una carta para mí. En pocas palabras, dice que la cuide mientras no esté, que él necesita desaparecer para resolver el futuro de Cora, y

que la niña está en peligro.

—La mujer que vino recién...

—Una impostora. Mérida Lencke es la mujer que murió en el sur. Lao me advirtió en su carta que esto podía pasar y también me dijo que siguiera el juego, que sería la única manera de llegar al topo dentro de la agencia.

—Pensé que habíamos cerrado ese tema.

—Alguien escapó de la última purga. Tenemos a un traidor. No podemos confiar en nadie, Agustín. Alguien filtró que yo había puesto a Cora Lencke bajo la custodia de Verónica, por eso estamos acá. Fue un error darle la niña a una agente. Necesito sacarla del circuito.

Benegas hizo una pausa, y Riglos lo miró fijo.

—¿Qué me estás pidiendo?

—Hemos encontrado el rastro de la niña. En cualquier momento van a llamarme para confirmar que la han recuperado. Cuando la traigan..., necesito que Ana y vos la cuiden. Le vamos a dar otro nombre, pensé que podemos decir que es una sobrina de tu lado de la familia. Los documentos y el historial médico de la chiquita no serán un problema, tengo todo listo para entregártela como Cora Riglos y otorgarles la tutela temporal.

Agustín guardó silencio un momento. Mientras se apretaba la mandíbula con la mano derecha, parecía evaluar el asunto en profundidad.

—No puedo darte una respuesta sin hablar antes con Ana —repuso—, me estás pidiendo que altere por completo mi vida y la de ella.

—Lo sé —contestó Benegas, serio—, pero no te lo pediría si no supiera que son las dos personas en las que más confío para este asunto. Necesito mantener a salvo a esa beba. No logré proteger a su madre; vi la tristeza hecha carne en los ojos de Lencke al encontrarse con el cuerpo de Mérida sobre el camastro de la morgue en Bariloche. Algo se rompió en Lao...

—Me estás pidiendo algo muy importante, Román. —Agustín hizo una pausa, buscaba las palabras exactas—. Mucho más de lo que podés imaginar. —Riglos volvió a hacer silencio—. Ana y yo hemos hablado de tener hijos. Hace un tiempo ya que sabemos que no podemos, y los tratamientos de fertilización asistida no han prosperado. Estamos considerando la adopción. Si nos das una bebita... Conozco a mi mujer, no hay posibilidad de que no establezca un vínculo emocional fuerte con ella. Incluso me animo a decir, sin conocer a la nena, que Ana no va a poder mantener una custodia transitoria.

Román sopesó aquellas palabras con el rigor que correspondía. Entendía el punto de su amigo.

—Va a querer adoptarla.

Riglos asintió.

—¿Y qué hacemos cuando aparezca Lencke y se la quiera llevar? Yo no puedo romperle el corazón a Ana de esa manera.

—Cero —respondió Benegas, y utilizó adrede el nombre de guerra de la época en que formaba parte de la agencia—, entiendo el punto. Solo te pido que lo converses con Ana, dejá que decida ella. Si me dicen que no, buscaré otra opción. Pero por favor, consultalo con ella primero. Necesito que esta nena esté a salvo y sé que solo con ustedes lo estará.

* * *

La combi color borravino arribó a Ituzaingó, en la provincia de Corrientes, cerca de las diez de la noche. La alemana descendió del vehículo, estiró las piernas y luego encendió un cigarrillo. Miró el reloj y resopló; faltaban quince minutos para que el contacto llegara y poder entregarle la nena.

Aparcada sobre el final de la avenida Tranquera de los Loretos y justo frente a la bajada de lanchas para cruzar a la isla San Martín, la mujer de más edad cambiaba a la beba —aún dormida— dentro de la camioneta. Dentro de pocos minutos, una mujer la buscaría para llevarla a una embarcación que estaba esperándolas para atravesar el río Paraná hasta Paraguay e ingresar por la isla de Yacyretá. Allí, un segundo vehículo las aguardaba para llevarlas a un puerto clandestino próximo al puente de Aña Cua, desde donde, por fin, subirían a una última embarcación que franquearía el río de nuevo. Del otro lado, un coche llevaría a la niña hasta la zona de la Cantera de la Eby, en el barrio María Graciela, en Paraguay.

Al escuchar el ronroneo de un motor que se acercaba, la mujer se apresuró a terminar de cambiar el pañal y envolvió a la bebé en una manta. La alemana, por su parte, dio una última bocanada al cigarro, lo dejó caer al suelo y lo aplastó con la punta de la bota. Se adentró apenas en la combi e hizo luces, a lo que el automóvil que se aproximaba respondió con la misma señal. Estaba todo listo para entregar a la menor y terminar aquella etapa del plan.

* * *

Justo había salido del hospital Fernández con el corazón en la garganta y la cabeza a mil por hora. Sin siquiera querer pensar en la posibilidad de que Verónica no despertara, se calzó el casco y se subió a la motocicleta sin rumbo cierto. El viento en la cara, como un bálsamo frío para ese infierno que estaba atravesando, era lo que necesitaba en ese momento para no pensar, para que esas horas interminables de espera y angustia pasaran más rápido. Las imágenes de Verónica en brazos de Benegas unos días atrás todavía le ocupaban la cabeza, pero se había jurado que, si la mujer se salvaba, él se haría a un lado y dejaría que ella fuera feliz con el director de Interpol. En ese momento lo único que le importaba era que ella despertara y viviera.

Apenas había recorrido un par de cuadras cuando su teléfono móvil vibró. Detuvo la moto y respondió, a la espera de novedades de Verónica y de la niña.

—La acaban de encontrar —le informaron del otro lado de la línea—. Intentaron cruzar la frontera a Paraguay en lancha desde Ituzaingó, Corrientes.

El comisario, entonces, luego de hacer algunas preguntas y confirmar que la menor aparentaba estar en buenas condiciones de salud aunque algo adormilada, producto de algún narcótico que le habrían suministrado, volvió a subir a la motocicleta, dio la vuelta y regresó al hospital. Por lo menos, después de casi cuarenta y ocho horas de búsqueda, Cora había aparecido sana y salva.

* * *

Ana escuchó las palabras de Agustín y se quedó en silencio un momento.

—¿Nosotros? —preguntó sorprendida. Riglos asintió—. Decile que sí —agregó por último, y Agustín sintió pánico.

—¿Estás segura? Esto puede ser muy duro. No vamos a poder quedarnos con ella.

—Decile que sí —insistió en tanto se ponía de pie—. No sé por qué esta nena llega a nosotros ahora, no tengo idea de si se quedará un mes, un año o más, pero por algo llega. Ha pasado de mano en mano, ha perdido a sus padres... Si por lo menos podemos brindarle amor y un hogar durante el tiempo que sea... Puedo vivir con eso, aun con la conciencia de que deberé entregarla algún día.

CAPÍTULO 1

Junio de 2019.

Román Benegas observaba el interrogatorio a cargo del comisario Justo Zapiola en absoluto silencio. Detrás del cristal, con los ojos puestos en la mujer que había simulado ser Mérida Lencke, Benegas trataba de adivinar qué escondía aquel personaje oscuro a quien, a lo largo de cerca de un año, no habían logrado quebrar. Durante los trescientos veintidós días que Verónica Ávalos había estado en coma en el hospital Fernández, y durante las últimas dos semanas que había estado desaparecida, la habían interrogado, día a día, una y otra vez, en busca de algún dato, alguna inconsistencia o indicio que ayudara a encontrar a la agente Ávalos, que parecía haberse evaporado de la faz de la tierra. Nada. Aquella mujer se mantenía fiel a su relato: ella era Mérida Lencke. Benegas y Zapiola sabían que no, que la verdadera Mérida había sido enterrada bajo un alias en tierras del sur, pero la extraña insistía en esa versión de los hechos y alegaba que aquel que conocían como Lao Lencke no era tal. Benegas había perdido el sueño por aquel asunto. ¿Qué entramado de intrigas se tejía alrededor del sicario mejor pago del MI6? ¿De qué estaba huyendo Lencke que incluso había abandonado a su propia hija? Y lo que más le preocupaba: ¿por qué se había llevado a Verónica del hospital?

Las imágenes de las cámaras de seguridad del Fernández habían quedado guardadas en la retina de Román como fuego. El hombre que él, como director general de Interpol, conocía como el agente especial del MI6 Lao Lencke, ataviado con un ambo de enfermero, empujaba la silla de ruedas en la que trasladaba a Verónica y abandonaba el hospital para desaparecer en plena ciudad.

Miró el reloj. La cuatro de la tarde; se cumplían catorce días exactos desde el secuestro de la agente. Lo único que lo consolaba era que, momentos antes de que se la llevaran, Verónica había recuperado el conocimiento. Un año en coma, un año ajena al paso del tiempo y fuera del mundo. Zapiola y él habían velado sus noches sin descanso. Se habían organizado con exactitud napoleónica y, día por medio, uno de los dos custodiaba el sueño de la mujer. Cada tercer día, era Ana Beltrán, amiga de la policía, quien la cuidaba. Los fines de semana se turnaban, uno cada uno. Verónica no tenía familia, y ellos se habían convertido en ella.

Durante un momento, Román se olvidó de que estaba detrás de un vidrio por el que observaba el interrogatorio a cargo de Zapiola y dejó de escuchar. Los ojos de Benegas, clavados en el rostro impertérrito de la mujer que continuaba firme en su discurso, la atravesaban. No escuchaba; en la cabeza, en cambio, desfilaba el recuerdo de las noches de insomnio junto a una Verónica dormida que se consumía con lentitud. La vibración del teléfono móvil lo despabiló. Ana. Respondió, y la secuencia que devino luego se transformó en una gran nebulosa.

—La encontraron —dijo Beltrán.

Benegas sintió que el corazón le daba un vuelco. Instintivamente golpeó el vidrio que lo separaba del comisario, quien dejó de interrogar a la impostora para pasar a la sala contigua.

—¿Dónde? —preguntó mientras le hacía señas a Justo para que se alistara—. Vamos para allá —ordenó, y dio por terminada la llamada.

* * *

Verónica notó que estaba sola, que tenía frío y que la luz de aquella salita de hospital era desabrida y triste, pero a ella le sabía a libertad. Alrededor, las voces de los médicos de guardia resultaban un bálsamo cacofónico, un murmullo continuo que le parecía familiar y tranquilizador. Se observó los brazos; estaban flacos, tan flacos que no los reconocía. Había moretones en variantes de azul, morado y verde donde podía adivinar que le habían insertado los catéteres para el suero o lo que fuera que le hubieran administrado. Tampoco reconocía su piel, que estaba seca, áspera. Respiró profundamente, y el aire con cierto dejo de olor a antiséptico y desinfectante avanzó rápido hasta el interior de sus pulmones. Lo retuvo un segundo más de lo acostumbrado y exhaló hasta desinflarse por completo. ¿Qué había pasado? Las imágenes se mezclaban, formaban una bruma líquida y espesa que parecía adueñarse de sus pensamientos al avanzar de modo lento y corrosivo por los recuerdos; desfilaban inconexas: ella sostenía a Cora en brazos, los hombres de Franz Lauthen estaban detrás de la puerta del refugio seguro en su casa. La secuencia que prosiguió se mezclaba en destellos aislados y absurdos. La explosión, un brillo que la enceguecía, el llanto de Cora.

Nada.

Luego, luces, gritos, la voz de Román en el oído, que le pedía que resistiera. Y otra vez nada, oscuridad y silencio, y luces otra vez. Sentía que se iba, que la vida desfilaba ante sus ojos y se le escurría como agua por una alcantarilla. Después la nebulosa se volvía vacío. De lejos le parecía escuchar la voz de Justo, que le hablaba de la infancia, del olor a la colonia inglesa que usaba su padre después de bañarse, de Elena, de la soledad, de la vida después de que ella había muerto... La voz de él era como una melodía simple que acompañaba ese tiempo que no podía definir ni medir. ¿Qué había sucedido? Después la voz de Ana, su amiga de la infancia, formaba un monólogo continuo sobre las aventuras de adolescentes de ambas y sobre cuánto disfrutaban descifrar casos policiales que recortaban del diario. Y otra vez volvía la negrura, el vacío absoluto que lo abarcaba todo, y se perdía, iba desapareciendo. No entendía qué pasaba, ella no estaba ahí, su cuerpo no era aquel que la retenía. Un médico ingresó a la sala y la devolvió al presente.

—Agente Ávalos. —Ella levantó la cabeza—. Soy el doctor Fuentes y voy a revisarla. —

Verónica asintió.

Fuentes era un hombre que había pasado los setenta unos cuantos años atrás, pero que se mantenía en buena forma. El pelo, blanco y plateado, le daba un toque sofisticado dentro de aquel cubículo.

—¿Qué día es hoy? —preguntó con voz carrasposa, áspera. Le costó tragar, sentía vidrio molido en la garganta.

—¿Un poco de agua? —preguntó el médico, que le hizo un gesto a la enfermera que tenía al lado para que le alcanzara la bebida a la oficial.

Verónica volvió a asentir, agradeció con un movimiento de cabeza el vaso que le alcanzaron y bebió como hacía tiempo no lo hacía. El líquido se deslizó suave por su garganta. No había notado cuánta sed tenía hasta entonces. Hizo un gesto para que le dieran más, pues aún le dolía hablar.

—¿Qué fecha es hoy? —insistió.

Fuentes la miró fijo. Aquella mujer había perdido un año de vida postrada en una cama y, para cuando había despertado, se la habían llevado sin explicación.

—Viernes —respondió mientras terminaba de revisarla, y echó una mirada de soslayo a la enfermera que lo asistía—. ¿Te acordás de algo de lo que te pasó, Verónica? —preguntó luego. Era la primera vez que usaba su nombre de pila.

—Me dispararon... —musitó, y de inmediato la imagen de la beba que estaba con ella al momento del hecho asaltó su cabeza—. ¿Cómo está Cora? ¿Cómo está la niña?

—La chiquita está bien —contestó el doctor, que había atendido a la oficial desde el momento en que había entrado con tres heridas de bala y había seguido su evolución durante todo ese tiempo—, está bien cuidada. ¿Recordás algo más?

—El pecho y el estómago me quemaban, todo se puso negro... Después son escenas inconexas, gritos, voces, no sé... Es como si me hubiera apagado.

—Es que te apagaste —respondió al tiempo que se sentaba frente a ella en la camilla de la sala—. Vamos a hacerte un par de pruebas de rutina. A simple vista parece que está todo en orden, pero nunca se sabe. Recibiste tres tiros.

Verónica se sobresaltó.

—Esa quemazón en el pecho y en el estómago fueron las tres balas que te atravesaron. Estás viva de milagro, no sabíamos si ibas a salir...

De manera instintiva, la mujer se levantó el camisolín verde que llevaba y se observó el vientre, surcado por dos cicatrices, una en el centro de manera horizontal y otra, vertical, a un

costado. Luego subió la mano hasta el pecho. La rugosidad de una tercera sutura se adivinaba cerca del hombro derecho. Bajó la mirada y la observó en detalle. Habían cicatrizado.

—¿Qué día es hoy? —insistió.

—Esto te va a llevar tiempo —informó el médico al tiempo que se acomodaba los anteojos y observaba la mirada de profunda melancolía de la agente, que le recordaba de alguna manera a su hija. Quizás fuera eso lo que lo había vinculado tanto a aquella paciente que había decidido no morir en la mesa de operaciones, pero que, durante casi un año, se había resistido a despertar—. ¿Qué es lo último que recordás?

—Lao Lencke, un agente especial —dijo sin aclarar que Lencke era el sicario mejor pago del MI6 británico—, vino a verme. Después todo volvió a ser oscuridad. Hasta que desperté en... en... —No encontraba las palabras, no sabía dónde había aparecido—. El guardia de seguridad me ayudó, enseguida vino la ambulancia... ¿Qué fue lo que pasó? No termino de...

—Verónica —la interrumpió Fuentes con tono paternal mientras le tomaba la mano—, te dispararon en tu casa, tres tiros. Uno atravesó tu pecho, pero la bala entró y salió. Las del estómago y el pulmón, en cambio, quedaron dentro. Entraste a cirugía y estuviste allí durante más de doce horas. —El médico hizo una pausa y apretó un poco más fuerte la mano de la agente—. Sin embargo...

—¿Sin embargo? —preguntó, aturdida. Intuía que la vida como la conocía había cambiado de manera radical.

—No despertaste, hasta hace dos semanas. —Ella echó el cuerpo por instinto hacia atrás—. Cuando la enfermera fue a buscarme para avisar que habías salido del coma, ya no estabas. El agente Lencke te había secuestrado.

Ávalos estaba aturdida, perdida, desconcertada. ¿En coma? Su cabeza no llegaba a decodificar toda esa información. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Las últimas dos semanas, la policía te ha estado buscando por cielo y tierra. Hoy apareciste en una de las salas del Museo Etnográfico Ambrosetti.

Ella sintió que el corazón le daba un salto.

—¿En qué sala? —quiso saber de inmediato, lo que descolocó por completo a Fuentes.

—La sala egipcia.

Verónica tuvo que tragar saliva.

—¿Qué día es hoy? —volvió a preguntar.

Fuentes la miró con un dejo de tristeza.

—Viernes 14 de junio.

—¿Junio? —preguntó sobresaltada—. Estamos en julio..., julio de 2018.

—Estamos en junio de 2019, Verónica, estuviste en coma casi un año.

* * *

Meseta de Guiza, 1737.

El comandante Norden terminó de dar algunos retoques a la ilustración de las pirámides que había estado dibujando durante las semanas anteriores y alejó apenas la lámina para observarla en detalle. Las distancias entre pirámide y pirámide, las proporciones en los tamaños, la textura característica; su mano había logrado captar la singularidad de esas construcciones colosales y plasmarla en el papel. Así, alineadas como si se las observara desde el aire, las cuatro tumbas estaban ubicadas con sorprendente exactitud: Keops, la Gran Pirámide, construida en el apogeo del poder faraónico durante el Antiguo Imperio; Kefrén, que parecía más alta que la de Keops por su ubicación en la meseta y porque presentaba un ángulo más inclinado en sus caras; Micerino, la pequeña, que había sido edificada por el faraón homónimo —nieto de Keops e hijo de Kefrén—; y, por último, la que más le había llamado la atención, la Pirámide Negra.

Aquel sepulcro, en vez de estar hecho con el granito común que se observaba en las otras tres, era de granito negro, un material tan oscuro y brillante que por momentos parecía espejado. Los grabados que lo adornaban en nada se parecían a los jeroglíficos que conocían, y aquellas líneas cuneiformes talladas en oro lo cubrían por completo, por dentro y por fuera. En la punta, en cambio, el brillo se debía al oro con que estaba construido. Aquella no era una pirámide común: su cima estaba rematada por un gigantesco triángulo dorado. Cuando el sol se colocaba en el punto más alto de la bóveda celeste y quedaba alineado de manera perfecta al vértice del triángulo, los rayos de luz parecían reflejarse al infinito y el efecto era simplemente mágico.

CAPÍTULO 2

—¿Dónde está? —preguntó el comisario Zapiola, más agitado de lo normal, mientras una gota de sudor le resbalaba con lentitud por la cabeza hasta perdersele detrás del cuello de la camisa.

—La está revisando Fuentes —respondió Ana, que había llegado al hospital Fernández cinco minutos antes.

—¿La viste? —interrumpió Benegas.

—No todavía.

Ana Beltrán observó el lugar en el que había pasado once meses, la sala de espera de un sanatorio que se había convertido en el escenario cotidiano de sus días. Allí había compartido las noches con las enfermeras de turno y charlas de café con Román o Justo, según con quién coincidiera. De súbito, los ojos se le llenaron de lágrimas, y las contuvo como pudo en tanto desviaba la mirada de los dos hombres para fijarla en un punto cualquiera en la pared, una mancha de humedad que devoraba las entrañas de esa mampostería vieja y descascarada. Respiró profundamente y dejó que la ansiedad se fuera en aquel aire viciado.

—Ahí viene Fuentes —anunció Zapiola, que sentía que los nervios iban a traicionarlo. Transpiraba.

—¿Cómo está? —quiso saber Román, que había empezado a sentir el calor que hacía en aquel sitio de espera y había decidido sacarse el saco.

—En *shock*. No termina de entender que ha perdido un año de su vida en coma. Pero lo extraño... —comenzó, y entonces hizo una pausa— es que no tiene recuerdos de estas últimas dos semanas tampoco. Por los resultados de los análisis de sangre, la mantuvieron drogada.

—Un coma inducido —interrumpió Ana.

—Algo así.

—¿Podemos verla? —solicitó Zapiola.

—Pidió por la señora Beltrán.

Ana asintió y siguió con prisa al doctor Fuentes a lo largo de aquellos desoladores pasillos. En la mano derecha, cargaba un bolso con ropa, un teléfono móvil nuevo con batería y línea habilitada, algo de dinero en efectivo y la billetera de su amiga, con tarjetas del banco y documentos. También llevaba elementos de aseo, champú e incluso el tinte para el cabello que Verónica usaba para que, cuando pudiera salir del hospital, lo hiciera con el mejor ánimo posible. Con el paso de los meses, esa mujer se había consumido, y verse más presentable quizás hiciera que se sintiera mejor.

Avanzó unos pasos y luego giró la cabeza. Allí, a sus espaldas y al final del pasillo, con las manos en los bolsillos y el corazón en la garganta, el director general de Interpol Internacional y el comisario general de la república esperaban para poder ver a la mujer que amaban y que habían velado sin descanso los pasados meses. Les sonrió cariñosa y volvió a concentrarse en su andar, en los pasos que la acercaban a Verónica.

El desfile de imágenes de los meses anteriores se le agolpó en la cabeza. El cuerpo de su amiga cubierto de sangre, las horas que había pasado en el quirófano. La espera; la espera había sido lo peor. Los minutos se habían transformado en horas infinitas, interminables, y el sol de la mañana los había encontrado ojerosos, cansados, con Román con la camisa blanca salpicada de sangre y Justo tenso como la cuerda de una guitarra, al borde del colapso nervioso, aunque trataba de disimularlo. Agustín también estaba junto a ella, le sostenía la mano con fuerza, firme. Los cuatro, sentados en unas banquetas desvencijadas que habían servido de camas improvisadas durante aquellas horas oscuras. En ese instante, mientras avanzaba sobre el mármol gastado por el paso del tiempo y los cientos de suelas que lo habían surcado, ansiaba volver a ver a su amiga del alma, la niña de trenzas que había conocido en el Colegio de Todos los Santos. Aquella desconocida se había convertido en su compañera inseparable de aventuras y, luego, de la carrera de Medicina y de la especialización forense. Incluso había compartido diez años de trabajo en la Policía Federal con esa mujer a quien había visto consumirse durante meses, pero que había despertado, y había sido hallada. Sin embargo, desde el momento en que Riglos la había llamado para decirle que una fuente muy confiable le acababa de informar que habían hallado a Verónica en el Museo Ambrosetti, la cabeza de Ana no había dejado de elucubrar mil teorías y de repasar el pasado de su amiga y todo lo que sabía sobre ella.

Fuentes se detuvo frente a una puerta, la miró un segundo y dijo:

—Doctora Beltrán, le ruego que haga de esta una breve visita. La agente Ávalos necesita descansar.

Ana asintió y, sin más, abrió la puerta. Del otro lado, sobre una cama angosta pero pulcra, con una vía intravenosa que le administraba suero, estaba Verónica Ávalos. Estaba ojerosa, flaca, con el pelo astroso y más largo que nunca, con canas que la avejentaban aún más, los ojos profundos, hundidos y la sonrisa más feliz del mundo. Con dificultad se incorporó y, al verla, después de tantos meses de angustia, se fundieron en un abrazo que viró del llanto a la risa en cuestión de segundos.

—Pensamos que no volverías —se lamentó Ana mientras se secaba las lágrimas. Aquel había sido un año duro, y el solo hecho de pensar en la posibilidad de perder a su aliada incondicional le ponía los pelos de punta.

—¿Cora cómo está? —quiso saber—. Estaba conmigo cuando me dispararon, decime que está bien.

Ana asintió, se acomodó frente a su amiga en la cama y le tomó las manos.

—Cora está viviendo con Agustín y conmigo —explicó, y una sonrisa que Ávalos no le había visto nunca le iluminó el rostro—. Es... Es una luz.

Verónica notó un vago aire de tristeza en los ojos de Ana, pero la sonrisa que la sola mención de Cora le había generado hizo que se permitiera hacer a un lado aquello que sospechaba para otro momento.

—Lencke está muerto —le informó.

Ana asintió.

—Me salvó la vida.

—Te secuestró —respondió la criminóloga.

—Tenía sus razones.

—¿Qué está pasando, Vero?

—Volvió —anunció, y durante un segundo se sostuvieron la mirada sin saber qué decir—. La sala egipcia del Museo Ambrosetti... —agregó luego.

—Yo pensé lo mismo.

—No es casualidad.

Beltrán negó con la cabeza.

—Agustín está tocando algunos contactos, cree que...

—No, Ana, esto es algo que tengo que hacer sola —interrumpió la agente de Interpol mientras se acomodaba con cierta dificultad en aquel camastro—. Prometeme que, hasta que recupere mis fuerzas y esté lúcida para decidir, no vas a hacer nada.

—No estoy de acuerdo.

—Un año de mi vida perdí, Ana, un año que se me escapó entre estas cuatro paredes. Y, cuando desperté, aunque habían pasado meses, lo que me había alcanzado era el pasado. Llegó el momento de cerrar viejas historias, saldar cuentas. Sabíamos que este día llegaría.

Beltrán asintió. Había una gran cuota de verdad en aquello que planteaba la mujer junto a ella y, sin embargo, no podía evitar querer protegerla.

—Afuera están Justo y Román —informó sin demasiado preámbulo.

Una mueca triste dominó la expresión de la oficial.

—No puedo verlos, no ahora.

—Han pasado sus noches a tu lado el último año, hace dos semanas que no duermen por no parar de buscarte.

—No puedo, Ana, no me pidas más. —Había súplica en su voz—. Necesito dormir. Deciles que estoy bien. Mañana, en todo caso, será otro día y podré enfrentarlos. —Beltrán asintió y se acercó para abrazarla.

—Qué bueno es tenerte de vuelta, Vero —dijo con un par de lágrimas rebeldes aún contenidas en el rabillo del ojo.

Verónica sonrió.

—Y, por favor, ni una palabra de lo que vos y yo sabemos ni a Justo, ni a Román; no por ahora.

Beltrán asintió.

—Y dale un beso a Cora de mi parte. —Ana descubrió una sonrisa que no le cabía en el rostro—. Creo que Lao habría estado feliz de saber que Agustín y vos están cuidándola.

* * *

Ana avanzó con las manos en los bolsillos y la mirada puesta en el suelo. Podía adivinar la ansiedad que Justo y Román manejaban al final del pasillo. Levantó la vista y descubrió que la contemplaban con desesperación. Hacía meses que aguardaban ese momento.

—Está dormida —mintió—, apenas pude saludarla, está muy cansada. El médico sugirió que la veamos tranquilos mañana.

Un silencio breve y una desazón que se hizo casi tangible invadieron aquella desoladora sala de espera. Justo resopló, y Román se llevó una mano a la cabeza y se acomodó el pelo. Luego observó el teléfono móvil.

—Ya están los resultados del cuerpo que apareció con Verónica —reveló Benegas mientras guardaba el móvil.

—¿Es Lao? —preguntó Ana, que, desde que había recibido la noticia de que el hombre en el Museo Ambrosetti parecía ser Lencke, aún guardaba la esperanza de que no lo fuera.

Benegas asintió.

—Le extirparon el corazón.

—Y estaba sobre uno de los platillos de la balanza —completó Ana como si estuviera reflexionando en voz alta.

—¿Cómo sabés eso? —quiso saber Román sorprendido.

Ella dudó un segundo.

—Me lo dijo la gente de la científica —arguyó con rapidez—. ¿Se conoce algo más? —preguntó de inmediato.

Román negó con la cabeza.

—Me esperan en el museo —interrumpió Justo sin dejar de mirar el teléfono móvil—, quieren que vea algo.

—Vamos —dijo Benegas, que quería revisar el sitio en el que habían aparecido Lencke y Verónica—. ¿Te adelantaron algo?

—Que lo tenía que ver con mis propios ojos.

CAPÍTULO 3

Aquel era un escenario diseñado con afán milimétrico. No había una gota de azar en esa *mise-en-scène* dispuesta sobre la sala que solo abría al público una vez al mes.

—Lo encontró el guarda de la noche —informó el oficial a la cabeza de la Policía.

—¿Algo más? —preguntó Justo sin poder quitar los ojos de aquella puesta casi cinematográfica.

El interlocutor le devolvió la mirada, incrédulo, como si aquello que todos los presentes observaban con pasmo no fuera suficiente para ese hombre con la cara cansada y los ojos claros enmarcados por ojeras oscuras que parecían surcos en la piel.

—Román —murmuró Ana al oído del director de Interpol—, esto es...

—Macabro.

—No es lo que esperaba —interrumpió Justo, que con los años había visto crímenes que habría querido poder olvidar—. Estaba preparado para ver una carnicería, sangre por todos lados, pero esto...

—¿Cuántos son?

—Cuarenta y dos.

—El Juicio de los Muertos —murmuró Ana, quien de súbito recordó una charla con el profesor Jack Williams en el Verve, un bar londinense al que habían ido juntos. Allí, el investigador le había comentado sobre el Juicio de Osiris y la singularidad de que, entre los manuscritos alejandrinos rescatados bajo los túneles del Ecoparque (el antiguo jardín zoológico), se había encontrado un ejemplar completo del Libro de los Muertos.

Román, que hasta el momento había estado concentrado en la escena desplegada en aquella sala, giró la cabeza y miró a Ana con suspicacia. Ella desvió la vista.

—¿Cómo sabés que esto representa el Juicio de los Muertos? —la interrogó en tanto se le acercaba, desconfiado.

—Entre los manuscritos que rescatamos en el zoológico, había un Libro de los Muertos. Jack Williams me comentó sobre ese ritual durante mi estadía en las oficinas de Interpol en Londres.

Ana miró muy fijo a Román. Ambos sabían que hablaba de los días en los que, engañada, había desaparecido detrás de un alias en un programa de protección de testigos.

—Fue tal el detalle con el que me lo describió —continuó— que reconocería el Juicio de Osiris donde lo viera. —Notó cierta desconfianza en la mirada de Benegas, pero hizo de cuenta que no la percibía y desvió los ojos. No quería que él averiguara que sabía mucho más, que aquello era inmensamente más grande de lo que cualquiera, incluida ella, pudiera imaginar y que Verónica estaba en tiempo de descuento.

Román asintió y cruzó una breve mirada con Zapiola, quien, a su vez, se alejó apenas de la sala y observó en detalle la imagen completa. En el centro del recinto donde habían encontrado el cuerpo de Lao Lencke y a Verónica lo bastante drogada como para no poder registrar nada de lo sucedido, se encontraba una balanza antigua que parecía de bronce. Dos platillos relucientes colgaban de cadenas gruesas que pendían de un asa principal. En uno, elevado casi como si flotara, había una pluma blanca y etérea. En el otro, pesado, oscuro y con los vestigios de un líquido que a simple vista parecía negro, el resultado de un goteo incesante acumulado en el suelo.

—El corazón del mejor agente del MI6 está ahí, en ese platillo —subrayó Román, que se había ubicado junto a Ana y Zapiola para observar con atención aquel espectáculo dantesco—. Lencke estaba en algo grande...

Beltrán asintió.

—Y esa mujer no piensa hablar —reflexionó el comisario Zapiola. Hacía referencia a la prisionera que se había hecho pasar por la esposa de Lao y que no solo seguía sosteniendo tal discurso aun cuando ellos ya sabían que era mentira, sino que, en casi un año, no había dicho una sola palabra útil. Repetía el mismo relato con precisión suiza.

—Está entrenada para engañar —sopesó Ana al cruzarse de brazos sin dejar de mirar aquella singular escena del crimen—, pero no es eso lo que ocupa mi mente ahora —agregó, y señaló con un movimiento de cabeza las cuarenta y dos figuras humanas de tamaño real hechas en ¿papel? que circundaban la balanza y el sitio donde habían aparecido Lencke y Ávalos.

—¿Saben qué significa? —interrogó Benegas, desconcertado. Jamás en todos sus años de carrera había visto algo semejante.

—Es el Juicio de Osiris, o el Juicio de los Muertos —contestó Zapiola sin despegar la mirada de aquellas siluetas esbeltas y oscuras con cuerpos humanos y cabezas de animales que por momentos parecían vivas, dispuestas de tal forma que pretendían emular un mítico y antiguo ritual—. Cuando un egipcio fallecía, su espíritu era guiado por Anubis ante el tribunal de Osiris. Allí, por arte de magia, Anubis extraía el corazón del difunto, que, en la cultura egipcia, representa la conciencia y la moralidad, y lo depositaba sobre uno de estos platos. —Señaló la balanza en el centro de la sala—. Y sobre el otro —continuó en tanto giraba apenas la cabeza para indicar la segunda bandeja— se colocaba una pluma de Maat, que representa también esos atributos.

—Una vez frente al tribunal —interrumpió la criminóloga—, cuarenta y dos dioses interrogaban al muerto sobre su vida pasada, su conducta y acciones. En función de sus respuestas, el corazón aumentaba o disminuía de peso.

—Mientras contestaba —prosiguió Zapiola al tiempo que se acercaba apenas a las siluetas, y durante un segundo le pareció escuchar algo—, Thot, dios de la sabiduría, la escritura y los sueños, actuaba como escriba y tomaba nota de las respuestas y las variaciones de peso del corazón del difunto. Luego le entregaba el resultado a Osiris.

—Si el resultado era positivo —continuó Ana, que seguía con la mirada al comisario que parecía estar buscando algo al aproximarse sigiloso a las siluetas—, el alma podía vivir para siempre en los campos de Aaru, el paraíso en la mitología egipcia.

—¿No escuchan ese zumbido? —interrumpió Justo.

Ana y Román se acercaron a las figuras. Un murmullo pequeño, sosegado, como el aleteo de una mosca, parecía oírse a lo lejos. Beltrán levantó la mirada y observó un segundo el reflejo del sol en la ventana. Caía la tarde, y las luces de tubo brillante que iluminaban esa sala parpadearon un instante, luego parecieron volverse más intensas. Afuera, la noche empezaba a instalarse con calma detrás el vidrio; adentro, ese zumbido vago y apenas perceptible comenzaba a cobrar identidad. Justo miró a Ana, y ella devolvió el gesto desconcertada. Algo se movía en el interior de las marionetas. El pitido iba en aumento, tanto que se volvió ensordecedor. Román retrocedió un paso y, como si la claridad que habitaba ese espacio se desvaneciera, una mancha negra, primero insignificante, luego pequeña y al final gigante, emergió de las figuras de papel. Nunca había visto nada moverse tan despacio como aquel enjambre de cientos de escarabajos negros que surgieron de la nada. En segundos la luz de aquel depósito desapareció bajo el avance aniquilante del aleteo de los escarabajos. A continuación, el silencio lo invadió todo, los insectos se desplomaron sobre el suelo con el mismo dramatismo con el que habían aparecido y, en un instante, los aleteos y el rumor desaparecieron y de inmediato la luz fluorescente parpadeante volvió a iluminar.

Benegas, Zapiola y Beltrán, que habían retrocedido de manera instintiva cuando los bichos emergieron de repente, se quedaron en silencio, quietos, en tanto observaban con desconcierto lo que acababa de acontecer. Tardaron un momento en reagrupar las ideas y reaccionar. La escena del crimen, de manera imprevista, había mutado y, como si tuvieran vida propia, las cuarenta y dos figuras de papel se habían reducido a trozos de diario empastado en cola sobre el suelo, con cientos de escarabajos negros a su alrededor. Mientras tanto, en el centro aún se podía ver la balanza, los restos de sangre del corazón de Lencke y la pluma de Maat.

* * *

Verónica Ávalos observó su reflejo en el espejo. Con cuarenta años, la médica forense no reconocía ese rostro en el cristal. ¿Qué había pasado? Una de sus manos se detuvo en la sequedad de su piel, recorrió el contorno de su cara y notó cuán áspera y cuánto más vieja parecía. Bajó la cabeza, y la luz de hospital le devolvió una desabrida coronilla plateada. Había envejecido. Casi un año en coma parecían diez en el cuerpo. Tenía cuarenta y uno, asimiló de súbito, había pasado un cumpleaños ida por completo. No terminaba de entender todo aquello. Sin embargo, aunque, ante la falta de movimiento, los músculos se le habían consumido bastante, aún guardaba fuerzas. Estaba más flaca, más demacrada, pero de a poco se sentía más lúcida, como si la cabeza volviera a trabajarle como antes. Si bien los recuerdos todavía estaban desordenados, confusos, como imágenes sueltas e inconexas, Lao le hablaba, Lao le decía algo importante... ¿Qué? No lograba recordar. Sabía, tenía la certeza de que Lao la había salvado, de que Herbert había intentado matarla una vez más y Lao había actuado a tiempo. Después todo volvía a ser un vacío absoluto hasta el momento en que había despertado en el Ambrosetti.

Se observó los brazos. Los moretones que viraban del azul al morado y al verde amarillento evidenciaban que había sido inyectada con sueros y minerales todo ese tiempo. El médico a cargo de su caso le había informado que las dos semanas anteriores no había estado en el hospital, que la habían secuestrado. Le decían que había sido Lao. Ella sabía que no, que la verdad era otra. Lencke le había salvado la vida. En ese momento debía actuar en consecuencia y resolver aquel asunto del pasado que volvía para irrumpir en su vida sin permiso. Cerró los ojos un instante, como si de aquella manera la realidad pudiera desaparecer o por lo menos clarificarse, ya que no lograba pensar bien.

—Tenés que volver a acostarte, Verónica. —La voz del médico la hizo volverse.

—Necesito volver a mi casa, bañarme, dormir en mi cama.

El hombre sonrió.

—Si los resultados de los análisis que te hicimos dan bien, lo que estimo que será —respondió el doctor mientras se acomodaba los anteojos, que se habían resbalado apenas por su prominente nariz—, mañana podremos pensar en la vuelta. Hay restos de narcóticos en tu sangre aún, a medida que pasen las horas los recuerdos comenzarán a volver, estarás más lúcida.

—¿Estoy obligada a quedarme? —interrumpió Ávalos, que en realidad ya conocía la respuesta.

—No.

—Entonces me voy —resolvió segura mientras buscaba el bolso con ropa que Ana le había llevado.

—Oficial Ávalos —dijo el profesional en un tono de voz que a Verónica le resultó casi paternal—, no le aconsejo...

—Aunque no parezca —repuso Verónica con una sonrisa—, yo también soy médica. Necesito irme.

—No tenés fuerzas suficientes —insistió.

—Las suficientes para firmar el papelerío y hacerme responsable por mi salida antes del alta y para llamar a un taxi.

—Está bien —respondió el hombre, a sabiendas de que era en vano intentar convencerla—. Voy a pedir la documentación.

* * *

Ana, que no podía terminar de digerir la escena que acababa de presenciar, avanzó unos pasos hasta el límite que establecía la cinta forense que dividía el lugar del crimen del común de las baldosas. Se agachó con cuidado, sacó una birome del pantalón y empujó uno de los miles de insectos hacia ella.

—Un escarabajo pelotero —susurró al tiempo que volvía a incorporarse—. En el Antiguo Egipto se usaba como un amuleto de vida y poder y era símbolo de la resurrección, quien lo portara en la muerte adquiriría la capacidad de alcanzar la vida eterna.

—Esto es una locura —dijo Zapiola con los brazos en jarra y la vista cansada—, hay algo que no estamos viendo, este escenario absurdo, el montaje del Juicio de Osiris, los escarabajos... ¿Cómo es posible que alguien meta en un museo cuarenta y dos esculturas de papel maché con medio millar de bichos voladores adentro? Hay algo que no cuadra.

—Son escarabajos —lo corrigió Ana.

—¡Lo que sean! —gruñó Zapiola—. Bichos bolita, escarabajos..., ¿y en el medio Lencke semidescuartizado y Verónica impoluta? —El comisario hizo una pausa, se pasó la mano por la cabeza rapada y resopló—. Esto no fue al azar. Lao fue a buscar a Vero al hospital por algo, a Lencke lo mataron con saña, y esta puesta en escena... —Estiró los brazos en un gesto entre derrotado y extenuado—. Tengo que pensar —resolvió, y enfiló hacia la puerta, falto de aire.

—Justo, esperá —dijo Benegas, que compartía la idea de que aquello, además de estar planificado de manera estratégica, contenía un claro mensaje que se relacionaba de modo directo con la agente de Interpol—, hay algo que no les he dicho.

El comisario giró la cabeza y se encontró con los ojos del director de la agencia. La criminóloga clavó la vista un segundo en el fuego que evidenciaban los ojos de Zapiola y, de inmediato, en la mirada culposa de Benegas.

—¡Hablá, Román! —exigió la mujer, que conocía esa expresión de cuando le remordía la conciencia; la había visto antes, cuando le había hecho creer que su marido, Agustín Riglos, era un doble agente, un impostor que la había traicionado—. Román...

—Lao dejó una carta a mi nombre la tarde que abandonó a Cora en la sede de la agencia en San Isidro.

Ana sintió que se le estrujaba el corazón. La sola mención del vínculo entre la que ya consideraba su hija y el agente del MI6 la aterrizzaba. Nadie debía saber quién era esa niña en realidad.

—¿Qué decía? —inquirió al tiempo que se cruzaba de brazos y se acercaba a quien, durante un corto período de tiempo, había sido el marido de Verónica.

—Que Cora no era su hija biológica y que quien estaba tras él no solo iba a matarlo, como primero había hecho con Mérida, la madre de la niña, sino que también iba a llegar a la chiquita.

—¿Por qué no nos dijiste eso antes? —masculló Zapiola furioso—. Hace casi un año que esa nena fue abandonada y que pasó lo de Verónica, dos semanas desde que la secuestraron, y todo este tiempo ¿no dijiste nada de la carta?

—No podía.

—No me jodas con el secreto de sumario —respondió Justo, que se había obligado a apretar los puños para no saltarle a la yugular. Benegas no era trigo limpio, lo había sabido siempre, y ese tiempo que habían compartido en la antesala del cuarto donde estaba internada Verónica en el Fernández no era más que un espejismo.

—Lao sabía quién era el verdadero padre de esa criatura y también que la única manera de que la niña viviera era mantenerla oculta.

—Nada que no sepamos —intervino Beltrán.

—Lencke, en su carta, me advirtió sobre los posibles escenarios que podía esperar luego de su desaparición y me dio un solo consejo: que no confiara en nadie. Hay un topo en la agencia, uno que no purgamos la última vez, por eso pensé que la niña iba a estar bien en manos de Ávalos y la saqué del circuito.

—Pero, el día que casi matan a Verónica, se llevaron a Cora.

—Lo de Verónica fue otra cosa. La gente de Lauthen —explicó haciendo referencia al caso en el que habían estado trabajando un año atrás— no esperaba que Verónica descubriera que quienes estaban en la puerta no eran agentes enviados por mí. Ella misma iba a acompañar a Cora a destino. Pero algo la alertó, se dio cuenta de que esos tipos no eran de Interpol. Los disparos que recibió fueron una contingencia, un daño colateral, una operación que salió mal, y no les quedó más remedio que huir. —Benegas hizo una pausa—. La gente de Lauthen no quería a la niña para matarla, solo necesitaban algo puntual.

—¿Qué?

—Su ADN.

* * *

El hotel Mansión Vitraux quedaba en el número trescientos sesenta y nueve de la calle Carlos Calvo, en pleno corazón de San Telmo. La habitación doscientos seis siempre había sido su preferida. El respaldo de la cama dorado a la hoja, las mesas de noche francesas, un *secrétaire* de ensueño coronado por una bergère que había sido restaurada por alguna mano maestra; había magia en ese lugar.

Verónica se dejó caer sobre el lecho que reinaba en aquel dominio. Observó la bañera de patas de garra, antigua, que contrastaba de manera brutal con el metal moderno de los accesorios del resto del baño. Sobrevoló con la vista las molduras del techo y los tirantes de madera gastada que dejaban ver los viejos ladrillos de la construcción original. El contraste entre pasado y futuro se conjugaba de manera perfecta en aquel recinto. Tomó un control remoto e hizo descender una pantalla frente a ella, luego encendió el noticiero. Había pasado un año en el limbo, la vida no era como la conocía, once meses de su existencia habían quedado en suspenso. Escuchó las noticias. Todo seguía igual. No sabía si eso era bueno o malo. Respiró profundo y sintió como su cuerpo flaco crujía al tiempo que se despabilaba. Se incorporó y tomó la tintura y el champú que Ana había puesto en el bolso. No podía seguir viendo su pelo con mechones grises. Preparó la pasta de color y se la embadurnó sobre la larga cabellera.

Tantos meses de inmovilidad habían hecho estragos en su cuerpo. Se contempló un momento, y el reflejo le resultó demoledor. Debía recuperar peso, estar al sol, respirar. Miró la hora, abrió la canilla y dejó que el agua corriese hasta que decidió que estaba lo bastante caliente para poner el tapón y dejar que se llenara. Enseguida sumergió su piel blanca y reposó. Cerró los ojos. Sabía que volver a su casa era impensado, no podía, no aún. Aquel hotel, refugio donde había purgado largas horas oscuras después del divorcio con Román y había encontrado la paz del anonimato, era su sagrado escondite. Le daría unas cuantas noches de tranquilidad hasta que estuviera en

condiciones de enfrentar lo que ella intuía que estaba pasando. Aún con los párpados cerrados, estiró la mano y tomó el teléfono móvil. La carga ya estaba completa. Escribió un mensaje y aguardó.

—¿Dónde estás? —preguntó Ana desde algún lugar de Buenos Aires.

—Te paso la dirección —respondió ella—. ¿Dijiste algo?

—Nada. Pero lo que vi...

—¿Es él? —insistió Verónica con el corazón acelerado y la esperanza remota de que la respuesta fuera negativa.

—Sí.

—No le podés decir a nadie —se adelantó en tanto se incorporaba en la bañera para quitar el tapón, drenar el agua y abrir la ducha.

—Vero, necesitás hablar con Justo y Román. Si no es con ellos, por lo menos dejá que hable con Agustín, él maneja otros recursos.

—Por ahora no, Ana —respondió Verónica seria—. Necesito estar segura. —Luego desconectó el llamado y se sumergió en la lluvia.

En la ducha, mientras el agua se teñía de negro, producto del tinte con el que se había cubierto el cabello, se concentró en repasar escenas de un pasado que creía olvidado. Apretó los ojos con fuerza. Había jurado dejar atrás esa historia, pero en ese momento que su vida estaba dada vuelta, que había vivido un año ausente y que no sabía para dónde quedaba el norte, aquel fantasma que creía relegado resurgía y avanzaba lento, corrosivo por los últimos vestigios de cordura que le quedaban. ¿Qué iba a hacer? Las palabras de su padre desfilaron por su memoria con la misma elegancia que habían tenido cuando él las había pronunciado: “No podemos escapar del pasado, hija, al final él siempre nos alcanza. Y esto volverá por ti aunque finjas que no pasó, aunque lo entierres bajo mil recuerdos arrumbados, aunque te convenzas de que, con el tiempo... —Su padre había hecho una pausa—. Algún día, Verónica, él volverá a buscarte y deberás enfrentarlo. No podrás huir toda la vida”. Aquellas palabras, como un susurro que se había llevado el viento, la atacaron con la fuerza de un huracán. “Volverá por ti”, le había dicho, y aquello había sido lo último que había escuchado de él. Esa misma noche el comisario Francisco Ávalos había muerto en la soledad de una habitación del hospital Fernández, con una bala en el pecho y una piedra turquesa tallada con la forma de un escarabajo pelotero apretada en la mano.

Mientras aún corría el agua, tomó un cepillo y comenzó a desenredarse el pelo, largo y suave. Las cremas que le había aplicado le habían devuelto algo de la docilidad que solía tener. Luego, lo retorció para escurrirlo y, tras cerrar la ducha y envolverse en una toalla, salió de la bañera

antigua coronada por una regadera de cromo cuadrada y moderna que aportaba cierta magnificencia. El golpe en la puerta la distrajo; Ana había llegado. Abrió, y la criminóloga ingresó a la habitación y la abrazó con cariño.

—No entiendo nada, Anita —le susurró al oído.

—Vas a entender cuando veas las grabaciones de las cámaras de seguridad del Museo Ambrosetti.

Sin demorar ni un segundo, Ana Beltrán se sentó sobre la cama y manipuló con gracia su teléfono. En menos de lo que tardó en acomodarse, las imágenes emergieron del dispositivo.

—¿Qué...?

—Míralo de vuelta —indicó Ana al entregarle el aparato a su amiga.

Verónica Ávalos tomó el teléfono y observó con atención las imágenes que parecían sacadas de una película de ciencia ficción. Una balanza antigua, las marcas donde habían estado el cuerpo de Lencke y ella misma... y, detrás, muchas figuras humanas. “Estatuas hechas con papel”, le aclaró Ana, y Verónica asintió, pero no llegó a pronunciar palabra cuando las figuras parecieron convertirse en cientos de puntos negros que emergieron sin aviso e inundaron la escena para luego desplomarse sobre el suelo como un millar de manchas oscuras.

—Escarabajos peloteros —murmuró Ana, que, sabía, decía mucho con aquellas dos simples palabras.

Verónica se levantó de la cama y avanzó hacia la ventana del cuarto. Detrás, un pequeño jardín de invierno que rodeaba una fuente de piedra que dejaba que el agua corriera, ajena a la incertidumbre que a ella se le había despertado en el cuerpo, se transformó en el punto fijo sobre el que posó los ojos para tratar de resolver aquella disyuntiva.

—Tenés que hablar con Justo y con Román.

—¿Y decirles qué? —retrucó descolocada.

—La verdad, Verónica.

—Ni yo sé cuál es esa verdad.

La mujer que hasta hacía un año había sido la cabeza del Departamento de Delitos Culturales de Interpol se dejó caer sobre el sofá frente a la cama y sumergió la cabeza entre las manos.

—No sé por dónde arrancar, Ana.

—¿Qué es lo último que recordás de esa época?

—La desesperación de papá... Él sabía que aquello era solo el comienzo.

—¿Y por qué volver ahora?, ¿tantos años después?

Verónica se encogió de hombros.

—No lo sé, pero hubo algo que me dijo Lao que me da vueltas en la cabeza, algo que no he dejado de repasar una y otra vez desde que recobré la conciencia.

—¿Qué?

—Repetió una frase, algo que no habría significado nada para mí si no fuera porque es el pasaje final del Libro de los Muertos. —Ana asintió. Aquel texto había marcado la infancia de Verónica—. Tengo *flashes* —continuó ella—, recuerdos aislados. Es como si mi cabeza fuera un rompecabezas, algunas cosas parecen encajar y otras... tan solo no tienen sentido. —Volvió a guardar silencio—. Lao habló conmigo, me explicó. Mi cabeza va a explotar si no logro decodificar las imágenes que me asaltan. Sé que es cuestión de tiempo, que mi cerebro va a despejarse y, libre de narcóticos, voy a lograr recordar, pero hay algo, algo... Una de las imágenes que flotan en mi cabeza. Lao me susurró algo al oído, no recuerdo más que las palabras finales, pero sé que dijo: “Conozco el nombre de los dioses que están”.

Ana levantó la mirada y clavó los ojos en los de su amiga.

—El Libro de los Muertos contiene una cantidad de sortilegios que el difunto debe repetir para probar que ha tenido una vida honrosa. Son cuarenta y dos las confesiones en las que el fallecido asegura que no ha realizado nada negativo en vida y se declara inocente en el juicio divino. Esos versos terminan con la frase que Lencke me susurró al oído la última vez que lo vi: “Conozco el nombre de los dioses que están”.

—Había cuarenta y dos figuras de papel en la sala donde te encontraron.

—Lo sé —respondió Verónica, con la mirada perdida en el jardín de invierno tras la ventana—. No hizo falta contarlas. Eso que ves acá —agregó al señalar la pantalla del teléfono móvil sin siquiera mirarla— es una réplica del Juicio de los Muertos, y solo una persona es capaz de haber montado esta escena, y vos y yo sabemos quién es.

—Pero ¿por qué ahora? Pasaron tantos años...

—Aunque pasen mil años, Ana, en su cabeza, que yo exista es un problema.

—No fue tu culpa.

—¿No?

La mirada de Verónica se cargó de tristeza, culpa y un pasado lleno de soledad y preguntas. Todo eso se concentró en sus pupilas y la vida misma desfiló ante sus ojos con la lentitud de

aquellos días en los que los sucesos se habían precipitado y su propia existencia como la conocía había dejado de ser tal.

CAPÍTULO 4

El comisario Justo Zapiola atravesó el umbral de su departamento con vistas a la plaza Vicente López y, sin prender la luz, se desvistió, se sirvió una medida de whisky y, en absoluto silencio, se sentó en el sofá y clavó los ojos en el ventanal.

No había una gota de azar en aquel escenario. Como cada una de las noches que había pasado en aquel hogar —cuando no estaba en el hospital, ocupado en velar el sueño narcótico de Verónica—, se encontraba sin ropa, con la copa en la mano y fascinado por el sutil encanto del juego de reflejos ámbar de aquel elixir de olvido. Por las mañanas, despertaba en aquel mismo lugar, se duchaba y volvía a la oficina. Luego pasaba por el Fernández, donde mataba las horas de insomnio mientras observaba el sueño de la mujer que amaba y aprendía a sobrellevar el hecho de que quizás no despertara nunca. En ese momento, que la mujer había regresado en sí, el alma le había vuelto al cuerpo; sin embargo, no había podido verla, y ella se había ido del Fernández sin haber retornado a su casa. “¿Dónde te metiste, Verónica?”.

Las imágenes del último momento en que había estado con ella desfilaron por su cabeza una vez más. Podía repetir esa escena de memoria. Había ido a buscarla a su casa y allí había encontrado a una Verónica con cara de cansada y una niña a quien cuidaba. Luego se enteraría de que era la hija de Lao Lencke. No habían pasado más de unos minutos cuando la puerta de aquella vivienda había vuelto a abrirse. Lo que había sucedido después le había parecido una escena en cámara lenta. El director de Interpol, Román Benegas, exmarido de Verónica, había ingresado al lugar sin percatarse de la presencia de él, la había tomado por la cintura, la había besado en los labios y había dicho algo que él no había escuchado o no había querido escuchar. La familiaridad de aquel encuentro le había revuelto el estómago. ¿Hacía cuánto que se veían a sus espaldas? Recordó haberse vuelto antes de que los ojos se le tiñeran de furia y haber dejado ese sitio con la resolución de no volver jamás. Horas después estaba allí, en un apartamento violentado y manchado de sangre, el sitio donde Verónica había recibido tres disparos de bala. No había vuelto a entrar. Sin embargo, cuando aquella tarde regresó al Fernández a buscarla y le informaron que se había retirado sin el alta, fue al departamento de ella, pero tampoco la encontró. “¿Dónde mierda te metiste, Verónica?”, murmuró con impotencia para luego incorporarse y buscar su teléfono móvil, que vibraba.

—Sí —dijo. Sabía de antemano quién llamaba.

—Gracias, Negro —respondió la voz de una mujer desde el otro lado del Atlántico—, está hecho.

Zapiola sonrió con cierta nostalgia. La voz de su exmujer le traía reminiscencias de un pasado que no había podido ser y, sin embargo, todo lo bueno de aquello que podría llegar a suceder. Julia y él se habían encontrado en momentos catastróficos de la vida y cada uno había sido para el otro una tabla en el mar para salir a flote. Aquel enlace había estado condenado al fracaso desde el momento cero, pero ella lo había visto antes que él. A él no solo le había costado distinguirlo, sino también asimilarlo. Julia era una mujer para atesorar en el alma, no era fácil olvidarla y, no obstante, la vida parecía haberle dado revancha y había llegado Verónica.

—No quiero saber —objetó en el tono grave que lo caracterizaba al tiempo que adivinaba una sonrisa del otro lado de la línea.

—No pensaba entrar en detalles, solo adelantarte lo que vas a ver mañana en los diarios de Berlín.

—¿Estás bien? —quiso saber Zapiola.

—Estoy en paz —respondió Julia Durée para luego dar por terminado aquel llamado.

Días después, las tapas de los diarios de Berlín y del resto del mundo anunciaban que el coronel Von Strauss, bajo el alias de Jackson Alchi, criminal de guerra nazi prófugo, había sido encontrado sin vida. Con un agujero de bala entre ceja y ceja, había sido hallado en un piso que miraba a la Puerta de Brandemburgo. No había rastro ni pista del homicida.

* * *

Escuela de Oficiales General Don Martín Miguel de Güemes de la Gendarmería Nacional, 2003.

Verónica ingresó al aula magna del Güemes, donde se rendía el examen final para terminar la licenciatura en Criminología, con un nudo en la garganta y el corazón en la mano. Había algo en las pruebas orales frente a un tribunal que hacía que toda certeza y aparente seguridad se esfumaran como el aire que respiraba. Primero sintió un sudor frío, después las piernas le flaqueaban y, por último, el recinto donde se encontrara parecía reducirse. Se obligaba a respirar, a enfocar la mirada en un punto fijo y olvidar el mundo. Caminaba con lentitud hacia la mesa de examen y se sentaba frente a los profesores, que se fusionaban en una masa deformable, una nebulosa a la que solo escuchaba, y las palabras se le acumulaban en la cabeza para luego salir a borbotones sin que pudiera controlarlas. Aquel fue el último esfuerzo. Cuando se levantó, atravesó la puerta y salió de aquel claustro, era una novel criminóloga que pensaba que su vida acababa de cambiar para siempre. Estaba en lo cierto, pero no por el motivo que creía.

Cuando Verónica Ávalos cerró detrás de sí la puerta de aquella aula magna, portaba una sonrisa que no le cabía en el rostro. Del otro lado del portal, Ana Beltrán, quien acababa de dar ese mismo examen minutos antes que ella, estaba acompañada por su padre, Emerio. En las expresiones de ellos, en cambio, no había felicidad alguna. Emerio, a quien Verónica conocía desde que era muy pequeña, se acercó con cierta cadencia y, sin mediar palabra, la abrazó. Los eventos que se sucedieron después pasaron a formar parte de un recuerdo líquido y viscoso que ocupó su cabeza con la volatilidad de un cartucho de nitroglicerina. Si intentaba describir aquel día, si buscaba palabras que precisaran aquel escenario, no las encontraba. Solo recordaba el limbo en el que se había hundido y cómo, a medida que avanzaba hacia la puerta, detrás de la cual un sol radiante se reía de la oscuridad que se había desatado en su interior, sentía que se encogía con parsimonia hasta desaparecer. Y, después, el cielo se volvió negro.

* * *

—Lo que vas a ver —le advirtió Emerio, que la miraba a los ojos— es algo que no puedo evitar que presencias, Verónica.

La joven que acababa de recibirse de criminóloga forense sostenía la mirada del magnate de los medios, Emerio Beltrán, con familiaridad, pero no notó que le estaba apretando demasiado fuerte la mano, tan fuerte que estaba clavándole las uñas.

—Estoy preparada —respondió en un hilo de voz.

Un oficial de la Policía Federal se acercó a ella y, con una leve inclinación de cabeza, le pidió que la siguiera. En silencio, Verónica Ávalos caminó los treinta pasos que separaban la sala de espera del recinto de la morgue donde la esperaba el cuerpo que debía reconocer. Ese corto trayecto le resultó eterno. El olor a desinfectante, el murmullo del linóleo contra el roce de los zapatos, la puerta vaivén que parecía contonearse burlona... La atravesó.

La luz fría de tubo la cegó durante un instante. Necesitó un momento para adecuar las pupilas a aquella luminosidad artificial y, cuando lo hizo, divisó la camilla de metal en el centro de la sala. Sobre el cuerpo, una sábana azul claro. El forense de turno apenas la miró, tan solo levantó el cobertor y aguardó con cara de pocos amigos a que identificara el cuerpo.

—No es él —respondió ella, que no sabía si sentir alivio o preocupación. Luego, sin mediar palabra, giró y salió de aquella sala que olía a formol e infierno.

Del otro lado de la puerta, Ana y Emerio Beltrán esperaban con la seriedad que aquel asunto ameritaba. Al verlos, solo negó con la cabeza y, de inmediato, el rostro del patriarca se ensombreció. La posibilidad de que el medio hermano de Verónica fuera quien yacía en aquella

morgue le había dado cierta esperanza. Entonces, en cambio, el panorama no resultaba tan alentador; que aquel hombre no fuera Herbert era un problema tanto más grave que si estuviera muerto.

CAPÍTULO 5

Román Benegas, director general de Interpol internacional, ingresó a la oficina con la certeza de que había algo en aquel montaje de estatuas de papel en el Museo Ambrosetti que no cuadraba. Había un dato, un detalle que le rondaba la cabeza desde el preciso instante en que había posado los ojos sobre aquellos escarabajos peloteros. ¿Cómo era posible disponer una escena de esa magnitud sin la colaboración de alguien dentro del museo? Sabía que el comisario Zapiola había pedido el listado de empleados y que su equipo los estaba investigando uno por uno, sin embargo, sentía en la boca del estómago una incertidumbre que no lo dejaba pensar con claridad. Era una sensación ambigua, extraña, ajena..., algo que no podía terminar de definir y que le indicaba que, detrás de aquel asunto, había algo más, algo que no solo no estaba viendo, sino que le estaban ocultando. ¿Ana o Justo sabrían más de lo que decían? Volvió al momento exacto en que los cuerpos de papel se desintegraron y los escarabajos emergieron desde sus entrañas. Ana había retrocedido, pero algo en la expresión de ella al ver al escarabajo pelotero la había delatado: ya había visto ese insecto antes. Ana sabía algo que callaba, lo había anticipado cuando, al descubrir las cuarenta y dos esculturas, había dicho que representaban el Juicio de los Muertos.

Román tomó el teléfono móvil y escribió un mensaje. “Necesito hablar con vos”. Las dos tildes viraron del gris al azul; Ana había leído el mensaje, sin embargo, no respondía. Sin perder demasiado tiempo, se sentó frente a su *laptop* y accedió a la investigación que se había abierto en el Museo Ambrosetti. Releyó las preliminares que algún oficial había volcado sobre los documentos que se desplegaban ante él y no encontró nada que le llamara la atención, no más de lo que había presenciado en aquel recinto. Si alguna vez hubiera imaginado una situación más dantesca que aquella en la que cientos de insectos emergían de siluetas de papel, nadie le habría creído. Buscó en aquella bitácora digital el video de las cámaras de seguridad del museo y detuvo la filmación en el momento exacto en que las estatuas se desintegraban para devenir en aquellos miles de bichos. Avanzó las imágenes en cámara lenta y volvió a frenar la grabación. Se acercó a la pantalla, retrocedió cuadro por cuadro. Aquello era del todo insólito, no sabía qué buscaba, no podía creer aún lo que estaban viendo sus ojos.

* * *

A medida que avanzaba por las calles linderas al hotel donde se había alojado para huir del pasado, Verónica Ávalos se distrajo un momento con el aroma agobiante de una pila de gardenias arrumbadas sobre un costado de la vereda. Durante un segundo observó ese escenario con cierta

extrañeza, luego el rugir de una moto la devolvió a la realidad y continuó su andar. A tan solo metros del lugar de destino, sintió que su teléfono móvil vibraba.

—Ya regreso —dijo con la certeza de quién estaba del otro lado.

La línea se mantuvo en silencio unos instantes. Durante un momento le pareció escuchar una voz del pasado, y el corazón se le detuvo. Sabía que era imposible, el número de ese teléfono solo lo conocía Ana Beltrán, la misma persona que se lo había dado.

—Creo que es hora de que nos reencontremos —afirmó el desconocido, sin necesidad de presentarse. Verónica sabía a la perfección quién hablaba.

Ávalos sintió que volvía a tener veintitantos años, que las piernas le flaqueaban y que la garganta se le había secado. Intentó tragar, pero le dio la sensación de tener vidrio entre las cuerdas vocales.

—Han pasado muchos años —insistió la voz masculina.

—Si no me hubieras mantenido drogada —repuso—, habríamos podido vernos, incluso conversar.

El hombre del otro lado de la línea rio.

—Debería haberte matado esta vez —dijo con odio esa voz.

—Sabés dónde encontrarme —atinó a responder ella en tanto intentaba enfocarse en aquel momento de vulnerabilidad y utilizar todo el entrenamiento que había recibido durante la formación como policía y agente especial de Interpol—, es cuestión de pactar día y hora, allí estaré.

Un silencio tenso se alargó más de la cuenta.

—Así será —aceptó el hombre, y Verónica pudo adivinar una sonrisa cuando escuchó la frase que continuó—. A fin de cuentas, los dos estamos buscando lo mismo.

—Nunca lo vas a encontrar —porfió, con el puño apretado sobre el aparato.

—Yo creo que estoy cada vez más cerca.

—¿Por qué insistís, después de tantos años? —preguntó agitada.

—Porque nadie va a usurpar mi legado, nadie.

El silencio del teléfono móvil le anunció a la mujer que aquel llamado era el primero de muchos otros que lo sucederían. Durante un segundo no supo dónde estaba y tuvo que concentrarse para volver a ubicarse en tiempo y espacio. Sin entender cómo, se encontró frente a la Mansión

Vitraux, atravesó el portal, saludó al conserje de turno y siguió hasta la habitación doscientos seis. A su paso observó el suelo de madera, los balcones de cromo y vidrio que contrastaban con la antigüedad de aquella casona de barrio reciclada a nuevo y los vinos que adornaban una de las paredes del área de desayuno. Una pareja leía en el lugar de descanso, ajena a la vorágine de recuerdos y sentimientos que se había despertado en su interior.

* * *

Mesa de Piedra era el nombre del laboratorio de análisis forense más prestigioso de Latinoamérica y pertenecía a Ana Beltrán. Ubicado sobre un predio donde los verdes y el aire libre dominaban el horizonte, la construcción de líneas austeras e impronta moderna se destacaba contra un cielo azul perfecto.

Román Benegas estacionó su auto y avanzó a paso rápido hasta el vestíbulo de entrada. Allí, Ana Beltrán lo esperaba con la mirada acerada, suspicaz. La conversación que habían tenido horas antes le había dejado en claro a Román que Verónica y ella sabían más de lo que decían, y el rostro y la postura tensa de la criminóloga terminaron de confirmarlo.

—Tenemos que hablar —dijo al acercarse a la mujer y tomarla con suavidad del codo para que lo acompañara fuera de las instalaciones.

Ella asintió y él le indicó que la siguiera; podían caminar por los parques internos del laboratorio. En silencio, atravesaron un inmenso y amplio pasillo vidriado que desembocaba en un claro de bosque donde se habían dispuesto sillones y mesas de exterior para descansar o hacer una pausa durante las extenuantes jornadas a las que solían estar acostumbrados en aquel centro de investigación. Aún sin pronunciar palabra, Ana se ubicó en el centro de aquella plaza coronada de verdor y Benegas se le plantó enfrente. Se miraron en silencio. Ana imaginaba lo que él había descubierto, pero no podía hablar.

—Es hora de que me digas la verdad.

—Román, te voy a pedir que confíes en mí.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

—Hay cosas que no puedo explicarte, necesito que le des tiempo a Verónica, ella sabrá cuándo. —Hizo una pausa, buscaba las palabras adecuadas—. Estoy tan preocupada por ella como vos, pero en esto debo darle la derecha. No es un asunto común.

—Por eso, más que nunca, debés sincerarte, Ana. ¿Qué significa la puesta esa en el Ambrosetti?

La criminóloga, que había desviado un segundo la mirada y evaluaba la posibilidad de revelarle a Román aquel secreto, volvió a observarlo a los ojos y dijo:

—Significa que el pasado, en algún momento, te alcanza. Y esta vez el de Verónica volvió para terminar un asunto pendiente hace años.

Benegas escuchó las palabras de Ana con la certeza de que lo que ocultaba era más grande de lo que él podía imaginar. Se llevó una mano a la cara, se masajeó la barbilla en un gesto que le era muy propio y resopló.

—Ana, necesito saber.

Ella comprendía que Benegas estaba en lo cierto, que lo lógico era contarle aquello que callaba, pero la lealtad absoluta hacia Verónica era más fuerte que cualquier argumento.

—Dejame que hable con ella.

—Ana —insistió él, que se acercó y la tomó por los brazos, con sincera preocupación en el tono de voz—, necesito que me digas qué es lo que sabés. Es importante.

—Vas a tener que ser paciente, Román —respondió con firmeza—. A veces las cosas no son fáciles.

—Ana —repitió el director de Interpol—, perteneciste a la fuerza, sabés que hay secretos que es mejor no guardar, que hay pistas que es mejor no esconder. Estamos hablando de Verónica, no la estás ayudando.

—Verónica es mi hermana, Román —respondió, firme—, no haría nada que pudiera perjudicarla. Lo único que te puedo decir es que en la vida las cosas no son blancas o negras. —Hizo una pequeña pausa—. Vos, más que nadie, lo sabés. ¿O te olvidás de que traicionaste a Agustín, tu mejor amigo, por el puesto en el que estás?

Benegas no dijo nada.

—Ni que decir que a Verónica la dejaste apenas se casaron cuando te ascendieron a director.

Román, que había bajado la cabeza un segundo, levantó la vista y atravesó los ojos de Beltrán con los propios. Ella decía la verdad, pero eso no quitaba que el asunto fuera grave y debiera insistir.

—Ana, te lo ruego.

La mujer guardó silencio un momento mientras evaluaba la posibilidad que le rondaba la cabeza.

—Déjame discutirlo con Verónica —decidió—. Si ella no entra en razón, voy a ser la primera en hablar.

El director de Interpol asintió. Aquel era un trato que podía aceptar.

* * *

Verónica no estaba preparada para volver a su casa. Sin embargo, luego del llamado que había recibido, decidió abandonar la Mansión Vitraux y enfrentar sus demonios. Marcó un código de acceso en el panel empotrado en la puerta y atravesó el umbral del que había sido su hogar con la garganta hecha un nudo y el corazón ausente. En su cerebro no habían pasado más que un par de horas desde que había dejado aquel sitio; en la realidad, había transcurrido casi un año. Once meses atrás, recluida en el cuarto seguro de su vestidor y con Cora a resguardo, la gente que iba tras Lao Lencke había vulnerado el refugio, le había disparado y se había llevado a la niña. ¿Qué había ocurrido? Las imágenes desfilaban por su cabeza con la velocidad de una película de acción, aquellas escenas inconexas parecían no respetar orden cronológico o sentido alguno. *Flashes* absurdos, fotografías de momias egipcias, luces blancas, escarabajos azules. Aquel escenario dantesco le traía los recuerdos más oscuros y, aunque se había entrenado para olvidar, en esa oportunidad debía recordar. La voz de Lao al hablar sobre Cora asaltó sus recuerdos. No lograba identificar qué le había dicho, pero tenía la certeza de que le había hablado de la pequeña. La memoria era tan confusa...

Así, cuando escuchó el crujido de la cerradura detrás de sí y estuvo segura de que la puerta estaba cerrada, giró, enfrentó el cuadro blanco de la pared y cambió el código de acceso. Luego se quitó las zapatillas que llevaba y que, reconocía, eran de Ana y terminó de desvestirse a medida que avanzaba por la vivienda.

La casa se mantenía intacta, no había indicio alguno de aquel día fatídico. La puerta del vestidor —que en realidad no era otra cosa que una habitación segura— había sido reemplazada, las alfombras eran nuevas y las paredes parecían recién pintadas. La agencia se había ocupado de la limpieza de la escena a tal punto que nadie jamás pudiera siquiera sospechar que allí alguien casi había muerto. Como en trance, caminó hasta la cama, blanca, impoluta, con los almohadones dispuestos como ella acostumbraba, y se mantuvo frente al lecho unos segundos. Estaba tratando de ordenarse, de ubicar sus ideas. La cabeza le decía que había estado allí horas atrás, con Román Benegas, con Cora Lencke dormida en el cuarto contiguo y la vida más o menos armada..., pero no, no había sido así.

Cansada, se dejó caer sobre el colchón y respiró profundo. Sus ojos se clavaron en el techo y, como si no quisiera pensar, comenzó a contar los caireles de la araña antigua que coronaba esa *suite*. “Treinta y dos”, pensó. Luego recorrió los detalles de estuco blanco que rodeaban la base

desde donde la luminaria colgaba. Con estilo francés y de un gusto soberbio, aquella lámpara que había pertenecido a su bisabuela la había alumbrado, de manera paradójica, durante las horas más oscuras. Cerró los ojos un instante. Sabía lo que tenía que hacer, solo le faltaba valor.

Continuó sobre el lecho, con la mirada puesta en el candelabro y el pensamiento en la tarde en que el comisario Zapiola había ido a buscarla y ella estaba cuidando a la bebita Lencke. En ese instante, un Benegas efusivo había entrado sin ver al policía y le había estampado un beso asesino, lo que había hecho que los ojos de Zapiola se volvieran hielo, y la mirada de Román –al ver que el comisario estaba en casa de Ávalos–, fuego. Jamás en la vida habría imaginado ser partícipe de una escena semejante.

Con su primer marido, Román Benegas, no llevaba una buena relación desde que, días antes de que se cumplieran los seis meses de casados, la había abandonado en una isla del Caribe porque lo habían nombrado director general de Interpol. Ambos sabían que aquel cargo y el matrimonio eran por completo incompatibles, y así, sin pestañear, en una habitación de algún hotel cinco estrellas donde habían ido a pasar unos días, él le había dicho: “Me han nombrado director mundial”. Verónica recordó que primero sintió alegría y luego, al ver que él tragaba saliva, el anticipo del trago amargo que vendría. Al principio pensó que se trataba de la culpa por terminar aquel viaje tan de improviso. Luego comprendió que Román era demasiado ambicioso y que nada ni nadie le iba a impedir concretar sus sueños. La agencia tenía un requisito puntual, indiscutible, excluyente para quien fuera designado director: no podía tener familia; ni mujer, ni pareja, ni hijos. Las vulnerabilidades en un puesto tan estratégico eran un factor decisivo. Así, Román Benegas la había abrazado fuerte, le había susurrado al oído que, pese a todo, la amaba, y se había ido de aquel paraíso caribeño para dejarla sola en el centro de una habitación de lujo y con un anillo de casamiento que relucía con la furia de lo que no iba a ser.

Lo había odiado. Lo había llorado a mares, ríos, océanos. Se había obligado a erradicarlo de su cabeza. Se había dedicado al trabajo y había colaborado cada vez más con Interpol. Al principio su puesto en la Policía Federal Argentina se llevaba la mayor cantidad de horas, pero luego las operaciones de Interpol a las que se había dedicado la habían absorbido y había tenido que decidir para quién quería emplearse. Y aunque Benegas era el director de la agencia, había obviado aquel detalle y se había embarcado de lleno en aquel mundo de investigaciones sofisticadas y complejas que la llevarían por los caminos más insospechados.

Ella, una expolicía con formación de médica, especialista en criminología forense, había llegado a ser cabeza de la Unidad de Delitos Culturales de Interpol. Y no había sido azaroso. Había buscado ese puesto, y la relación con Benegas la había favorecido, no lo podía negar. Si no hubiera tenido llegada directa a Román, nadie le habría dado aquella posición a una patóloga. Pero ella sabía muy bien qué era lo que buscaba y cómo lograrlo. Y Román Benegas, el hombre que le había roto el corazón en mil pedazos, había sido también el que le había permitido alcanzar ese objetivo.

En ese instante, que ya no sabía si su cargo seguía vigente o si la agencia le permitiría volver a trabajar de inmediato, y que las paredes de aquel departamento que en algún momento le había parecido inmenso la agobiaban, no lograba determinar cómo seguir, salvo por el paso que debía dar. Era consciente de que lo estaba dilatando, postergando, como si de aquella manera pudiera evitar enfrentarse con el pasado. Se incorporó en la cama y se quedó sentada allí, quieta, tan quieta y tan en silencio que podía escuchar el latir de su corazón. Observó el cuarto a su alrededor, y durante un momento le resultó tan ajeno e impersonal. ¿Dónde estaba aquella Verónica que había sido? Ella sabía. Y también sabía que había logrado apaciguar a las fieras del ayer con disciplina al enfocarse en el trabajo. Luego, cuando Benegas había irrumpido en su vida, la idea de formar un hogar había actuado como un bálsamo para su alma anestesiada. Durante un breve período de tiempo, había creído posible volver a tener una familia. Luego, aquel sueño se había escurrido como agua por alcantarilla.

Con las manos sujetas al acolchado blanco sobre el que se encontraba, respiró profundo y se obligó a ponerse de pie para después avanzar hacia el vestidor, adentrarse en él y cerrar las puertas que convertían aquel recinto en un cuarto seguro. De inmediato, los armarios repletos de ropa giraron y los paneles dejaron de albergar prendas de mujer para mutar en pantallas de alta definición y tecnología de punta. Recorrió el lugar. A simple vista todo parecía estar en su sitio, sin embargo, cuando quiso iniciar el sistema matriz, una voz que conocía emergió de los parlantes para inundarlo todo.

—Bienvenida, agente Ávalos.

Verónica no pudo evitar reír. La voz de Román Benegas estaba grabada en los comandos. Era evidente que, luego de los destrozos que habían ocasionado los matones de Franz Lauthen, el director de Interpol había dispuesto que reacondicionaran aquel refugio. Comenzó a investigar los dispositivos que reconocía y aquellos que distinguía como nuevos a medida que las palabras de su exmarido acompañaban esa excursión virtual.

—Este es su nuevo cuarto seguro. Como habrá podido apreciar, además de la contar con cerradura con lector de palma y reconocimiento biométrico de iris, una vez que ya ha entrado al recinto, puede deshabilitar la opción de ingreso desde afuera. Así la cerradura queda inhabilitada y resulta inviolable.

Verónica asintió como si de verdad estuviera hablando con Román. Sus ojos sobrevolaron el panel de comandos y durante un segundo se olvidó de que se encontraba en su vestidor y tuvo la sensación de estar inmersa en una de las cámaras de control de Interpol. La mano de Benegas se notaba en cada detalle, había dedicado recursos y esmero para reconstruir aquel búnker de seguridad que albergaba más de un secreto. Sin perder tiempo, apoyó la palma de la mano sobre el lector y sonrió al notar que se trataba de un sistema encriptado de 128 bits. Aquel sitio era imposible de ser *hackeado*. Por último, activó el inhibidor de señal del teléfono móvil para el departamento, excepto dentro de aquel cuarto. Iba a tener que agradecerle a Román aquel alarde de tecnología.

Luego de asegurarse de que la seguridad era inextricable, escribió un código en un pequeño lector disimulado en la pared y un panel se desplegó ante ella. Se acercó para que el lector biométrico reconociera su iris y repitió la frase que conocía de memoria. Cuando el dispositivo reconoció el registro vocal y la cadencia de su voz, la caja fuerte se abrió. Ante ella estaba el objeto que su padre le había legado momentos antes de morir y que podía revincularla con el pasado. Lo tomó sin pensar demasiado, lo metió en un bolsillo y desactivó el sistema de defensa del lugar para que volviera a ser lo que aparentemente era: un vestidor. Luego, dejó aquel escaparate de vestidos de fiesta y ropa casual y se embarcó en una misión que había decidido emprender un año atrás mientras la pequeña Cora Lencke dormía en sus brazos, ella observaba un noticiero sin sonido echada en la cama y su vida parecía desmoronarse porque Justo y Román la habían dejado. La misma decisión que había acabado torciendo su destino.

CAPÍTULO 6

Verónica atravesó el antiguo portal de madera y vidrio que franqueaba el paso de aquella construcción neoclásica de claro estilo británico, se ubicó frente al mostrador principal y pidió por el gerente del hotel. Enseguida, un hombre de más de setenta años se le acercó y se presentó como tal. Sin mediar palabra, la criminóloga le mostró un escarabajo turquesa tallado en piedra y con detalles color oro. El hombre la miró fijo, la estudió un momento, luego asintió y, sin más, la invitó a que lo siguiera.

Ávalos recordaba las instrucciones que su padre le había dado tantos años atrás. Si cerraba los ojos, incluso, podía recitar de memoria la perorata que le había soltado antes de entregarle aquel escarabajo pelotero: “Solo debés mostrarlo y las puertas se abrirán”. Y entonces, mientras avanzaba tras las bambalinas del hotel Claridge y el olor de la cera con la que lustraban aquellos muebles añosos le atravesaba las fosas nasales y la llevaba a recuerdos de la infancia, no podía dejar de pensar en que habría dado la vida con tal de no tener que hacer aquello que, sabía, la enfrentaría con el mayor de sus terrores. Respiró profundo y se obligó a hacer a un lado los recuerdos para concentrarse en el andar cansino del gerente del hotel, en su espalda apenas encorvada y en el sonido de los zapatos que repicaban contra el mármol níveo del suelo.

—Por aquí —indicó al emitir sonido por primera vez al tiempo que le mostraba lo que parecía ser un pequeño cuarto donde se acumulaban artículos de limpieza, escobas y aspiradoras.

Verónica atravesó aquella pequeña puerta con desconcierto, pero, acostumbrada a fachadas absurdas, no se asombró cuando el viejo esquivó los adminículos de higiene con gracia y se detuvo en un punto exacto para quedarse quieto, tan quieto que parecía haber dejado de respirar. Enseguida, casi como si se tratara de un parpadeo, una luz apenas violeta recorrió el cuerpo del hombre y, segundos después, dos paneles que parecían ser tan solo una pared se abrieron con elegancia, y la agente distinguió el acceso a un ascensor. El gerente le indicó que subiera; él, sin embargo, se quedó donde estaba. Así Ávalos se ubicó en el centro del habitáculo, clavó los ojos en la mirada acerada del hombre y no dejó de hacerlo hasta que los compartimentos volvieron a cerrarse. Luego, a solas en aquel recinto metálico, mientras el sonido de su respiración agitada le retumbaba en los oídos, consciente de que estaba descendiendo más de lo que podía imaginar, cerró los ojos un momento, inhaló hondo y, por primera vez en la vida, se entregó a una misión para la que no estaba preparada.

* * *

El comisario Zapiola se calzó el casco color negro y encendió la motocicleta. No tenía que ir a ningún lado, solo necesitaba girar por la ciudad sin rumbo cierto y sentir el viento contra el cuerpo. Se acomodó los guantes, que dejaban la punta de los dedos al descubierto, estiró las manos y las cerró varias veces para ajustarlos a su gusto y emprendió camino. La plaza Vicente López, justo frente a donde habitaba, parecía cobrar vida a aquellas horas de la noche. Cuando no salía, le gustaba sentarse frente al ventanal de su piso y observar el despliegue de gente que corría y perros que paseaban. Había magia en ese lugar, no sabía por qué, pero le gustaba observar ese baile sinuoso que parecía estar acompañado de una melodía que nadie podía escuchar. En ese momento, mientras avanzaba por la autopista al límite de la velocidad permitida y el sonido ambiente se perdía en el aire, lograba dejar de pensar y, aunque sonara paradójico, tomar las mejores decisiones. Inmerso en ese ruido blanco que le apaciguaba la cabeza y con las manos apretadas al volante, hizo un repaso de los anteriores meses. Había pasado la mayoría de los días encerrado en el hospital Fernández para velar por Verónica Ávalos, que le había roto el corazón en mil pedazos y a quien aún no había logrado ver. Sin reflexionar al respecto, descendió en la bajada de avenida del Libertador y enfiló hacia la casa de la agente. Necesitaba estar con ella, abrazarla, agradecer que hubiera despertado y volverse a ir. No podía olvidar que lo había traicionado y, si ahondaba en la memoria, creía hasta poder escuchar el momento exacto en que el alma le estallaba en mil pedazos al ver cómo Román Benegas la tomaba de la cintura, la atraía hacia él y la besaba con la seguridad de que aquella era una presa segura, su presa. Esa imagen seguía atormentándolo. Se obligó a apartarla de la memoria, pero no podía, lo corroía con lentitud. Masculló unas palabrotas por lo bajo y desechó la idea de ir en su búsqueda; no estaba listo para verla, no todavía.

Dio la vuelta y retomó la avenida Lugones; volvía a su hogar.

* * *

Las puertas del ascensor se abrieron con languidez. Verónica observó cómo una oficina monumental se desplegaba detrás de aquellas planchas que se deslizaban con parsimonia: pantallas planas que monitoreaban distintos sitios del mundo y espacios vidriados que parecían pequeños laboratorios de investigación. Gente de lo más diversa iba y venía por pasillos que se asemejaban más a un laberinto que a lo que ella habría imaginado como una sociedad secreta.

—Agente Ávalos —la llamó un hombre que arañaba los sesenta, de pelo blanco, y que llevaba una remera gris oscura con el estampado de una tapa de algún disco de Megadeth. Sus brazos parecían el yin y el yang: uno estaba tatuado por completo, el otro, impoluto—. Soy Manuel Elizalde —se presentó, y extendió una mano. Ella la estrechó con seguridad—. Bienvenida a Ibis.

La agente de Interpol avanzó unos pasos y observó su alrededor. Acostumbrada a oficinas subterráneas y clubes de barrio que eran fachadas perfectas para sedes de contraespionaje, había pensado que nada más podía quitarle el aliento; sin embargo, de súbito notó que había dejado de respirar.

—Ibis... —murmuró atónita al tiempo que, con los ojos, seguía un *drone* que sobrevolaba el lugar como si se tratara de un campo a cielo abierto—, el ave sagrada del dios egipcio Thot —agregó. Elizalde asintió—. Se le atribuía el poder de exterminar a las fuerzas del mal.

—Usted es digna hija de Francisco —elogió el hombre—. Su padre le enseñó bien.

Verónica casi había olvidado la presencia de su anfitrión. Giró sobre sí misma y lo miró a los ojos. Aquel tipo parecía más joven de lo que en realidad era, y durante un segundo tuvo que reordenar las ideas para ubicarse en tiempo y espacio. Estaba bajo el emblemático hotel Claridge de la Ciudad de Buenos Aires, en una suerte de oficina central de inteligencia con tecnología que jamás había visto.

—¿Quiénes son ustedes? ¿En qué estaba metido mi padre? —Porque, si bien conocía la existencia de Ibis, no esperaba algo tan sofisticado.

Elizalde sonrió. Había pasado por aquella situación, intuía el desconcierto que esa mujer estaba experimentando, él mismo lo había sentido tantos años atrás, la primera vez que había atravesado aquel mismo umbral.

* * *

Agustín Riglos cruzó el portal de Centauro y sonrió. Por delante se encontraba la editorial que manejaba hacía algunos años y amaba. En sus brazos estaba una pequeña niña que sonreía y movía las manos, feliz ante cada persona que la saludaba. Desde hacía poco más de once meses, Cora Lencke había entrado a la vida de Riglos por casualidad y la había dado vuelta por completo. En ese instante, un sábado por la mañana, cuando se suponía que debía estar disfrutando de dos horas de natación con ella, ingresaba a su oficina por el imprevisto llamado de Nadia Calderón. Aquella mujer, que había sido directora de una importante revista y entonces se dedicaba a la consultoría editorial, le había pedido una reunión. No había terminado de estacionar frente al gimnasio para padres e hijos cuando, en la pantalla del automóvil, había aparecido el llamado de Santino Benedetti, un amigo de años que, además, era pareja de Nadia.

—¿Cómo andas, Santino? Tanto tiempo —dijo Riglos mientras terminaba de desabrocharse el cinturón de seguridad.

—Agustín —respondió, y el tono de voz del empresario alertó—, necesito que nos veamos hoy.

—¿Estás bien?

—Sí, pero necesito verte. Necesitamos verte —aclaró—. Nadia y yo podríamos estar en Centauro dentro de quince minutos. Es importante.

—Voy para allá —contestó de inmediato mientras se volvía a ajustar el cinturón y observaba en el espejo retrovisor cómo Cora jugaba con un peluche que acostumbraba a tener en el auto.

Mientras atravesaba el umbral de aquella oficina, con la niña en brazos y a la espera de la reunión, intentó descifrar de qué se trataría aquel imprevisto encuentro, pero no le dio demasiado tiempo a pensar, pues enseguida Santino y Nadia ingresaron en su despacho.

—Agustín —dijo Benedetti sorprendido al ver al director editorial de Centauro con una niña en brazos—, no sabía que Ana y vos habían tenido una hija —añadió sonriente.

—Es nuestra sobrina —respondió Riglos, que no podía entrar en detalles sobre Cora y su origen—. Pasen —agregó luego mientras estrechaba la mano de Santino y besaba en la mejilla a Nadia.

Una vez estuvieron sentados unos frente a otro, Nadia empezó a hablar.

—Te habrá resultado extraño nuestro llamado.

Riglos asintió.

—Fui yo el que le sugerí a Nadia venir a verte —aclaró Santino—. Me parece que sos la persona indicada para pedirle ayuda.

—¿Qué pasó? —quiso saber Agustín al tiempo que se inclinaba hacia adelante y observaba con atención a su amigo, que, aun con lo calmo que se mostraba, dejaba entrever cierto nerviosismo.

Nadia Calderón era una mujer fuerte, bella por donde se la mirara, inteligente y audaz. Había llegado muy lejos en el mundo editorial, se la conocía como una de las trabajadoras más decididas y valientes del mercado, y se había convertido en un referente literario de tal renombre y prestigio que había creado una consultora de primera línea. Con la prestancia y la elegancia que la caracterizaban, se plantaba frente a él en busca de ¿consejo?

—Sabés que soy espeleóloga, que hace años que me gusta descender a cuevas subterráneas y...

—Sí —respondió Agustín, que más de una vez le había pedido a Santino que le relatara la historia del collar de esmeraldas que Nadia había encontrado en las entrañas de la tierra.

—Ese deporte no solo me ha llevado a encontrar piezas de arte, también me ha dado grandes amigos. —La mujer hizo una pausa—. Uno de esos amigos desapareció hace muchos años.

—No entiendo cómo puedo ayudarlos —interrumpió Agustín en tanto observaba de reojo a la niña a su lado.

—Hoy recibí esto —respondió Nadia, y le entregó a Riglos un pequeño paquete color madera. Agustín estiró la mano y desenvolvió el objeto. Durante un segundo se quedó en silencio, luego levantó los ojos y los clavó en Nadia.

—Un escarabajo pelotero.

—No es cualquier escarabajo —arguyó ella—. Esa pieza perteneció a mi amigo, y él no se separaba de ese amuleto jamás. Es una reliquia única.

—¿Cómo lo recibiste? —quiso saber Agustín.

—Mensajería, pero la moto que lo trajo no es de ninguna de las conocidas.

Riglos se puso de pie al tiempo que se llevaba una mano a la cabeza y se revolvía el cabello con desconcierto. Se permitió dejar vagar la mirada en el Río de la Plata tras el ventanal del despacho.

—¿Cuál era el nombre de tu amigo, el que desapareció? —inquirió Agustín, que anticipaba que la respuesta no le iba a gustar.

—Tomás Ávalos.

* * *

Ana Beltrán volvió a su despacho y se dejó caer sobre un gran sofá que miraba a una amplia ventana. Detrás del ventanal, el verde de Mesa de Piedra parecía fundirse en el infinito. La tarde empezaba a caer y, ese momento, ese punto exacto en que el sol se ponía, era de sus preferidos. Había magia en ese instante en el que la luz empezaba a desaparecer y la penumbra avanzaba lenta sobre el firmamento. Y, aunque sus ojos se perdían en ese parque inmenso, en la cabeza no dejaba de darle vueltas a la conversación que había tenido con Verónica. ¿Debía mantener su palabra y no revelar lo que sabía? Si algo le pasaba a Ávalos, no se lo perdonaría jamás, pero, si la traicionaba, Verónica no lo olvidaría. Debía tomar una decisión, no había tiempo para perder.

* * *

Agustín divisó la sede de Interpol en San Isidro apenas dobló en la calle 25 de mayo. Sin necesidad de identificarse, un escáner digitalizó su vehículo y luego chequeó el patrón biométrico de sus pupilas. Sin más, las rejas de aquella inaudita fortaleza de tecnología de última generación se abrieron ante él. Luego de cerrarse, el automóvil comenzó a descender a las entrañas del partido de San Isidro.

Cuando bajó del coche con Cora en brazos, Román Benegas lo esperaba asombrado. Hacía demasiado tiempo que Riglos no iba a aquellas oficinas.

—Tomás Ávalos —dijo el exagente Cero a su amigo. Benegas enarcó una ceja para evidenciar desconcierto—, el hermano de Verónica —aclaró el hombre que llevaba a la niña en brazos—, desapareció hace muchos años. Necesito que uses tus accesos, veamos todo lo que tenemos sobre este sujeto.

—¿De dónde sacaste el dato? ¿Ana?

Riglos negó con la cabeza.

—Con Ana voy a hablar dentro de un rato, ella sabe más de lo que dice.

—La está protegiendo —murmuró el director de Interpol—, me lo dijo.

—No le está haciendo un favor. Sea lo que sea, tiene que decirnos lo que sabe. Por lo pronto, lo que sí sé es que el hermano de Verónica era muy amigo de Nadia Calderón. Hoy me llamó y vino a verme con Santino.

—Nunca logré que Nadia cayera en mis redes —confesó Benegas taciturno.

—Nadia es demasiado inteligente y por demás sabia, no caería con una trampa como vos.

Román sonrió.

—¿Para que fueron a verte? ¿Qué te dijeron?

Agustín, que acababa de notar que Cora se había dormido en su hombro, la apoyó sobre el sofá de la oficina de Román y la tapó con la chaqueta. Acomodó luego un almohadón junto a ella para evitar que rodara al suelo y se sentó frente al escritorio de su amigo.

—No es tanto lo que me contaron...

Benegas, que ya se había ubicado ante Riglos, dejó entrever un desconcierto.

—Sino lo que me dieron.

Así, Agustín sacó del bolsillo un sobre color madera y se lo entregó al jefe de Interpol, que, al extraer el objeto que ocultaba ese papel algo gastado, tuvo que mirar con atención para entender de qué se trataba. Luego, levantó la vista y la clavó en Agustín.

—¿Un escarabajo?

—Sí —afirmó el agente Cero.

—Putos escarabajos...

—Necesitamos de todos los recursos disponibles de Interpol, hay un misterio muy grande relacionado con Verónica.

—Nunca me dijo que tenía un hermano.

—Román —respondió Agustín, seguro de lo que afirmaba—, me atrevo a decir que hay mucho que ella no te contó.

* * *

Verónica ingresó a la oficina de Manuel Elizalde y, mientras se ubicaba en el asiento frente a él, observó en detalle los elementos que la rodeaban. El cubículo de vidrio albergaba un antiguo escritorio inglés que contrastaba de manera rotunda con la modernidad del sitio. Sobre él no había nada en absoluto, parecía ser el único objeto en el recinto. Sin embargo, y para sorpresa de la agente, Elizalde apoyó la mano derecha sobre la madera y comenzó a escribir en un teclado virtual. De inmediato, las paredes vidriadas se esfumaron a negro para luego convertirse en inmensas pantallas. En cada una de ellas, podía verse el logo de Ibis.

—Somos una pequeña sociedad —explicó Elizalde mientras se reclinaba sobre el respaldo del sillón.

—¿“Pequeña sociedad”? —inquirió la agente incrédula.

Manuel sonrió.

—Pequeñísima y anónima. De hecho, no existimos.

—Pero yo estoy en una oficina que demuestra lo contrario —porfió.

El hombre asintió.

—Esta tecnología... —murmuró Verónica al tiempo que se ponía de pie y se acercaba a la pared de cristal devenida en pantalla.

—Tecnología militar. Aún no está disponible en el mercado.

—O sea que, además de ser una pequeñísima y anónima sociedad que no existe... —retomó, y entonces hizo una pausa—, también cuentan con acceso a... —dudó mientras buscaba la palabra exacta— beneficios muy exclusivos.

—Nuestros miembros son muy exclusivos —rarificó Elizalde para ir al punto que en verdad quería abordar.

—Mi padre fue un simple policía.

—No había nada de simple en Francisco Ávalos.

La agente de Interpol volvió a sentarse. Sin emitir sonido, se cruzó de piernas y esperó a que Elizalde hablara.

—Su padre fue uno de los miembros más importantes de Ibis. El día que supo que llegaba su final, le entregó su legado máspreciado. —Al ver que la mujer no hacía gesto alguno, el hombre aclaró—: El escarabajo de mármol.

—No es un simple adorno, ¿cierto?

—Es una llave —respondió Elizalde.

—¿Y qué es lo que abre?

El hombre observó la mirada desconcertada de Ávalos y recordó cuando él había pasado por lo que aquella mujer iba a atravesar en breve. La vida había dado un giro radical para él cuando había conocido Ibis.

—El pasado.

Verónica devolvió la mirada suspicaz de aquel hombre sin mediar palabra. No cabía duda de que ese sujeto conocía lo que ella había vivido. Tragó saliva. Las pasadas horas de su vida se habían transformado en una carrera contra la adrenalina y el vértigo.

Elizalde se incorporó con la clara intención de abandonar aquella oficina.

—Cuando estés lista —dijo al tiempo que le entregaba el escarabajo—, solo tenés que pasarlo por este lector.

—¿Qué se supone...?

—Verónica —la interrumpió—, pasalo por el lector. Yo estaré esperándote detrás de esa puerta cuando termines.

El sexagenario abandonó el recinto, y Ávalos se puso de pie, rodeó el escritorio y ocupó el asiento en el que antes había estado su acompañante. Sin embargo, en vez de escanear el objeto, tal como le habían indicado, se quedó en silencio mientras observaba el insecto de mármol turquesa con líneas doradas, tan suave al tacto que no daban ganas de soltarlo. Lo escrutó en detalle mientras las yemas de sus dedos lo acariciaban hasta volverse calientes y húmedas. Luego de un par de giros entre las manos, clavó la mirada en la reliquia y los recuerdos se le acumularon en la cabeza para atosigarla una vez más. Cerró los ojos y los apretó fuerte, tanto que le dolieron. Se obligó a abrirlos y a respirar con profundidad. Sin pensar más, apoyó el insecto de piedra sobre el lector.

* * *

Román levantó la mirada de la pantalla y, durante un segundo, no supo qué pensar. Agustín, al lado, no podía ocultar el asombro.

—¿Quién es Verónica? —preguntó Benegas con la voz carrasposa.

—Ana no debería habernos ocultado esto... —mascullo Riglos indignado—. Esas dos saben mucho más de lo que dicen.

—No entendés, Agustín —interrumpió el español al echar el cuerpo hacia el respaldo de la silla—. El expediente de Tomás Ávalos está encriptado. Soy el director mundial de Interpol, que yo no pueda acceder a un archivo significa una sola cosa.

—Es algo muy grande.

—Más que eso, es algo que la Dirección no quiere que yo sepa.

—¿La Dirección? —inquirió Riglos.

Román resopló y se llevó dos dedos al tabique de la nariz.

—“La Dirección” es el nombre que se le da a lo que está detrás de Interpol.

—¿Detrás?

—¿Quién creés que habilita las misiones de la Unidad Blanca? —Benegas se refería al escuadrón suicida en el que Agustín Riglos, también conocido como “Agente Cero”, había pasado largos meses mientras creía que su mujer, Ana Beltrán, estaba muerta y no escondida bajo un alias

en un programa de protección de testigos.

Riglos no respondió.

—Hay operaciones que no figuran en los registros, agentes que no existen, departamentos que llevan misiones ajenas a mi conocimiento. Todo eso lo maneja la Dirección, y el motivo es muy sencillo: si alguna entidad gubernamental o quien fuera me preguntara sobre esas gestiones, en mi carácter de cabeza de la agencia, no estaría mintiendo si dijera que tal cosa no existe.

—Esta Dirección... —interrumpió Riglos—, ¿quién la maneja?

—Si supiera, estaríamos los dos frente a él para hablar de este tema.

—Román —dijo Agustín—, nos conocemos hace mucho. —Había cierto reproche en el tono de su voz—. No podés decirme que no tenés manera de saber...

—Cero —respondió—, hay reglas no escritas que no se quiebran.

—Por favor. —Riglos levantó la voz—. Vos no respetaste una puta regla en tu vida.

El director de Interpol guardó silencio unos segundos, luego se incorporó y, en un gesto que le dio la razón a su amigo de toda la vida, dijo:

—Vamos.

* * *

La cara de Francisco Ávalos apareció en las paredes antes transparentes de aquella oficina, devenidas en pantallas gigantes. Verónica tragó saliva y apretó los puños al ver, después de tantos años, la imagen de su padre. Pequeñas lágrimas le asomaron por el rabillo de los ojos, pero las contuvo. Sonrió. De repente notó que había olvidado cómo el pelo blanco se le arremolinaba hacia la izquierda, cómo un ojo estaba apenas más cerrado que el otro y esa mueca tierna que él hacía con la boca cada vez que pausaba el habla. También se dio cuenta de que había olvidado el tono de su voz, grave, y la cadencia de su hablar, tranquila y clara. Ante ella se desplegaba la figura del comisario Francisco Ávalos, el hombre que la había criado como si hubiera sido su hija biológica.

—Cuando veas estas imágenes, querida mía —comenzó el hombre tras la cámara—, estarás en una situación que habría preferido que no atravesaras, hija mía.

Verónica se refregó un ojo, no quería llorar, pero hacía tanto que no escuchaba la voz de su padre; aquellas palabras le removieron hasta la última de las fibras más íntimas.

—Hemos pasado nuestra vida escondiéndonos del pasado, pero, como te dije alguna vez, en algún punto nos encuentra. Ha llegado la hora de que enfrentes tu destino, Verónica. De niña siempre supiste que había un secreto que nosotros, tu familia, guardábamos. Cuando llegaste a la adolescencia, descifraste el asunto, y nunca olvidaré el momento en que hablamos sobre tu historia. —Ávalos hizo una pausa—. Le prometí a tu madre que te cuidaría como si fueras mi hija. De hecho, has sido mi hija desde el momento en que te pusieron entre mis brazos. Esa noche de lluvia, tu madre me hizo jurar proteger tu identidad por sobre todas las cosas, y te cargué y tomaste mi dedo con tus manitas mínimas sin poder agarrarlo del todo. Ese día, supe que el destino te había traído a mí por alguna razón, pero, sobre todo, porque estabas destinada a ser mi hija. Para mí, querida Verónica, siempre lo serás, la niña de trenzas que jugaba a los detectives y resolvía casos policiales cuando no llegaba a los doce años.

Verónica dejó escapar una carcajada y luego tomó un pañuelo de papel que Elizalde había dejado, de manera estratégica, sobre el escritorio. Se secó las lágrimas y continuó frente a la pantalla.

—Siempre supimos que este momento iba a llegar. Te preparé toda la vida para saber cómo encararlo. Y aunque ya no esté y me dé pánico que tengas que atravesar esto sola, es hora de que enfrentes los demonios que te atosigan desde pequeña y recuperes tu identidad. Verónica Ávalos ha sido tu escudo durante demasiados años, es momento de revelar al mundo la verdad.

Pausó el video un momento y se recostó sobre el asiento, que rechinó apenas al inclinarse hacia atrás. Lo que su padre le estaba pidiendo era que dejara de ser la persona en la que se había convertido para reclamar una identidad que le era por completo ajena. Observó las facciones de Francisco en la pantalla. Temía seguir viendo aquella filmación. Respiró de nuevo, se incorporó y pulsó “avanzar”.

—He tratado de educarte para que fueras un ser de bien. Has superado mis expectativas, hija mía, te has convertido en una mujer noble e íntegra, tenés pasión por lo que haces. Veo mucho de tu madre en vos y también mucho de los demonios que arrastraba con ella. Es hora de que dejes de huir del pasado y lo enfrentes, Verónica, es hora.

La oficial observó cómo la pantalla volvía a negro y, mientras las palabras de su padre aún le rebotaban en la cabeza, volvió a encender el video y dejó que corriera. No escuchaba demasiado, estaba más concentrada en grabar a fuego cada una de las imágenes de Francisco allí en la pantalla. Y, casi como si se hubiera abstraído del mundo, recordó el momento exacto, un año atrás, cuando, acostada sobre la cama de su habitación con la pequeña Cora Lencke en brazos, había decidido que era tiempo de enfrentar su historia y cerrar las heridas abiertas. En ese instante, casi por azar, o no, estaba a punto de dar ese salto que tanto había temido, pero que, meses atrás, había decidido dar, obligada por su propia falta de códigos. Los dos hombres que había amado en la vida, los dos al mismo tiempo, habían decidido dejarla; ella, en cambio, había resuelto alejarse de todo e iniciar un viaje hacia el ayer que torcería su futuro. Ese viaje acababa de iniciar.

—Agente Ávalos —interrumpió Manuel Elizalde, que parecía haberse deslizado en la oficina sin que Verónica lo notara. Levantó la vista del escritorio y descubrió que las paredes de vidrio habían vuelto a ser transparentes—, vamos —continuó—, tengo que mostrarte algo más.

Verónica, aún aturdida por la grabación que acababa de ver, se incorporó con lentitud y, como una autómatas, siguió los pasos de su guía en aquel singular centro de inteligencia.

—¿Cómo conociste a mi padre? —quiso saber para tratar de ordenar las ideas. Notó que estaba cansada, que su cuerpo todavía no estaba preparado para tantas emociones, no después de casi un año en coma.

—Él era el alma de Ibis —respondió Elizalde al tiempo que detenía la marcha, giraba sobre sí y la miraba a los ojos. Luego, como quien ha realizado el mismo proceso infinitas veces, presionó el pulgar derecho sobre un lector biométrico, y una pared blanca dejó de serlo para virar a los colores más brillantes que Verónica jamás hubiera visto.

De manera súbita, el pico largo y curvado del ave egipcia apareció dibujado en el panel, pero no era una ilustración, sino que parecía cobrar definición, volumen, a medida que aquello que parecía una puerta empezaba a abrirse.

—Este es el corazón de Ibis —dijo Manuel, que, aunque hubiera contemplado cientos de veces cómo la muralla de acceso pasaba de ser una pared insulsa a una increíble obra de arte que parecía cobrar vida, relieve y entidad, no se cansaba de observar esa maravilla de la ingeniería. El tablero iba convirtiéndose en cubos que surgían de la nada para al final crear la forma del ave, que, además de resultar un espectáculo por demás bello, era un código de acceso encriptado que respondía a unos pocos con el permiso para abrirlo—. Tu padre fue quien estuvo a cargo de esta organización durante más de treinta años.

—Mi padre era comisario...

Elizalde sonrió e hizo un gesto para que atravesara el portal. La mujer lo siguió.

—Tu padre tenía una misión muy concreta y, cuando llegaste a sus brazos, esa misión se convirtió en su razón de vivir.

Verónica guardó silencio un momento. Manuel Elizalde estaba sugiriendo que conocía la verdad. Le sostuvo la mirada sin pestañear; no pensaba decir nada hasta no estar segura.

—Conocemos tu historia.

—¿Mi historia? —inquirió ella.

—Ibis no es una simple organización, se creó por una razón concreta: ser guardianes de la sabiduría más arcana. —El hombre detuvo su paso, giró cuarenta y cinco grados para quedar parado justo frente a ella y levantó apenas las manos en un gesto que invitaba a mirar a su

alrededor—. ¿Qué ves?

Ávalos apartó los ojos de los de Manuel y notó que estaba en una sala circular, que el portal de relieves geométricos que se había convertido en la figura del pájaro se había cerrado y que no parecía haber nada en torno a ellos.

—Nada.

—Y, sin embargo, aquí está todo.

Verónica giró sobre sí misma, sobrevoló con los ojos el suelo, el techo, las paredes blancas de aquella bóveda y, no sin desconcierto, se dispuso a hablar cuando una luz tenue, casi espectral, comenzó a iluminar el ambiente. A medida que avanzaba, aquel brillo dejaba ver el reflejo de distintos escritos sobre los muros.

—El Serapeum de Saqqara —pronunció Elizalde para informarle lo que se veía proyectado en las paredes.

—Es... Es como si estuviéramos dentro —murmuró atónita Verónica.

Manuel asintió, y las imágenes comenzaron a cambiar.

—Templo de Abu Simbel.

Columnas enormes invadieron el recinto. Verónica estiró una mano y tocó una de aquellas inmensas vigas con jeroglíficos grabados de punta a punta. Sus dedos atravesaron el holograma, y no pudo evitar una carcajada.

—¿Qué se supone...?

Otra vez el escenario se modificaba.

—El templo de Hathor en Dendera.

—El Zodíaco de Dendera —susurró Verónica, que no salía de su asombro al recordar que había visto expuesto en el Museo del Louvre la pieza que había sido extraída de aquel templo.

—Exacto —respondió Manuel mientras se cruzaba de brazos y sonreía—. Tu padre estuvo a cargo de esta gran arca de información durante tres décadas. —Verónica arqueó una ceja—. Somos guardianes de saberes que solo nuestra organización conoce.

—Abu Simbel y Saqqara están abiertos al público. Esto... —dijo al señalar a su alrededor— no es más que un holograma.

—Nada es lo que parece en Ibis. Esto es mucho más que una enorme biblioteca virtual o un archivo inmenso de conocimiento y sabiduría... Pero hablaremos de eso luego. Lo que en verdad quiero que veas —continuó a tiempo que la tomaba con suavidad del codo y la acompañaba hacia una de las paredes circulares— está detrás de esta puerta. —La miró a los ojos—. Tu llave —la guio.

Verónica, que sostenía entre sus manos el escarabajo que le había dado su padre, desplegó los dedos y volvió a mirarlo.

—Apoyalo sobre la pared —indicó.

Así, Verónica Ávalos tomó el objeto húmedo y caliente que reposaba en la palma de su mano y lo ubicó sobre el blanco impoluto del panel que se le indicaba.

CAPÍTULO 7

Cora Lencke acababa de cumplir dos años. Desde el día de su nacimiento, vivía a resguardo y en un estricto anonimato. En ese momento, mientras Ana la levantaba en brazos, dormida –luego de haberla buscado por la oficina de Román Benegas–, y la acostaba en la cuna, se detuvo en ese rostro pequeño, mullido, de piel tan suave que invitaba a acariciarla. Después de dejar vagar los dedos entre esos cabellos rubísimos e inclinarse a besarle la mejilla, no pudo evitar sentir miedo. Hacía un año que le habían otorgado la custodia temporaria de la niña. La hija del sicario de Interpol Lao Lencke, que él había dejado al cuidado de Román Benegas, hacía casi doce meses que estaba bajo su guardia y la de Agustín. Y ella ya la sentía como propia. Sabía que Agustín pensaba lo mismo, pero no evidenciaba ese sentimiento para no alentar una situación que, estaba claro, podía revertirse en cualquier momento.

Un año atrás, cuando Benegas le había pedido ayuda a Verónica Ávalos con la niña, ella se había negado, pero el español no le había dado opción. Cora estaba con la criminóloga en el momento en que había recibido los balazos. Ese mismo día en que Verónica se debatía entre la vida y la muerte, la bebé había desaparecido a manos de una organización nazi que, poco tiempo atrás, también había asesinado a la madre de Cora. La búsqueda, frenética, había resultado satisfactoria y habían logrado rescatarla. Pero ¿por qué una organización vinculada al nazismo buscaba a esa criatura? Benegas le había confesado que Lao Lencke no era el padre biológico de la niña, si bien la sentía como tal, y que la gente de Franz Lauthen –el alias de un criminal de guerra– la buscaba por un solo motivo: su ADN. ¿De quién era hija Cora? ¿Qué había en sus genes que tanto deseaba la farmacéutica Lauthen? Las preguntas eran tantas y las respuestas tan pocas que Ana sentía que se perdía en una nebulosa de incertidumbres.

Así, tras dejar a Cora en la habitación, se dirigió al escritorio. A lo largo del año anterior, mientras Verónica estaba en coma y ella se había hecho responsable de la niña, había comenzado a investigar a Lao Lencke, su pasado, sus orígenes. No obstante, la búsqueda resultaba un interminable círculo: siempre volvía al punto de inicio. Lao Lencke no existía, era el alias del que había sido el sicario estrella de Interpol. Había utilizado recursos de Mesa de Piedra, que contaba con tecnología de última generación, y había pedido ayuda a dos de los más experimentados piratas informáticos, a los que recurría para casos especiales, y nada. Lao Lencke no era más que un fantasma. Con respecto a la mujer que se había hecho pasar por Mérida Lencke, su pareja, era otro ser sin identidad cuyos datos genéticos no estaban registrados en ningún banco. Sin embargo, no se daba por vencida. Sentada sobre la silla tras la mesa de trabajo, giró y dejó que sus ojos se perdieran detrás del inmenso ventanal que daba al Jardín Botánico. Las luces de la noche y los automóviles que iban y venían parpadeaban sigilosos en tanto interrumpían apenas la penumbra. Podría haberse quedado mirando aquel paisaje durante horas, pero no tenía la cabeza allí, estaba

rePASando el pasado de Verónica. Había creído que había enterrado ese recuerdo, pero había retornado para quedarse. Si cerraba los ojos, aún podía sentir el olor a formol de la morgue la tarde en que habían ido a reconocer el cuerpo de quien suponían que era el medio hermano de Verónica, Herbert. No lo era. Ese mismo día, tras salir de aquel lugar, Ávalos había ido al hospital a ver a su padre, que agonizaba. Esa noche, su amiga había perdido lo que le quedaba de familia y, al salir de aquel sanatorio, no era la misma de antes. Una tristeza insondable había anidado en la profundidad de su alma para quedarse.

No habían vuelto a hablar sobre esa noche, Ávalos había sido lapidaria: “Mi pasado queda acá, Ana –había dicho–. Mi familia ahora sos vos”. Y así habían dado por concluido el tema. Ana sabía de ausencias, de hogares rotos, como Verónica, quien también había perdido a su madre de niña, y entendía lo que era criarse con un padre que no dejaba de trabajar. Y fue entonces que un recuerdo le atravesó la cabeza.

Estaban en el jardín de la mansión Beltrán, no tendrían más que ocho o nueve años, y las dos jugaban con masa de colores en la galería. Matilde –quien en ese entonces no parecía más que un ama de llaves– les había llevado leche chocolatada tibia y galletitas. Emerio Beltrán y Francisco Ávalos caminaban por allí enfrascados en una conversación hermética. Habían dado la vuelta a la palmera que coronaba el parque más de una docena de veces, algo traían entre manos, y entonces, a la distancia, Ana no pudo evitar preguntarse qué unía a esos dos hombres. ¿Qué tenían en común el comisario general de la república y el número uno de los medios gráficos del país, que empezaba a crear lo que luego sería la corporación de multimedios más grande de Latinoamérica? No recordaba al comisario en las fiestas que organizaba su padre, ni en eventos familiares; sin embargo, cuando las veladas no eran sociales, él estaba. Más allá de que Verónica y ella habían ido juntas al colegio, había un vínculo anterior. Tenía la certeza de que Emerio y Francisco no se habían conocido en las reuniones de padres del Colegio de Todos los Santos, sino que acarreaban en su haber una historia que los trascendía y en la que no había reparado –o siquiera pensado sobre eso– hasta ese momento. Debía convencer a Verónica para que confiara en Agustín, Román y Justo para contarles sobre aquel pasado. Debía darle un plazo: si no hablaba, ella revelaría la verdad y todo lo que sabía.

El recuerdo de la sala del Ambrosetti la estremeció. Esas cuarenta y dos estatuas dispuestas de manera precisa, el rugir de los escarabajos al emerger del interior de las figuras... Se incorporó en la silla, volvió a hacerla girar y enfrentó la *laptop*. Sin dudar accedió a la base de datos de Mesa de Piedra y escribió en el buscador “Juicio de Osiris”. Si existía un caso policial en el que algún dato estuviera vinculado aunque fuera de manera remota al escenario dispuesto en el Museo Etnográfico, ella iba a encontrarlo. No sabía si sería de utilidad o no, pero por algún lado tenía que empezar.

* * *

Verónica apoyó el escarabajo sobre la pared, y un lector escaneó algún tipo de código grabado en la piedra, aunque imperceptible a los ojos. Otra vez, lo que parecía un muro sólido comenzó a separarse frente a ellos, entonces sin la magnificencia de la vez anterior y sin aquel despliegue artístico de figuras que convergían en la imagen del ave Ibis. Ese acceso, en contraposición, era austero y sencillo, pero no por eso menos elegante. Los paneles se deslizaron, uno hacia cada lado, con la cadencia rítmica de un reloj a cuerda y, cuando las compuertas tocaron ambos puntos opuestos y quedaron desplegadas en su totalidad, la agente Ávalos tuvo que contener la respiración. Giró la cabeza y volvió a encontrar la mirada de Elizalde, que asintió. No hacía falta explicar, ella entendía lo que estaba viendo.

—*Hor-em-akhet* —susurró Verónica.

—Tu padre te enseñó bien —respondió Manuel—. Esta es la réplica holográfica de la esfinge de setenta y tres metros de largo por veinte de alto que los egipcios llamaban “Horus en el horizonte”.

—El custodio silencioso de las pirámides de Guiza.

Elizalde volvió a afirmar con la cabeza.

—Estamos ubicados bajo lo que sería la pata derecha. —Verónica arqueó una ceja—. Es una de las cuatro cavidades que tu hermano detectó en el coloso.

Un silencio tenso se adueñó del ambiente. La criminóloga tragó saliva sin saber si estaba lista para saber más. Elizalde no le dio tiempo, pues continuó hablando.

—Estábamos en esta recámara cuando él desapareció. —De repente el holograma en el que se encontraban inmersos cambió y se transformó en una sala subterránea.

—¿Conociste a mi hermano?

—Tomás y yo hicimos juntos la carrera de Arqueología. La noche que lo perdimos, estábamos registrando este material, la última parte... Lo buscamos durante semanas.

Verónica avanzó un poco más dentro del recinto. El escenario resultaba tan real que estuvo tentada de tocar las paredes que la rodeaban.

—Los muros son virtuales —dijo Elizalde—, pero el contenido de la sala es real.

Ávalos tardó un segundo en asimilar esa información.

—¿El archivo secreto? —preguntó en un hilo de voz.

El arqueólogo asintió.

Una emoción profunda, desconcertante, arrasadora y ajena la sorprendió. Tomás Ávalos había dedicado su vida a la búsqueda de lo que él llamaba “el archivo secreto” de la pirámide de Guiza. Y lo había encontrado. No pudo evitar sonreír. Si bien Tomás era varios años mayor que ella y solo habían compartido veinte, recordaba esa época como la mejor de su vida. No compartían la misma sangre, pero durante ese tiempo habían sido los mejores hermanos. Las charlas sobre el antiguo Egipto, el misterioso mundo de la arqueología en el que la había introducido... Escuchar que había encontrado lo que buscaba...

—¿Puedo verlo? —preguntó con un nudo de emoción en la garganta.

El hombre a su lado asintió. Con un movimiento de cabeza, le indicó que lo siguiera, y ella así lo hizo, embelesada por el entorno, por aquella tecnología inimaginable que le hacía sentir que de verdad estaba en una antecámara de la esfinge, delante de las famosas pirámides. Tuvo que volver a tocar las paredes grabadas de jeroglíficos para asegurarse de que se trataba de una realidad simulada. Elizalde sonrió cuando la vio.

—Es demasiado real —arguyó ella, todavía asombrada.

—Muy. Estamos muy avanzados en este campo.

Manuel se detuvo frente a lo que parecía ser la bóveda de un banco, una inmensa pared que, de punta a punta, mostraba cajas de seguridad ordenadas de manera alfabética. Sin preámbulo alguno, el arqueólogo apoyó la mano sobre una de ellas, que enseguida se abrió. Ávalos se acercó y observó el contenido del cofre. Dentro de un vidrio, preservado de bacterias o agentes externos, pudo ver un papiro tan antiguo que alguna de sus partes había perdido el color original, pero, para su sorpresa, conservaba en su gran mayoría los tintes brillantes que sus creadores le habían dado. Era tal la belleza de aquel manuscrito que podría haberse quedado observándolo durante horas.

—El Juicio de Osiris —murmuró extasiada.

—El descubrimiento de tu hermano ha sido histórico. Ha arrojado luz sobre temas que desconocíamos por completo.

—Pero ¿por qué el mundo ignora este hallazgo?

—Hay muchos intereses en juego. En su momento preferimos preservarlo y estudiarlo cuánto más pudiéramos para luego...

—Tomás desapreció en el 2003, han pasado más de quince años.

—Sé que es mucho tiempo, pero tu hermano no encontró solo un archivo magnífico.

—No entiendo.

—Encontró mucho más que información invaluable de la vida diaria de los egipcios y sus costumbres, que además se encuentra en un estado de conservación asombroso. Halló algo único, desconocido por nosotros. —Hizo una pausa—. Descubrió un mapa muy particular.

—¿Particular?

—Tu hermano encontró el mapa que indica dónde están enterradas las setenta y ocho tablas de oro que componen el Libro de Thot.

Verónica levantó los ojos del papiro y los dirigió de nuevo hacia su interlocutor.

—El Libro de los Muertos.

—No cualquier Libro de los Muertos —agregó Elizalde—. *El* Libro de los Muertos. No se trata de un rollo más, como los ejemplares que hay en el Louvre o en el British; este mapa habla de las piezas originales, de la obra del mismísimo Thot grabada en oro. Son setenta y ocho partes que componen el libro de sortilegios más arcano y poderoso del que se ha escuchado hablar.

—¿Y dónde...?

—No lo sabemos. La noche que Tomás desapareció, el mapa se fue con él.

* * *

Guiza, Egipto, 2003.

Tomás Ávalos levantó la mirada y, aunque el sol lo cegó durante un momento, no evitó que pudiera observar la gran esfinge frente a las pirámides en su máximo esplendor. Alzó la mano derecha y la colocó sobre los ojos para contrarrestar el reflejo, luego se detuvo en el polvo que flotaba alrededor de la piedra caliza de aquella meseta sobre la que se había esculpido y repasó una vez más los pasos a seguir. Había entregado los últimos tres años de su vida a aquel proyecto y había soñado siempre con dedicarse a la egiptología. Amaba su trabajo y, desde hacía poco más de un mes, había concretado lo que jamás habría imaginado: ubicar la cámara secreta donde se encontraba el archivo más importante de los misterios de Thot. Grandes investigadores de la historia aseguraban que la esfinge custodiaba los grandes secretos de la humanidad. Tomás jamás iba a olvidar el día en que se había cruzado con la teoría de Dubecki, un sismólogo y geofísico de renombre de fines del siglo diecinueve. El erudito, junto con el geólogo de la Universidad de Boston Robert Shoch, había afirmado haber localizado anomalías y cavidades en la roca madre, entre las patas del león y a lo largo de los lados del cuerpo.

Aquel hallazgo había desatado un mundo de incógnitas en él, que, de inmediato, se había puesto en contacto con la reputada arqueóloga argentina Aurora Moreno. La mujer, que lo había recibido en su hogar, lo había escuchado con atención, había estudiado la investigación en detalle y le había dado consejo.

—Los egipcios esconden un mundo de secretos —había dicho mientras le servía una taza de té que parecía humear al compás de alguna melodía que solo ellos podían escuchar—. Deberías contactarte con uno de mis colegas. —Aurora se había incorporado, había buscado un anotador entre los cajones del escritorio y había garabateado algo en un papel que luego le había entregado—. Es un egiptólogo, llámalo de mi parte. Es la persona con la que tenés que hablar.

Y en ese momento, frente a la gran esfinge, dos años después de aquella conversación, había encontrado lo que tanto buscaba: el archivo perdido de Thot. Pero lo que contenía, lo que se ocultaba dentro de aquel recinto... Un sinsabor se alojó en el fondo de su boca, y una arcada, casi una náusea, se apropió de su cuerpo. Debió respirar profundo para volver a su eje. Tenía que tomar una decisión, lo que resguardaba ese recinto no debía salir de allí. En un momento había pensado en destruirlo, pero violentar aquella arca de conocimiento estaba fuera de discusión. La idea había ocupado su cerebro durante varias horas en tanto se debatía entre el deber profesional y la lealtad hacia su familia.

—¿No pensás entrar?

La voz grave de Manuel Elizalde lo devolvió a la realidad. Aquel hombre no tenía idea del dilema que inundaba su cabeza y no pensaba discutirlo con él, no porque su opinión no le resultara valiosa, que de hecho lo era y le habría sido de suma utilidad, sino, principalmente, por precaución. Había secretos que debía proteger, incluso con su propia vida.

CAPÍTULO 8

Nadia Calderón detuvo el automóvil frente al edificio que le pertenecía y donde la que alguna vez había sido su revista mantenía su sede. Allí conservaba un *loft* de su época de soltera. Volver a aquel lugar siempre le daba alegría. Había vivido todo tipo de situaciones en aquellos extensos metros cuadrados, pero, sobre todo, momentos felices que atesoraría siempre en la memoria. En ese instante, sin embargo, regresaba al piso que utilizaba cuando debía escribir o hacerse un tiempo a solas en busca de los recuerdos del pasado, de un ayer que creía olvidado, pero que, desde hacía unos días, había retornado para irrumpir en la tranquilidad como un viento que arrasa.

Atravesó el portal y activó por comando de voz el equipo de música. De inmediato, la letra de *You are beautiful* de James Blunt inundó el lugar y la trasladó a aquella noche en la que Santino había ido a buscarla a ese mismo sitio, cuando su historia de amor recién empezaba. Sonrió. Ella nunca había sido tan ella misma desde que se había cruzado con Benedetti. Dejó que la melodía continuara su curso y se acercó al antiguo baúl que había traído de la casa de su padre tantos años atrás y que solía usar de mesa de apoyo y para guardar los recuerdos más preciados. Se sentó en el suelo, apartó la lámpara de vidrio y los libros de Taschen que reposaban sobre el cajón y, después de destrabar los cerrojos de bronce, empujó la tapa hacia arriba y el pasado se le presentó en forma de objetos. Cuadernos de la universidad, libros viejos, la primera credencial que la acreditaba como miembro del Club de Espeleólogos de Latinoamérica. Volvió a sonreír, pero no se detuvo en nimiedades, ella buscaba algo concreto. Continuó revolviendo y sacando cosas que no importaban en ese momento y, mientras, no podía dejar de pensar que, si cerraba los ojos, el color verde de los ojos de Tomás Ávalos se le aparecía de inmediato. Ese amigo entrañable del primer grupo de expediciones a cavernas subterráneas, aquel con quien había reído hasta que le dolía la panza, ese mismo que le había confesado que la amaba y a quien –con todo el dolor del mundo– había rechazado porque no lo quería de la manera que él deseaba. Ese gran hombre que había sido su amigo de alma y que había desaparecido de una misteriosa expedición en Egipto no era un ser humano común. Recién entonces, luego de haber recibido ese sobre sin remitente, empezaba a sospechar que había mucho por descubrir detrás de esa ausencia que nunca nadie había sabido explicar.

* * *

Ivette se observó las manos, dejó que la crema que había esparcido sobre ellas se absorbiera de a poco y luego levantó la mirada para encontrar su torso desnudo frente al espejo. Estaba vieja, tan vieja que no se reconocía. Las arrugas del rostro se habían convertido en pliegues obscenos que evidenciaban sus noventa y seis años, y el escrito desprolijo sobre sus pechos había desaparecido entre la piel caída y ajada. Pero, si levantaba su busto, aún podía leer “*Feld-Hure*”, “puta del campo”, y los recuerdos se le agolpaban en la memoria para torturarla.

—No sé por qué no te borras ese tatuaje —murmuró otra anciana mientras le entregaba una taza de té caliente—. Hoy con láser...

—Greta —respondió a su amiga con una cariñosa sonrisa—, hemos discutido este tema infinidad de veces. No voy a borrar mi historia.

Greta Werner murmuró algo por lo bajo y se sentó frente a Ivette. Se conocían desde jóvenes. Sus vidas se habían cruzado en las horas más oscuras, pero, aunque la gitana que desde hacía más de cinco décadas vivía en su casa no quisiera aceptarlo, le había salvado la vida.

—Hay cosas de las que tenemos que hablar y resolver, lo sabés —interrumpió Greta.

—Yo me voy a morir primero, no hace falta que me incluyas en tu testamento.

—No es eso —contestó la mujer rubia, vestida de manera impecable, mientras se acomodaba el anillo de matrimonio que, aunque viuda hacía tantos años, jamás se había quitado—. Creo que ya es el momento de que digas la verdad.

Ivette dejó la taza sobre la mesa de apoyo a su lado. Durante un instante dejó vagar la mirada en el blanco infinito detrás del magnífico ventanal de la mansión Werner y se detuvo un momento en una rama que se resquebrajaba por el peso de la nieve y caía sobre un suelo convertido en un mullido colchón de hielo.

—A nadie le importa ya la memoria de una vieja —murmuró algo cansada.

—La niña debe saber la verdad.

—La niña vivirá una buena vida, ya nos aseguramos de eso. Lauthen jamás...

—Lauthen está muerto.

La gitana despegó la vista del vidrio y atravesó con los ojos a su amiga. Luego, enarcó una ceja con evidente desconcierto y, sin decir palabra, la alentó a que continuara hablando.

—Tengo mis informantes —aclaró Werner—, lo sabés. Un tiro entre ceja y ceja. Precisión milimétrica.

Ivette no pudo evitar una mueca triste. Un sabor agrisado se le alojó en la boca. Había deseado tanto que el criminal de guerra muriera y, sin embargo, también lo había amado.

—Entonces, con Lauthen muerto, esta historia termina acá. No quiero que nadie sepa la verdad, ni que vinculen a esa niña con su pasado.

Greta Werner observó en silencio a su fiel compañera. No había maldad detrás de aquellos ojos color gris lavado, sino tristeza, una profunda añoranza por lo que no había podido ser, por promesas incumplidas, por la esperanza de una vida mejor.

—En el fondo siempre lo quisiste.

—No se puede querer a un asesino —respondió la gitana en tanto se incorporaba y avanzaba con agilidad hacia el ventanal—. Mérida debería haberse quedado en Segovia.

—Lo hecho, hecho está, Ivette.

—No sé por qué insistió en volver.

Greta guardó silencio. Mérida había regresado en busca de su madre, de la mujer que la había arrancado de sus tierras para alejarla lo más posible de su padre, y no había querido escuchar las advertencias de Ivette. “Franz Lauthen jamás debe saber de tu existencia. Si ese hombre descubre que un descendiente directo sigue vivo, se hará con él, serás presa de tu propio padre. No voy a dejar que te encuentre”, le había dicho una y mil veces a su hija cuando preguntaba por su progenitor. Le había contado todo: que Franz Lauthen era, en realidad, el coronel Von Strauss, un criminal de guerra nazi prófugo también conocido como “El Químico de Birkenau”. Le había revelado que era un ser diabólico que había dedicado sus días en el campo a la tortura de niños y a realizar experimentos comandados por su superior directo, Joseph Mengele. Incluso le había confesado que, en aquellos tiempos de guerra, una época desesperada, ella había sido su puta en la barraca veinticuatro de Auschwitz.

Ella, una gitana pobre pero lúcida, había conquistado el corazón de aquel asesino de masas y había logrado que la sacara de allí y la cargara como parte de su botín de guerra al escapar a la Argentina. Y durante muchos años había llevado una vida acomodada, era la amante de El Alemán, todos en el pueblo lo sabían, pero aquella calma aparente había durado lo que el matrimonio de Lauthen con Sara Müller. Cuando la mujer la había contactado para corroborar sus dudas —y de hecho a aquella gran dama nada le importaba si era o no la amante de su esposo, sino su verdadera identidad—, la debacle había sido inminente. El día que Sara había desaparecido, embarazada de tres meses, la vida de Ivette se había convertido en un calvario. Todas las noches Von Strauss pasaba por la casa que le pertenecía y donde Ivette vivía y hacía con ella lo que se le antojaba. De esos encuentros, habían resultado varios embarazos al final fallidos. Cada vez que perdía un niño, Lauthen se volvía más violento. No perdonaba a Sara por haberle robado a la pequeña que no conocería hasta años más tarde y no iba a dejar que nadie más le robara un hijo. Así, Mérida había llegado cuando ella creía que nunca más quedaría embarazada. Pasados apenas los cuarenta, en una de las tantas violaciones de Lauthen, Ivette había concebido a una niña. Al enterarse de su estado, luego de pasar los tres primeros meses sin que se notara, había

desaparecido de Bariloche. La primera parada había sido la casa de Sara Müller, quien para ese entonces ya tenía a su hija Aurora y estaba casada con un magnate del petróleo, Matías Aguilar. Los Aguilar se habían ocupado de todo: cambio de identidad, pasaportes falsos, un refugio seguro y dinero suficiente para que no tuviera que preocuparse por nada. Hasta que Lao Lencke apareció en la vida de Mérida y, la realidad como la conocían se esfumó para siempre.

* * *

Román Benegas estacionó el automóvil frente a la Quinta Pueyrredón, en San Isidro, y detuvo la marcha.

—Yo no puedo bajar —dijo de manera directa.

Agustín Riglos lo observó un momento al tiempo que se desabrochaba el cinturón de seguridad.

—Hay reglas no escritas, Cero —se explayó Román—. El director de Interpol no puede entrar a la Dirección, solo puedo decirte que es acá. Preguntá por Meyrelles, él está al tanto de la situación.

Riglos asintió antes de abandonar el coche y dirigirse hacia la casona colonial que coronaba la lomada de la barranca. A medida que avanzaba por la calle vacía y sentía el crujir de las hojas secas bajo la suela de los zapatos, notó cómo un hombre de unos cincuenta años se acercaba a la puerta y le indicaba, con un movimiento de cabeza, que lo siguiera. El desconocido era alto y llevaba un gabán oscuro y el pelo entrecano con un mechón completamente blanco al frente. Sin mediar palabra, Riglos siguió los pasos del silencioso guía y se dedicó a observar con atención el singular paisaje que lo rodeaba. Una casa de una blancura inmaculada perdida entre mucho verde no parecía ser el lugar indicado para una... ¿central de inteligencia? No sabía cómo categorizar a la Dirección, hasta apenas unas horas no sabía ni que existía y, de hecho, si alguien le hubiera preguntado, habría jurado que jamás había escuchado nombrar tal entidad.

—Es por acá —señaló el sujeto que iba dos pasos más adelante—. Lo están esperando —agregó al detenerse frente a una puerta que parecía anteceder a un garaje lateral del caserón.

Riglos agradeció el gesto con una inclinación de cabeza, y Meyrelles desapareció con sigilo. Así, el alguna vez conocido como agente Cero abrió la puerta y atravesó el portal ordinario sin ver otra cosa más que un garaje viejo, arrumbado de maderas, muebles rotos y un tractor para cortar el pasto. Pero, tal y como sabía, nada era lo que parecía en el mundo de los espías. Por eso avanzó con lentitud al tiempo que intentaba descifrar dónde estaba el acceso al sitio que, imaginaba, albergaba a la Dirección.

—No es lo que esperabas —dijo una voz de mujer a sus espaldas.

Riglos se dio vuelta y se encontró con una señora que no conocía, de unos setenta años, vestida de manera impecable y con una impronta que debía de robar el aliento a más de un pretendiente.

—Tampoco esperes un centro de inteligencia ultrasecreto escondido debajo de esta quinta histórica. —La mujer pudo distinguir un desconcierto en la mirada del antiguo espía—. Estamos acá porque es un lugar seguro, la Dirección no existe, esta conversación no tuvo lugar y, lo que te voy a entregar, lo vas a leer acá y me lo vas a devolver apenas lo termines.

Agustín atravesó con la mirada a la desconocida que se le plantaba con la certeza de quien sabe lo que está haciendo.

—Consideralo una cortesía profesional —agregó.

—¿Se puede saber por qué? —preguntó Riglos.

Ella sonrió. Había un aire de malicia en esos ojos verde intenso que parecían estudiarlo todo a su alrededor y que lo habían inspeccionado de pies a cabeza con la mirada de un lince a punto de atacar a su presa.

—Digamos que le debo mi vida a Benegas, y esas deudas —aclaró mientras se acercaba con un andar sugestivo— se pagan.

—No conozco tu nombre, Román no va a saber quién está pagando el favor que supo hacer.

—No hace falta saber mi nombre, Román se dará cuenta a la perfección de quién soy cuando le entregues esto. —La agente de la Dirección le ofreció una moneda de oro con el grabado de una mantis religiosa en uno de los lados y un número de serie en el otro.

Agustín enarcó una ceja, pero no emitió opinión. Estaba claro que Román Benegas ocultaba más de un secreto.

—Agente Cero —dijo por último la mujer—, tiene una hora. Lea el contenido de la carpeta.

El hombre observó cómo ella se daba vuelta y desaparecía tras el vano de la puerta. Luego, después de volver a mirar la singular moneda que le acababan de entregar, se la metió en el bolsillo, se sentó en una de las sillas viejas que parecía lo bastante fuerte para soportarlo y abrió el sobre. Dentro, estaba el expediente del arqueólogo Tomás Ávalos, a quien suponían desaparecido desde una tarde de abril de 2003 en la cámara secreta debajo de una de las patas de la pirámide de Guiza. A continuación, se relataba la verdad. A Agustín se le heló la sangre. Verónica tenía mucho que explicar.

* * *

Verónica Ávalos, frente a los cientos de bóvedas que albergaba ese recinto, retrocedió unos pasos para ver, en perspectiva, la totalidad del lugar.

—El mapa que encontró Tomás... —reflexionó en voz alta—, ¿llegaste a verlo?

Manuel asintió.

—No era un mapa común, eran demasiados jeroglíficos, había que descifrarlo. No llegamos a hacerlo, tu hermano desapareció antes.

Verónica guardó silencio. Elizalde había dicho que conocía el secreto que ella ocultaba, pero estaba claro que no sabía nada. Un instinto primario, personal y único disparó una alerta en su cerebro. Se mantuvo en calma, estaba entrenada para eso, aunque se daba cuenta de que había algo que el arqueólogo le estaba escondiendo. En ese instante notó que estaba dentro de una bóveda subterránea unos cuarenta metros bajo tierra y que nadie conocía su paradero. Su cuerpo no estaba preparado, aún, para responder a un ataque si lo hubiere en algún momento.

—Manuel —dijo ella, que usaba aquel nombre de pila por primera vez—, cuando mi padre murió, además del escarabajo...

—Sí —respondió veloz Elizalde—. Vamos, tenemos que bajar al último subsuelo para eso.

Ávalos asintió y siguió una vez más al arqueólogo, que se adentró de nuevo en aquel laberinto subterráneo bajo el hotel Claridge.

—¿Cómo conociste a mi papá? —quiso saber.

—De la misma manera que vos me conociste a mí. Mi padre, cuando murió, me dejó el escarabajo familiar.

—El escarabajo es la llave —reflexionó en voz alta.

Manuel asintió.

—Es lamentable que nuestros ancestros deban morir para que nosotros conozcamos Ibis —el arqueólogo se detuvo de repente—. ¿Por qué tardaste tanto en contactarte? Tu padre murió hace...

Verónica sonrió apenas, más por compromiso que por placer.

—No era el momento —respondió evasiva—. Necesito ver la caja —agregó por último.

El hombre asintió y la invitó a atravesar una puerta color bronce con molduras de cobre, una pieza de arte en sí misma que parecía haber sido extraída de un antiguo castillo medieval para ser puesta de manera caprichosa en medio de aquel templo tecnológico.

—Nadie es miembro de Ibis porque sí —adelantó el arqueólogo, y Verónica arqueó una ceja—. Cada uno de nosotros proviene de una familia que, durante generaciones, ha pasado de padres a hijos el derecho de acceso a esta organización. Somos pocos los que tenemos el privilegio de conocer este mundo.

—Hablás como si yo fuera miembro.

—Sos hija de Francisco Ávalos y su única descendiente, te entregó el escarabajo: sos miembro.

Estaba claro que Elizalde no conocía la historia de la criminóloga o, si en verdad lo hacía, lo disimulaba muy bien.

—¿Y si no quisiera serlo?

Manuel sonrió y, en ese gesto, Verónica adivinó un aire de condescendencia que le molestó. Había algo en ese hombre que no le gustaba, pero no terminaba de definir qué. Ocultaba algo, no sabía qué, pero estaba segura de que así era.

—Te propongo algo —dijo él—. Abrí la caja con el legado de tu padre, luego decidís si te sumás a Ibis o no.

Verónica lo miró de reojo. En aquel momento lo que menos le interesaba era aquella sociedad dedicada a no sabía bien qué. Ella estaba buscando otra cosa, ella necesitaba los datos para contactar a Tomás.

* * *

Nadia Calderón abandonó el *loft* para bajar luego a las oficinas de la revista que presidía como fundadora. Aquella visita, a diferencia de las que solía hacer, era más de carácter social. Quería ver a Patricio Sánchez, el director, y hacerle unas consultas respecto de un grupo empresario que había contratado sus servicios como consultora para una mejora de imagen en el mercado luego de algunos eventos desafortunados. Tenía entendido que el hombre detrás de aquel emprendimiento era conocido de Sánchez.

Al verla entrar, la recepcionista sonrió con gusto. Aquella mujer irradiaba seguridad donde quiera que fuera y, aún tantos años después de haber dejado de ir a diario a la editorial, se la apreciaba mucho.

—Nadia, que gusto verte —dijo la mujer que la recibió.

—Andrea, ¿cómo están tus cosas?, ¿los chicos?

—Grandes. Rodrigo se recibió de ingeniero, ¿podés creer?

—¿Ingeniero? ¿Ya? —Había sorpresa y satisfacción en su voz—. ¡Pero si ayer tenía tres años!

Ambas mujeres rieron.

—¡Yo digo lo mismo! No sé en qué momento dejaron de ser mis bebés.

Un hombre cerca de los cincuenta años, vestido con un traje impecable, irrumpió en la sala. A su lado estaba una reconocida exmodelo que hacía poco tiempo se había hecho cargo de la empresa familiar de transporte. Con la audacia que caracteriza a las mujeres valientes que Nadia tanto admiraba, había puesto a conducir aquellos vehículos a chicas que habían sido trabajadoras del cuerpo.

—Nadia —saludó Patricio con una sonrisa, y se acercó a su antigua socia para besarla con cariño—, no te esperaba.

—Hola. Perdón que me aparecí así, sé que las cosas sin planificación no son lo nuestro, pero tengo que hacerte una consulta. —Hizo una pausa para no ser descortés con la acompañante del director—. Camila Ocampo, ¿cierto? —dijo en tanto estiraba la mano hacia la rubia esbelta que estaba frente a ella. La mujer asintió sonriente—. Soy Nadia Calderón, Camila, y no sabés las ganas que tenía de conocer a la mujer que ha revolucionado el mundo del transporte en el país.

La mujer dejó escapar una carcajada tan sincera que Nadia sintió que se conocían desde siempre y que, aunque había más de quince años de diferencia entre una y otra, tenían algo en común, algo que compartían. La realidad era que ambas eran tenaces luchadoras, valientes emprendedoras que no dejaban que nada ni nadie las amedrentara.

—No me digas que vas a hacer una nota para la revista.

—Mejor —respondió ella, aún con la sonrisa en los labios—. Tu revista va a acompañarme a la gala del British Museum.

—¿La exposición de joyas antiguas? —preguntó Nadia entusiasmada—. ¡Yo presento una de las pasadas!

—Lo sé —respondió Camila—, sé que el collar de esmeraldas que encontraste en las cuevas subterráneas en Ecuador va a ser parte del desfile y que vos harás la presentación.

La editora sonrió. No pudo evitar recordar el día en que encontró aquel collar en las profundidades de una cueva que exploraba debido a su pasión por la espeleología. La reliquia había quedado a resguardo del Museo Histórico de Quito, donde la habían bautizado como “Maytanchi” en honor a la princesa inca que había sido su dueña. Luego, la ONU había convocado a los grandes museos y coleccionistas privados del mundo para que prestaran por única vez sus

joyas más antiguas y preciadas para realizar un evento en pos de recaudar dinero para las masivas olas migratorias que estaban dándose a lo largo y ancho del planeta. Ante tal empresa, habían sido pocos los que se habían negado. Así, el Louvre, el British, incluso el Vaticano y otros tantos custodios de la historia del mundo habían puesto a disposición sus tesoros más amados.

—Es por una gran causa —contestó Nadia, que estaba al tanto de ese evento que era tan conocido como la Gala del Met—. Pero... —dudó, sin lograr entender— no estaba esto en el plan editorial del año —dijo a modo de reproche a Patricio. Ella ya no era la directora de la revista, pero como presidenta fundadora estaba al tanto de cada publicación y, aunque le parecía una magnífica nota, no le gustaba improvisar.

—El grupo Sol Negro es uno de los auspiciantes del evento —interrumpió Patricio, y no hizo falta decir más para que Nadia comprendiera por dónde venía el vínculo. La gente de Sol Negro era el cliente que la había contratado. No había una gota de azar en ese asunto.

—Y El Chasqui Argentino —agregó Camila— es uno de los nuevos auspiciantes de la revista también. Hace tiempo que los leo, me gusta que no sea un catálogo de productos y me agrada mucho el contenido, Nadia. —Miró a la editora a los ojos—. Hay una nota tuya, ya tiene algunos años, pero resulta atemporal. Tu investigación sobre los glifosatos en los alimentos.

Sonrió. Cada vez le caía mejor Ocampo. Había mucho más que un cuerpo perfecto y una cara bonita en ella.

—En fin, los dejo —dijo la nueva socia antes de besar a Patricio y a Nadia en la mejilla y despedirse con calidez de la recepcionista—. Nos vemos en los próximos días para ultimar detalles —concluyó al mismo tiempo que se alejaba detrás de la puerta vidriada.

Nadia sonrió, la saludó con la mano y, al momento que desapareció de su campo visual giró, enfrentó a su antiguo socio y lo atravesó con la mirada.

—Explicame esto ya.

Patricio sonrió y la invitó a acompañarlo a su oficina.

—El marido de Camila, Bhric Neri Cameron, está manejando la fusión de la corporación Sol Negro con el conglomerado Skull. El dueño de Skull es Calavera Ordóñez. —Nadia hizo una mueca con la boca que evidenciaba desconcierto—. Ernesto —aclaró—, Ernesto Ordóñez. Y además de ser el nuevo dueño de Sol Negro, es quien te contrató para mejorar su imagen en el mercado.

—¿Qué relación tenés con Calavera Ordóñez? Ese es el motivo que me trajo hasta acá, básicamente.

—Somos bastante amigos —respondió Patricio—, y me llamó para verificar algunas referencias tuyas. Le parecían exageradas.

—Valgo cada centavo que le voy a cobrar.

—Eso mismo le dije yo —respondió entre risas—. El asunto es que, cuando Cala escuchó el cuento del collar de esmeraldas que encontraste, que además va a estar en el evento de la ONU, me comentó que la mujer de Bhric iba a desfilarse en el British. Una cosa llevó a la otra, la llamé para proponerle acompañarla con la revista, a ella le gustó... y acá estamos.

* * *

Agustín abandonó la Quinta Pueyrredón, caminó con cierta cadencia por la calle Roque Sáenz Peña y fue adentrándose por las callecitas adoquinadas de San Isidro hasta llegar al Club 300, la fachada perfecta para la sede de Interpol en Argentina. Allí, detrás de la apariencia de un club de *bridge* de alta sociedad, se escondía el centro de inteligencia más avanzado de Latinoamérica.

Cuando atravesó el umbral de aquel sitio, por más que lo había recorrido infinidad de veces, no dejó de asombrarse. Las oficinas subterráneas albergaban paredes cubiertas de pantallas que mostraban los alrededores, donde la gente iba y venía ajena al hecho de que era observada. A lo lejos, se divisaban los espacios de entrenamiento y las carreteras internas que iban por debajo de la catedral para ofrecer el anonimato perfecto y las vías de acceso a los operativos más sofisticados.

—Verónica tiene mucho que explicarnos —informó al tiempo que se sentaba frente a Román, que escribía algo en la *laptop*.

Al verlo, el director de Interpol levantó la mirada.

—¿Qué averiguaste?

—Tomás Ávalos no está muerto, cambió su identidad y no ha vuelto a estar en contacto con su familia, no desde el 2003.

—¿Programa de protección de testigos?

—No con exactitud.

Benegas arqueó una ceja con desconcierto.

—Tomás Ávalos es la mente detrás de Ibis.

Román apretó los puños. La organización Ibis siempre había sido un dolor de cabeza en el mundo de la contrainteligencia. Aquel grupo reducido, selecto y por completo hermético mantenía una jerarquía piramidal que transmitía el mando de generación en generación y tenía recursos

infinitos porque las familias que lo componían eran más poderosas que los miembros del Club Bildelberg. Durante años habían tratado de desarticularlo, pero sus raíces eran tan profundas y sus contactos tan poderosos que, hasta el momento, había resultado imposible. Para Benegas aquel asunto se había tornado en su talón de Aquiles, puesto que había participado en más de una docena de operativos que buscaban desarmar ese conglomerado de poder, ninguno satisfactorio. Se había jurado a sí mismo que no terminaría la carrera como agente hasta no lograr destruir ese centro secreto.

—Ibis es un aquelarre, no hay nada bueno en esa organización más que los recursos con los que cuentan.

—El archivo que leí recién dice que Francisco Ávalos, el padre de Verónica, fue cabeza de Ibis durante más de treinta años.

Benegas se puso de pie. ¿El padre de Verónica había estado a cargo de Ibis? ¿Quién era Verónica? Trataba de procesar toda aquella información mientras buscaba algún detalle, algún indicio en su memoria de algo que Verónica pudiera haber dicho al respecto.

—¿Creés que Verónica sabe?

—No sé hasta qué punto. —Riglos se llevó una mano a la cabeza y se revolvió el pelo castaño mientras trataba de ordenar los pensamientos—. Dudo de que sepa esto, pero seguro que algo sabe. Algo relacionado con la puesta del Ambrosetti, pero esto...

Agustín y Román cruzaron miradas un instante. El silencio decía mucho más de lo que podían verbalizar. Había un secreto muy oscuro detrás de la vida de Verónica Ávalos, un pasado que alguien —y en especial ella— se había ocupado de ocultar con precisión y esmero.

—¿Y Ana?

—Ana sabe lo mismo que Verónica —aseguró Riglos—. Las dos tienen claro quién está detrás de lo del Ambrosetti y están al tanto de mucho más de lo que dicen, pero sobre Ibis... no creo. Y con respecto a Tomás, no podría decirte que sí o que no. Tan solo no lo sé, y me desconcierta porque se supone que conozco a mi mujer.

Román, que con los años había aprendido que nada era lo que parecía en aquel mundo de intrigas y espionaje, respiró profundo y volvió sobre sus pasos hasta encontrar su escritorio y ubicarse detrás de él de nuevo.

—Todavía no la vi —dijo, en referencia a Verónica, en un tono de voz triste al tiempo que se dejaba caer sobre el sillón—. La vida pasa, y ella se me sigue escapando de las manos.

—Te recuerdo que te casaste con ella y, a los pocos meses, la abandonaste.

Benegas hizo una mueca triste y, con un movimiento de mano, le dio a entender a su amigo de toda la vida que no ahondara en ese tema.

—La peor decisión que tomé.

—Pero a cambio tenés esto. —Riglos extendió los brazos para abarcar la oficina—. Sos el director general de Interpol, llegaste a donde querías, sos el número uno de la organización policial más importante del mundo.

—Y estoy solo como una rata.

—Cada quien puede hacer lo que quiera, amigo —dijo Agustín—; lo que no puede es evitar las consecuencias.

—Vos y tus putas enseñanzas...

Un silencio se adueñó del lugar. Los dos agentes se encontraron el uno frente al otro con cientos de misiones compartidas, la vida un tanto desacomodada y varias decisiones que debían tomar para seguir adelante.

—Necesito ver a Verónica.

—Lo sé —contestó Riglos—. Quizás deberías ir a visitarla. Yo voy a buscar a Ana. Juntemos a las dos, vamos a aclarar esto ahora.

Román asintió, de acuerdo. Iba a llamar a Verónica e iba a ir a verla. Necesitaba saber qué sabía de todo ese asunto, qué ocultaba. Volvió a incorporarse y fue a buscar su abrigo. Agustín estaba en lo mismo cuando giró sobre sus pasos y sacó del bolsillo una moneda.

—Tu amiga en la quinta... —recordó.

—¿Mi amiga? —Benegas se subió el cierre de la chaqueta sin prestar demasiada atención al objeto que Agustín hacía bailar entre los dedos.

Riglos sonrió. Román era un pirata viejo que no perdía las mañanas, le conocía más mujeres de las que de seguro el mismo Benegas recordaba haber frecuentado. Encontrar una conquista en cada punto del planeta no era una sorpresa, así era Román Benegas, era su esencia.

—La que me entregó el *dossier* de Ávalos y me dijo que te diera esto. —Extendió la mano, y la mantis religiosa grabada sobre el oro brilló—. Dijo que no hacía falta que te aclarara quién era, que ibas a saber quién estaba devolviéndote el favor que le hiciste cuando le salvaste la vida.

Román no necesitó más que un segundo para entender qué era lo que estaba pasando, pero ese segundo, ese instante infinitesimal, minúsculo, tan efímero que casi no contaba como tiempo, le pareció infinito. El corazón se le aceleró, el aire se le escapó de golpe de los pulmones, y un sudor frío le recorrió la espalda. Una sola vez había visto la mantis, y en ese momento, mientras

estiraba la mano, tocaba con los dedos el metal precioso y la sostenía, notó que era más liviana de lo que imaginaba. Sin embargo, tenía la certeza inexorable de que aquella moneda era al mismo tiempo tan pesada que acababa de torcer su destino.

CAPÍTULO 9

Verónica atravesó la puerta blindada y, sin mirar atrás, avanzó hasta donde estaba Elizalde. Bajo el brazo llevaba una caja de madera y, en la garganta, un nudo tan profundo y doloroso que le costaba respirar, pero no dejó que se le notara.

—Me voy —informó.

Manuel la miró con desconcierto.

—El protocolo indica que...

—Manuel —lo interrumpió y se detuvo para clavar los ojos en el hombre frente a ella—, me voy.

—La caja...

—La caja era de Francisco, me la dejó a mí. Es mía. Necesito tiempo para abrirla y procesar todo esto... Este no es el lugar.

Ávalos terminó de hablar, y Manuel comprendió que aquella era una batalla fútil. Debía dejarla ir.

—Puedo llevarte.

—Gracias —respondió Verónica mientras le apoyaba una mano sobre el brazo tatuado—. Alguien está viniendo a buscarme —mintió.

Elizalde sonrió.

—Acabo de enviarte mis datos a tu teléfono móvil. Cuando estés lista para hablar sobre el legado de tu padre...

Ella asintió. Sabía qué había dentro de aquella caja, siempre lo había sabido. El asunto era animarse a cumplir la misión que su padre le había encargado y que había postergado tanto por creer que el pasado no la iba a alcanzar. A fin de cuentas, lo había hecho, y allí estaba, en el punto justo en el que iba a cerrar las heridas abiertas de un ayer que habría preferido olvidar.

* * *

Cuando Verónica Ávalos abandonó Ibis, Manuel Elizalde volvió sobre sus pasos, ingresó a una red segura y envió un mensaje encriptado. Luego entró a una sala que, a diferencia del resto – vidriadas–, contaba con cuatro paneles por completo opacos que no permitían ver el interior. Tras cerrar la puerta, el egiptólogo se encontró con un hombre y una mujer que lo aguardaban sentados frente a una gran mesa de trabajo.

—¿Abrió la caja? —preguntó la mujer.

Elizalde negó con la cabeza.

—Es cuestión de tiempo —respondió.

—No entiendo por qué no la abrimos nosotros —se quejó el hombre.

—Porque se necesita la llave para abrir la caja, Borja —interrumpió la mujer—, y porque no es así como funciona, lo sabés.

—Amelia, hay veces en que las reglas deben romperse. Hemos buscado esa llave... Estaba aquí mismo.

—Escuchen un momento —los frenó Elizalde, algo tenso, mientras se ubicaba frente a los miembros del equipo—. Hemos esperado este momento por años, unos días más no van a matarnos. Ávalos no es tonta, sino que no confía en mí, lo presiento.

—Verónica no tendrá sangre Ávalos, pero es igual a Francisco y a Tomás.

Manuel asintió. La agente de Interpol no tenía una gota de ADN Ávalos, pero en ella habitaba el fuego de aquel legado.

* * *

Valle de los Reyes, Egipto, 4 de noviembre de 1922.

En el árido desierto al oeste del río Nilo, Howard Carter, arqueólogo de profesión, alzó la mirada al cielo y disimuló las lágrimas que le habían asomado por el rabillo de los ojos al ver lo que creía que estaban desenterrando. A su lado, un grupo de ayudantes y trabajadores locales del

equipo de excavación había hecho una pausa para beber agua y recuperar energía. Ante ellos descansaban los dos primeros escalones de lo que parecía ser una construcción subterránea, lo más probable era que fuera una tumba. Mientras un hombre calmaba la sed en una cantimplora gastada, otro tomaba medidas del ancho y largo de cada escalón. Howard, a cargo de la excavación, sentía que el corazón se le iba a escapar del pecho. Enseguida, hizo enviar un cable al financista de aquella expedición, lord Carnavon: “Lo hemos encontrado. Le ruego que venga de inmediato”.

* * *

No habían pasado más que unas horas desde que había vuelto a su hogar, sin embargo, el cuerpo le pedía a gritos un descanso. Hasta hacía poco había estado inmersa en un coma que le había robado un año de vida, y las fuerzas que acostumbraba tener no habían retornado aún. Era demasiado pronto.

Con los brazos cruzados, las piernas apenas separadas y la mirada fija en la caja de madera que había retirado de Ibis, Verónica Ávalos se debatía entre abrir esa gran incógnita que había mantenido al margen de su vida o hacerla a un lado, huir y volver a empezar. Pero no podía. Su corazón estaba entre esas cuatro paredes, en esas tierras que la habían recibido de niña y que habían dado forma a la mujer en la que se había convertido. Tampoco podía olvidar a sus seres más queridos y a ese pasado que regresaba para devorarla, como si la vez anterior no hubiera sido suficiente. Tenía que decidir, tenía que enfrentar los demonios que acarreaba, y por eso había llegado la hora de decir la verdad. Tenía que hablar con Justo y con Román, pues iba a necesitar que la ayudaran si quería resolver aquel asunto. Tenía que explicarles por qué Lao Lencke la había sacado del hospital apenas había recuperado la conciencia, por qué lo habían matado, la razón de aquel escenario del Juicio de Osiris, por qué ella no estaba muerta y Lencke sí. Y aunque sabía de qué venía todo aquello, algo de lo que Lencke le había susurrado al oído minutos antes de fallecer le resonaba en la cabeza como una canción imposible de olvidar: “Conozco el nombre de los dioses que están”. ¿Qué había querido decir? Sabía que los dioses presentes en el Juicio de Osiris eran cuarenta y dos, pero aquel asunto iba mucho más allá. No se trataba de divinidades, era una clave, una que no lograba descifrar y que le revoloteaba en la cabeza una y otra vez.

Desde que tenía uso de razón, Verónica había guardado el pasado en una caja cerrada con infinitas llaves en algún recodo oscuro de la conciencia. La habían entrenado para ocultar su verdadera identidad y permitir que su rastro se perdiera en la inmensidad de un mundo caótico y confuso. Había dejado de ser quien era para aprender a convertirse en Verónica. En ese momento, que debía volver a ser aquella que nunca había llegado a conocer en realidad porque todo había arrancado desde que había nacido, no sabía si existía algún lazo con ese pasado perdido. Sí, ella no era hija de sangre de Francisco Ávalos, tampoco hermana de Tomás, pero la realidad era que esa era la única familia que conocía; lo demás... Lo demás eran historias.

En ese instante, frente al legado de su padre, las imágenes del ayer la asaltaban y se mezclaban con los días que había compartido con Lencke, que lo único que había logrado en el intento de protegerla había sido alcanzar la muerte. Abrir la caja de Francisco Ávalos implicaba abrir la del pasado también, y si bien sabía que podía enfrentarlo, no imaginaba cuán difícil era el viaje en el que se embarcaría. No había una gota de azar en aquel escenario dispuesto en el Ambrosetti, ni una pieza puesta porque sí. Ella era la clave, el anzuelo para el regreso de Tomás Ávalos.

“El pasado, tarde o temprano, nos alcanza”, le había susurrado su padre la noche en que había partido. Esas palabras habían cobrado sentido cuando Lencke, después de sacarla del hospital, la había sentado frente a él y le había contado una historia que, si no hubiera sido por lo que había vivido, jamás habría creído.

* * *

Valle de los Reyes, Egipto, 16 de febrero de 1923.

Howard Carter observó el rostro enjuto de su mecenas y pudo descifrar cierto grado de satisfacción. Tanto lord Carnavon como su hija, Evelyn, abrieron los ojos por demás sorprendidos cuando vieron de cerca la escalera que parecía descender al centro de la tierra y cuyo acceso acababan de abrir. Carter, quien descendió primero aquellos escalones, era sucedido por Evelyn, quien, asustada pero siempre intrépida, le seguía los pasos sin dudar mientras le apoyaba la mano derecha sobre el hombro. Estaban a punto de abrir una tumba de más de tres mil años. Esa noche, cuando Carter volcó sus impresiones en su diario personal, relató:

Al principio no vi nada, pues el aire caliente que se escapaba de la cámara hacía oscilar la llama, pero luego, cuando mis ojos se acostumbraron a la tenue luz, los detalles del interior de la estancia fueron emergiendo poco a poco de la bruma. Había animales extraños, estatuas y oro, por todas partes la refulgencia del oro.

Durante un momento –a los demás, que estaban expectantes junto a mí, debió de parecerles una eternidad– quedé mudo de estupor. Cuando lord Carnavon, incapaz ya de soportar la espera, me preguntó anhelante: “¿Ve usted algo?”, no salieron de mis labios más que estas palabras: “Sí, cosas maravillosas”.

Entonces, tras ensanchar un poco más el agujero para que pudiéramos mirar los dos, introdujimos una linterna eléctrica.

Supongo que la mayoría de los excavadores confesarán su sensación de sobrecogimiento –casi de turbación– al irrumpir en una cámara cerrada y sellada por manos piadosas hace tantos siglos. El tiempo como factor de la vida humana pierde por un momento su sentido. Han pasado tres o quizá cuatro mil años desde que un pie humano pisó por última vez el suelo donde uno está y, no obstante, al reparar en los signos de vida reciente a su alrededor, recibe uno la impresión de que fue apenas ayer. Había un cuenco de argamasa a medio llenar para la puerta, una lamparilla ennegrecida, huellas de dedos en la superficie recién pintada, la guirnalda de despedida caída en el umbral. Hasta el aire que se respira y que no se ha renovado a través de los siglos se comparte con quienes dieron a la momia su último descanso. El tiempo se desintegra con pequeños detalles íntimos como estos, y se siente uno como un intruso. Esa es quizá la sensación inicial y dominante, pero le siguen otras enseguida: el regocijo por el descubrimiento, la fiebre de la espera, el impulso casi irrefrenable, nacido de la curiosidad, de romper los sellos y levantar las tapas de las cajas. También, por supuesto, el pensamiento –puro júbilo para el investigador– de estar a punto de escribir una nueva página de la historia o de resolver algún problema científico y la tensa expectación –¿por qué no confesarlo?– del buscador de tesoros.

Esa misma noche, Howard y Evelyn volvieron en secreto a la tumba. Luego de declararse su amor y sellarlo sobre un altar de piedra que coronaba la cámara secreta, tomaron algunas piezas que no declararon luego en el inventario de la expedición. Entre ellas, se encontraba un escarabajo de un turquesa furioso con incrustaciones de oro y, en el centro, una perla negra.

* * *

Ivette levantó la mirada y notó que el cielo se había cubierto de un gris plomizo que auguraba más lluvia. El invierno estaba próximo a llegar y, con él, el frío. Sus pasos apenas se oían mientras avanzaba por la primera grava helada. El verde del cementerio a su alrededor había mutado a un crisol de ocre y amarillos oscuros que, por momentos, parecían obra de algún artista; no lo era. Aquel escenario, aunque bello a la vista, era el más desolador de los panoramas.

A medida que avanzaba, sus ojos iban cargándose de lágrimas pesadas, duras y tan heladas como el alma que cargaba desde la muerte de Mérida. Detuvo la marcha. Frente a ella, en una lápida gris, reciente y brillante como el futuro que le habían robado a su primogénita, se podía leer “la que debía vivir”. Su cuerpo se quebró, y cayó de rodillas ante la morada final de aquella mujer que no había tenido suerte en nada, salvo en el milagro de Cora, su hija.

—Tenemos que hablar.

La voz a sus espaldas la sobresaltó, y no necesitó volverse para reconocer a su dueña.

—No es el momento, Carolina —respondió mientras apoyaba las manos en la gélida tierra y se ayudaba a incorporarse. La joven detrás de ella se acercó y la tomó del brazo con delicadeza. Cuando estuvieron frente a frente, los ojos de ambas aguantaban el llanto.

—No soy tu enemiga, Ivette. No soy mi abuelo —aclaró.

—Llevas su sangre.

—Mérida también, y la amabas.

Ivette bajó la mirada un segundo y notó que seguía sosteniendo las manos de Carolina Lauthen, la nieta del hombre a quien más había amado y odiado sobre la faz de la tierra.

—Quiero conocer a mi prima —exigió con determinación la mujer de unos treinta y pico de años.

—Cora... Cora no va a ser parte de tu vida. Los Lauthen han hecho demasiado mal a los míos para correr riesgos innecesarios. Tu abuelo mandó a matar a Mérida, su propia hija.

—Eso fue un error, él no dio la orden —contestó la joven con la esperanza de que hubiera algo de cierto en aquellas palabras. Con el correr de los meses, las verdades que había descubierto sobre Franz Lauthen, alias de Franz von Strauss, un siniestro criminal de guerra nazi prófugo, le habían hecho replantearse cada una de las decisiones que había tomado en el pasado tiempo.

Ivette no respondió; en cambio, dejó entrever en los ojos una mezcla de tristeza, reproche e incredulidad.

—¿De veras no sabías quién era Franz? —preguntó con desconcierto.

—Vos sabías y lo amabas —respondió Carolina, con la certeza de que aquellas palabras eran más pesadas que cualquier sentencia de muerte.

—Yo siempre fui una buena para nada —alegó Ivette y, con la clara intención de volverse, avanzó para alejarse de la heredera del emporio Lauthen y de la tumba sobre la que se encontraban.

—Ivette —insistió Carolina al retenerla del brazo—, solo quiero que sepas que te entiendo —dijo. Luego hizo una pausa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para lo que quería expresar—. Yo amé a ese hombre, me crio, me cuidó como nadie, fue mi madre y mi padre. Nunca imaginé... —La mujer volvió a hacer una pausa—. No sabía de la existencia de Mérida, menos de la de Cora. Entiendo por qué Franz la quería, conozco el secreto, sé lo que buscaba. Yo no soy

igual, yo no quiero eso, ya ni siquiera estoy a cargo de la farmacéutica. Lo he perdido todo — explicó con angustia en la voz—, pero no estoy dispuesta a perder a una pariente de sangre. Solo quiero conocerla, ser parte de su vida.

La gitana pareció conmovirse, pero no iba a dar el brazo a torcer.

—Cora no estará nunca segura, no mientras exista un Lauthen vivo en la tierra.

—Cora es una Lauthen, Ivette, su madre era una Lauthen.

La mujer desvió la mirada.

—Carolina..., no te conozco —respondió—. En lo que a mí concierne, buscás lo mismo que tu abuelo, aquello que hizo también que matara a mi hija. El ADN de Cora puede ser una singularidad en millones, puede ser la clave para curar el albinismo oculocutáneo. —La joven arqueó una ceja en una muestra de sorpresa—. Sí —agregó Ivette—, estoy al tanto de la enfermedad que obsesionaba a Franz y de todos sus estudios y experimentos. —Carolina tragó saliva—. No sé por qué extraña razón el ADN de mi nieta resultó una mutación exacta para atacar ese virus, ni tampoco cómo tu abuelo logró averiguarlo; lo que sí sé —agregó, y había fiereza en aquellas palabras— es que nadie va a tocar a Cora.

* * *

Londres, 2 de marzo de 1939.

La mansión estaba en penumbras, casi como si la casa presintiera que estaba a punto de dejar ir su alma. El silencio en aquellos pasillos y salas inmensas era habitual, Howard Carter era un hombre solitario, a veces hosco, y nada se sabía de su vida privada. Pero, aquella tarde, ese era un sitio que empezaba a despedirse de su esencia.

En un corredor inundado por la penumbra, tres personas esperaban de pie. La puerta de la que parecía ser la habitación principal se abrió.

—Lady Evelyn —dijo un hombre de voz suave—, el señor Carter quiere hablar a solas con usted.

Así, Evelyn Herbert Beauchamp apretó las manos contra la cintura, bajó la mirada para ocultar las lágrimas e ingresó al dormitorio de quien había sido el protegido de su padre, lord Carnavon, y con quien había entrado a la tumba del rey Tut.

—Evelyn... —susurró en un hilo de voz el hombre sobre el lecho.

El cuerpo consumido y pequeño de Howard Carter le produjo el mismo impacto que la antecámara de la tumba del faraón, pero, a diferencia de aquella, magnífica, enorme y llena de piezas de arte y oro, Carter la impresionó por lo encogido, consumido y arrugado que estaba. Se acercó despacio, ya no tenía lágrimas en los ojos, sino una ternura infinita. Se sentó sobre el lecho y le tomó la mano fría y marchita.

—Howie... —murmuró con cariño mientras acariciaba la piel fina que dejaba traslucir sus venas azules.

—Mi querida Eve —respondió él mientras apretaba fuerte aquellos dedos que había amado.

—Nos hemos divertido —dijo ella cómplice.

Él apenas sonrió.

—¿La perla? —preguntó.

—A resguardo.

—¿Él?

—Él también.

—Nunca...

—Nunca —repitió ella al tiempo que apoyaba dos dedos sobre los labios ajados del hombre que había amado cuando era joven y sonreía con la ternura que un amor como el de ellos ameritaba.

* * *

Román no podía moverse. Estaba quieto hacía algunos minutos o más, no lo sabía con precisión, porque los segundos parecían horas o días. No había manera de determinarlo, dado que, desde que Agustín le había entregado aquella moneda de oro con la mantis religiosa grabada de un lado y un código de serie del otro, había ingresado en una dimensión líquida y viscosa de la cual no podía salir. Cuando un agente recibía una mantis, significaba una sentencia de muerte, la propia o la de otro. La señal de una defunción estaba entre sus manos. La moneda de oro bailaba entre sus dedos con la indecencia de lo que implicaba. Apenas activara el código sabría no solo a quién debía

matar, sino cómo y dónde. Si no lo hacía, si no tecleaba aquel número, la víctima sería él. Respiró profundo, apretó aquel oro pesado y accedió a la red de Interpol. Allí solo bastó que escribiera el código para que la misión que debía ejecutar se le informara.

“El domingo 16 de junio –rezaba el mensaje– a las 7:03 a.m., habrá un corte general del sistema eléctrico en todo el territorio argentino, parte de Uruguay, Chile y Brasil”. Benegas se acomodó en la silla y se acercó a la pantalla, sus ojos no creían lo que estaba leyendo. “Cuando el sistema eléctrico caiga, se abrirá una ventana de vulnerabilidad en las barreras informáticas y fortalezas digitales sobre suelo nacional. Ese margen le dará oportunidad de infiltrarse en la central de Ibis. Allí deberá ubicar el paradero del visir Hetpet para luego neutralizarlo. Un agente lo contactará”.

Román no pudo evitar sentir un desconcierto. Matar a uno de los miembros de Ibis no era siquiera una misión, era un placer. Aquella sociedad había nacido como una organización que preservaba el patrimonio histórico de la humanidad, pero en algún punto la corrupción había hecho mella en su círculo más íntimo y se había convertido en la fachada perfecta para delitos como el tráfico de blancas, drogas y contrabando de obras de arte. No había nobleza alguna en la entidad que le pedían atacar, y no podía dejar de darle vueltas al asunto. Cuando uno recibía la mantis, funcionaba como un castigo. Tal sanción sin duda había sido resultado de haberse contactado con la Dirección. Había cruzado un límite y lo sabía.

CAPÍTULO 10

Los preparativos para el desfile a beneficio de aquellos migrantes que habían dejado sus tierras en busca de un mejor futuro estaban entrando en la etapa final de organización. El British Museum había cerrado el acceso por Russel Street y el vestíbulo central donde tendría lugar el evento. La mujer a cargo ultimaba detalles para que el desfile fuera un éxito.

—La gente del Museo Antropológico de Ecuador acaba de llegar con el Maytanchi —le informó una asistente al oído.

—Perfecto —respondió la encargada, que tachó de su lista de pendientes la llegada del collar de esmeraldas al museo—. Ahora solo resta que traigan el colgante ostrogodo de oro y esmeraldas del Metropolitan y estarían todas las piezas del desfile.

—Tatiana —la llamó una voz grave a sus espaldas. La organizadora se dio vuelta para encontrarse con un hombre vestido de manera impecable, con rostro algo enjuto y de facciones angulosas escondido detrás de un marco de anteojos bastante más grande de lo normal. Formaba parte del equipo del British y coordinaba la seguridad de cada una de las piezas—, tenemos que definir el orden del final. ¿El Maytanchi, la Perla y el diamante Hope?

—El cierre debería hacerlo la corona de Luis XV con el Sancy en la cima. Es magnífica.

El hombre pareció estar de acuerdo.

—No voy a discutirlo. Lo que necesito es que definan el orden de las piezas. Custodiaremos cada una de manera personal, pero además cada museo elegirá a una persona para acompañar la alhaja que han prestado. Tengo que coordinarlo esta misma noche.

—Dentro de un rato tendrás el detalle, Christophe —respondió Tatiana mientras se quitaba una pelusa invisible del saco gris que llevaba.

—Bien —aceptó el hombre, que empezó a retirarse, pero pareció recordar algo y volvió sobre sus pasos para agregar—: A las tres es el repaso general de las piezas, es en la sala de lectura. Te esperamos ahí.

La mujer asintió. Estaba cansada, apenas hacía unas horas que había llegado a Londres y ese hombre no había dejado de darle órdenes. Sabía que eran tan solo setenta y dos horas las que debía dedicar a aquella misión para luego abandonar ese nombre ajeno y esas tierras para volver a la seguridad de Ibis. Pero, en el ínterin, debía seguir el plan al pie de la letra. Avanzó hacia la

oficina que le habían asignado, donde tenía los planos del museo, el circuito de armado de las tarimas, las listas de invitados y el mapa de cámaras de seguridad, y se sentó frente al escritorio. Tomó su teléfono móvil encriptado y mandó un mensaje de audio: “Borja, las piezas ya están aquí. Acabo enviarte la lista de invitados. Hacia al final del evento, será el momento de la pasada del Maytanchi, luego saldrá la Perla”. La respuesta no se hizo esperar: “Tomás Ávalos no podrá seguir escondido a sabiendas de que la Perla va a ser expuesta, va a querer recuperarla. Lo del Maytanchi fue una gran jugada, Amelia”.

Amelia Tate sonrió. Meses atrás, el comité de visires de Ibis se había reunido frente a la noticia de que el British Museum estaba organizando un desfile a beneficio en el que las principales estrellas serían las más exóticas y custodiadas joyas de la antigüedad. Entonces la organización secreta había decidido poner en marcha ese plan, en el que Amelia, una de las más sanguinarias agentes de Ibis y quien había sido parte de La Legión, otra sociedad de gran poder en las sombras, había puesto en práctica una de sus habilidades más codiciadas. Era un as en el arte del engaño, podía convertirse de una persona a otra en segundos, y por eso estaba actuando como Tatiana March, una curadora de arte experta en joyas antiguas. Gracias a los contactos infinitos de Ibis, estaba a cargo del evento durante el cual planeaban robar el escarabajo turquesa y oro coronado por una perla negra, aquel que Howard Carter había sustraído de la tumba del rey Tutankamón, también conocido como “La Perla”. Esa joya, además de ser una belleza única, era la llave para abrir un cofre que Tomás Ávalos había encontrado en la esfinge de Guiza.

A aquella caja grabada con varios cartuchos de jeroglíficos se la conocía como “El Juicio de Osiris” y, según los mismos escritos, solo el escarabajo de la perla podía abrirlo. En su interior, se estipulaba en función de varios textos y estudios, se encontraba el legado de Thot, pero, si, en vez de abrirlo con la perla, se forzaba el cerrojo, el tesoro quedaría destruido por una mezcla de mercurio que se liberaría al instante de violentarse la cerradura. Por eso, ante la inminente salida de esa pieza de la bóveda del British, Ibis no había dudado y había puesto a sus mejores hombres a trabajar. Iban a robar la Perla y, además, iban a capturar a Tomás Ávalos, el traidor. La combinación de la joya y del hecho de que Nadia Calderón estuviera entre los invitados al evento hacían de aquella ocasión el momento perfecto para atrapar a quien había sido cabeza de Ibis y había rehusado tal honor al punto de desaparecer.

* * *

Verónica estaba recostada sobre el piso no sabía hacía cuántos minutos. Solo observaba el techo y escuchaba el repicar de la lluvia contra las ventanas. A su lado, sobre los listones de madera lustrosa, reposaba la caja que Francisco Ávalos le había dejado en la central de Ibis. Ya conocía el contenido, ya sabía cuáles eran los pasos a seguir y que, si el pasado había vuelto, era porque Tomás necesitaba que lo ayudara. Lo que no comprendía era por qué no la había contactado como

habían pactado tantos años atrás, sino que había sido Lao Lencke quien la había puesto al tanto del tema. Como ya tenía la mente más libre de las drogas que le habían dado, empezaba a dar forma y coherencia a lo que Lao le había explicado al sacarla del hospital.

—No estoy acá porque sí, Verónica —le había dicho mientras la acomodaba en el sillón de una sala de estar improvisada. Estaban en una casa segura—. Tomás me pidió que te advirtiera...

—No es la manera —recordó haber dicho ella, todavía algo mareada—. Había un plan.

—Lo descubrieron, pero logró escabullirse antes de que lo capturaran.

—¿Cómo lo sabés?

—Yo estaba ahí.

Verónica había abierto los ojos en tanto trataba de comprender el entramado invisible que unía a Lao Lencke, un agente especial del MI6 británico, con su hermano, un hombre que había elegido desaparecer para proteger su vida, la de los suyos y un secreto que se negaba a revelar. “Es por el bien de la humanidad —le había dicho la última vez que lo había visto—, no preguntes”.

—¿Por qué estabas ahí?

Lao, que se había sentado sobre un banco viejo, había acomodado el peso de su cuerpo, y la madera había crujido debajo.

—Que me asignaran a la operación en Bariloche —había dicho Lencke en referencia a un caso en el que habían trabajado un tiempo atrás— no fue azaroso. He compartido misiones con el agente Cero y con Durée, pero la persecución de Franz Lauthen era importante para mí, y no porque me importara que pagara por sus crímenes de guerra. Había algo más íntimo, más personal.

Lencke había hecho una pausa. Verónica recordó haberse acomodado en el sofá, todavía algo débil y mareada por las drogas que recorrían sus venas.

—Por Cora —había susurrado la agente en un hilo de voz.

El sicario había asentido.

—Franz Lauthen es el abuelo materno de Cora.

—Y vos sos el padre —había afirmado Verónica.

—No —había contestado con firmeza el agente del MI6 británico—. Cora es hija de Tomás, tu hermano.

Ella recordó haber sentido que el corazón le daba un vuelco y que el aire se le escapaba.

—¿Cora es mi sobrina?

Lencke había asentido.

—Conocí a tu hermano hace unos años. —Lao había vuelto a acomodarse. En los años desde que lo conocía, jamás lo había visto nervioso, pero aquella vez había notado que estaba incómodo.

—¿Cómo lo conociste?

—Ibis me contrató para matarlo.

Verónica recordó haber echado el cuerpo hacia atrás ante el impacto de esas palabras.

—Lao —había afirmado luego—, vos no fallás cuando se te asigna una misión. Vos elegiste no matar a Tomás. ¿Por qué?

Lao Lencke había observado los ojos de la mujer que tenía enfrente y había descubierto que, en algún momento, quizás ese instante en el que había decidido faltar a su palabra y no eliminar a Ávalos, había perdido la pasión por el trabajo.

—Mi efectividad se basa en los detalles —había explicado—, en aspectos tan minúsculos e insignificantes que pasan desapercibidos. Cuando Ibis me contactó y me expuso la situación, estuve un largo tiempo hasta lograr rastrear a tu hermano.

—¿Dónde estaba?

—En Segovia —había respondido él con una sonrisa triste en los labios—. De todos los sitios del mundo, tu hermano había elegido el pueblo de la mujer que más amé para esconderse.

—¿Mérida?

Lencke había asentido.

—La conocí cuando teníamos quince años, yo no era Lao Lencke en ese entonces, este es el nombre que tomé cuando me convertí en espía. —Las palabras del hombre estaban cargadas de nostalgia—. Cuando ingresé al MI6, me alejé del pueblo, iba y volvía, y cada vez que retornaba, Mérida caía en mis brazos como cuando éramos adolescentes, era el amor de mi vida. Hace dos años, cuando regresé, estaba embarazada... de Tomás. Tan solo no pude matar al padre de esa criatura. Verlos juntos fue un dolor profundo, inmenso, pero había algo entre ellos, algo que Mérida no tenía conmigo.

Lencke había hecho una pausa, se había llevado una mano a la cara y se había refregado los ojos. Luego había continuado:

—Una noche llevé a Tomás a beber unas copas con la excusa de conocerlo un poco más. Le dije quién era y para qué me habían contratado. Le aseguré que no iba a lastimarlo, pero que debía desaparecer porque ponía en riesgo la vida de Mérida y de aquel niño por nacer. Me hizo prometerle que velaría por ese bebé como si fuera mío y me aseguró que no contactaría jamás a Mérida si eso garantizaba su supervivencia. Tuve que asegurarme de que nadie vinculara a esa bebé con Tomás y convencí a Mérida de volver con su madre a Bariloche. Si no la hubiera persuadido de que regresara a Argentina, su padre no la habría encontrado y seguiría viva. —Lao se había llevado la mano a la cabeza y se había rascado el pelo cortado casi al ras—. El resto de la historia, ya lo conocés.

* * *

Román volvió a leer la misiva y, cuando se disponía a tomar el teléfono móvil, el aparato vibró. Un mensaje encriptado le indicó que debía acceder al sitio seguro de la agencia. Segundos después de hacerlo, una videollamada ocupó la pantalla.

—No podía ser de otra manera —resopló al ver el rostro conocido en el *chat*.

—Órdenes son órdenes, Román —dijo la mujer desde el otro lado.

—Pensé que te habías retirado.

La agente de Interpol Julia Durée sonrió.

—Una vez *hacker*... —afirmó ella divertida.

—Toda la vida *hacker* —completó la frase Benegas, que conocía ese decir desde que Julia había entrado en su vida tantos años atrás.

—¿Qué sabés de esta misión? ¿Por qué recibí la mantis?

—No sé de qué se trata este tema, pero te aseguro que es gordo. Mañana a las siete de la mañana voy a estar generando un corte masivo de luz en toda la Argentina y alrededores.

—No entiendo qué es lo que la Dirección gana con esto.

Julia volvió a sonreír.

—Tengo orden de descubrir la identidad y paradero del visir Hetpet. —Román asintió—. Debe de ser alguien muy importante en Ibis para que, con el objetivo de localizarlo, la Dirección haga caer toda la red eléctrica. Después tenés que neutralizar al individuo.

—Eso está claro —intervino Benegas—. Lo que no comprendo es por qué exponerse con semejante despliegue. Un corte energético de esta magnitud no va a pasar desapercibido.

—En absoluto. La base central de Ibis está situada en Buenos Aires. En un apagón común, el generador de soporte da servicio y los sistemas de seguridad se mantienen sin problema porque, si hay un corte de energía, la electricidad se toma de otra grilla eléctrica. El tema acá es que, al ser un corte masivo, la línea de apoyo más cercana a Buenos Aires, que es la de Córdoba, no podrá respaldar el servicio. En una o dos horas de corte, la UPS, el conjunto de baterías que sostiene el sistema de enfriamiento de las máquinas, no podrá mantenerse, y los sistemas de defensa irán cerrándose uno a uno. Ahí es donde se abre una ventana y entro yo a Ibis. En minutos tendremos el nombre y ubicación de Hetpet. Lo que hagas después y cómo lo mates corre por tu cuenta.

Román afirmó con un movimiento de cabeza.

—Crucé un límite, Julia.

—Contactaste a la Dirección, y eso se paga.

Benegas volvió a asentir.

—Tengo que pedirte un favor —dijo luego el agente—. Necesito que averigües todo lo que puedas sobre Tomás Ávalos. —La mujer enarcó una ceja—. Es el hermano mayor de Verónica y es la cabeza de Ibis, o lo era, no sé. El tema es que la historia oficial dice que desapareció en 2003, y los archivos de la organización dicen que él mismo pasó a la clandestinidad.

—No sería descabellado que fuera el visir Hetpet, entonces.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Tener que matar al hermano de Verónica?

Román asintió. La idea de que la Dirección le asignara aquella tarea que lo ponía entre la espada y la pared lo inquietaba. ¿Qué vínculo existía entre Verónica y su hermano? ¿Cuánto sabía Verónica de él? ¿Por qué había desaparecido? Y lo que era más importante, Francisco Ávalos, el condecorado comisario general de la nación, ¿había sido cabeza de la organización criminal de élite?, ¿y su primogénito también? ¿Qué sabía Verónica de su padre?, ¿de Ibis? No podía imaginar nada relacionado con aquella mujer que fuera tan oscuro, sucio y corrupto como esa sociedad. La mera idea de encontrar un vínculo entre la mujer que amaba y la organización que odiaba lo apesadumbraba, pero, por sobre todo, la certeza de que iba a tener que matar a Tomás Ávalos lo torturaba. Cruzar esa línea era un punto sin retorno.

* * *

Verónica se acomodó en el suelo, cruzó las piernas estilo indio y enfrentó por última vez la caja con el legado de su padre. Respiró profundo y, con la punta de los dedos, recorrió el contorno de madera oscura, luego alzó la mano y la introdujo entre la camiseta y el pecho. Allí, como un colgante que la acompañaba silencioso, estaba la llave que abría ese arcón. La colocó en la cerradura, escuchó el crujir de los herrajes al destrabarse y, apenas pudo, empujó la tapa hacia arriba. En el interior reposaba un cofre idéntico, pero de metal, que brilló al entrar en contacto con la luz ambiente. Tomó entonces el escarabajo de mármol turquesa y lo apoyó sobre la lámina plateada. Sin más, el dispositivo emitió un sonido y reconoció el chip oculto en su interior, lo que hizo que la tapa se abriera de inmediato. Dentro estaban las coordenadas para ubicar a Tomás. El resto del protocolo a seguir para encontrarlo, lo conocía de memoria, lo había estudiado infinidad de veces, aunque nunca había creído que llegaría el momento de ponerlo en práctica. Y entonces que el peligro era inminente y el pasado se había hecho presente para atacar a Tomás, debía armarse de valor, abandonar a la Verónica Ávalos que había construido y dejar salir a aquella que había encerrado tantos años atrás.

* * *

—Vamos a hacer el repaso general —indicó Tatiana mientras se alejaba del vestíbulo central del British y observaba en perspectiva cómo había quedado dispuesto el escenario principal. Los carteles de los auspiciantes estaban suspendidos del techo abovedado, y la luz del sol atravesaba el crisol de vidrios de la cúpula principal. Si de día aquel lugar era magnífico, de noche sería mágico, no pudo evitar reflexionar la agente de Ibis en tanto deseaba durante un instante tener una vida normal y no pasar de misión en misión sin rumbo fijo o destino—. Bien —dijo al micrófono que llevaba sujeto de un auricular en la cabeza—, arranquemos. A la cuenta de tres, la música de entrada disminuye y aparece la presentadora. Su discurso de inauguración dura tres minutos exactos, luego abre el evento el colgante del amuleto de gato hecho en hematita oscura del Valle de los Reyes.

—La pieza del Museo de Cleveland —agregó una asistente a su lado mientras tildaba el objeto en la lista del desfile.

—Después es el turno del Regente, el anillo de diamante del Louvre —afirmó Tatiana mientras una de las modelos, vestida toda de negro para el ensayo, hacia su pasada con una pieza de bisutería que simulaba la joya a exhibir.

—A continuación será el turno del broche de tulipas turquesas de lady Diana Spencer. Su hijo Harry anunciará que será subastado para recaudar fondos.

—Muy bien. Luego de los aplausos y festejos, será el turno de la corona de zafiros de la reina

Victoria, cedida por el Museo Victoria & Albert.

La modelo que debía lucir aquella pieza caminó por la pasarela con una corona de similares características a la que usaría el día del evento, y Tatiana controló en un cronómetro que los tiempos coincidieran con los estipulados. Asintió a modo de aprobación y continuó con el plan de ensayo general. Pasaron entonces seis joyas más hasta que dijo:

—Este es el momento en que aparece el CEO de la corporación Skull. —La agente miró su tableta electrónica y leyó el nombre que no recordaba—. Ernesto Ordóñez. Además de informar cuánto se lleva recaudado al momento, anunciará que su naviera hará un aporte por demás significativo a la causa y que sus embarcaciones se pondrán a disposición para el traslado de refugiados a distintos sitios. Además, divulgará que proveerá de medicamentos sin costo a los migrantes. Ordóñez acaba de adquirir una empresa llamada Sol Negro que, entre otras cosas, es dueña de los laboratorios Lauthen. Después de que él hable, desfila Camila Ocampo, que llevará el Maytanchi. —Su asistente corroboró el orden y asintió.

Tatiana vio cómo Ocampo ingresaba a la pasarela con una réplica tan preciosa del collar de esmeraldas que le hizo anhelar ver en directo el verdadero. Para ella, más allá de su belleza, el Maytanchi era un indicador, la señal que daba inicio a la operación para robar la Perla. Tatiana sabía que, en el momento en que Camila Ocampo pisara la pasarela, el equipo de Ibis debería actuar de manera coordinada y concretar la misión para la que se venían entrenando desde hacía meses. No pudo evitar sonreír, estaba tan cerca de lograrlo. Había trabajado tanto tiempo de encubierto, tantas horas dedicadas a ser otra persona, que casi había olvidado quién era en realidad.

Los modelos siguieron desfilando de acuerdo a una pasada pautada y controlada con milimétrica exactitud. Cada una caminaba un minuto y medio sobre la plataforma entre que subía y bajaba. En ese tiempo, la gente de Ibis iba a tener que reemplazar la Perla por una réplica fiel y huir. Para eso había personal de Ibis de incógnito dispuesto en todo el lugar. Habían diseñado un plan que, en menos de noventa segundos, les permitiría robar la Perla y así podrían, por fin, abrir el cofre de Osiris y averiguar en qué lugar se encontraban las setenta y ocho láminas del Libro de Thot, el Libro de los Muertos original.

CAPÍTULO 11

Verónica dudó un segundo, pero, antes de dar la vuelta y salir de ahí, se obligó a tocar la puerta. La última vez que había visto al comisario Justo Zapiola, su vida estaba al borde de desbarrancar y aún no lo sabía. Ese instante, ese momento preciso en que el corazón de Zapiola había terminado de romperse y él la había atravesado con los ojos llenos de furia y tristeza, había sido cuando la había visto besarse con su exmarido, Román Benegas. Algo se había roto en el abogado devenido comisario general de la nación, y las palabras de él, cual salidas de un culebrón, pero tan propias de Justo, la habían atravesado como balas de plomo. “Dejame que te explique”, había rogado ella, pero él se había vuelto, la había mirado con los ojos inyectados de decepción y había dicho: “Mentime despacio, muñeca, que se ve que soy bastante lento para entender”, tras lo cual se había ido para no volver. Esa misma tarde, tres proyectiles habían atravesado el cuerpo de Verónica y la habían dejado en coma durante casi un año. Al despertar, el pasado la había alcanzado.

Volvió a tocar. La respuesta se hizo esperar, y a ella, que los minutos, las horas y los días se habían convertido en un sinfín de eventos concatenados de los cuales había estado ausente durante casi doce meses, aquellos instantes le parecieron una eternidad.

—Justo —lo llamó detrás del umbral cuando escuchó movimiento dentro.

Un silencio eterno se apoderó del lugar. De un lado de la puerta, el comisario Zapiola creyó haber escuchado una voz del pasado; del otro, Verónica tocó de nuevo.

—Necesito hablar con vos —insistió.

El sonido del juego de llaves al girar en la cerradura hizo que a Verónica se le secase la garganta, y se obligó a tragar. Los nervios de volver a verlo convirtieron su estómago en una piedra y sus manos en dos puños húmedos y apretados. La puerta pareció abrirse con dolorosa lentitud mientras ella seguía, concentrada, la manivela de bronce que, empujada por la mano del dueño de casa, se inclinó para dejarlos frente a frente. Los ojos claros del comisario fueron lo primero que vio, y no pudo evitar sonreír y estirar la mano para acercarse y acariciarle el rostro. Zapiola no habló; en cambio, los ojos se le llenaron de lágrimas y, sin pensarlo dos veces, tomó a la mujer por la cintura, la atrajo hacia sí y la abrazó con la desesperación acumulada durante todas esas noches en vela, cuando esperaba que mejorara, que despertara.

—Pensé que te perdía —dijo él con la voz hecha un hilo mientras besaba la coronilla de esa cabeza que había sabido amar—. Pensé que...

—Nunca —le susurró ella al oído, y le besó la piel gruesa de la nuca.

Ante el envite, Zapiola sintió que perdía la cordura, pero la fuerza de voluntad y la imagen de Verónica en brazos de Benegas hicieron el resto. La alejó con parsimonia y pudo ver la tristeza en sus ojos.

—Pasá, por favor —la invitó luego. La decepción en los ojos de Ávalos evidenció que aquel no era el recibimiento que quería—. Es bueno verte en pie.

Ella sonrió apenas, bajó la cabeza para disimular las lágrimas que estaba tratando de contener e ingresó en la morada con la intención de ordenar sus ideas. Sin dar demasiadas vueltas, se sentó en el sofá que enfrentaba el ventanal y, con los ojos clavados en la plaza Vicente López, soltó:

—No aparecí en el Museo Ambrosetti con esa puesta en escena detrás porque sí.

Zapiola no dijo nada, se limitó a escuchar. Por dentro, la sangre le rugía. Extrañaba a esa mujer como se podía extrañar el aire al no poder respirar.

—Me usaron de anzuelo.

El comisario enarcó una ceja y estaba por hablar cuando ella lo detuvo con un gesto.

—Mi hermano Tomás desapareció en el año 2003, eso es lo que dice la historia oficial. —Sonrió con una mueca triste—. La verdad es que se esfumó como se esfuman las sombras: se volvió invisible, el mundo olvidó su nombre, dejaron de buscarlo.

—¿Quién lo buscaba?

—Mi pasado —respondió ella y le sostuvo la mirada un momento.

Luego se incorporó, avanzó unos pasos y se acercó al ventanal. Detrás, el mundo se mantenía ajeno a la incertidumbre y la tristeza que se alojaban en su interior.

—Voy a necesitar tu ayuda —continuó— y la de Román. —Justo no pudo evitar apretar los puños—. También la de Agustín y Ana.

El hombre asintió en silencio.

—Le he pedido a Ana que traiga a Agustín y a Román hasta acá. Necesito contarles mi historia. No he sido sincera con ustedes.

* * *

Hospital Fernández, junio de 2003.

El comisario Francisco Ávalos ingresó al quirófano cuando el sol de la tarde llegaba a su fin, luego de que los médicos le habían extraído las dos balas que habían quedado alojadas en su pecho y, tras haberlo estabilizado, lo habían pasado a la sala de cuidados intensivos. Además, habían limpiado y curado los tatuajes de escarabajo que el atacante le había trazado con brutalidad en las manos. Entre sueños, el viejo Ávalos escuchó unos pasos acercarse. Habría reconocido ese andar aun con los ojos cerrados.

—Necesito pedirte algo, Emerio —susurró al hombre que se sentó a su lado.

—No hace falta que digas nada, amigo, está hecho.

—La mantis...

—Un error. La Dirección no debería haberte pedido...

—Es mi hijo.

—Lo sé.

—Ibis ya no es lo que era —confesó con dificultad el comisario.

—También lo sé.

—Tomás va a desenmascararlos, va a necesitar tu ayuda.

—Tomás sabe que cuenta con eso. Y con respecto a Verónica...

—Verónica sabe a la perfección qué es lo que debe hacer, la he formado y educado para eso. Cuando llegue el momento, sabrá enfrentar su destino.

Emerio Beltrán guardó silencio un minuto, observó a su amigo de antaño, que parecía estar consumiéndose como el mismo suero que le administraban por la vía adherida al brazo, y notó cómo iba quedándose dormido. Después se levantó de la silla de acompañante y abandonó el hospital. Fue la última vez que vio a Francisco Ávalos con vida.

* * *

Quinta Pueyrredón, junio de 2003.

Emerio Beltrán era el dueño de la editorial Centauro y estaba comenzando a armar un conglomerado de medios que, en el futuro, lo convertiría en el magnate más importante del mercado. Durante años había trabajado con dedicación y esmero para hacer de la suya una vida de

resultados y legado. Su hija Ana, única descendiente, no había heredado la pasión por los libros o el negocio editorial. En cambio, era una apasionada por la criminología forense que acababa de recibir su título. Como padre, no podía estar más que orgulloso, puesto que había criado una hija íntegra, noble, dedicada y entusiasta. El mundo estaba a sus pies, y lo sabía. Pero en ese momento, en vez de poder disfrutar el reciente logro de su primogénita, caminaba apurado hacia la Quinta Pueyrredón, en San Isidro, donde se hallaban las oficinas centrales de la Dirección.

—Emerio —dijo un hombre de mediana edad al verlo atravesar el portal—, no te esperábamos.

—Necesito hablar con Yturna.

El hombre asintió y, con un movimiento de cabeza, le indicó que lo siguiera. Primero atravesó el patio colonial y detuvo la mirada un momento en el aljibe de fines de siglo dieciocho, que ocupaba un espacio protagónico. Durante un segundo olvidó dónde estaba y recordó las tardes de verano en las que llevaba a Ana a pasear por esa quinta y comían manzanas caramelizadas con pochoclo encima. Ella tomaba cada uno de los pochoclos, los sacaba con cuidado para no romperlos y los comía despacio mientras disfrutaba el sabor de aquella mezcla de azúcar derretida y maíz dulce. La manzana la dejaba entera, lo que hacía reír a Emerio, que se la comía. Ella solo quería ese “tesoro blanco”, como lo llamaba. Aquellos habían sido días felices. Luego los tiempos habían cambiado, y regresar a la Dirección—sitio que había jurado no volver a pisar— significaba ver de nuevo a la mujer que le había roto el corazón tantos años atrás. Su guía detuvo el paso, y Beltrán lo imitó. Observó la puerta de madera que antecedió el ingreso al recinto de seguridad y aguardó a que lo habilitaran.

—Ya conoce el camino —dijo el hombre a su lado.

Emerio asintió. Conocía ese acceso de memoria, aunque habría querido borrarlo de los recuerdos durante años. Esperó a que el custodio se alejara lo suficiente para inspirar con profundidad, estirar el cuello hacia ambos lados y luego abrir la puerta. El olor a humedad que arrojaba esa escalera de cemento gastado fue lo primero que le pegó en las fosas nasales. Aquel era el aroma del pasado, su pasado: las noches con Yturna, los besos frente al fuego, la elección que había tenido que hacer. Y lo volvería a hacer, se dijo, antes de avanzar hacia las profundidades de la tierra, allí donde la Dirección mantenía en perfecto resguardo su anonimato, su control secreto de Interpol, su forma silenciosa de manejar los hilos del poder. Los recuerdos se le arremolinaron en la cabeza con la fuerza de una historia que no se olvida y, para cuando se quiso dar cuenta, estaba frente a la puerta que antecedió a la oficina de la cabeza de aquella organización, una mujer que era el demonio hecho carne, la perdición materializada. Nadie había podido con él como aquella Lilith de hueso y sangre, y nada le había costado tanto como dejarla. Golpeó la puerta.

—Sí —respondió del otro lado una voz grave, profunda y seductora que contenía todas las melodías del mundo en su tono.

—Yuturna —dijo Emerio al tiempo que la atravesaba con la mirada. Esa mujer había hecho mella en él, pero también le había dejado una gran enseñanza: nadie podía vencerlo, ni siquiera ese amor que no había sido.

—Emerio —correspondió ella mientras sostenía la mirada del hombre que había amado, pero que había elegido otra vida sin ella—, pensé que habías jurado nunca volver a la Dirección.

—Pensé que habías jurado no romperme el corazón, y aquí estamos —contestó irónico, y ella sonrió mordaz—. Si vine es porque tengo que pedirte algo.

—La mantis debe ser respetada —aseveró ella sin siquiera dudar sobre el motivo que había traído a Beltrán otra vez a sus dominios.

—No puedes pedirle a un padre que mate a su hijo.

Yuturna sonrió.

—Y por eso lo hiciste —murmuró Emerio al caer en la cuenta de que aquella mujer era una estrategia cruel y de que no tenía escrúpulos si había un fin al que debía llegar—. Al que querés muerto es a Francisco... Pero ¿por qué? Ávalos es tu aliado, ha estado ayudándonos para dismantelar Ibis, ha colaborado. Incluso traicionó a sus propios antepasados, también miembros de Ibis.

La mujer, de unos cincuenta años, con el cabello de fuego recogido hacia atrás, ataviada con un vestido negro hasta por debajo de la rodilla y unas botas que no se sabía dónde terminaban, se alejó del escritorio y avanzó hacia donde estaba el empresario editorial.

—Emerio, hay cosas que no puedo explicar.

—Sí que podés —repuso él furioso mientras la tomaba de los brazos y la atraía hacia sí—. Francisco no es un peligro, es el comisario general, un tipo de una integridad... —Hizo una pausa—. Sabés que cumple una misión muy particular.

—No hace la diferencia, no completó su parte, cruzó un límite. La mantis es una sentencia de muerte, o mata a quien se le indica o el muerto es él. Ese es un compromiso que asumimos cuando entramos a la Dirección, lo sabés.

—Ávalos no es parte de la Dirección, él pertenece a Ibis.

—Es parte de la Dirección desde el momento que accedió a traicionar a su gente y ayudarnos a destruirlos. No cumplió su parte, permitió que Tomás aprovechara nuestros recursos en su beneficio personal y obtuviera lo que necesitaba. Sus acciones tienen consecuencias.

—Te pido que levantes esa sentencia de muerte, Yuturna. Sos la única con poder para hacerlo.

—No va a pasar. No voy a quebrar mi propio código de honor.

Beltrán liberó las manos de los brazos de la mujer que tenía enfrente antes de mirarla con profundo desencanto y una tristeza tan profunda e íntima que sintió que las lágrimas iban a escapársele de los ojos sin permiso. Pero no, no mostró un ápice de aquella debilidad que Yuturna despertaba en él. Respiró con la certeza de que no podía volver allí. Aquella diabla lo corroía como un cáncer lento y mortal, no había cambiado nada, era la misma mujer peligrosa, tentadora y mentirosa de siempre. Francisco no debería haber confiado en ella, y él tampoco.

—¿Qué vas a hacer cuando te quedes sola?, ¿cuando la vejez te alcance y no haya nadie a tu lado para sostener tu mano? —quiso saber Beltrán, que pronunció cada palabra como si de cuchillos mortales se tratara.

Yuturna sonrió. Había, sin embargo, un aire de tristeza en aquel gesto que solo alguien que la amaba podía distinguir. Emerio lo hizo.

—Siempre estarás ahí para mí, lo sé.

—Te equivocás. Si no revertís la orden, no volverás a verme.

Ella apretó los labios, pero no dejó de sonreír.

—Entonces, amor mío —resolvió, y se le acercó hasta casi rozarle los labios—, este es nuestro adiós.

CAPÍTULO 12

Carolina Lauthen ingresó a las oficinas de la farmacéutica que llevaba su apellido en Bariloche y se dejó caer sobre el escritorio que había ocupado durante años, pero esa vez no como dueña del lugar, sino como accionista minoritaria. Ernesto Ordóñez había realizado la misma jugada que ella había usado con él y le había ganado en su ley. En ese momento, a merced de aquel hombre que amaba con el corazón y odiaba con la razón, se preparaba para retomar el control de su vida, recuperar Sol Negro, su empresa madre, y ordenar sus asuntos, pero, por sobre todo, necesitaba hablar con él y pedirle perdón. Había cosas en la vida que uno hacía por pasión, por amor, por impulso. Ella había atacado Skull, la naviera de Ordóñez, por todo eso y por venganza, pero en ese camino se había encontrado con el amor, y eso la había descolocado.

—Ernesto —dijo por el teléfono móvil, otra vez en la casilla de mensajes—, necesito hablar con vos. —Hizo una pausa—. Cala... —suplicó—. Calavera, no más mentiras, lo prometo. Necesito que me des la oportunidad de explicarte.

No obtuvo respuesta. Él no le atendía los llamados, ni le contestaba los mensajes. Era como si la hubiera eliminado de su vida. Cuando de cuestiones comerciales se trataba, mandaba a su abogada a lidiar directamente con ella. Él, por su parte, parecía haberse evaporado de la faz de la tierra. Sin embargo, más allá del dolor de extrañar a aquel hombre que había irrumpido en su vida como un viento que arrasa y rompe todas las estructuras, debía resolver otro tema: Cora. Su prima de apenas dos años; en lo que a ella concernía, era su único pariente vivo además de Ciro Aguilar, que, al ser amigo de Ernesto, dudaba de que quisiera tener contacto con ella.

Así, al enterarse de la existencia de otra hija de su abuelo, Mérida, y de que ella había tenido una niña, había decidido mover cielo y tierra hasta encontrarla y hacerla heredera del imperio Lauthen. Carolina no tenía hijos, el reloj biológico no era algo que la hubiera preocupado antes, pero, al conocer a Calavera, eso había cambiado. El karma, o la vida, ya no sabía cómo llamarlo, había determinado que no pudiera tener descendencia. Estaba pagando por cada uno de los males que había cometido, estaba claro. Y cuando la tristeza de aquella certeza había empezado a hacerse carne en su cuerpo, la vida le había dado la noticia de que sangre de su sangre vivía en aquel sitio y de que su tía Mérida, hija de su abuelo Franz y su amante Ivette, había muerto. Al descubrir que no había rastros del padre de Cora, había encaminado todo para hacerse con la patria potestad de la niña. Pero primero debía encontrarla.

Hasta el momento solo sabía que se hacía llamar Cora Lencke y que su abuelo la había buscado por cielo y tierra, no por amor a la descendencia, sino porque su sangre, el ADN de Cora, era tan particular que —en teoría— podía llegar a curar el albinismo oculocutáneo. Pero, cuando Ivette

descubrió las intenciones de Franz, había sacado a Mérida y a la niña del alcance de aquel monstruo, que al final las había encontrado. Mientras Franz Lauthen extorsionaba al supuesto padre de la niña y amante de Mérida, la estudiaba en detalle. Pero, antes de extraer suficientes muestras, la niña había sido rescatada y, cuando había vuelto a capturarla, no había logrado retenerla para avanzar en las investigaciones. Desde entonces, la niña estaba oculta, su abuelo había muerto con un tiro entre ceja y ceja, y ella estaba tan sola que le dolía el alma. Iba a reparar los errores del pasado, iba a pedir perdón por haber permitido que Franz, un criminal de guerra nazi, huyera y por haberle mentado a Calavera, pero por sobre todo iba a reencaminar su vida porque quería criar a Cora como si fuera su propia hija, y nadie iba a impedirselo. Claro que para eso, primero, debía encontrarla.

* * *

Justo abrió la puerta de su casa y, tras ella, encontró a Ana Beltrán, Agustín Riglos y Román Benegas. Dentro, de pie junto al sillón, Verónica Ávalos esperaba para recibirlos. Los ojos de Verónica se llenaron de lágrimas al verlos a todos ahí, juntos, después de casi un año ausente. La mirada de Román fue la primera que registró y la atravesó como un rayo de esperanza. El director de Interpol avanzó a paso rápido y abrazó a su exmujer con la certeza de que no volvería a soltarla. Ella estalló en un llanto que sorprendió al resto de los presentes. Verónica estaba rota, algo había cambiado en ella, algo tan íntimo y personal que solo aquellos que la conocían de verdad, como los integrantes de ese singular grupo de personas, podían notarlo.

Al verla, Román sintió que el peso del mundo se le caía encima y que se evaporaba para siempre cuando la tuvo entre sus brazos. La ciñó tan fuerte, tan apretado, que llegó a pensar que podía romperla. Estaba tan flaca, tan pequeña en comparación a la Verónica de un año atrás, que podía sentir contra las manos los huesos de su espalda y las costillas marcadas bajo la piel. Cerró los ojos un momento, primero para contener las lágrimas y luego para intoxicarse de ese aroma tan único y personal que ella emanaba. Verónica se alejó de Benegas y encontró los ojos escrutadores del comisario, que no perdonaban la traición. Durante un segundo esa mirada dijo todo y nada a la vez. Luego, Verónica se acercó a Agustín y lo estrechó con el amor y el cariño que se le tiene a alguien que ya se considera familia. Por último, llegó el turno de Ana, que, como siempre, se fundió en un abrazo que no dejó de ser significativo aunque ellas ya se habían visto días atrás. El episodio que casi había costado la vida de Ávalos había unido para siempre a ese grupo de gente.

Un tanto más repuesta y luego de que Justo le alcanzó un vaso de agua, Verónica se ubicó en el sofá central y les pidió a todos que hicieran lo mismo.

—Lo que les voy a contar —empezó mientras trataba de ordenar las ideas— no es fácil. Tiene que ver con mi historia, con mi pasado; un pasado del que vengo escapando desde el mismo día en que nací.

Los presentes, en silencio, se acomodaron para escucharla con atención.

—Y comienza, como mi despertar en el Museo Ambrosetti, con el Juicio de Osiris. —Ávalos hizo una pausa—. El Juicio de los Muertos.

El silencio circundante solo era interrumpido por algún bocinazo a lo lejos o el ladrido de un perro en la plaza Vicente López, frente a aquel piso.

—El hombre a mi lado en esa sala, saben que era Lao Lencke. —Todos asintieron—. Lao fue quien salvó mi vida. Si no me hubiera sacado del hospital, mis horas habrían estado contadas.

—¿Quién te quiere ver muerta, Verónica? —preguntó Riglos con la mirada fija en los ojos de aquella mujer que, tras las pestañas, parecía ocultar todos los secretos del mundo.

—Mi hermano.

—¿Tomás? —preguntó Román, lo que la sorprendió.

—No —respondió ella con una sonrisa triste—, Tomás Ávalos no es mi hermano de sangre, Francisco Ávalos no es mi padre biológico. Quien me quiere ver muerta es Herbert, mi medio hermano. Él mató a mis padres biológicos y a Francisco Ávalos y ha estado detrás de Tomás desde el año 2003.

El silencio esperado se sostuvo durante unos segundos hasta que la agente, luego de beber un poco más de agua, continuó con el relato.

—El día que yo nací —narró en tanto recordaba la manera en que Francisco le contaba esa historia—, el cielo se volvió tan negro que parecía de noche. Una tormenta descomunal hizo estragos en mi tierra, y mi madre dio a luz atada de pies y manos, prisionera del hijo mayor de su esposo, mi padre, que simuló un Juicio de Osiris con cuarenta y dos estatuas de papel, justo como las dispuestas en el Ambrosetti. Como si de una sentencia se tratara, mi medio hermano mató a nuestro padre y colocó su corazón en uno de los platillos de la bandeja que debía pesarlo. Del otro lado colocó una pluma de Maat, y mientras él y sus secuaces sostenían a mi madre, esperaban mi nacimiento para sacrificarme y asegurarse de que no hubiera otra como yo. Él quería ser el único heredero legítimo de nuestro legado.

—No entiendo —interrumpió Ana, que creía conocer el pasado de Verónica, aunque no era esa la historia que le habían contado. Ella desconocía que su amiga no era hija biológica de Francisco y tampoco estaba al tanto del incidente de su nacimiento. Solo había escuchado hablar antes de Herbert, un pariente lejano que, según le habían dicho, había atacado a Francisco y, además de dispararle, le había tatuado en las manos dos escarabajos peloteros.

—Las cosas a veces no son blancas o negras —continuó Verónica—. Hay gente que cree en los extremos, en los malos tan malos que rozan lo perverso y los buenos hombres que casi podrían ser calificados como santos. No soy de esas personas, tampoco soy seguidora de religión alguna, me

he mantenido al margen de ese mundo porque mi pasado ha sido de extremos tan absolutos que elegí evitarlos. Mis padres eran miembros de una congregación, veneraban a dioses muy antiguos: Ra, Thot, Osiris y Horus eran algunos. Mis padres no estaban en su sano juicio —explicó—, y el hijo mayor de mi progenitor era el menos cuerdo de todos, ya que creía con fervor que él era descendiente de ese conjunto de dioses egipcios y que en él corría sangre de faraones. Si alguien más compartía esa sangre, si yo la compartía —aclaró—, debía morir. Y si no hubiera sido por Francisco y Tomás Ávalos, yo habría perecido el mismo día de mi nacimiento.

—Tus padres eran miembros de Ibis —murmuró Román, que empezaba a atar cabos.

—¿Ibis? —preguntó Zapiola, un tanto incómodo por no estar en tema.

Verónica asintió.

—Ibis es una organización secreta que, además de venerar al Antiguo Egipto y sus dioses como religión sagrada, mantiene un linaje que se supone que proviene del mismísimo Ra, el dios del Sol. —Verónica sonrió ante lo absurdo de lo que estaba relatando—. A lo largo de los años, la línea de sangre que proviene de Ra ha transmitido sus costumbres, relatos, conocimientos y mandatos de padres a hijos. —Hizo una pausa, luego introdujo la mano derecha entre sus ropas y sacó una cadena larga que, al final, dejó ver un escarabajo turquesa con líneas doradas—. Cuando un miembro de Ibis muere, le entrega a su descendiente directo una llave. —Luego de decir aquello, apoyó sobre la mesa el dije que había heredado de su padre.

Agustín tragó saliva y miró a Román. Enseguida sacó del bolsillo lo que Nadia Calderón le había entregado.

—Como este —intervino el exagente Cero, y Verónica sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿De dónde...?

—Nadia Calderón lo recibió hace dos días.

—Nadia... —murmuró Verónica, que sabía que su hermano la había amado con el alma, pero que aquello no había prosperado—. Esta es la llave de Tomás —explicó al tomar el objeto, con clara preocupación en el rostro—. Él no se separaría jamás de ella, salvo que su seguridad estuviera comprometida. —Verónica se incorporó y caminó hacia el ventanal—. Mandarle esto a Nadia fue su manera de pedir ayuda —agregó—. Está en problemas. —Giró y enfrentó a cada uno de sus amigos—. No siguió el protocolo de contacto. En cambio, le envió esto a Nadia. Necesito hablar con ella. Tengo que ubicarlo, tengo que asegurarme de que esté bien.

—Eso no es problema —afirmó Agustín—, puedo pedirle que venga.

Verónica asintió.

—Estos escarabajos —continuó al tiempo que agarraba el insecto de mármol y lo acoplaba con el propio para mostrar cómo ambas partes encastraban de manera perfecta— componen un todo, y ese todo solo está completo con una tercera pieza, una perla negra que está en las arcas del British Museum. Es un amuleto idéntico a este —describió, y volvió a mostrar el de ella—, pero con una perla en el centro. Esa joya fue extraída por el propio Howard Carter de la tumba del rey Tutankamón y durante años permaneció en su familia, pero por alguna razón terminó a resguardo del Británico.

—Las tres piezas juntas —quiso saber Ana—, ¿qué abren?

—La leyenda cuenta que la Llave de la Vida, así se llama a las tres joyas en conjunto, abre el Libro de los Muertos.

* * *

Nadia Calderón no tardó más que media hora en llegar al lugar de la cita. Cuando atravesó el umbral de aquel lugar, no esperaba encontrar a tantos desconocidos, pero ver a Verónica, la hermana de Tomás, después de tantos años hizo que aquello no fuera más que un detalle. Avanzó unos pasos y la abrazó con fuerza. Ella sonrió al verla y sintió, durante un segundo, que estaba otra vez en sus veinte y que Tomás aún estaba cerca.

—El escarabajo —dijo Nadia mientras sostenía las manos de Verónica— es el de Tomás.

—Sí —afirmó Ávalos sin dudar.

—Está en problemas, él jamás se separaba de ese amuleto.

—Durante estos años, ¿alguna vez te contactó?

—Nunca. Siempre creí que estaba muerto —reconoció con culpa.

La criminóloga asintió y guardó silencio un momento. Cuando estaba por decir algo, el teléfono móvil de Benegas la interrumpió. Verónica observó cómo ese hombre que había amado se alejaba para hablar por teléfono y, segundos después, se excusaba: debía irse, tenía algo que resolver de manera urgente. En otro momento ese gesto le habría molestado sobremanera, pero en aquella oportunidad lo único que pensaba era en encontrar a su hermano y salvarlo.

—El escarabajo —retomó la agente Ávalos— ¿vino con algún escrito, alguna pieza más, un mensaje, algo?

—Nada. Siento no poder ayudarte —agregó, y luego miró su reloj—. Lamento que mi visita sea tan corta también, viajo a Londres esta misma noche. Dentro de dos días presento el desfile de

joyas antiguas en el British Museum.

Al escuchar esas palabras, la agente miró a la periodista con el asombro dibujado en el rostro.

—¿Qué joyas?

—El Maytanchi, el collar de esmeraldas que encontré hace años, la corona de zafiros de la reina Victoria. —Nadia trataba de recordar el listado que había recibido con el cronograma del evento—. Hay varias piezas, tengo la lista.

—¿La tenés a mano? —insistió Ávalos.

—Claro. —La mujer tomó el teléfono, buscó un correo electrónico y le pidió a Verónica su dirección—. Ahí está, acabo de enviártelo.

Abrió el archivo en segundos y, cuando sus ojos leyeron “La Perla” en el inventario, supo que el pasado la había alcanzado del todo. La rueda había comenzado a girar el día que había aparecido en el Ambrosetti vestida de blanco, impoluta, como el anzuelo perfecto para atraer a su hermano y juntar las piezas de la Llave de la Vida. Y no había que olvidar el detalle del asesinato de Lencke, el hombre que había traicionado a Ibis y no había cumplido la misión pactada, y de su corazón pesado por la gravedad de sus acciones, castigado por Osiris. Al igual que cuando ella había nacido, las cuarenta y dos estatuas de dioses egipcios ambientaban la escena. Herbert, su medio hermano, había regresado a buscarla y, esa vez, no lo había hecho solo, sino que contaba con la ayuda de Ibis. Además, ni Francisco, ni Tomás Ávalos estaban para protegerla, ella debía enfrentar el pasado por su cuenta y ganarle.

—¿Creés que Tomás va a ir al British? —preguntó Nadia preocupada.

—No, es demasiado inteligente, no va a ir, sabe que yo iré a buscarlo. Pero necesito pedirte un favor.

—Lo que quieras —respondió Nadia con un asentimiento.

—Mantenenos informados del evento. Algo va a pasar ahí.

—Yo voy a acompañar a Nadia al British —se ofreció Agustín con firmeza y miró a Ana, que asintió para luego tomar su teléfono y ultimar detalles para acceder al evento como agente de Interpol. Iba a necesitar la ayuda de Román.

* * *

Junio de 2003.

Emerio se detuvo frente a la entrada de su estudio y dejó que Verónica Ávalos ingresara primero. La invitó a sentarse en el sofá y, luego de servir dos vasos de agua, bebió un trago, se aclaró la garganta y dijo:

—Sé que estos no son tiempos fáciles, Verónica. —La novel criminóloga asintió—. Con Herbert suelto, Tomás en Egipto y tu padre... —Volvió a beber agua. Todavía no podía creer que su amigo de hacía más de cuatro décadas, Francisco Ávalos, estuviera muerto—. Sé que estás al tanto de lo que va a pasar.

Ella volvió a asentir.

—No vas a poder contactarlo jamás. A partir de este momento, Tomás está muerto. ¿Lo tenés claro?

Ávalos contuvo la angustia que tenía concentrada en la garganta y apretó los puños para no llorar. En menos de veinticuatro horas, había perdido a su padre y a su hermano.

—¿Cómo va a ser?

—No puedo darte detalles. Cuanto menos sepas, mejor. Lo que sí puedo decirte es que tu hermano va a estar protegido y que dejé esto para vos.

Estiró la mano y tomó el sobre que llevaba en letra imprenta su nombre. Reconoció la caligrafía de Tomás de inmediato. Para cuando abrió la epístola, estaba a solas, Emerio le había dado la privacidad que necesitaba. Aquella noche Verónica lloró como jamás lo había hecho y se quedó dormida en el sillón de aquella casa que sentía como propia.

CAPÍTULO 13

Ivette observó la figura de Carolina Lauthen acercarse y resopló por lo bajo.

—No sé por qué perdés el tiempo, Carola —dijo la anciana—, no voy a revelarte el paradero de Cora.

La más joven no dejó que aquellas palabras le bajaran la moral. Iba a conseguir lo que quería.

—Vengo a hacerte una propuesta.

—No necesito dinero, Carolina. A mi edad...

—No ofrezco dinero. —Lauthen se arrodilló frente a la mujer y le tomó las manos con ternura—. Ofrezco un futuro para Cora, una vida sin problemas, educación de primera, la vida que le corresponde por derecho.

La gitana negó con la cabeza.

—No. Cora está a resguardo. No dudo de que hay una buena intención detrás de tu pedido —concedió mientras acariciaba la mano suave de aquella mujer con cariño porque vio sinceridad en esas palabras y una tristeza tan profunda que la conmovió—, pero no insistas.

—Dejame conocerla.

—Quizás... en algún momento, no ahora; no aún.

Carolina Lauthen se levantó del suelo y se acomodó la ropa. Había un dejo mínimo de esperanza al final del camino.

—Ivette, te juro que haré todo lo que esté a mi alcance para convencerte de que soy una buena persona, de que me he equivocado, pero la vida de Cora puede ser mejor si está en contacto con lo que queda de su familia. No con la nieta de Franz, no con la empresaria despiadada o la abogada tramposa; con la verdadera Carolina Lauthen, una mujer común y corriente que solo quiere una vida tranquila.

Ivette la observó partir y vio en esa mujer una soledad tan pronunciada que sintió pena por ella. El legado de Lauthen era macabro. Como el toque del rey Midas, pero a la inversa, todo aquello que tocaba, lo arruinaba. Carolina estaba rota, y no había duda sobre quién era el responsable.

* * *

Cuando Carolina abandonó la mansión Werner, un hombre envuelto en una chaqueta oscura la siguió con la mirada. Sin dejar de observarla, encendió un cigarrillo, aspiró con lentitud y, luego de que el sabor de la nicotina lo intoxicó, largó el humo y sonrió. La nieta de Franz Lauthen lo llevaría hasta la niña y, luego, dejaría de existir, tal y como debía haber sido desde un principio.

* * *

Cuando Ana y Agustín dejaron el departamento de Justo, Verónica se quedó en silencio. No dijo nada, solo levantó las copas de agua que habían quedado sobre la mesa y, sin más, las llevó a la cocina. Las lavó en silencio bajo la mirada muda del comisario, que se mantenía quieto, apoyado sobre el dintel de la puerta y con los brazos cruzados. Cuando terminó aquel quehacer, levantó la mirada de los platos y lo contempló fijo, salió de la cocina, lo rozó apenas al pasar a su lado y no titubeó ante aquel contacto. Tan solo avanzó hacia la habitación de Zapiola y se quitó los pantalones de espaldas a él, que la miró en silencio y la siguió despacio. El televisor estaba prendido, sin sonido. Un canal de música pasaba un antiguo videoclip de los noventa. Verónica giró para mirarlo a los ojos de nuevo y, sin despegarlos de él, se quitó el suéter que llevaba y se dejó puestas la musculosa negra y la ropa interior del mismo color. Después abrió la cama y se metió en ella.

—No me pidas que me vaya —soltó sin rodeos—. Hoy solo necesito que me abrases fuerte, Justo, nada más.

Entonces tomó el control remoto y activó el sonido del televisor. Los primeros acordes de *Nothing else matters* de Metallica irrumpieron en aquella habitación como agujones que perforan la piel y esparcen un veneno dulce que corrompe. Zapiola sintió que se desarmaba, pero aún no podía olvidar su traición. Colocó los brazos en jarra, observó el piso un momento y resopló. La música continuaba, y cada palabra encerraba la historia que estaba por retomarse en esa habitación.

—Abrazame, Justo —pidió ella, firme—. No te pido que me perdones, te pido que me abrases. Nada más.

De fondo, la letra asesina del clip rezaba: “Tan cerca, no importa lo lejos que estemos. No puede haber mucha distancia desde el corazón. Siempre confiaremos en quienes somos, y no importa nada más”. Verónica lloraba. Afuera, había empezado a llover; adentro, Zapiola se

debatía entre olvidar lo pasado y perdonar o finiquitar aquel asunto para siempre. Pero, en la súplica de la agente, había algo que lo quebraba. Verónica Ávalos podía con él, solo quería abrazarla fuerte y no dejarla ir. Por lo menos no esa noche.

Así, el comisario Zapiola, ese hombre taciturno, duro y callado que había jurado no sucumbir frente a esa mujer jamás, avanzó hasta el lecho mientras se quitaba la ropa y, sin más que los calzoncillos, ingresó a la cama y se acercó a ella. La miró fijo, pero no dijo nada, y ella tampoco, se limitaron a observarse. Sin intención de seducirlo y con la clara convicción de que aquella noche solo necesitaba que la estrecharan, Ávalos giró para darle la espalda, se acurrucó contra él y dejó que la sostuviera. Cuando sintió los brazos fuertes del hombre que más la había cuidado en la vida, se quebró y lloró como la noche en que había despedido a su padre y a su hermano. Justo atinó a decir algo, y ella negó con la cabeza.

—No me preguntes, hoy no me preguntes nada. Abrazame fuerte, sosteneme, porque estoy al borde de un abismo y no sé cómo voy a salir de él.

—Shhh... —le susurró Zapiola al oído para intentar tranquilizarla y, después de besarla con ternura en la mejilla, la abrazó aún más fuerte y dijo—: Yo te sostengo, yo te tengo, Vero. Confía en mí, todo va a estar bien. Venciste a la muerte, el abismo no puede con vos.

La música seguía, el sonido envolvía ese dormitorio hasta elevarlo a un mundo de melodías tan mágicas como personales. “Nunca me sinceré de esta manera, la vida es nuestra, la vivimos a nuestra manera, todas estas palabras no son solo un decir. Nada más importa”. Ávalos sonrió entre lágrimas, apretó fuerte la mano del comisario y se quedó dormida entre sus brazos.

* * *

Domingo 16 de junio de 2019, 7:01 a.m.

Julia Durée inició el procedimiento en el segundo exacto, tal y como estaba establecido. Quien hubiera diseñado ese protocolo que apagaría todo la República Argentina y países limítrofes merecía su respeto. Aquel plan era tan perfecto, tan puntilloso que ya no le preocupaba la misión en sí, sino que anhelaba conocer al autor de esa maravilla de ingeniería transformada en una guía del pirateo informático ideal. Dos minutos después, justo a las 7:03 de la mañana, la energía eléctrica se cortó desde Tierra del Fuego hasta la Puna y más allá. Parte de Paraguay, zonas de Brasil, Chile y Uruguay se apagaron también. Dos horas después, cuando los sistemas de enfriamiento de la central de Ibis fueron colapsando y los programas de seguridad fueron cerrándose, Julia ingresó a aquella arca digital y buscó el archivo registrado como “Visir Hetpet”. A continuación lo copió, salió de aquel búnker informático tras asegurarse de no dejar rastro y desapareció en el éter virtual. Segundos después, el archivo entraba en el correo seguro de Román Benegas. Su misión estaba cumplida.

* * *

Román, sentado frente a la *laptop* de su oficina, logró descargar el informe antes de que las baterías de seguridad de la agencia colapsaran también y, sin más, se dispuso a leer el contenido. “Visir Hetpet”, repitió en voz alta mientras sostenía la moneda de oro entre los dedos y la apretaba con fiereza. Un visir en el antiguo Egipto, según había estado leyendo, era el equivalente al primer ministro o a la figura más importante de un gobierno. En ese caso, entendía, era la cabeza de Ibis.

¿Cómo encajaba la historia que Verónica les había revelado el día anterior en todo eso? ¿Tomás Ávalos era visir de Ibis, formaba parte de la organización o era un disidente? Tenía mucho que preguntarle a la mujer que le robaba el sueño. Durante un segundo olvidó el cometido que lo ocupaba y revivió el momento exacto en que la había visto, cuando el aire se le había escapado del cuerpo para regresar con la fuerza del aliento de vida. Verónica estaba viva, frente a él, más consumida, con una notable angustia y con una vida de secretos auestas. ¿Quién era Verónica? ¿Quiénes habían sido sus padres? No había dicho nada sobre ellos además de que eran parte de Ibis.

Cansado porque había pasado la noche en vela para buscar información sobre Tomás Ávalos y a la espera de que Julia le enviara el documento que ya tenía en la tableta, se incorporó, fue hasta su automóvil y abandonó las oficinas de Interpol en San Isidro. Luego, en la soledad de su casa, terminaría de leer el informe y procedería a diseñar el plan para aniquilar al objetivo. Durante el trayecto, mientras su vehículo se deslizaba por una avenida del Libertador casi a oscuras, apenas iluminada por los primeros vestigios de sol, ocultos detrás de una lluvia incipiente, no dejó de pensar en el abrazo que le había dado a su exmujer. Recordaba cómo le había rodeado la cintura con las manos, el corazón desbocado de ambos luego de verse, las lágrimas de ella, con las uñas clavadas en uno de sus costados, su aroma. Tarde había comprendido que aquella mujer era el amor de su vida y estaba decidido a jugar todas sus cartas para recuperarla. Verónica lo quería, lo sabía, y tan seguro estaba de eso que hasta renunciaría a su cargo si se lo pedía, porque Verónica Ávalos sería suya, siempre.

* * *

Justo abrió los ojos y, para su sorpresa, Verónica no estaba a su lado. Como si hubiera retrocedido en el tiempo, recordó la noche que había conocido a la agente y cómo ella se había ido de ese mismo departamento luego de aquel encuentro. A diferencia de aquella vez, en esa ocasión sí

sabía su nombre.

Se incorporó y la buscó en el resto del piso. No había señales de ella. La llamó al teléfono móvil, pero no respondió. Decidió bañarse e ir a la casa de ella, a donde seguro había vuelto.

* * *

Verónica atravesó el portal de su hogar cuando las agujas marcaron las seis de la mañana. Una alerta le había llegado al teléfono móvil, así que debía ingresar a su cuarto seguro para ver de qué se trataba. Cuando leyó el contenido del mensaje encriptado, sintió que el mundo se le venía encima. Luego tomó el teléfono y se comunicó con Ana.

—¿Estás bien? —preguntó la criminóloga desde el otro lado de la línea.

—Sí —mintió Ávalos—, pero necesito que me hagas un favor.

—Decime.

* * *

Agustín Riglos abordó el Gulfstream de Interpol hacia Londres a las 5:45 de la mañana. Mientras la aeronave carreteaba, ultimó detalles con la agencia en Gran Bretaña, que debía tramitar todo lo necesario para que estuviera habilitado como personal de seguridad del evento. Cuando el avión llegó a los diez mil pies crucero, se relajó y aprovechó para descansar unas horas, dado que no sabía qué tan intensa podía ser la inesperada misión que volvía a ponerlo en el campo de acción. Justo antes de quedarse dormido, sonrió; extrañaba el trabajo de espía.

* * *

Cuando terminó de leer el informe que Julia había logrado robar de Ibis, sintió náuseas. Un vértigo que le recorrió las venas con la violencia de lo que acababa de descubrir hizo que el pulso se le acelerara y que le urgiera abrir la ventana del departamento para tomar aire. Necesitó un par de minutos para serenarse y ordenar sus pensamientos, luego tomó las llaves del coche y manejó bajo la lluvia en una ciudad que, ante la falta de luz, carecía de semáforos y en la que el tráfico se

había vuelto un caos. Por eso, el trayecto que por lo general podía llevarle veinte minutos le demandó casi una hora y media. Para cuando se encontró frente a la puerta de la vivienda de Verónica, estaba empapado y había elucubrado más de mil teorías respecto de las posibilidades de lo que había descubierto y cómo resolverlo. Cuando la mujer abrió la puerta, no dijo nada, tan solo se abalanzó sobre ella y la capturó en un beso que hizo que ambos temblaran. Ella se aferró a él con avidez y lo correspondió sin contemplaciones. Román no la dejaba respirar, pero no le importaba.

Román Benegas vulneraba sus barreras, quebraba sus límites, no la dejaba pensar. Con él todo era acción y reacción, una pulsión incontrolable que los atraía como dos polos magnéticos que no pueden separarse. Dejó que siguiera besándola mientras le recorría el cuerpo con codicia, que la acorralara contra la pared, le abriera las piernas y se introdujera en ella con el hambre de un animal que no ha ingerido alimento en años. Al principio solo se escuchó el gemido de ella, después el jadeo de ambos se acopló a la cadencia de sus cuerpos y, cuando se miraron a los ojos, el clímax estalló en un grito que no pudieron evitar. Una comunión íntima entre ellos se celebró en aquel encuentro y, en ese quejido final, se liberaron los meses de angustia, frustración y abandono.

Agotados, cayeron sobre la alfombra en silencio, agitados, extenuados por la pasión del encuentro. Román la atrajo hacia sí y, cuando apoyó la espalda de ella sobre su pecho y le pasó un brazo por la cintura, le susurró al oído:

—Hay algo que debo preguntarte.

Verónica sabía lo que diría, el correo electrónico que había recibido le había anticipado una situación por completo inesperada. El corazón se le contrajo.

—No preguntes mi nombre —lo atajó ella, y él comprendió que su vida estaba condenada.

CAPÍTULO 14

A na Beltrán atravesó las puertas de Mesa de Piedra. Aunque no había luz en el país, los generadores de aquel lugar tenían autonomía suficiente para durar una semana sin energía. En silencio, con la lluvia de fondo, ingresó al laboratorio de análisis y lo cruzó sin dejar de pensar en lo que Verónica le acababa de pedir. Luego entró a su oficina, escribió el código de acceso y, tras comprobar que estaba segura, abrió la *laptop*. Antes de que pudiera acceder al archivo que Verónica había solicitado, una alerta le comunicó que había un resultado a una de las búsquedas que había iniciado cuarenta y ocho horas atrás. Abrió el documento y comenzó a leer.

Serapeum de Saqqara,

orilla oeste del Nilo,

19 de mayo de 1978.

En la profundidad de la necrópolis, se encuentran cuarenta y dos estatuas hechas de una mezcla de papel y cola que escenifican el mítico Juicio de Osiris. En el centro de la escena, se ubica una balanza de bronce, donde una pluma de Maat ocupa uno de los platillos y el corazón de un hombre, el otro. El sujeto, caucásico, de unos setenta años y de nacionalidad británica, llamado John Howard Carter Herbert, yace sin vida del lado izquierdo de la balanza. Su corazón reposa sobre el platillo, y su pecho se encuentra cosido de manera desprolija. Del lado derecho de la balanza que actúa como línea divisora invisible, hay una mujer que acaba de dar a luz. Está atada de pies y con una mano sostiene a un infante recién nacido sobre el pecho. La otra mano la tiene atada. Está con vida. En el lugar se captura al señor Simon Carter Herbert Junior, hijo mayor del difunto, quien se declara culpable del asesinato de su padre, y a tres cómplices, todos miembros de la organización Ibis. Se asiste a la puérpera y a la criatura. La mujer, identificada con el nombre de Leila Williams Carter Herbert, de nacionalidad británica, indica que la pequeña, nacida con 3,388 kilos, se llama Iris Sara Carter Herbert.

Ana dejó de leer un momento. Se echó hacia atrás, y el respaldo de la silla se inclinó hasta darle una postura de descanso más cómoda. Aquel era el relato del día que Verónica había nacido. Releyó de nuevo las últimas frases. Verónica era hija del hijo de... ¿Howard Carter y Evelyn Herbert? ¿Acaso su amiga era descendiente del hombre y la mujer que habían descubierto la famosa tumba del rey Tut? Un escalofrío lento le recorrió el cuerpo, pero se acomodó otra vez para continuar con la lectura.

La señora Williams se encuentra lúcida y explica que su hijastro no está cuerdo y que ella había advertido a su esposo sobre la situación, pero, al no obtener respuesta de él, se contactó con su primo hermano, el comisario general de la nación argentina Francisco José Ávalos, en busca de ayuda. El comisario viajó a El Cairo a buscar a su prima y fue quien alertó a la policía local de la desaparición de la mujer en la víspera de su fecha estimada de parto. La señora Williams y su hija quedan bajo la custodia de Ávalos.

El informe concluía ahí. Adjuntas, había fotografías del hecho, las estatuas dispuestas al igual que en el Ambrosetti, la balanza en el centro de la escena, el cuerpo del hijo del arqueólogo Howard Carter y Evelyn Herbert. Evelyn era la hija de lord Carnavon, el hombre que había financiado la expedición que había permitido que Carter encontrara la tumba del rey Tutankamón. Ana imprimió el documento y lo dejó a su lado, luego se lo envió por correo a Agustín, que a esa hora estaba rumbo a Londres junto a Nadia Calderón. Segundos después ingresó en su acceso seguro en la base de datos que manejaba Mesa de Piedra y escribió las palabras clave de lo que Verónica le había comentado: “mantis”, “orden de ejecución” y “Dirección”. El resultado que arrojó la base de datos, que era un inmenso compendio de casos policiales y asuntos sin resolver, entre tantas otras cosas, la dejó sin habla.

* * *

Carolina Lauthen atravesó las puertas de sus oficinas en el laboratorio que había pertenecido a su abuelo, que había heredado y que entonces era en gran parte propiedad de Ernesto Ordóñez y de la corporación Skull. Enseguida se dejó caer detrás de su escritorio, agotada por completo. Había trabajado durante toda la noche en un plan de negocios que la ayudara a reflotar la imagen de la farmacéutica luego de que se había dado a conocer el pasado de su fundador, Franz Lauthen, el Químico de Birkenau. Aquel hombre, además de ser su abuelo, la había criado. Las acciones de Lauthen se habían ido a pique cuando la información había sido confirmada por los medios, por lo

que remontar ese negocio iba a ser —era muy probable— de las cosas más difíciles que le había tocado resolver, pero estaba decidida a hacerlo. Por eso, volvió a tomar el teléfono móvil y llamó a Ordóñez. No obtuvo más respuesta que el contestador.

—Ernesto, no seas chiquilín —espetó furiosa—. Jugué mis cartas y perdí. Te engañé, lo sé. Superalo, hay mil peces en el mar, y estoy segura de que hay cientos listos para dormir con vos. Nadie de muere de amor. Crecé y atendé el teléfono. —Carolina hizo una pausa, había rabia en su tono de voz—. Bueno, si no vas a responder, por lo menos vas a tener que escuchar. Tengo un plan armado, un plan de negocios que puede mejorar nuestra imagen. Porque no olvides que, aunque minoritaria, soy tan dueña de Lauthen como vos, y yo, Calavera —remarcó—, soy el alma de Lauthen. Voy a hacer lo que tenga que hacer para salvarla. —Volvió a hacer una pausa, respiró para bajar el nivel de vehemencia con que estaba hablando y continuó más serena—. Tengo pensado lanzar el programa Tanya Frydberg para asistir a los refugiados del Mediterráneo, Venezuela y a cualquier otro ciudadano desplazado de su tierra. Quiero que esta iniciativa provea educación, contención y trabajo en otros destinos y, sobre todo, herramientas para salir adelante luego de abandonar su país. Quiero que lleve el nombre de Tanya en honor a todas las víctimas de los campos de concentración, pero en especial para asumir la culpa de mi abuelo y su pasado nazi. También pienso hacer pública la investigación que realizó para el tratamiento del albinismo oculocutáneo y poner a disposición del mundo la patente del medicamento para tratarlo para intentar subsanar aunque sea una ínfima parte del sufrimiento que mi abuelo y su gente causó. Llamame, Ernesto, por favor.

Carolina dio por finalizado el mensaje y se incorporó. Salió de aquel despacho rumbo a la planta para supervisar la producción de la última línea de producto que iban a lanzar al mercado, pero entonces chocó contra uno de los empleados de la oficina.

—Alexander —dijo ella con una sonrisa. Alexander von Hummel trabajaba allí desde que tenía memoria. El padre y el abuelo de aquel hombre también lo habían hecho.

—Disculpe, señorita Lauthen —expresó él al retroceder un paso y bajar la mirada—, no la vi.

—No te preocupes —lo tranquilizó ella, que con los años le había tomado cariño a aquel joven introvertido, algo torpe y silencioso que trabajaba con dedicación y devoción y que había admirado tanto o más que ella a su abuelo—, no es nada. ¿Cómo está tu padre? —preguntó luego.

—Bien —respondió sin elevar la vista—. Algo cansado, pero, en general, bien.

—Bueno, ya sabés que, ante cualquier cosa que Helmut necesite —dijo en referencia al padre de Alexander—, mis puertas están abiertas. Quiero mucho a tu padre, y mi abuelo lo admiraba.

Alexander levantó la mirada del suelo y sonrió con un orgullo tan sincero que contagió a Carolina.

—Gracias —respondió él, satisfecho, al haber escuchado aquellas palabras.

—Mandale un gran cariño de mi parte —concluyó ella, y se dispuso a retomar su camino.

—Se lo haré llegar —respondió Alexander, y avanzó en la dirección contraria.

* * *

Román se incorporó, se acomodó los pantalones, se abrochó el cinturón y, sin mirar atrás, dijo:

—Tengo que irme.

Verónica, que continuaba sentada en el suelo, levantó la mirada y, con los ojos llenos de lágrimas, se dispuso a terminar de romperle el corazón.

—Sabías que esto no iba a funcionar —espetó con profunda tristeza. Él continuó de espaldas—. Nosotros no podemos sacarnos las manos de encima, pero después de eso... Después de eso no hay nada.

Benegas giró y la enfrentó. En los ojos parecía llevar toda la tristeza del mundo.

—Hay mucho, Vero, lo sabés. —Se arrodilló a su lado para mirarla directo a los ojos—. Nunca vas a perdonar que te abandonara, ¿no?

—De hecho —contestó ella mientras acariciaba con cariño la quijada firme del español—, creo que fue lo mejor que pudo haber pasado. Tu prioridad siempre fue y será tu trabajo, y está muy bien, pero yo quiero a alguien que me ame a mí, que no me abandone cuando ya no le sirvo. Eso hiciste conmigo. Te ofrecieron el cargo de director, y no pestañeaste cuando te exigieron renunciar a nuestro matrimonio. Sabías que no te darían la posición si seguías casado. Sos una gran persona, Román, y sabés que te quiero, pero lo que hiciste no tiene retorno, hay cosas de las que no se vuelve.

Él sintió que el corazón le explotaba en mil pedazos y que, sin embargo, ese dolor hacía apenas más fácil la decisión que debía tomar. Cerró los ojos un momento.

—Lo elegís a Justo —infirió con la voz quebrada.

—Me elijo a mí —respondió ella con un nudo en la garganta—. Esto no se trata de elegir entre vos o Justo, esto tiene que ver conmigo y nada más.

—¿Y lo de hace un rato qué fue? —quiso saber, en referencia al encuentro que acababan de tener—. Porque no me vas a decir que eso no significó nada.

Verónica desvió la mirada un momento, y una lágrima se escapó despacio.

—El adiós de dos adultos que se amaron.

Román la miró en silencio y se mantuvo firme, con los ojos acuosos, en tanto sopesaba las decisiones que, a lo largo de los años, había tomado.

—Te lo estoy haciendo fácil —susurró ella.

Benegas enarcó una ceja.

—Sé que recibiste la mantis.

Él sintió que el corazón le daba un salto.

—¿Cómo...?

—Alguien me avisó, aún no sé quién, pero sé todo. Tenés que aniquilar al visir Hetpet, ¿cierto?

Benegas asintió y tuvo que obligarse a contener las lágrimas frente a la inminente confirmación de aquello que había leído en el expediente robado por Julia y que, por alguna absurda razón, añoraba, esperaba, rogaba que no fuera cierto.

—Cuando leíste el legajo de Hetpet, comprendiste que no se trataba de un hombre, sino de una mujer.

Él mantuvo su silencio y las lágrimas apretadas en los ojos, al límite de escapar. Resistiría.

—De hecho, Hetpet fue una sacerdotisa del antiguo imperio —continuó Verónica— y el nombre que mi madre, miembro de Ibis, me asignó al nacer.

Benegas negó con la cabeza.

—Te han pedido que mates a Hetpet, también conocida como Iris Carter y, según la ley de la mantis, si no cumplís tu misión, la sentencia de muerte cae sobre vos.

—No voy a preguntar tu nombre —murmuró mientras las lágrimas le caían por las mejillas ante la tristeza del escenario en el que se encontraban—, para mí siempre serás Verónica Ávalos, y la mantis se la meten en el culo la Dirección, Interpol y la reputisísima madre.

Verónica sonrió conmovida y se le acercó para abrazarlo. Lo rodeó con los brazos y le susurró al oído:

—Mi nombre es Iris Sara Carter Herbert, y nadie puede acusarte por fallar en una misión.

Acto seguido, Verónica le clavó una aguja con el narcótico suficiente para que el director de Interpol, Román Benegas, cayera inconsciente sobre la alfombra del comedor. Luego tomó la valija que había preparado más temprano y partió rumbo al aeropuerto. El asunto de la mantis iba

a tener que esperar, ya vería luego cómo lo resolvía. Era momento de salvar a Tomás.

CAPÍTULO 15

El British Museum relucía: las luces, la música de fondo, una banda de jazz sobre un escenario lateral y un piano dispuesto para la gran entrada. Todo estaba listo para que el desfile empezara. Amelia, oculta detrás de la falsa identidad de Tatiana March, curadora de arte y experta en joyas antiguas, estaba al mando del evento.

Estaba enfundada en un Elie Saab Haute Couture rojo furioso con escote en forma de corazón y hombros al descubierto que le caía sobre el cuerpo con la elegancia que la caracterizaba. El cabello recogido hacia atrás y un collar de zafiros y diamantes que había pertenecido a Isabel de Orleans le daban el toque perfecto al magnífico vestuario. Avanzó a paso rápido y, por un canal específico y encriptado, se comunicó con su contacto.

—Borja —dijo al entablar diálogo con el experto en venenos de diseño que había preparado la droga para generar la distracción que necesitaban y lograr sustituir la Perla por la réplica—, ¿estás listo? Empezamos dentro de menos de cinco minutos.

—Todo preparado —respondió Sanz, oculto detrás de la falsa puerta de Kaihap, en una sala imperceptible al ojo no entrenado—. Quedo a la espera de tu señal.

Amelia susurró algo más y luego desconectó la comunicación para pasar a la frecuencia de la organización del evento.

—Empezamos dentro de tres, dos, uno... Música —indicó.

Los primeros acordes que tocó la banda dieron entrada a la cantante y pianista Diana Krall, quien inició aquel evento y, luego de agradecer los aplausos, presentó al director del museo, que pronunció el discurso inaugural.

—Ahora ingresa Nadia Calderón —señaló Amelia a su gente.

Así, las luces iluminaron a la renombrada directora editorial y periodista que, con paso firme y la seguridad que la caracterizaba, surcó la pasarela con la experiencia de una mujer de mundo. Vestida con un Valentino color amarillo, sin mangas, de escote recto con un drapeado en el centro que dejaba caer una tela noble y voluminosa y una cola que le sentaba de maravilla, Nadia se sentía una reina. Sonrió ante tal pensamiento porque nada le interesaba menos que la monarquía, pero había magia en ese evento y, más allá de que sus ojos buscaran encontrar a Tomás Ávalos entre el público, estaba disfrutando el rol protagónico que le habían asignado: dar el discurso principal del desfile. Entonces, cubierta por ese vestido magnífico, voluminoso y elegante, se

observó durante un breve momento en el monitor a su izquierda. Había decidido acompañar el atuendo con una sobria tiara de diamantes que había pertenecido a la princesa Astrid de Suecia, primera esposa del rey Leopoldo III de Bélgica, y que la casa real belga había puesto a disposición. Admiró su cabeza, coronada por aquella pieza compuesta por un *bandeau* del que salían once tallos que sujetaban unos soberbios diamantes, cada uno de ellos para representar las nueve provincias belgas, el Congo y la ciudad de Bruselas. Era de las joyas más bellas que había visto, y se disponía a lucirla con la elegancia que le era propia.

Detuvo su paso frente al atril, saludó y agradeció la invitación a participar en aquel evento.

—Qué lindo ver entre el público tanta gente conocida —expresó en un inglés perfecto, y saludó con un movimiento de cabeza a Anna Wintour, directora editorial de *Vogue*, y a Reyes Hidalgo, directora mundial de *Elle*—. Qué alegría volver a ver a tantos amigos del mundo editorial y que la razón sea esta causa tan noble que nos congrega. —Con la sonrisa a flor de piel, Nadia se tomó un momento para observar las caras familiares de tantos allegados y compañeros talentosos que la profesión le había dado—. Como muchos saben —continuó—, además de la labor periodística y editorial, mi gran pasión es la espeleología. Ese deporte me ha dado grandes amigos, valiosas experiencias y mucho aprendizaje. El descenso a una cueva es un trabajo de equipo, alguien baja y alguien queda arriba para asistirlo, y también es un momento solitario y de introspección que, en un mundo que corre a mil por hora, se valora el doble. —Volvió a sonreír. El público la escuchaba con atención—. Hace unos años, en una de estas expediciones, encontré el collar de esmeraldas de una princesa inca, la princesa Maytanchi, hija del inca Huáscar. En ese hallazgo magnífico, no solo encontré una joya, sino también la historia de una mujer que vivió y murió en su ley. Cuando el Museo de Quito me consultó si estaba de acuerdo con que se prestara el collar para esta ocasión, no solo lo consentí, sino que también me alegré. Y lo que más contenta y feliz me pone, más allá del bien que haremos con lo recaudado con este evento —aclaró—, es que quien va a desfilarse esta pieza es una mujer de mi país. Se trata de una dama muy joven, bella e inteligente, pero por sobre todo una mujer que rompió con los estereotipos del mundo del modelaje en Argentina y remontó la empresa de su familia a pulmón al ofrecer a otras mujeres puestos que siempre fueron vistos como exclusivos para hombres. —Nadia volvió a hacer una pausa, luego giró apenas el cuerpo hacia el principio de la pasarela, estiró la mano y concluyó—: Les presento a Camila Ocampo, quien lleva como nadie el Maytanchi, el collar de esmeraldas de la princesa inca.

Las luces apuntaron al centro de la pasarela. La belleza de Camila, con un vestido negro y al cuerpo de la colección de alta costura de Clare Waight Keller para Givenchy, quitaba el aliento. El público aplaudió. La fuerza que transmitía esa mujer enfundada en aquella pieza casi etérea de volados exquisitos y encaje ligero, pero con el volumen del disfraz de una princesa de cuentos, en contraste con la simpleza de las esmeraldas vírgenes del collar que le adornaba el elegante cuello, daba a aquella imagen una impronta brutal.

La modelo avanzó como un felino que conoce cada paso que da, con la seguridad de que en ese arte era una experta, y la audiencia siguió aplaudiendo. Nadia sintió que el corazón le explotaba de felicidad. Que ese collar cuya dueña tanto había sufrido fuera utilizado para una causa tan

noble le daba una segunda vida, una historia feliz, a aquel objeto. Cruzó miradas con Camila, y ambas sonrieron. Eran mujeres impetuosas y lo sabían. Ocampo llegó al final de la pasarela y giró para volver tras bambalinas. Cuando llegó y desapareció tras el telón, divisó a Nadia a lo lejos, y se disponía a saludarla cuando una de las protagonistas del desfile se desmayó sin más. Un hombre corrió a socorrerla, y Camila hizo lo mismo. En segundos, la modelo estaba en pie, repuesta y sin más que un golpe en la rodilla.

—¿Estás bien? —preguntó Camila sorprendida—. ¿Podés hacer tu pasada?

—Sí, sí —respondió la joven, algo confundida—. Fue solo... Solo trastabillé —explicó mientras se acomodaba el colgante que llevaba y le pedía a una de sus asistentes que le arreglara el cabello y la cola del vestido.

Tatiana se acercó a la modelo enseguida y, luego de darle un vaso de agua y obligarla a sentarse, insistió:

—Amara —la llamó por su nombre—, si no te sentís bien, podemos buscar reemplazo. Tu pasada es la próxima.

—Estoy bien —refutó algo molesta—. He comido poco, me bajó la presión nada más.

Tatiana la miró con un aire de reproche, pero no objetó la respuesta. Luego la envió a alistarse.

—Salís dentro de treinta segundos —concluyó, y volvió a desaparecer detrás del telón.

Así la modelo senegalesa salió con aquel vestido blanco y sin tirantes, confeccionado en forma de campana en tul plisado. Llegaba hasta el piso y pertenecía a la última colección de Valentino. Sobre ese blanco inmaculado, el colgante turquesa y dorado de un escarabajo egipcio y una perla negra en el centro resaltaba perfecto. Aquella belleza era única y se la conocía como “La Perla”.

—Borja —llamó Amelia por el canal seguro.

—Está hecho —respondió Sanz, que se dirigía al pasaje oculto detrás de la falsa puerta de Kahip con la Perla original en el bolsillo.

Sin más, Amelia regresó a su puesto de trabajo y continuó con la supervisión del desfile tal cual lo pactado.

CAPÍTULO 16

Justo llegó al departamento de Verónica en el preciso instante en que Benegas abría la puerta. Verlo allí no le causó gracia, pero el estado del agente lo preocupó.

—Román, ¿estás bien? —preguntó él, que lo atajó antes que volviera a desmayarse.

Sorprendido, el comisario lo cargó y lo acostó sobre el sofá. De la dueña de casa, no había rastros.

—Ana —dijo tras llamar a Beltrán por el teléfono móvil—, ¿qué sabes de tu amiga? Vine a su casa y no solo no está, sino que creo que Benegas está drogado, se ha desmayado aquí mismo.

La agente resopló y murmuró algo por lo bajo que Justo no logró comprender.

—Quedate ahí —respondió imperativa—. Voy para allá.

Zapiola trató de despertar al director de Interpol, pero estaba ido por completo. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba Verónica? ¿Por qué se había ido de la casa sin despedirse? Sin dejar de darle vueltas al asunto, se adentró en la cocina y comenzó a preparar café. Minutos después, Ana Beltrán atravesó el umbral de entrada, se ubicó frente a Benegas, abrió un maletín de médico, preparó una solución a partir de distintos frascos y se lo inyectó sin titubear. Segundos después, Román se despertaba como si hubiera recibido un golpe seco en el pecho. Dio un respiro profundo y sintió que el corazón le explotaba.

—¿Qué hacés? —gritó desconcertado, aturdido y acelerado.

—Un cóctel para despabilarte —contestó Ana mientras descartaba la jeringa—. Vero te drogó.

—¿Me pueden explicar? —interrumpió Justo, a quien la idea de que Verónica Ávalos hubiera narcotizado a su exmarido no era algo que le resultara común en absoluto.

Román observó a Justo y a Ana a los ojos, se obligó a respirar con profundidad para lograr que las pulsaciones disminuyeran y luego introdujo la mano en el bolsillo y sacó una moneda de oro que apoyó sobre la mesa.

—Recibiste la mantis —murmuró Justo, familiarizado con la ley de aquella moneda.

Benegas asintió.

—¿A quién debés neutralizar? —preguntó el comisario.

—A Iris Carter.

Un silencio tenso se instaló en el ambiente. Ana conocía el funcionamiento de la mantis, Verónica había sido avisada y le había pedido que investigara el asunto.

—¿Quién es Iris?

—Iris Carter es el verdadero nombre de Verónica —completó lapidaria Ana, y Justo se sentó en el sillón frente a Benegas con la incertidumbre propia de aquella situación.

—¿Verónica?

—Sí —afirmó triste Román—. Te imaginás que no voy a matarla. Ella, que es más astuta que yo, me drogó y escapó.

—No puede escapar de vos para siempre, y vos no podés huir de la ley de la mantis tampoco —intervino Zapiola—. Tenemos que buscar una manera de resolverlo. ¿Sabés quién y por qué te envió la moneda?

—Crucé un límite, violé una ley no escrita. —Román hizo una pausa, luego agregó—: Contacté a la Dirección.

Zapiola se echó hacia atrás y recostó apenas la espalda en el sofá. Entonces se llevó la mano a la cabeza calva y se la rascó.

—Yuturna —susurró.

Benegas asintió.

Escuchar ese nombre hizo que a Ana se le pusiera la piel de gallina.

—He escuchado ese apodo antes —dijo mientras trataba de hacer memoria—. No sé dónde, pero...

—Yuturna debe de tener alrededor de unos setenta años, aunque no los aparenta. Es una mujer implacable, perversa, estratega, no hay escrúpulo que se interponga entre ella y su objetivo. Y es la cabeza de la Dirección desde hace más de cuatro décadas.

—¿Qué es la Dirección? —inquirió Beltrán.

—Es la cara oculta de Interpol, la mano invisible que todo lo maneja, incluso a mí —expuso el español—. Nada escapa a su control.

* * *

—Es momento de su entrada, señor Ordóñez —indicó Tatiana al hombre a su lado.

Él, ataviado con un traje negro hecho a medida y con el pelo oscuro, muy corto y algunas canas que ya asomaban, asintió y avanzó detrás del telón. Cuando escuchó su nombre, ingresó a la pasarela.

—Buenas tardes —saludó en un inglés británico, perfecto y refinado—, soy Ernesto Ordóñez y soy el CEO de la naviera Skull. —Sonrió. Se lo notaba cómodo ante el atril, el público no lo amedrentaba—. Como saben, Skull ha adquirido hace poco el grupo Sol Negro y, entre sus empresas, se encuentra el laboratorio Lauthen, asociado de manera reciente a la poco feliz noticia de que su dueño, Franz Lauthen, era un criminal de guerra nazi prófugo. —Un murmullo general se apoderó del lugar—. Desde Skull creemos en la transparencia de nuestras empresas, por eso, luego de debatir con la heredera de Franz Lauthen cuál sería la política a aplicar en el laboratorio, hemos acordado que, para subsanar aunque más no sea una ínfima parte del daño que Franz Lauthen causó, donaremos las ganancias de los últimos tres años de la compañía a esta causa. — Los presentes aplaudieron el anuncio—. También dotaremos de los medicamentos necesarios a las ONG's que organizan este evento para que puedan asistir a los desplazados por las olas migratorias. Y, por iniciativa de la señora Carolina Lauthen —agregó, e hizo especial hincapié en su nombre—, crearemos el programa Tanya Frydberg, que estará dedicado a la educación, contención y reinserción laboral de los migrantes en sus nuevas locaciones. —Otro aplauso general hizo que el museo vibrara. Calavera volvió a sonreír y continuó—: En fin, vayamos a lo que todos queremos saber. —Hizo una pausa para generar expectativa—. ¿Qué cantidad de dinero hemos recaudado hasta ahora?

* * *

Mientras Ernesto Ordóñez comunicaba que habían superado los veinte millones de euros en la colecta, Agustín Riglos observaba el lugar. Los invitados al evento estaban ataviados con sus mejores galas. Nadia Calderón y la modelo argentina Camila Ocampo estaban enfrascadas en una charla cálida y amena, y los hombres de seguridad de distintas agencias, empresas privadas y guardaespaldas de varias celebridades que reconocía de su época de espía estaban distribuidos por todo el recinto. Sin embargo, algo lo distrajo un segundo, un rostro que le resultó familiar, un hombre al que conocía. Lo siguió con la mirada en tanto trataba de identificar quién era, pero lo perdió de vista cuando notó que los encargados del museo comenzaban a intercambiar mensajes por intercomunicador. Pedían cerrar el edificio. El espía entrenado que llevaba en el alma tomó

del brazo a Calderón y a Ocampo y les ordenó que lo siguieran. Las mujeres, desconcertadas, se miraron, y Nadia, que confiaba en el agente porque Santino hablaba maravillas de él, asintió. Si el alguna vez conocido como agente Cero le decía que lo siguieran, lo prudente era hacerlo.

—Algo está pasando —les informó—, necesito que estén a mi lado. Si les pido que salgan del museo, vayan a esta dirección. —Riglos le entregó una tarjeta a cada una—. No es para que se preocupen, pero es mejor estar preparados.

Agustín avanzó entre la gente, y las mujeres lo siguieron alertas.

—¿Hay algún problema, Jaquir? —preguntó Riglos al jefe de seguridad del museo, a quien conocía desde hacía años.

El hombre le susurró algo al oído, y Riglos asintió.

—Bien, voy a pedir que dejes salir a estas señoras —solicitó—, yo respondo por ellas.

Jaquir asintió e hizo señas para que escoltaran fuera del museo a las dos mujeres y las llevaran a su hotel. Agustín, que las acompañó hasta la puerta, les dijo:

—Entren al hotel y busquen sus cosas, el *check-out* estará listo, no se preocupen por nada. Vayan a la dirección que les di. Allí las están esperando para volver seguras a Buenos Aires.

—¿Qué pasó, Agustín? —preguntó Nadia.

—Robaron la Perla —respondió Cero y, luego de asegurarse de que las dos mujeres se retiraban de museo, regresó a donde estaba Jaquir para colaborar en la búsqueda de aquella reliquia egipcia.

CAPÍTULO 17

Verónica llegó al Aeropuerto Internacional de El Cairo muy temprano en la mañana, alquiló un automóvil y condujo una hora y media hasta llegar a la necrópolis de Saqqara. Allí estaba el primer punto desde donde hacer contacto con su hermano. Conocía el protocolo de memoria, Francisco Ávalos se lo había hecho repetir infinidad de veces: llegado el caso de que alguien la descubriera o si necesitaba contactar a Tomás, debía abrir la caja de seguridad que había dejado para ella en el hotel Claridge.

—¿El hotel Claridge? —recordó haber preguntado, sentada sobre una silla desvencijada en la sala de cuidados intensivos del hospital Fernández.

—Sí —había respondido él en un hilo de voz—. Pedís hablar con el gerente y le mostrás esto. —Le había entregado el escarabajo.

—Papá, esto todavía es tuyo —había susurrado. Verónica sabía que, solo cuando muriera su padre, iba a darle ese amuleto, así había sido siempre para los miembros de Ibis.

—Ha llegado el momento de que sea tuyo —había insistido mientras apretaba la mano de la que consideraba su hija—. Sabés que yo solo fui custodio de este amuleto, el verdadero dueño de este escarabajo fue tu padre biológico, John Howard Carter Herbert. Tu madre me rogó que los cuidara a ti y a su legado antes de morir.

—¿El que tiene Tomás es el tuyo?

Francisco había asentido.

—Pero esta joya es especial porque perteneció al mismísimo Howard Carter y cuenta la historia que, la noche que sacó este amuleto y el de la perla negra, comprobó que este es un escarabajo universal.

—¿Universal?

—Este escarabajo es la llave madre, es el escarabajo hembra que encastra con precisión milimétrica con cualquiera de los otros cientos de escarabajos machos que se han encontrado, todos. Hay una única hembra, que es esta. Tu escarabajo, el amuleto de Carter, es la hembra. Cuando lo acoples con el de tu hermano o con cualquier otro macho e insertes en el centro la perla negra, la Llave de la Vida estará completa y podrás abrir el cofre de Osiris.

Verónica había escuchado esa historia fantástica con el asombro y la vulnerabilidad que ver a su padre en esas condiciones le producía. Luego Ávalos había continuado con las instrucciones:

—Cuando el gerente del hotel te lleve a las oficinas subterráneas, asegurate de que te devuelva el amuleto. Cuando llegues a destino, es probable que te reciba Manuel Elizalde. Tu hermano confiaba en él, yo no estaría tan seguro, iría con mucho cuidado. Ibis ya no es la noble institución de décadas atrás, hay demasiada corrupción, sus intenciones se han teñido de avaricia. — Francisco había tosido y había debido hacer una pausa para tomar agua. Una vez recuperada la compostura, había indicado—: Cuando te den la caja que dejé, no la abras ahí, andate. Dentro encontrarás los pasos a seguir y, si alguien la abriera o violentara, no comprenderían el mensaje. Vos, en cambio, podrás hacerlo sin problema.

—¿Cuándo debería ir a estas oficinas? —había querido saber Verónica.

—Ojalá no debas hacerlo nunca, hija —había respondido el comisario mientras entraba en un sueño profundo, narcótico y definitivo.

* * *

La noche había caído sobre Bariloche, y la penumbra dominaba la mansión Werner. En aquella oscuridad, la figura esbelta de Alexander von Hummel pasó desapercibida. El reloj marcaba las tres de la mañana, y las tres ocupantes de aquella casa, Greta Werner, su nieta Clio y la vieja gitana Ivette, dormían. En silencio, el intruso se movió sigiloso entre los muebles y las habitaciones. Primero ingresó a la de Clio, y un fognazo apenas perceptible irrumpió en la noche. El silenciador hizo su trabajo a la perfección, y una bala se alojó en el centro de la frente de la joven artista sin emitir sonido alguno. Luego, siguió el turno de Greta, que dormía con tapones y antifaz. Él conocía los hábitos de aquella mujer, había visitado la morada varias veces antes de decidirse a actuar. En esa ocasión apretar el gatillo fue más fácil, empezaba a disfrutar el proceso. De nuevo un tiro certero, preciso, justo en el medio de la frente, un disparo limpio y sin sufrimiento.

Ivette, la anciana que sabía dónde se ocultaba Cora, la nieta de Franz y la niña que Lauthen había buscado para sintetizar su ADN y encontrar la cura del albinismo oculocutáneo, dormía en el tercer piso. Cora era una de las metas más importantes de su vida, tal como le habían dicho tantas veces. Subió las escaleras alfombradas con lentitud, casi como si se tratara de una ceremonia. Ingresó a la habitación, acercó una silla a la cama y, una vez que se sentó frente a ella, encendió la luz. La mujer tardó unos instantes en notar el resplandor y dio un grito al verlo. Alexander solo sonrió. No había nadie que pudiera escucharla.

—La niña... ¿dónde está? —preguntó Von Hummel mientras acomodaba el silenciador de su arma.

—Esa criatura será libre, puede matarme si quiere, no le revelaré su paradero. He vivido mi vida, he sobrevivido a los campos y he hecho las paces con mi pasado, no hay nada que me asuste ya.

Alexander sintió odio por esa judía que no debería haber sobrevivido al nazismo y menos haber sido amante de Franz Lauthen. Entonces, sin inmutarse y con la certeza de que en aquella casa encontraría la ubicación de la pequeña Cora, disparó el último tiro, y la anciana se desplomó sobre el lecho para entregarse al sueño eterno.

* * *

El teléfono móvil de Román Benegas vibró, y enseguida comprendió que el llamado era importante.

—Sí —dijo rápido mientras le hacía señas a Justo y a Ana para que bajaran el volumen de la conversación que mantenían—. ¿Cómo? —preguntó. Al escuchar el tono de su voz, Justo y Ana detuvieron la charla y lo miraron—. No puede ser —pronunció al tiempo que se llevaba la mano a la cabeza y se revolvía el pelo—. ¿Cuándo? —inquirió por último y, luego de un silencio pronunciado, añadió—: No toquen nada, voy para allá.

Román guardó el teléfono móvil y miró al comisario y a la criminóloga.

—La falsa Mérida... —comenzó. Se refería a la impostora que se había hecho pasar por la difunta mujer de Lao Lencke— apareció muerta en el camastro de su celda.

Justo insultó por lo bajo, y Ana se cruzó de brazos de manera instintiva.

—¿Cómo...?

—No saben, no hay heridas visibles, no parece un suicidio —respondió Benegas—, pero esto ya lo he visto.

—¿Veneno? —conjeturó Ana al recordar su experiencia con el bioquímico Borja Sanz, un especialista en venenos de diseño que la había hecho pasar por muerta con una droga sintética.

Benegas asintió, tras lo cual les pidió que lo acompañaran a la central, y los tres partieron hacia allí con la determinación de descubrir qué había ocurrido. Más tarde decidirían qué harían con Verónica y por dónde empezarían a buscarla. Otra vez había desaparecido.

CAPÍTULO 18

Verónica llegó a Saqqara cuando el sol estaba en el punto más alto de la bóveda celeste. El calor era agobiante y, aunque había consumido litros de agua, aún sentía que estaba débil y sedienta. Estacionó el coche de alquiler frente al Country Club de Saqqara, a pocos kilómetros de la necrópolis, y se registró en el hotel. Cuando completó los datos necesarios, entregó un pasaporte con una identificación falsa y sonrió. Antes de subir a la habitación, volvió sobre sus pasos para realizar una pregunta.

—Disculpe, quizás le resulte insólito —comenzó, y se rio—, pero no puedo conciliar el sueño si no leo algo antes y olvidé lo que estaba leyendo en el avión. —Verónica hizo una mueca graciosa. Luego interrogó—: ¿Cuentan con alguna biblioteca? ¿Podré pedir prestado algún libro? Si no es así, no importa, saldré a comprar algo para leer —concluyó.

—Pero claro, señorita —contestó el conserje, encantado de ayudar—. Siga derecho hasta el final del vestíbulo —indicó—, la primera sala a su derecha es la sala de lectura. Contamos con cientos de ejemplares, siéntase libre de llevar los que desee.

—No sabe cuánto le agradezco —respondió ella, y enfiló directo hasta el sitio indicado.

Una vez que se aseguró de que estaba sola, abrió el papel que había encontrado en la caja de seguridad que Francisco había dejado y recordó sus palabras: “Si alguien logra abrir la caja y lee su contenido, no verá nada. Vos, en cambio, entenderás con exactitud a dónde debés ir”.

Verónica desplegó el poema y, al leerlo una vez más, un nudo se le instaló en el pecho y los ojos se le llenaron de lágrimas. Aquella era la poesía más bella del mundo.

Palabras para Julia, por José Agustín Goytisolo

Tú no puedes volver atrás
porque la vida ya te empuja
como un aullido interminable.

Hija mía, es mejor vivir
con la alegría de los hombres
que llorar ante el muro ciego.

Te sentirás acorralada,
te sentirás perdida o sola,
tal vez querrás no haber nacido.

Yo sé muy bien que te dirán
que la vida no tiene objeto,
que es un asunto desgraciado.

Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti como ahora pienso.

La vida es bella, ya verás
cómo, a pesar de los pesares,
tendrás amigos, tendrás amor.

Un hombre solo, una mujer,
así tomados, de uno en uno,
son como polvo, no son nada.

Pero yo, cuando te hablo a ti,
cuando te escribo estas palabras,
pienso también en otra gente.

Tu destino está en los demás,
tu futuro es tu propia vida,
tu dignidad es la de todos.

Otros esperan que resistas,
que les ayude tu alegría,
tu canción entre sus canciones.

Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti
como ahora pienso.

Nunca te entregues ni te apartes
junto al camino, nunca digas
no puedo más y aquí me quedo.

La vida es bella, tú verás
cómo, a pesar de los pesares,
tendrás amor, tendrás amigos.

Por lo demás no hay elección,
y este mundo tal como es
será todo tu patrimonio.

Perdóname, no sé decirte
nada más, pero tú comprende
que yo aún estoy en el camino.

Y siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti como ahora pienso.

Cada vez que leía esas palabras ordenadas de manera tan bella, volvía al momento exacto en que las había escuchado por primera vez. Francisco, sentado en una de las reposeras de aquel hotel, le había leído ese poema y le había prometido que alguna vez leería algo tan bonito como aquello, algo que marcaría su vida. La de él –le había dicho– había sido marcada a fuego por su llegada y, luego, por ese texto que había encontrado de casualidad. “Por eso –había afirmado– será Saqqara nuestro lugar, el sitio donde un padre le leyó a su hija el texto más bello del mundo. El día que regreses aquí –había asegurado–, prométeme que buscarás este libro y volverás a leerlo”, le había pedido mientras le mostraba el ejemplar.

Así, Verónica comenzó a sobrevolar con la vista la inmensa biblioteca y fue a la sección que estaba catalogada como “Poesía y antologías de poesía mundial”. Allí, arrumbado entre otros tantos, dentro de una antología de la obra del poeta español, estaban aquellas palabras para Julia, un himno para algunas generaciones; para ella, las palabras más bellas que su padre le había recitado. Tomó el libro y subió a su habitación.

* * *

El comisario Zapiola y el director de Interpol ingresaron en las oficinas centrales de la agencia para encontrarse con dos de sus hombres de confianza con el desconcierto a flor de piel.

—No entendemos qué pasó —dijo uno.

—Estaba bien cuando le llevé el desayuno —agregó el otro oficial.

Román resopló por lo bajo y pidió que lo llevaran a la celda. Allí, sobre un camastro austero, la falsa Mérida Lencke, la mujer de cuya identidad y objetivo no tenían ni la más remota idea, yacía inerte y con la mirada fija en el cielo raso descascarado.

—Nadie ha entrado ni tocado nada —aseguró una oficial joven que había custodiado el ingreso a la celda.

—Bien —resolvió Benegas, que enseguida tomó el control de la escena—, necesito que den vuelta este lugar, encuentren cómo murió: si alguien entró, si la envenenaron, si se suicidó, cómo, cuándo, todo. Quiero un informe para el final del día.

* * *

Alexander había revuelto el cuarto de la anciana y no había encontrado nada en absoluto que pudiera darle algún indicio sobre la ubicación de la niña, pero no perdía las esperanzas. Hasta que amaneciera, contaba con un par de horas antes de tener que abandonar aquella morada y estaba dispuesto a tirarla abajo si hacía falta para descubrir dónde la tenían oculta.

* * *

El agente Cero sentía que había vuelto a la acción, y esa adrenalina que tanto había añorado le quemaba el cuerpo con la intensidad de la vida que tanto había amado y que había hecho a un lado. Quizás era hora de regresar al ruedo. Cuando sus contactos le confirmaron que sus protegidas estaban en vuelo hacia Buenos Aires, habló con Santino para ponerlo al tanto y darle seguridad. A continuación, envió un mensaje de voz a Ana.

—Han robado la Perla.

La respuesta no se hizo esperar.

—Verónica ha desaparecido otra vez, creo que ha ido tras los pasos de Tomás.

—¿Lo estás suponiendo o lo sabés con certeza?

—Supongo. No me ha contactado aún, pero sé que lo hará.

—Bien, apenas te contacte, avisame. Te mantengo al tanto sobre lo que sucede acá. Y Ana... — agregó en el audio—, te quiero —concluyó, y ella sonrió.

* * *

El Cairo, hotel Nilo Ritz-Carlton, junio de 1994.

Recostados sobre dos camastros de hierro, Tomás y Verónica Ávalos observaban las estrellas, embelesados por la magnificencia de aquel cielo tachonado de negro, azul profundo y plata.

—Hace unos meses —relató Tomás mientras señalaba con el dedo índice la constelación de Orión en la bóveda celeste—, el egiptólogo Robert Bauval hizo el descubrimiento más enigmático de los últimos tiempos.

Verónica llevaba el pelo atado en una coleta y una remera blanca con una fotografía del grupo de música sueco Roxette, además de un suéter raído y estirado en las mangas porque lo mordía. Se incorporó para escuchar con atención a su hermano mayor.

—¿Sabías que las tres pirámides de la meseta de Guiza, a donde vamos mañana —aclaró—, están alineadas justo debajo de la constelación de Orión? —Volvió a señalar el cielo, y ella levantó la mirada para ubicar las estrellas—. El asunto es que el profesor Bauval, luego de estudiar los jeroglíficos en las pirámides, pudo inferir que los antiguos egipcios tenían a esta constelación como el equivalente celestial del dios Osiris. Pensaban que su cinturón era una especie de puerta a través de la cual el faraón podía pasar para llegar al *amenti*, es decir, al más allá.

—¿Bauval está diciendo que las pirámides son un portal?

—Sos demasiado inteligente para tener dieciséis años —se rio Tomás—. Exacto. El alineamiento de Keops, Kefrén y Micerino es tan exacto —continuó— que los canales de ventilación de las pirámides apuntan directo a las estrellas.

—No entiendo.

—Decime, Vero, ¿para qué necesitaría un muerto ventilación? ¿No te parece un tanto absurdo?

—No en realidad —respondió la adolescente—. Si se supone que es un portal para las almas, por algún lado deberían poder salir esas almas.

—Supongo que es una hipótesis válida —respondió—. Pero el asunto es que la ventilación sur de la pirámide, por ejemplo, apunta directamente al Cinturón de Orión. Desde la cámara del faraón, o del rey, si querés, la ventilación está alineada a Orión. Desde la cámara de la reina, en cambio, se alinea a la estrella Sirio. Las dos cámaras restantes, las de la cara norte, apuntan a la Osa Menor y a Alfa Draconis. ¿Te das cuenta del nivel de conocimiento que manejaban los egipcios desde hace tantos miles de años?

—Es un pueblo apasionante —reflexionó Verónica en tanto se recostaba de nuevo sobre el camastro—. ¿Vos pensás que las pirámides las construyeron los extraterrestres? —preguntó por último.

Tomás dejó escapar una carcajada.

—Crear eso sería subestimar a la raza humana.

Verónica se encogió de hombros, colocó un disco compacto en su reproductor y, luego de acomodarse los pequeños auriculares amarillos, se perdió en el cielo más brillante e infinito que hubiera visto jamás.

CAPÍTULO 19

El doctor Rafael Schatz era el director del Instituto de Antropología y Arqueología de la República Argentina y había dedicado el año anterior al estudio de un objeto único e increíble que habían encontrado en un búnker subterráneo en la isla Huemul.

La pieza, una punta de lanza hecha de hierro y cubierta por una banda de oro y plata, con una inscripción en medio, habría pertenecido al soldado romano Cayo Casio Longinos, quien, a cargo de la crucifixión de Jesús, lo habría atravesado en el costado para corroborar su deceso. Empapada por la sangre de Cristo, la lanza se había convertido en reliquia y, si bien su destino había sido discutido durante siglos y en ese momento había tres que distintas personas consideraban la original, Schatz conocía la verdad. La pieza que él tenía frente a los ojos, además del misterio que el objeto en sí encerraba, contaba con la singularidad de haber sido apropiada del Museo de Viena por Hitler, quien estaba convencido de que era la lanza del destino, la lanza sagrada, y de que quien fuera su dueño se beneficiaría de sus poderes. Seguros de la veracidad de la leyenda, Hitler y su séquito habían ingresado al Museo de Viena y habían salido de él en procesión decididos a conquistar el mundo. La lanza era la llave para la victoria eterna del portador, quien la poseyera controlaría el destino.

La punta metálica, que había aparecido en un búnker debajo de la isla Huemul, le había quitado el sueño durante meses. Mientras más la estudiaba, más desconcertado estaba. Sabía que la pieza que se conservaba en ese momento en el Museo de Viena era del siglo VII gracias a los análisis realizados en laboratorios de alto prestigio. La que él tenía entre manos databa de una antigüedad tan precisa que quitaba el aliento. Aquel objeto había sido fabricado hacía dos mil años.

* * *

La mansión Werner estaba revuelta por completo. No había un cajón, mueble o compartimento que no hubiera sido revisado por Alexander con el objeto de descubrir dónde estaba escondida Cora.

Desmoralizado, se acostó sobre la cama de Ivette, giró la cabeza y clavó los ojos en el rostro arrugado, de ojos abiertos y casi traslúcidos, de la gitana. De la frente le caía un hilo de sangre minúsculo que recorría la mejilla, parte de la nariz, se adentraba en la boca y salía. Era una línea de sangre sinuosa, elegante, tan perfecta que parecía una obra de arte.

Alexander se detuvo un momento en aquel rastro rojo sobre la piel nívea, luego volvió a enderezar la cabeza y fijó la vista en el techo blanco, immaculado, abovedado en el centro, con molduras de estuco a los lados. Aquella era una casa señorial tan magnífica que dejaba sin aire al observador. Pero, aunque hubiera deseado quedarse contemplando esa maravilla, debía actuar rápido, ya que el amanecer era inminente y debía salir de allí cuando la oscuridad todavía dominara el firmamento. Tenía que abandonar la mansión enseguida. Entonces, cuando estaba por hacerlo, escuchó el teléfono sonar. Miró el reloj; apenas eran las seis de la mañana. El contestador respondió, y la voz de una mujer se escuchó a lo lejos.

—Ivette, habla Teresa del Departamento de Protección de Menores de Interpol. —Alexander no podía creer su suerte—. Me tomo el atrevimiento de llamarla a esta hora porque me dijo que se levantaba antes de las seis y porque anoche me pareció demasiado tarde para devolver su llamado. —La mujer hizo una pausa—. Le quería decir que Cora está bien y que, si usted quiere, podemos organizar un encuentro. Sus custodios temporales no tendrán inconveniente. Por favor contáctese conmigo... —La empleada dio un número telefónico que Alexander anotó antes de borrar el mensaje y desaparecer de la mansión cuando el sol todavía no acusaba presencia.

* * *

—*Madeimoselle* Amara —dijo Jaquir a la modelo senegalesa que llevaba horas sentada en aquella sala del British—, necesito que repita paso a paso qué fue lo que sucedió.

La mujer resopló. Ya había relatado el pequeño percance que había tenido cientos de veces.

—Me bajó la presión, sentí que me desmayaba, uno de los hombres de seguridad me asistió y una modelo me alcanzó un vaso de agua. Tatiana me obligó a sentarme y descansar, me preguntó si podía hacer mi pasada o prefería que me reemplazaran. Fue un simple vahído, nada extraordinario, pasó enseguida. Me levanté y desfilé. Cuando devolví la Perla y me cambié, me dijeron que el colgante era una réplica. No sé qué más decirle.

Agustín, que estaba presente mientras la joven relataba lo sucedido, había pedido ver las grabaciones de las cámaras de seguridad y las estaba repasando en ese instante en una tableta electrónica que le habían facilitado. Entonces volvió a ver el rostro del pasado.

—¿Este es el guardia que la ayudó? —preguntó al mostrarle la pantalla. La mujer asintió.

Riglos entonces se acercó a Jaquir y le hizo ver la grabación en cámara lenta. El hombre vestido de guardia de seguridad se acercaba a la modelo, la empujaba apenas, y la mujer parecía desplomarse. Enseguida el mismo sujeto la agarraba y, como en un pase de magia, arrancaba el colgante y lo sustituía por otro. Era tan rápido que, si no se veía en cámara lenta, no se percibía.

—Ese no es uno de los hombres de seguridad, Jaquir —informó Riglos por lo bajo—. Es el bioquímico Borja Sanz, especialista en venenos de diseño y exagente de Interpol, quien resultó ser un doble agente. Que analicen la sangre de esta chica —ordenó, y señaló a la modelo—. Apuesto a que fue drogada tanto para desmayarse como para recuperarse tan pronto.

* * *

—La mujer presenta rastros de una droga sintética de altísima calidad —informó el perito a Román, que iba acompañado por Ana y Justo.

Ana cruzó miradas con Benegas, y no necesitaron hablar para comprender que aquel entramado era mucho más complejo de lo que imaginaban.

—¿Quién es esta gente? —preguntó Zapiola.

—Cuentan con recursos que no dejan de sorprenderme —murmuró Beltrán.

—No dejo de pensar en Sanz —confesó Román.

—¿Borja?

—Además de lo obvio —explicó Benegas—, que es un especialista en venenos de diseño, no me olvido de que, durante la búsqueda de la Tabla Esmeralda, Paul Preston escapó al simular su propia muerte con la ayuda de Borja y otra agente.

El español se refería a una operación en la que Agustín, Ana, Verónica y él habían participado unos años atrás.

—Román, no creerás que La Legión está detrás de esto, ¿no? Se supone que desmantelamos esa organización.

—¿Y si no fue así, Ana?, ¿o si mutó a otro grupo radical que anda tras tesoros bíblicos y arcas perdidas?

—Ibis —completó Justo, que reflexionaba en voz alta—. Lo que nos contó Verónica es más o menos eso, un grupo de fanáticos.

—Ibis es una pantalla para narcotráfico y trata de blancas, pero no es una idea que debamos descartar —respondió Benegas.

Ana se llevó las manos a la cabeza y se revolvió el pelo al tiempo que respiraba profundo y trataba de relajarse. La sola idea de que La Legión siguiera en pie, después de todo lo que habían sufrido a manos de esa organización criminal, le generaba una profunda angustia. Pero no pudo darle demasiada importancia al tema porque su teléfono móvil vibró. Agustín le había enviado un mensaje y un video. “Borja Sanz”, decía el texto antes del archivo. Ana presionó “play” y observó.

—Román —dijo mientras lo miraba con preocupación antes de mostrarle la grabación que acababa de recibir—, mirá esto.

Benegas y Zapiola observaron la filmación de las cámaras de seguridad y comprendieron que lo más probable era que Sanz estuviera vinculado con la gente de Ibis.

—Y esto no es todo —agregó Ana, que agrandó la imagen de una mujer en la pantalla—. Esta es Amelia Tate. Ella fue quien, junto con Borja, hizo que Paul Preston escapara de prisión.

* * *

Cuando Agustín recibió el mensaje de respuesta de Ana, en el que le informaba que la mujer vestida de negro que asistía a la modelo no era otra que la doble agente Amelia Tate, empezó a buscar a su alrededor. Hasta hacía pocos segundos la había visto allí, ocupada en asistir a las modelos y tranquilizar a la prensa y a los famosos que no podían abandonar el museo. En ese instante, sin embargo, se había evaporado.

* * *

Luego de abandonar el museo por la salida que se ocultaba en la sala que albergaba la falsa puerta de Kahip, Amelia Tate dejó atrás la caracterización de Tatiana March y se transformó en una joven *grunge* que se amalgamaba de manera perfecta con el ambiente local. Con borceguíes gastados, un pantalón corto de *jean* y un buzo con capucha y sin mangas, la mujer elegante había desaparecido para perderse en el anonimato de las masas. Miró el reloj. Dentro de dos horas, debía encontrarse con Sanz en Paddington Station para escapar de la ciudad y refugiarse en la base de Ibis en Edimburgo.

* * *

Alexander ingresó a su hogar cerca de las siete de la mañana. Su padre, Helmut von Hummel hijo, estaba sentado en la mesa de la cocina, como cada mañana, con una taza de té humeante frente a él y dos galletas blancas embadurnadas con mermelada de frambuesa. Su madre solía hacerle ese dulce, y él cada año lo preparaba y guardaba en conservas para el resto de la temporada.

—He recibido un mensaje —informó mientras agregaba azúcar a la bebida.

—¿Qué mensaje? —preguntó Alexander al tiempo que vertía agua hirviendo a su taza para el té.

—Hermann ha ubicado la lanza.

Alexander levantó la mirada del agua que de a poco se iba tiñendo de color terracota y sonrió apenas.

—¿Dónde?

—Tengo los datos, puedo dártelos. —El hombre mayor hizo una pausa—. La orden te estará agradecida para siempre si la recuperas.

El más joven notó orgullo en el rostro de su padre.

—Algún día —afirmó, seguro de sí mismo y convencido de las palabras que estaba por pronunciar— yo seré gran maestro de los caballeros de la Sacer Ordo y designaré a los custodios de la lanza sagrada. Pero antes, padre —agregó al incorporarse, dispuesto a iniciar la misión cuanto antes—, debo recuperar la lanza de nuestro líder y traerla a casa, lugar del que nunca debería haber salido.

* * *

Las oficinas de Ibis, a esa hora de la tarde, solían estar más tranquilas. Manuel Elizalde caminó despacio hacia su despacho y, después de presionar dos botones, cuando los paneles transparentes viraron a negro, se ubicó detrás del escritorio. Luego ingresó a su acceso seguro e inició un enlace privado a través de la red de la Dirección para conectarse con el satélite Zuma.

—¿Dónde está? —preguntó el hombre detrás de la pantalla.

—Se acerca —respondió Manuel—, y Herbert la sigue de cerca.

—Como era de esperar.

—Tomás —dijo Manuel a su amigo de antaño—, dos agentes de Ibis están tras ella también. Han robado la Perla del British, tal cual pensamos que lo harían. He participado en este juego lo mejor que he podido, pero, si no hago algo ahora...

—Manucho, necesito que sigas el plan al pie de la letra. Cuando nos despedimos, esa noche en El Cairo, juraste que ibas a cuidar a mi padre y a Verónica como si fueran de tu familia. Ayudaste a papá en su intento de corregir a Ibis; sé que tenían sus diferencias, pero siempre fuiste leal. Es importante que sigas al detalle lo que planeamos, es hora de que cerremos este círculo siniestro que Herbert inició el día que nació mi hermana. Pasarán cuarenta años hasta que se repita la posición exacta de las estrellas del día que nació Verónica, así que, si no realizamos el cierre del ciclo dentro de tres días...

—No podemos hablar mucho más —interrumpió Manuel.

—¿Estás conectado vía Zuma?

—Sí.

—Despreocupate, Elon afirmó que el satélite no existe para el mundo, la Dirección se aseguró de pagar mucho dinero para que esté disponible solo para nosotros.

—Otro tema...

—Yuturna —adivinó Tomás, que se llevó una mano a la cabeza.

—Exacto. Le envió una mantis a Benegas.

—Esa mujer no se cansa. ¿Verónica es el objetivo?

Manuel asintió con la cabeza.

—Es una depredadora y no da puntada sin hilo. —Tomás Ávalos se echó hacia atrás como si un balde de agua fría le hubiera pegado en la cara—. Lo mismo que hizo con mi padre: ataca donde más duele —masculló furioso.

—Román Benegas no va a matar a tu hermana.

—Lo sé. Y bien que debería ser él el muerto después de haberla dejado así, a los seis meses de casados.

—Tomás, Verónica está siguiendo la ruta para encontrarte tal como pensabas. Dentro de dos días, estará ahí. Y Herbert está detrás de ella. ¿Tenés todo listo?

—Sí —respondió Ávalos—. ¿Sabés si él ya la contactó?

—Hace un par de horas.

—Bien. ¿Y estás seguro de que Herbert no sospecha nada?

—No. Ni él, ni nadie acá. Estamos seguros.

—Muy bien. ¿Cuándo salís para Edimburgo?

—Dentro de dos horas.

—Nos vemos dentro de tres días en El Cairo, entonces.

* * *

Verónica abrió el libro en la página donde estaba impreso aquel poema y no pudo evitar sonreír cuando vio la letra de su hermano sobre el blanco del papel. La caligrafía, prolija, clara y pequeña, rezaba: “*Et tamen stellae*”.

—“Y, sin embargo, las estrellas” —susurró mientras se llevaba el libro al pecho para abrazarlo con ternura.

Dejó escapar una risa sincera. Extrañaba tanto a Tomás. Lo había guardado tan dentro de la memoria, tan oculto bajo los cientos de recuerdos que debía anular en pos de su seguridad, que había olvidado cuánto realmente lo extrañaba. Hacía diecinueve años que no se veían. ¿Cómo estaría? ¿Sería parecido al Francisco de los cincuenta y pico de años? Volvió a sonreír. Sabía a la perfección a dónde debía ir.

* * *

—Ana, ¿qué sabés de Verónica?

Ana Beltrán, que estaba concentrada en la lectura de algo en la pantalla del teléfono móvil, levantó la mirada y observó a aquellos dos hombres que aguardaban, expectantes, a que, por una vez en todo ese embrollo, les dijera algo que fuera verdad.

—En Saqqara.

Zapiola resopló y masculló algo incomprensible por lo bajo al tiempo que ponía los brazos en jarra, mientras que Román atravesó a la criminóloga con la mirada.

—¿Y la dejaste ir sola? ¿No avisaste?

—Román, Verónica no tiene doce años, no debe ni va a pedirme permiso para viajar o hacer lo que se le ocurra. —Hizo una pausa—. Más allá de eso, me avisó cuando ya estaba allí, y no había nada que pudiera hacer.

—¿Qué hace en Egipto? —quiso saber Justo mientras se llevaba una mano al tabique de la nariz y apretaba fuerte. La cabeza estaba por explotarle.

—Ahí es donde nació. —Ambos hombres evidenciaron un desconcierto—. Su nacimiento se produjo en la necrópolis de Saqqara. Les acabo de enviar el informe policial del hecho. Si lo que vimos en el Ambrosetti les pareció extraño, esto es... macabro. Creo que un dato no menor es que Verónica es nieta de Howard Carter.

—¿Ese Howard Carter? —inquirió sorprendido el comisario. Ana asintió.

—Nieta de Howard Carter y de Evelyn Herbert, hija de lord Carnavon. Antes de que ella se casara con Beauchamp, tuvieron un hijo natural al que al final dieron su apellido. Ese hombre, el padre de Verónica, murió exactamente igual que Lao.

—¿Quién lo mató?

—Su primogénito, Simon Carter Herbert.

—Por Dios —murmuró Zapiola—, ¿en qué mundo nació Verónica?

—En un mundo de ambición y locura. Ella ha vivido oculta desde que tiene memoria, nunca usó su verdadero nombre, adoptó una nacionalidad, una identidad, un padre y usos y costumbres que no eran los suyos. Sin embargo, la suma de todas esas cosas la ha convertido en lo que es hoy. Ha luchado por olvidar su pasado toda la vida, pero está claro que, en algún punto, el pasado siempre vuelve para saldar cuentas pendientes.

—¿Cuánto sabías de todo esto?

—No tanto como pensaba —respondió Ana reflexiva—. No sabía cuál era su verdadera identidad, sí que Ávalos no era su padre biológico y que Tomás no estaba muerto, sino oculto bajo otra identidad. Había escuchado también que el medio hermano de sangre de Vero había estado tras ellos desde siempre y, luego de haber matado a Francisco...

—¿Por qué volvió ahora?

—No lo sé, Román. Pero, en toda esta intriga, nada es por azar. Una niña que nace en las tumbas de Saqqara rodeada de cuarenta y dos dioses hechos de papel, un escarabajo que es una llave y se hereda de padres a hijos, una organización egipcia que es la fachada del crimen

organizado... Vos sos la cabeza de Interpol, tenés que tener acceso a toda la información que haya de Tomás Ávalos, Herbert y demás.

Román, que se había sentado en uno de los sillones de la oficina, se llevó la mano a la nuca y la masajeó con parsimonia mientras evaluaba qué era lo siguiente que iba a decir.

—Ese es el tema: cuando busqué información sobre Tomás Ávalos, el documento me estaba vedado.

Un silencio tenso se apoderó del ambiente.

—¿No deberías poder...?

—Debería —respondió él mientras se acomodaba la camisa blanca que llevaba—. Soy el director mundial de la Policía Internacional, pero, por primera vez, un archivo me estaba vedado.

—Y contactaste a la Dirección —razonó Zapiola—. Por eso la mantis.

—No voy a matarla si eso es lo que te preocupa —aseveró Román con un dejo de sarcasmo—. En todo caso, te diría que mi objetivo es todo lo contrario: la quiero de vuelta.

Zapiola sonrió apenas ante la ironía y, sin perder la compostura, respondió:

—Me parece perfecto, estás en tu derecho. Y ella también, si así lo quiere. Pero la verdad, Román, es que en este momento me preocupa más ubicarla y traerla de regreso que andar creyéndome un Romeo experto en mujeres y a la caza.

Ana, que observó la escena en silencio, bajó la mirada porque no pudo disimular la sonrisa minúscula que asomó en su boca.

—Vayamos a lo importante —expresó Zapiola, y cambió el rumbo de aquella conversación que no era ni su estilo, ni le interesaba—. ¿Qué fue a hacer Verónica a Saqqara?

—Además de ir a buscar a Tomás, creo que ha ido a cazar a Simon Carter Herbert.

Los dos agentes resoplaron al unísono. Estaba claro qué era lo que debían hacer.

—Está loca —masculló el comisario, furioso— no hace ni cuatro días que salió del hospital después de once meses en coma. ¿En qué carajo estaba pensando esa mujer? ¿Ella sola contra un lunático?

—Verónica es agente de Interpol.

—Ya sabemos que es agente, Ana —vociferó—, pero hace once meses, once —recalcó—, que no mueve un músculo. Estuvo postrada en una cama, ¿cómo se va a ir a buscar a quién sabe quién al otro lado del mundo?

—Dejemos esta discusión fútil —interrumpió Benegas, que no había hablado después del comentario que Justo le había lanzado—. El avión de la agencia estará listo dentro de dos horas —informó—. Vamos a El Cairo. ¿Les parece encontrarnos en el Aeropuerto de El Palomar dentro de una hora y media?

Ana y Justo asintieron, pero Román ya se había dado vuelta y salía de la oficina. Tenía algo que resolver.

CAPÍTULO 20

Simon Carter Herbert encendió un cigarrillo y, tras aspirar un par de bocanadas y disfrutar el aroma del hachís, tomó el teléfono móvil y llamó a la persona que, sin siquiera imaginarlo, lo estaba acercando cada vez más a su presa.

—Estaba esperando tu llamado —dijo Verónica, segura, desde el otro lado de la línea.

Herbert sonrió.

—Querida Iris —repuso con una sonrisa—, ¿seguís teniendo esos rulos tan simpáticos o, ahora que ya eres mayor...?

—Dijiste que querías verme frente a frente —interrumpió ella.

—Siempre. Lo sabés, hermanita.

Verónica sintió que se le cerraba el estómago, pero no iba a permitir que ese hombre detuviera su vida, iba a poner punto final a ese asunto.

—En el Serapeum —propuso decidida—, mañana, a la puesta del sol. Sabés dónde.

Herbert dejó escapar una carcajada. Había demasiado desparpajo en su hermanita menor.

—¿Buscás revivir viejas épocas? —se mofó.

—Cuando caiga el sol y la primera estrella esté en el cielo, voy a estar esperándote. Va a ser la última vez que nos veamos, Herbert.

* * *

Luego de poner punto final a aquella conversación, Verónica respiró profundo y deambuló por la habitación que ocupaba en tanto repasaba los pasos a seguir. No iba a permitir que su hermano le volviera a arruinar la vida. Había querido matarla el día en que había nacido, había asesinado a sus padres y al hombre que la había criado y también se había ensañado con Tomás. Aquella persecución sin fin debía terminar.

De manera súbita se encontró contra el espejo. El reflejo, demoledor, le echó en cara los años. Tenía ojeras alrededor de los ojos que delataban un cansancio profundo, antiguo como esos surcos en su piel opaca. Estaba en su tierra, rodeada por los paisajes que la habían visto nacer y no sentía nada. No había otra conexión con aquel lugar que no fuera a través de Francisco o Tomás, no había nada de ella ahí. Y, sin embargo, sus raíces habían sido germinadas en esas arenas. Sus abuelos habían sido unos apasionados de esas latitudes, y el solo hecho de pensar que habían sido las primeras personas en entrar a la tumba del rey Tut siempre le había generado una profunda emoción. Quizás, como había dicho Francisco Ávalos en el video que le había dejado en Ibis, era hora de revelar al mundo quién era en realidad y reclamar su identidad. Pero, mientras Herbert siguiera vivo, eso o no iba a ser posible. Por tanto, al día siguiente, cuando la primera estrella asomara en el firmamento, iba a matar a su hermano.

* * *

Agustín Riglos aterrizó en el Aeropuerto de El Cairo horas después de que Ana y Román lo habían puesto al tanto de la situación. Antes de ir al hotel donde iban a encontrarse, decidió efectuar una visita rápida a las oficinas de Interpol en territorio africano. Allí, en la central, se encontraba el antiguo secretario general, Jürgen Stock, con quien mantenía una gran amistad.

Retirado desde hacía algunos años, Jürgen había decidido continuar como consultor de la agencia y, como tal, Agustín quería pedirle consejo de cómo volver a la entidad sin abandonar el trabajo en la editorial. Se encontraba en una disyuntiva y necesitaba el oído de un experto para dilucidar cómo resolver aquella situación. Cuando se anunció en las oficinas, Stock apareció en el pasillo de inmediato, impecable como siempre, con un traje de raya diplomática, anteojos negros y el pelo todo blanco.

—¡Cero! —lo recibió entusiasmado al verlo, y enseguida se estrecharon en un cálido abrazo—, ¿qué te trae a este lugar tan exótico?

* * *

El cielo, por completo encapotado, había empezado a chispear. Aquellas primeras gotas, insignificantes, le mojaban la piel con lentitud, pero no importaba. Tenía que resolver un asunto antes de emprender su viaje a Egipto y debía hacerlo cuanto antes.

—Vengo a ver a Yuturna —anunció sin más.

Unos minutos después, un hombre vestido con un traje oscuro lo invitó a seguirlo y, en silencio, Román Benegas recorrió el trayecto que separaba al partido de San Isidro del selecto grupo detrás de la Dirección que se escondía debajo de la Quinta Pueyrredón. Cuando el guía se detuvo, lo invitó a adentrarse a una oficina sin pronunciar palabra, tan solo mediante un gesto con los brazos que lo alentó a ingresar. Luego, cerró la puerta tras él y desapareció.

A solas en aquel búnker anónimo, Benegas sobrevoló el lugar con la mirada para estudiarlo en detalle. Había un escritorio antiguo, tres sillas de cromo modernas y una pared cubierta de pantallas, nada más.

—¿Recibir la mantis no fue suficiente? —preguntó la voz a sus espaldas.

Benegas giró sobre sí mismo y se encontró con la dueña de ese tono grave, sugestivo, asesino.

—Yuturna —la llamó sin más.

—Román —respondió ella mientras se ubicaba en la silla de cromo y lo invitaba a que la imitara.

—Voy a ser breve. —Benegas se acomodó en el asiento—. Sabés que no voy a matar a mi exmujer. No es algo que te sea ajeno, esta mantis no la mandás porque violé las leyes no escritas, hay algo que querés. Te escucho.

—¿Estás negociando la mantis, Román?

—Estoy buscando la manera de que no pierdas dos grandes activos en tus equipos.

Yuturna arqueó una ceja.

—¿Y esos activos serían...?

—El mejor director de Interpol que has tenido y tu vida, Yuturna, porque yo no voy a matar a Verónica, no voy a morir y tampoco voy a dejar el cargo en Interpol. Por tanto, en esta regla de tres simple, el único factor que habría que eliminar sos vos.

—¿Es una amenaza? —La mujer estaba disfrutando esa conversación.

—Un hecho.

—Un hecho... —repitió en tanto contenía una sonrisa—. Me asombra tu ego, Román, pero entiendo que no estarías donde estás si no fuera por él.

Ella observó al hombre detrás del escritorio con total desparpajo. Veía mucho de sí misma en Román: un fuego salvaje que quemaba y lo obligaba a avanzar.

—Nadie escapa de la ley de la mantis.

Benegas sonrió con un dejo de sarcasmo.

—Vos manejás la ley de la mantis, Yuturna. Estoy acá, me necesitás, lo sé. —Él era astuto—. ¿Qué es lo que querés?

* * *

Rafael Schatz estaba concentrado en el microscopio. La noche se había instalado en Buenos Aires, y los laboratorios del Centro de Antropología estaban vacíos. En un momento le pareció escuchar un ruido y miró hacia atrás, pero no había nadie.

—Rubén —vociferó, por si el guardia de seguridad de la noche estaba haciendo su ronda y aún no lo había visto. No obtuvo respuesta.

Volvió a la imagen que estaba analizando a través del lente. ¿Era posible que existiera una inscripción anterior debajo del texto grabado en la lanza? Los análisis de carbono catorce habían arrojado datos concluyentes sobre su antigüedad, unos dos mil años, pero el hallazgo de colonias bacterianas debajo de la leyenda trazada sobre el metal le había llamado mucho la atención. ¿Había algo escrito debajo?, ¿un mensaje secreto? Había logrado aislar una de las colonias y confiaba en poder separar el resto para luego examinar los grabados. Aún concentrado en tal labor, tomó el teléfono móvil y le envió un mensaje a Ruth, su compañera de trabajo, pues necesitaba que viera los avances en la investigación sobre la lanza que habían rescatado de la isla Huemul. Entonces volvió a escuchar ese sonido que había percibido antes y, cuando se volvió, descubrió que no estaba solo. Después, el mundo se tornó negro.

* * *

Verónica caminó con parsimonia hacia la terraza del hotel. Las estrellas habían tachonado la bóveda celeste con la misma gracia y magia que recordaba de aquellos cielos cuando era adolescente. Respiró profundo. El olor de aquella ciudad no era de sus predilectos, el calor le resultaba agobiante, pero durante las noches, cuando el sol caía y también la temperatura, el ambiente se volvía frío, tanto que llevaba chaqueta, y se transformaba en un sitio para no olvidar jamás.

Se revolvió el pelo, estiró el cuello hacia uno y otro lado y se ubicó sobre una banqueta de hierro colmada de almohadones y mantas. Suspiró al tiempo que sentía que las almohadas se desinflaban bajo su peso, al igual que ella exhalaba el aire de los pulmones. Se recostó sobre el

colchón de plumas y miró el cielo. Allí, brillante y magnífica como siempre, se encontraba Orión. Observar aquellos astros celestes la llevaba, era inevitable, a sus conversaciones con Tomás y a la teoría que él había planteado acerca de la correlación entre la ubicación de las pirámides y el Cinturón de Orión. Su hermano sostenía que esas estrellas estaban asociadas a Osiris, dios del renacer y de la otra vida en el reino de los egipcios, y que la ubicación de las pirámides no era azarosa, sino que reflejaba, como si de un espejo se tratara, la posición de aquellos astros celestes. Tomás ya era un apasionado del mundo de los antiguos egipcios desde que tenía memoria. Él siempre le había contado historias sobre soberbias tumbas en el Valle de los Reyes, de lord Carnavon y su hija Evelyn, entusiastas también de los misterios de los faraones, y de Howard Carter, su abuelo, el hombre que había hallado la tumba del rey Tutankamón intacta. Aquel mundo de recuerdos, aquel compilado de misterios y secretos dichos a media voz, la había acompañado toda la infancia. Había vivido segura, a resguardo, con una identidad sustituta y protegida por un gran hombre que, sin negar sus orígenes, le había provisto una educación de excelencia y todo lo que la heredera del gran Howard Carter debía saber.

Absorta en esos pensamientos, tardó unos segundos en reconocer el timbre de su teléfono móvil. Cuando lo hizo, respondió sigilosa. Se suponía que nadie sabía que ella estaba allí salvo Ana Beltrán.

—Soy Manuel —se identificó la voz del otro lado, y Verónica se sobresaltó, pero no dio indicios de nada—. Sé que aún no terminás de confiar en mí, lo percibí cuando nos conocimos en Ibis —agregó. Ella mantenía silencio. ¿Cómo había conseguido ese número?—. Tomás me pide que te diga lo siguiente: “*Nefer-jeperu-Ra, Amen-hotep*”.

Verónica sonrió.

—“Hermosas son las manifestaciones de Ra, Amón está satisfecho” —tradujo con la certeza de que Tomás confiaba en Manuel. Aquella era una frase que ellos usaban cada vez que Verónica, de niña, le regalaba un dibujo a Tomás. Él siempre agradecía el gesto diciendo: “Hermosas son las manifestaciones de Ra”, y ella respondía “Amón está satisfecho” ya que “Amón” era el sobrenombre cariñoso que le había puesto a su hermano luego de que él le había contado la historia del poderoso dios.

—Tomás estará esperándote —afirmó luego.

Verónica sintió que el corazón le daba un vuelco. Dentro de menos de setenta y dos horas, iba a estar frente a su hermano.

—¿Recordás cada paso...?

—Estoy preparada —interrumpió Verónica—. Francisco me enseñó bien, voy a cerrar el ciclo. Dentro de tres días, Tomás recuperará su vida y yo trataré de armar la mía. Pero por sobre todo voy a seguir el plan al pie de la letra, mi padre me entrenó para esto, sabía que algún día iba a tener que enfrentar mi pasado.

—Verónica —agregó por último Elizalde—, te están siguiendo los pasos. Dos agentes de Ibis te buscan y llevan la Perla. Herbert...

—Tal como esperaba —respondió ella—. Yo quiero cerrar el ciclo, Herbert quiere dar inicio a uno nuevo. No se lo voy a permitir.

* * *

Martínez, provincia de Buenos Aires, mayo de 1989.

Emerio Beltrán palmeó a su amigo en el hombro y tomó la chaqueta de Ana antes de colocársela y salir de la casa de los Ávalos. El cumpleaños número diez de Verónica había resultado un festejo tradicional y agotador. Luego de que todas las compañeras de colegio se retiraron, Francisco se acercó a su hija, la invitó a sentarse junto a él y le dijo:

—Cada año te doy un regalo especial, lo sabés, algo que tiene que ver con tu historia.

La niña asintió.

—El año pasado me regalaste el espejo *ank e mat* —recordó.

—Cierto —respondió Francisco—. Pero este año el regalo es más importante, es algo que tus abuelos Howard y Evelyn encontraron en la tumba del rey Tut. —Ávalos hizo una pausa—. Es un libro muy antiguo. —Tomó un sobre y continuó—: Verás, no es un libro como el que podemos comprar en una librería común, más bien son rollos de papiro. Y además de especial y único, es una guía de los cuarenta y dos sortilegios que el alma debía sortear para cruzar al paraíso.

Francisco le entregó el sobre; ella, con cuidado, retiró el papel cubierto por un folio plástico. Los colores, brillantes como jamás había visto, escenificaban, según él le había explicado, el Juicio de Osiris. Aquella fue la primera vez que escuchó la historia de la pluma de Maat; de Thot, el escriba; y de la barca que permitía realizar el viaje a los campos de Aaru.

CAPÍTULO 21

Un equipo de la policía forense trabajaba, desde temprano, en la mansión Werner. Allí, en tres de las habitaciones, la dueña de casa, Greta, su nieta Clio y una amiga de la familia que residía en aquel domicilio desde hacía décadas, Ivette Flores, yacían con un agujero de bala en medio de la frente.

El comisario ingresó a la sala principal de la casa y observó alrededor. No había sitio que no estuviera ocupado por el desorden general: papeles, carpetas, discos viejos; el suelo era un mar de objetos dispersos, revueltos y desperdigados de manera anárquica.

—¿Sabemos si falta algo?, ¿algo de valor?, ¿dinero?, ¿joyas?

—Elvira, el ama de llaves, que es quien encontró a las víctimas y nos llamó —expuso la agente que se encontraba junto al comisario—, cree que no. Dice que la caja fuerte no fue violentada y que las joyas parecen estar en su lugar.

—¿Qué buscaban entonces?

—Mire esto —interrumpió otro agente al acercarle una tableta electrónica—, la casa está rodeada de cámaras, tanto en el exterior como en el interior.

El comisario tomó el dispositivo, acercó la imagen y volvió hacia atrás para verla de nuevo.

—¿Es quien yo creo que es? —Había sorpresa en el tono de su voz.

Los agentes asintieron.

—Vamos —ordenó, e indicó que lo siguieran. Sabían a dónde debían ir.

* * *

Carolina Lauthen ingresó al edificio donde estaban las oficinas de Sol Negro en Buenos Aires. Al tiempo que pasaba la tarjeta magnética por el lector que abría las puertas de los ascensores para subir al piso veinticinco, leyó un mensaje de su mano derecha en el laboratorio de Bariloche que le heló la sangre.

Cuando el elevador se detuvo y los paneles de metal se abrieron, caminó directo hasta su oficina, cerró la puerta con prisa y llamó a Alfredo.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Las tres mujeres: Greta, Ivette y Clio... Las encontraron esta mañana. Un tiro en la frente cada una.

—Por Dios... —murmuró Carolina, por completo consternada—. Decime que fue un robo al azar, algo que no tiene nada que ver con mi abuelo y sus...

—Carolina —interrumpió Alfredo desde Bariloche—, en las grabaciones de las cámaras de seguridad de la mansión Werner, se lo ve a Alexander von Hummel dispararles.

* * *

Sede de Ibis, Edimburgo.

Amelia atravesó el portal de aquella fortaleza subterránea y acercó su iris al lector digital. De inmediato, las puertas se abrieron y entró en la sala principal de la base a la espera de iniciar la fase final de la misión que la ocupaba.

—Qué ropa tan moderna —mencionó Manuel Elizalde al verla con unos pantalones cortos de *jean* agujereados, una musculosa negra y unos borceguíes demasiado grandes, incluso exagerados.

Ella lo atravesó con la mirada. No iba a perder el tiempo en explicarle a ese cerebritito en qué consistía su trabajo.

—Voy a bañarme —se excusó sin más mientras se adentraba en la sede rumbo a la pequeña habitación que acostumbraba a usar. Luego miró su reloj—. ¿A las cinco en la sala de reuniones?

Elizalde asintió, pero, antes de que ella desapareciera tras el vano de la puerta, preguntó:

—¿Dónde está Sanz?

—Llega después —respondió sin siquiera darse vuelta, tras lo cual desapareció entre los pasillos de aquella oficina subterránea.

Mientras avanzaba hacia el corazón de la central, Amelia no podía dejar de pensar en los años que tenía, en el dinero que había acumulado en el banco y en el departamento en París que había comprado y amoblado, pero jamás había llegado a utilizar porque vivía de misión en misión. Rememoró las horas que había dedicado a trabajar con su jefe, Paul Preston, porque sentía

debilidad por él y había sido lo bastante idiota como para acceder a seguirlo con la esperanza de que alguna vez le prestara la más mínima atención. ¿En qué momento se había vuelto tan patética? Preston, antiguo director de Interpol en Latinoamérica y doble agente, la había llevado a la cama un par de veces, pero la relación no había pasado de allí. En cambio, le había pedido que se sumara a sus filas, a su organización, que en aquel momento llevaba el nombre de “La Legión” y se trataba de un grupo selecto de hombres que, tras las sombras, manejaban un poder infinito. Al aceptar, se había convertido ella también en doble agente y había jugado a ser la amante de un científico a cargo de investigaciones clave de Interpol. Entonces había descubierto su habilidad para transformarse en una persona por completo diferente. Había un don camaleónico en su personalidad, una facilidad especial para mutar de forma, personalidad, aspecto.

Entonces que La Legión no era más su empleador, sino que Preston había vendido sus servicios a otra entidad de similares características, Ibis, entendía que no había pasión en aquel hombre, sino ambición por amasar fortuna y nada más. En definitiva, aunque tarde, había comprendido que Preston no era más que un mercenario y que ella era una idiota que había entregado la vida a una quimera absurda con tal de enamorar al que creía el amor de su vida. Estaba cansada, necesitaba cambiar de vida, volver a empezar, y para eso debía tomar una decisión: salirse de aquel mundo de secretos y contraespionaje. El asunto era cómo. En la única persona que podía pensar era en Tomás Ávalos y en el modo en que, cuando debería haberse hecho cargo de Ibis tras la muerte de su padre, había desaparecido. Durante años nadie había logrado encontrarlo, por lo menos no hasta ese momento. Si Ávalos, un arqueólogo que debía hacerse cargo de una entidad de tal envergadura, lo había conseguido, ella podía escapar también.

* * *

Aeropuerto de El Palomar, provincia de Buenos Aires.

El avión de Interpol estaba listo para despegar. En su interior, Agustín Riglos, Ana Beltrán, Justo Zapiola y Román Benegas se ajustaban los cinturones mientras la aeronave comenzaba a carretear.

Román terminó una conversación por teléfono y se acomodó en la butaca. Miró el reloj y consideró que las diez de la noche era un buen horario para beber un whisky con sus compañeros de viaje. Tomó cuatro vasos y sirvió una medida de Gentleman Jack para cada uno de ellos. Mientras lo hacía y se los entregaba, no dejaba de pensar en que, hacía un año, estaban en una carrera contra el tiempo, con la esperanza cada vez más pequeña de que Verónica despertara de un coma profundo que no lograban terminar de explicar. Y cuando por fin lo había hecho, Lencke se la había llevado. ¿A dónde la había arrastrado? ¿Para qué? ¿Qué le había contado? Verónica había obviado esa parte del relato, y no podía dejar de cuestionar por qué lo había hecho. Por otro lado, ¿en qué momento había sido capturada por su hermano para todo ese espectáculo del Juicio de

Osiris? ¿Cuánto tiempo habían pasado en manos de aquel desquiciado? ¿Dónde habían estado? Y lo que no lograba resolver: ¿cómo había hecho Herbert para ingresar cuarenta y dos estatuas de papel de tamaño real al museo? ¿Quién lo había ayudado?

Verónica había explicado que la habían usado de anzuelo, que Simon Herbert esperaba que Tomás Ávalos fuera a buscarla; él, sin embargo, no dejaba de pensar que había algo más, algo que todavía no lograba ver. Una idea le rondaba la mente hacía un par de horas, por eso le había pedido a Justo que llevara la lista de empleados del museo. La habían visto cientos de veces, su gente había revisado los antecedentes de cada uno de ellos, y ninguno parecía ser un adorador fanático de dioses de la Antigüedad. No obstante, mantenía esa corazonada desde que había visto aquel escenario dispuesto de manera teatral en la sala egipcia del Ambrosetti. Al final dio un trago a la bebida, apoyó el vaso sobre la mesada junto a su butaca y miró a Zapiola, que, taciturno, tenía la mirada perdida en el brebaje ámbar oscuro.

—Justo —lo llamó, y el comisario levantó la vista y lo observó en silencio—, ¿tenés la lista de trabajadores del museo?

Zapiola asintió, introdujo una mano en el bolsillo interno de su saco y le entregó un sobre.

—Ninguno de los empleados tiene antecedentes, todos pudieron acreditar dónde se encontraban la noche del suceso.

—Lo sé —respondió Román pensativo—, pero siento que hay algo que se nos está escapando.

—Coincido —dijo Zapiola—. Por eso conseguí los legajos de cada uno de ellos. Si sus nombres y antecedentes no nos dicen nada, quizás sus historiales sí.

Ana, que escuchaba atenta la conversación, terminó de beber su copa y pidió que le entregaran un par de carpetas. Justo sacó dieciséis folios de un maletín. Allí estaban los datos y el historial de todos los que trabajaban en el Museo Ambrosetti. Cada uno tomó cuatro *dossier* y se dispuso a analizarlos. Beltrán dobló las piernas sobre el sillón que ocupaba y las colocó en posición de indio. Luego, apiló las carpetas sobre la mesa frente a ella de manera prolija y abrió la primera.

Cuando el avión llegó a los diez mil pies de altura y alcanzó su velocidad crucero, Agustín se desabrochó el cinturón de seguridad y se puso de pie para estirarse un poco. Enseguida pasó a la segunda carpeta. A diferencia del primer archivo que había revisado, un hombre que trabajaba hacía treinta años en el museo, la mujer del legajo que leía entonces había ingresado a trabajar allí hacía tan solo seis meses. Sin embargo, aquello no parecía ser indicador de nada, pues la antropóloga en cuestión había regresado al país para sumarse al Ambrosetti para esas fechas. El resto del informe resultaba consistente.

—Acá no hay nada —resopló Justo, que, con ojo entrenado, había repasado los archivos a una velocidad asombrosa.

—Román —le llamó la atención Ana al alcanzarle un documento—, mirá esto.

Benegas se estiró apenas y tomó la carpeta que le pasaba. Se trataba de una tal Sandra Iglesias, que trabajaba hacía dos años en el museo en la parte de limpieza. Era un legajo intachable a simple vista, salvo por la fotografía de la mujer. Benegas levantó la mirada, y Ana asintió.

—La falsa Mérida.

—Mirá más abajo —dijo Ana al incorporarse, y señaló una línea particular del documento.

—Licencia psiquiátrica hace un año.

Justo hizo señas para que Román le entregara el papel, lo observó en detalle y le sacó una fotografía. Después escribió algo en el teléfono móvil y envió un mensaje.

—Dentro de un rato, tendremos toda la información disponible sobre esta mujer —agregó mientras daba un último sorbo al whisky que sostenía en la mano.

Luego miró por la ventana, donde la oscuridad era absoluta. La aeronave surcaba el Atlántico en total anonimato y, dentro de unas horas nada más, llegaría a destino. Allí, Verónica estaba tratando de enfrentar su pasado para cerrar la etapa más dolorosa de su vida, y él debía encontrarla y hablar. Las cosas habían quedado mal entre ellos, muy mal, pero saber que estaba viva, consciente y lúcida le hacía replantearse la posibilidad de volver a pensar en un futuro juntos. Había jurado hacerse a un lado si ella sobrevivía, pero lo cierto era que, antes de hacerlo, necesitaba sentarse con ella y decirle lo que sentía. La mujer que se había metido a su cama días atrás, vulnerable, golpeada y con la única necesidad de ser abrazada y contenida, era la faceta más oculta de Verónica, la conocía. Por eso, y por el amor que le tenía, quería ser capaz de protegerla y cuidarla.

El teléfono móvil de Zapiola vibró. Sin perder tiempo, abrió el documento y leyó con rapidez su contenido.

—Historial de Sandra Iglesias y un domicilio —dijo—. Román, ¿podés mandar un equipo de confianza a esta dirección?

Benegas observó la calle detallada y algunas imágenes del lugar que había en el documento. Asintió, tomó el teléfono satelital y se comunicó con la agencia.

—Eleonora —comenzó sin más—, prepará a tu equipo, tengo algo que necesito que resuelvas con total discreción.

CAPÍTULO 22

La tarde empezaba a caer cuando, a lo lejos, Verónica divisó la necrópolis de Saqqara. Aquel yacimiento coronado por una pirámide escalonada era conocido como la Ciudad de los Muertos. El sol, que aún calentaba, y el viento, que hacía que la arena le golpeará la cara y le generara una picazón incómoda y por momentos dolorosa, empezaba a mermar. Cuando llegara el ocaso, el frío se haría sentir. Ávalos avanzó a paso firme hacia el lugar donde iba a reunirse con Herbert, el Serapeum. Pero, antes de llegar al sitio indicado, debía atravesar los sesenta y tres metros subterráneos que llevaban a la cámara funeraria en la que se encontrarían.

Doce metros bajo tierra, existían tres pasajes de dimensiones descomunales con veinticuatro cámaras laterales talladas en roca. Dentro de cada una, un sarcófago de granito negro y basalto de cuatro metros de largo, dos de ancho y más de tres de alto dominaba el lugar. Esos inmensos arcones, cortados con una precisión inexplicable y de tamaño monumental, estaban vacíos. La tapa de cada uno de ellos, de un peso de alrededor de cuarenta toneladas, estaba corrida apenas medio metro hacia atrás, espacio suficiente para ver que dentro no había nada. Según algunos de los jeroglíficos dispuestos en los muros, aquellas eran tumbas en honor al dios Apis, y allí debían descansar los restos de bueyes gigantes. Nada se había encontrado en el interior, ni siquiera en el único arcón que se había hallado cerrado y que habían debido dinamitar para abrir cuando el arqueólogo francés Auguste Mariette había descubierto el santuario en el año 1850.

Verónica ingresó al Serapeum con la certeza de que conocía el camino a la perfección. Si recordaba bien cada una de las indicaciones que le había enseñado Francisco Ávalos, a mitad de camino, debía cruzarse con uno de los sarcófagos, atravesado en medio del pasillo central. Ese impedimento la obligaría a acercarse al único muro libre para poder rodear el bloque de cuatro metros de largo y tres y medio de altura y seguir caminando. Luego, se encontraría con la tumba del príncipe Jaemaset, hijo de Ramsés II, que había gobernado Menfis, y allí sabría que la tercera cámara a la derecha era el lugar exacto donde había nacido.

Cuando divisó la tumba del hijo de Ramsés, respiró con cierto nerviosismo y tomó su arma reglamentaria. Estaba lista para enfrentar el pasado.

* * *

Eleonora Núñez era agente de Interpol desde hacía dos años, pero, al resolver un caso que nadie había podido explicar durante más de dos décadas, había sido invitada a unirse a una unidad de investigación especial. Las operaciones en las que participaba entonces requerían de ciertos talentos que muy pocos oficiales ostentaban. En el caso de ella, su mente analítica y su memoria eidética le habían abierto la puerta a un grupo de expertos de élite cuyas misiones eran tan secretas como sofisticados sus recursos.

En ese preciso instante, mientras Núñez empuñaba un revólver y observaba a través de los lentes de visión nocturna las afueras de la granja que debía allanar, avanzó sigilosa a la espera de la orden de su superior para iniciar el procedimiento. Así, envuelta en la oscuridad de la noche, se concentró en el crujir de sus botas sobre el suelo cubierto de hojas secas, en su respiración apenas agitada y en el asteroide lunar que apenas alcanzaba a iluminar en esa noche tan cerrada que hacía que sus pasos fueran firmes pero lentos. En aquel silencio apenas interrumpido por el sonido de las suelas de sus compañeros al apoyarse sobre el suelo, llegó la orden de actuar.

Casi como si de una coreografía sincronizada se tratara, seis agentes de Interpol irrumpieron en la morada con la instrucción específica de preservar el sitio. La información que habían obtenido de la dueña de la granja, Sandra Iglesias, era interesante; sin embargo, el director de Interpol tenía el presentimiento de que ese hogar podía ser una pieza importante. Quizás fuera la tuerca que faltaba en aquel complejo engranaje de enigmas y misterios que parecían estar concatenados con el pasado de Verónica Ávalos.

—Núñez —gritó el líder del grupo—, García y vos revisen la primera planta. Torres, vos arriba, Juárez te cubre.

Eleonora asintió y comenzó el recorrido de la planta principal. A simple vista nada parecía fuera de lugar ni llamaba la atención. La casa de campo era del todo corriente. La mesada de la cocina estaba cubierta de polvo, algunos platos estaban apilados en la piletta de lavar y había ropa doblada en una silla. Aparte de ese detalle, nada parecía fuera de sitio. La agente caminó por el resto del recinto al tiempo que abría puertas y revisaba cuartos, baños y distintas áreas. Cuando terminó de relevar el lugar, abrió la puerta del sótano, encendió las luces y descendió con lentitud las escaleras.

La luz, tenue y mortecina, parecía parpadear de manera intermitente mientras ella bajaba. El zumbido, apenas perceptible desde el piso principal, aumentaba a medida que se adentraba en el sótano, y el cambio de temperatura en el ambiente le resultó tan notorio que empezó a transpirar. Aquella habitación estaba aclimatada de manera artificial para mantener una temperatura de alrededor de treinta grados, y la humedad era tan compacta que avanzar implicaba sumirse en un aire viscoso y pesado que recubría de una película húmeda la piel del visitante. Cuando llegó al final de la escalera, Eleonora se detuvo un momento. El calor era sofocante, pero nada de eso importó cuando sus ojos se posaron sobre las múltiples cajas de cría sobre largas mesas que surcaban la totalidad del sótano. Dentro de ellas, cientos de escarabajos se amontonaban unos

sobre otros, y el roce de sus alas generaba un rumor que resultaba ensordecedor. Aquella ordinaria y común casa de campo albergaba, bajo sus cimientos, un criadero de escarabajos peloteros.

* * *

La primera estrella había instaurado su dominio y, rezagadas, las demás iban tachonando la noche al compás del ritmo vertiginoso en que Verónica se adentraba en la necrópolis. Las luces de emergencia que el Ministerio de Turismo del Gobierno egipcio había instalado en aquellas ruinas apenas alumbraban el recorrido, pero Ávalos no necesitaba luz o guía, podía trasladarse por esa tumba con los ojos cerrados. Había entrenado una y mil veces para realizar, a ciegas si hubiera sido necesario, ese trayecto. Las palabras de su padre le resonaban en la cabeza mientras seguía:

—Cuando llegues a la tercera cámara, justo después de haber cruzado la tumba de Ramsés, estarás en el lugar exacto donde naciste. No fue azaroso el sitio, el día ni la hora en que llegaste, Verónica —había dicho Francisco—. Tu familia honra su pasado, y su legado de sangre es sagrado. De acuerdo a sus creencias, el hijo de Ra reencarna en aquellos miembros que nacen cuando las estrellas se alinean sobre las tres pirámides. Así fue el nacimiento de Herbert, pero, cuando se supo de tu llegada, la congregación de visires de Ibis resaltó una singularidad: en la noche que estaba destinada a tu nacimiento, una cuarta estrella se alinearía sobre Keops, Kefrén y Micerino. Esa estrella, que solo es visible cada muchos años, se ubica en el lugar exacto donde se cree que estuvo la cuarta pirámide, la Pirámide Negra.

—¿La Pirámide Negra? —recordó haber preguntado mientras hacía una pausa en el recorrido de aquel laberinto reconstruido a imagen y semejanza del Serapeum de Saqqara y que se había convertido en su actividad principal después de clases y durante los fines de semana.

—Hay registros muy antiguos que hablan de cuatro pirámides, no tres, en la meseta de Guiza. La cuarta, hoy desaparecida, completa el portal.

—¿El portal?

—Las escrituras halladas en la esfinge cuentan que el portal es el paso obligado para las almas que han sorteado el Juicio de Osiris.

Verónica recordó haberse sentado junto a su padre y observar el paisaje que los rodeaba. Aquella casa de campo en las afueras de la ciudad, aquel refugio en el que la había entrenado para cuando el pasado la alcanzara, se había convertido en parte de su vida. De hecho, había encontrado paz en cada una de las horas que había pasado allí.

—Papá...

Francisco, sentado sobre el pasto, había girado la cabeza para mirar a su hija, que acababa de cumplir veintiún años.

—¿Pensás que alguna vez...? —Ella había guardado silencio un momento—. ¿Algún día Herbert vendrá por mí?

—No tengo duda, querida hija, de que, por más que queramos mantenerte oculta y a salvo, el pasado, sea Herbert u otro miembro díscolo de Ibis, regresará a buscarte. Y cuando lo haga, debés estar preparada.

—Pero esto —repuso ella al señalar el laberinto que ocupaba parte del jardín—, ¿por qué habría de necesitar volver a la tumba donde nació?

—Porque, para cerrar el ciclo y hacerse con el poder de Ra —había comenzado a explicar Francisco, y había reído tras pronunciar aquellas absurdas palabras—, Herbert o quien sea va a llevarte allí. Y si lo logra, quiero que conozcas esa tumba subterránea de memoria, quiero que puedas entrar y salir con los ojos cerrados si hace falta y, sobre todo, quiero que estés preparada para enfrentarlo todo, Verónica, y así por fin ser libre.

Mientras recordaba esa charla con su padre, Verónica marchó con precisión sobre aquel terreno conocido. Cuando llegó frente a la tercera cámara, se detuvo. Allí, en el centro del recinto, Carter Herbert, su medio hermano, la esperaba sonriente.

* * *

Ana Beltrán abrió el documento que acababa de recibir desde Mesa de Piedra y leyó el informe con apuro.

—Veneno —soltó sin más, y observó a sus compañeros de vuelo—. El papel de las cuarenta y dos estatuas estaba embebido en un veneno de diseño de acción retardada. Uno de mis mejores investigadores forenses hizo la autopsia de varios escarabajos, creen que estuvieron dormidos un par de horas, producto de un somnífero detectado también en el papel. Luego, cuando empezaron a morderlo y comerlo para salir, ingirieron la dosis que hizo que, una vez que emergieran, se desplomaran sin vida como por arte de magia.

—Todavía sigo sin entender cómo hicieron para meter las cuarenta y dos estatuas en el museo —insistió Zapiola.

—Acá tenés la explicación —respondió Benegas al mostrarle la pantalla de su tableta.

—¿Eso es...? —preguntó Ana mientras estiraba la mano para agarrar el dispositivo.

—Un criadero de escarabajos —confirmó Román—. Lo encontraron en el domicilio de la falsa Mérida. Pero eso no es todo lo que descubrieron.

El español deslizó los dedos por la pantalla, y las fotografías que se sucedieron evidenciaron cuán complejo era aquel entramado sobre el que apenas estaban echando luz.

—Los planos del museo —murmuró Ana.

—Y claves de acceso, cambios de guardia, información de horarios de entrada de proveedores y el detalle de seis semanas de envíos de la firma Thot. —Benegas hizo una pausa—. Miren las cantidades.

Justo tomó la tableta.

—Todas las semanas una caja. La última, veinte.

—¿Qué hace la empresa Thot? —interrogó Beltrán.

—Papel.

—Veinte cajas de papel —murmuró Ana— un día antes de que aparecieran Lao y Verónica... Así entraron las estatuas. El informe de Mesa de Piedra dice que estaban armadas en dos partes y que el pegamento que unía las piezas era a base de azúcar. Eso hizo que los escarabajos comieran el pegamento envenenado y pudieran romper las marionetas con mayor facilidad.

—¿Qué se conoce de esta empresa? —interrumpió Zapiola.

—La agencia ya está investigando, pero hay algo más que los oficiales que encontraron el criadero enviaron. —Benegas, que se había levantado de la butaca y había hecho descender una pantalla del techo abovedado del avión, ajustó la iluminación y conectó la transmisión—. Necesito que lo vean en detalle.

De inmediato, las imágenes de lo que parecía ser una tumba iluminaron el lugar. Dentro, cuarenta y dos estatuas de papel representaban el Juicio de los Muertos. En el centro de la escena, una balanza de bronce albergaba un pesado corazón y una pluma de Maat. A la izquierda se podía observar el cuerpo de un hombre sin vida y, a la derecha, una mujer atada de pies y manos gritaba mientras daba a luz a una niña. Allí, en aquella grabación, mientras el avión de Interpol se alistaba para aterrizar en El Cairo, Ana Beltrán, Román Benegas y Justo Zapiola acababan de presenciar el nacimiento de Verónica Ávalos cuatro décadas atrás.

CAPÍTULO 23

—Iris —masculló Herbert, entre extasiado y expectante, ante el encuentro.

Verónica no se amedrentó. Tragó saliva y, con el arma en la mano, sin dejar de apuntar a su hermano, se acercó apenas unos centímetros. Quería que la viera bien, que observara con atención el rostro de la mujer que iba a matarlo, porque iba a ser lo último que viera. Y quería que esa imagen, ese recuerdo final en la retina, lo persiguiera aun después de muerto.

—Creo que llegó la hora de cerrar esta historia, Herbert —respondió ella sin un dejo de piedad en el tono de voz.

—¿Y pensás cerrarla con eso? —inquirió él en referencia al arma que portaba.

—Las balas son muy efectivas —confirmó la mujer.

Herbert sonrió. Había una gran cuota de sarcasmo en ese gesto. Verónica sintió que las manos le quemaban, que todo el entrenamiento que llevaba a cuestas, el de la agencia, el de la Policía Federal y el de su padre, de nada servía, que tenía la cabeza ocupada por una sola cosa: matar a Herbert. Ansiaba atravesarlo con todas las balas del cargador y poner fin a esa vida sin valor que había dedicado sus días a atormentarla a ella y a los suyos.

—Somos familia —pronunció él.

—Y aun así mataste a mi madre y a nuestro padre y quisiste asesinarme el día de mi nacimiento.

—Solo uno de nosotros puede ser el hijo de Ra.

—No voy a discutir eso —respondió ella sin moverse del sitio—. Podría perdonarte la vida y pedirte que te fueras, que no volvieras jamás, que me dejaras en paz, a mí y a Tomás... —Guardó silencio un momento mientras evaluaba a su oponente y deliberaba en qué momento disparar para dar por terminado ese prelude absurdo—. Pero los dos sabemos que no cumplirías tu palabra, porque no tienes palabra.

—No puedes matarme, Iris —la enfrentó en un tono de voz firme y, por primera vez, empezó a avanzar hacia ella, como si la pistola que le apuntaba a la cabeza no le importara o preocupara en absoluto—. No está en tu naturaleza matar porque sí. —Herbert continuó caminando. Verónica no se inmutó, iba a disparar.

—No sigas un centímetro más —ordenó.

El hombre volvió a sonreír, y ella ajustó la posición del arma con la certeza de que iba a gatillar cuando el suelo bajo sus pies se esfumó y el peso de su cuerpo cayó tan rápido que creyó que iba a morir. Pero, cuando quiso darse cuenta, estaba deslizándose por una suerte de tobogán interior que hacía que sus brazos y piernas se golpearan y rozaran esa piedra que era por momentos suave y por otros áspera. ¿Qué estaba sucediendo? ¿A dónde la llevaba ese pasaje subterráneo al que había caído? A medida que la velocidad de descenso aumentaba, sentía que perdía control sobre su cuerpo y los choques eran cada vez más fuertes. Empezó a notar que aquel conducto por el que iba resbalando se hacía más pequeño. Sintió que se mareaba, que empezaba a faltarle el aire y que la lengua se le había llenado de arena. Después de eso, todo se volvió negro y silencioso, como la noche que cubría el cielo de Saqqara.

* * *

Herbert observó cómo su hermana desaparecía en las entrañas de la necrópolis y calculó que, luego de tres minutos, estaría cerca de llegar al final del túnel, pero que recién a los seis perdería el conocimiento. El último tramo de aquella vía subterránea era la más ardua, el espacio se reducía de manera considerable, y el cuerpo comenzaba a sentir los golpes y raspones del descenso, que, por momentos, resultaba en picada y daba la sensación de ser una caída libre. En ese punto del trayecto, el aire del reducto era cada vez más espeso y, conforme se aproximaba al pasaje final, la arena se sentía en la boca. Después, antes de la salida, un somnífero impregnado en las paredes del túnel ingresaba vía las fosas nasales y por contacto con la piel para lograr un efecto inmediato. Para cuando Carter llegó al sitio donde terminaba aquel tobogán, su hermana Iris, también llamada Verónica Ávalos, estaba golpeada, con heridas que sangraban, la ropa hecha jirones y narcotizada por completo.

—Prepárenla —ordenó sin titubear—. Esta noche renacerá el hijo de Ra.

CAPÍTULO 24

Manuel Elizalde observó cómo el grupo de tareas de Ibis se alistaba para la operación de campo que habían preparado durante meses. La orden había llegado hacía unos momentos, y la tropa a cargo de Amelia Tate estaba lista para actuar. La mujer llevaba un uniforme militar que le daba un aspecto masculino que, en aquel año de trabajo, no le había visto jamás.

Lejos de Edimburgo y ya sobre tierras africanas, el arqueólogo no pudo evitar sentir cierto escozor cuando Tate se acercó a darle los últimos detalles.

—Tenemos la llave completa —aseguró.

Manuel intentó disimular la sorpresa.

—¿Cómo...?

—Verónica y Herbert pactaron una reunión en Saqqara. —Elizalde tragó saliva. No se suponía que fuera así—. Carter la tiene cautiva. Está todo listo para empezar.

—Bien —dijo el arqueólogo en tanto trataba de mantener la calma. Luego miró el reloj; todavía quedaban un par de horas para que la misión pudiera llevarse a cabo—. ¿Borja tiene todo listo? —inquirió luego.

—Borja esta con Herbert, van a mantener dormida a la agente hasta que llegue el momento del ritual.

El arqueólogo asintió, luego giró sobre sus pasos, volvió a mirar la hora y agregó:

—¿Hablaste con Preston?

—Ya está al tanto —respondió Amelia—. Salimos dentro de treinta minutos.

Manuel volvió a asentir y enfiló hacia el interior de la base, donde se alistaría para sumarse a la misión. Sin embargo, antes tenía que avisarle a Tomás sobre el cambio de plan. De alguna manera, Verónica no había ido directo a la gran esfinge en la meseta de Guiza y por algún motivo había decidido desviarse. A pesar de haber sido entrenada para cumplir las etapas de aquel circuito a rajatabla, había optado por encontrarse con su medio hermano a solas fuera del alcance de la protección de Tomás o de Interpol. ¿En qué estaba pensando? Como si eso fuera poco, los tres escarabajos que componían la llave para abrir el cofre de Osiris estaban en poder de Simon Carter Herbert y, si no se apuraba, los minutos de Verónica estaban contados.

—Tomás —dijo tras conectarse a través de su teléfono satelital—, tenemos un problema.

* * *

Los agentes de Interpol ingresaron a las oficinas centrales de la agencia en Egipto y aguardaron un momento en una sala de reuniones hasta que Agustín ingresó, acompañado por un hombre que no conocían, para recibirlos y encarar la misión que los ocupaba: encontrar a Verónica.

—Tenemos una situación que no esperábamos —dijo Riglos mientras miraba fijo a su mujer y luego a Benegas y a Zapiola.

—¿Tomás? —lo llamó Ana, que, al enfrentarse a aquel rostro del pasado, sintió un júbilo inmenso al principio y un pánico inminente después: algo le había pasado a Verónica.

Ávalos asintió y se acercó a la que recordaba como una joven de veintitantos próxima a recibirse de médica forense. Con una sonrisa, extendió los brazos, y Ana se acercó con lágrimas en el rabillo de los ojos que, como era usual, estaba obligándose a contener. Se abrazaron como si las dos décadas anteriores no hubieran transcurrido, como si el pasado no hubiera existido y el tiempo no hubiera modificado sus vidas como el tirano despiadado que era.

—¿Qué le sucedió a Verónica? —preguntó Justo sin presentarse o siquiera saludar.

—La gente de Ibis la tiene cautiva.

—¿Cómo...? —quiso saber Benegas.

—Verónica decidió encontrarse a solas con Herbert. No salió bien.

Beltrán se llevó una mano a la cabeza, se acercó a Agustín y le susurró algo al oído, ante lo que él asintió. Luego se sentó frente a la mesa de trabajo que coronaba aquella sala y preguntó:

—¿Cómo vamos a rescatarla?

—Antes —intercedió Tomás mientras se acomodaba en la cabecera de la mesa y se arremangaba la camisa blanca que llevaba— necesito que entiendan que esta no es una misión común, que yo no soy agente de Interpol y que mi hermana no es una persona corriente, por lo menos no para Ibis. Todo el entrenamiento que llevan a cuestras, en este caso, no sirve de nada. Aquí, señores, no rigen la razón ni el adiestramiento táctico, es necesario que comprendan que Verónica va a ser parte de un ritual en un momento exacto y un punto preciso y que, si no conocen cómo se desarrollará, no podrán salvarla.

—¿Qué tipo de ritual? —inquirió Román, que ya intuía cuál sería la respuesta.

—El Juicio de los Muertos. —Ávalos hizo una pausa—. Pero esta vez será su corazón el que repose sobre la balanza.

—Van a sacrificarla —murmuró Zapiola.

—Y van a completar un ciclo que iniciaron el día que nació.

—Esta gente está demente —acusó Agustín.

—Dementes con recursos infinitos —repuso Ávalos—. Uno de mis hombres está dentro de la organización, él me ha mantenido al tanto de cada paso que dan. Durante los últimos veinte años, he conservado mi identidad en secreto. He desaparecido por un solo motivo: proteger aquello que encontré bajo la esfinge en Guiza y hacer que Ibis por fin caiga. Hasta ahora, solo he logrado lo primero. Ibis, en cambio, sigue en pie.

—Hay algo que no entiendo... —interrumpió Benegas dubitativo—. Tu padre y vos eran miembros de Ibis. ¿Qué cambió?

—Ibis cambió —respondió Tomás—. Durante siglos fue una organización que custodió el legado egipcio con honor y respeto. Sin embargo, en algún punto la corrupción y la ambición hicieron mella en su núcleo más duro y, de ahí en adelante, no solo se perdió el rumbo, también comenzaron a realizar negocios sucios. Mi padre trató de detenerlos desde adentro, por eso lo asesinaron. Yo era su sucesor natural, y cuando lo mataron yo acababa de descubrir la cámara subterránea bajo una de las patas de la esfinge. Lo que vi ahí no podía caer en manos de Ibis, no de esta nueva sociedad corrupta. Tuve que tomar una decisión, y esa decisión fue desaparecer.

—El ritual... —dijo Ana, y se aclaró la garganta antes de continuar—, ¿qué ciclo cierra?

—Simon Carter Herbert, hijo del primer matrimonio del padre biológico de Verónica, es por legado de sangre lo que en Ibis se llama “hijo de Ra”. Sin embargo, cuando la llegada de Verónica era inminente, la congregación de visires descubrió que, a diferencia del nacimiento de Herbert, en el cual el Cinturón de Orión estaba alineado de manera perfecta con las tres pirámides de Guiza, la fecha estimada para el nacimiento de Verónica era especial. Indicaba que una cuarta estrella, una estrella que se ve solo en poquísimas ocasiones, iba a estar posicionada justo sobre una cuarta pirámide que hoy ya no existe, la Pirámide Negra.

Un silencio tenso se apoderó del ambiente. Por momentos, los agentes de Interpol, acostumbrados a otro tipo de operativos, parecían un tanto desconcertados.

—Esta noche, cuando el Cinturón de Orión se alinee con Keops, Kefrén y Micerino, las estrellas estarán posicionadas en el mismo sitio que en el día del nacimiento de Verónica. Y, además, será visible la cuarta estrella. Estas condiciones, según el Libro de los Muertos, permiten abrir un portal y, sea cierto o no, Herbert no piensa fallar esta vez. Está decidido a abrir esa puerta al más allá y honrar a sus antepasados con el saber de la vida y la muerte.

—Entonces —retomó Zapiola algo ansioso—, ¿cuál es el plan?

—Herbert es el plan —contestó Tomás—. Ese maniaco necesita a Verónica por sus creencias, pero a mí por el mapa que encontré en la esfinge y por venganza. He sido quien ha frustrado una y otra vez sus intentos de encontrar el Libro de los Muertos. Le hace falta el mapa con la ubicación precisa y, para eso, me necesita a mí. Solo yo sé dónde está escondido.

—¿Y cómo vas a contactarlo?

Tomás Ávalos sonrió. Conocía la mente de Herbert como nadie, sabía cuáles serían sus siguientes pasos aun antes de que él mismo los pensara.

—Él me contactará a mí. Ahora, solo es cuestión de esperar.

—¿Esperar? —preguntó alterado Zapiola—. ¿Tu hermana está en manos de un desquiciado y vos decís que hay que esperar?

—Justo... —dijo Tomás—. Puedo llamarte Justo, ¿cierto? —Zapiola asintió—. Entiendo que no estés cómodo con la situación, por eso les expliqué que este no es el tipo de casos a los que están acostumbrados, para los que fueron entrenados. Este es un terreno que para ustedes es desconocido; para mí, en cambio, se ha vuelto parte de mi rutina. Sé que Verónica te importa, y mucho. —Hizo una pausa—. Necesito que, aunque no me conozcas, confíes en mí. Herbert va a ponerse en contacto conmigo y lo va a hacer en breve. Restan menos de tres horas para que las estrellas se alineen y, para ese entonces, estaremos en la gran esfinge. Cómo nos manejemos allí será la clave para salvar a Verónica.

—¿Y cómo lo haremos? —interrogó Ana, que había comenzado a desarmar su arma reglamentaria sobre la mesa y revisaba las partes para tenerla lista para la misión.

—Van a seguir mis órdenes, no importa que no les parezca acertado, se van a limitar a ejecutar la acción que les indique cuando les indique. —El silencio volvió a apoderarse del ambiente—. ¿Hay algún problema con eso?

—No me siento cómodo siguiendo las órdenes de alguien sin entrenamiento militar formal —objetó Benegas en tanto atravesaba con la mirada a aquel hombre de pelo entrecano, ojos oscuros y una mente que no lograba descifrar.

El arqueólogo volvió a sonreír.

—Dije que no era agente de Interpol, no que no fuera agente.

—No se menciona nada de eso en tu legajo —retrucó Benegas.

—Tampoco existe la Dirección —repuso Tomás— y, sin embargo, te enviaron la mantis para que mates a mi hermana. ¿Cómo vas a resolver eso?

—Sos agente de la Dirección —dedujo él, lo que desvió el tema de conversación.

—He ayudado a Yuturna y a su gente durante los últimos veinte años, y decidimos mantener el asunto fuera de cualquier registro por razones de seguridad. Por tanto, en lo que a entrenamiento militar se refiere, despreocupate, Benegas, estoy preparado para matar.

CAPÍTULO 25

Carolina repasó por quinta vez las imágenes de Alexander von Hummel en la casa de Greta Werner. ¿Qué había ido a buscar? Una sensación amarga le rondaba la cabeza desde que había escuchado la noticia. No había faltantes en el domicilio de aquellas mujeres, y lo único que se le ocurría era que Von Hummel, discípulo de su abuelo desde sus primeros años, hubiera ido a aquella casa a averiguar el paradero de Cora.

En la bitácora de investigación de su abuelo Franz, que había encontrado luego de ocupar la oficina que le había pertenecido, había hallado información que la había llenado de tristeza y preocupación. ¿Qué había hecho? ¿Cómo había podido defender y liberar a aquel monstruo? En ese diario de laboratorio, había encontrado detalles de experimentos de todo tipo y, entre ellos, minuciosos análisis de ADN de cada miembro de la familia Lauthen, incluidos los de Carolina, cientos de vecinos de Bariloche y, además, los de Mérida y Cora. Los de la última le habían dado a Franz la esperanza de lograr sintetizar una enzima que por fin permitiera alcanzar la cura contra el albinismo oculocutáneo. Pero, antes de que pudiera terminar de analizar a la niña, Interpol la había rescatado y Lao Lencke la había hecho desaparecer, lo que había frustrado cualquier intento de crear un medicamento a base del ADN de la pequeña.

La posibilidad de que Alex von Hummel estuviera tras Cora le generaba un pánico tan inmenso que durante un instante no supo cómo proceder. Entonces se incorporó y abandonó la oficina. Sabía a la perfección a dónde debía ir y, aunque tuviera que tirar la puerta abajo o plantarse en la entrada hasta que la recibiera, en ese momento de su vida, necesitaba que Ernesto Ordóñez la ayudara a buscar a la pequeña que llevaba su sangre y que corría peligro. Porque Ordóñez, además de un hombre en el que ella confiaba, era un sujeto de infinitos recursos y contactos y, para encontrar una aguja en un pajar, él era el indicado.

* * *

Amelia acomodó la lente de visión nocturna y dio la orden a su equipo para que abordaran las dos camionetas que los llevarían a destino. Después, tras ubicarse en uno de los asientos delanteros, tomó su teléfono móvil y envió un mensaje a través de un canal seguro: “Esta es mi última misión”, escribió. Si Paul Preston, el hombre al que había amado en secreto a lo largo de tanto

tiempo, no reaccionaba con ese ultimátum, jamás lo haría, y sería hora de avanzar. Así, la exagente de Interpol devenida mercenaria del contraespionaje guardó el aparato, enfocó la mirada en el camino y se concentró en la siguiente tarea, la última antes de retirarse.

* * *

El teléfono móvil de Tomás Ávalos, sobre la mesa de la sala de reuniones, comenzó a vibrar. El arqueólogo observó a los agentes a su alrededor y aguardó un momento antes de presionar el altavoz.

—Sí —dijo sin más.

—Creo que es momento de encontrarnos —pronunció una voz que conocía del otro lado de la línea.

—Verónica... ¿Dónde está?

Tomás pudo adivinar una sonrisa en Simon Carter Herbert.

—Tomás —respondió el hombre en un tono cargado de sarcasmo—, sabés a la perfección dónde está.

—No voy a dejar que la lastimes.

—Y no tengo por qué hacerlo —lo desafió—. Sabés dónde encontrarme y qué traer para que Verónica viva.

—El mapa no lleva a ningún lado —arguyó el arqueólogo con rapidez, aunque sabía que era un intento fútil por convencer a Herbert de abandonar aquella búsqueda inútil.

Una carcajada que hizo que a Tomás se le erizara la piel antecedió al final del llamado.

—Dentro de menos de tres horas, las estrellas estarán alineadas, Tomás. Depende de vos si nuestra hermana vive o muere.

* * *

—Ernesto —dijo Carolina detrás de la puerta—, soy yo.

La mujer escuchó cómo Ordóñez resoplaba del otro lado.

—¿Cómo entraste? —le preguntó al abrir, sin siquiera mirarla. Todavía no podía creer que esa mujer lo hubiera embaucado para adueñarse del conglomerado Skull, su empresa.

—Me quedé con las llaves de abajo —explico ella mientras entraba al departamento que conocía de memoria, y él se volvió para adentrarse en su hogar—. Necesito que me escuches, por favor.

Ernesto la atravesó con la mirada. En esos ojos, Carolina pudo ver la decepción por el engaño que ella había perpetrado.

—Me parece que no fui claro. —Calavera colocó los brazos en jarra, separó apenas las piernas y le sostuvo la mirada sin piedad—. No quiero tener contacto alguno con vos, entre nosotros hay un porcentaje accionario de por medio, nada más. Cualquier cosa que quieras decirme, se habla a través de abogados o en reunión de directorio.

—No vine por la empresa, ni por nosotros —interrumpió ella—; vengo porque necesito tu ayuda.

—No vas a recibir nada de mi parte.

Así la abogada a cargo de la farmacéutica Lauthen tomó su teléfono y buscó una fotografía.

—Esta es Cora —aseveró al mostrarle la imagen de una beba de alrededor de dos años—, es la nieta de Franz, y me he enterado de su existencia hace muy poco. —Notó que había captado la atención de Ordóñez cuando él tomó el teléfono móvil para ver en detalle el retrato—. Por alguna razón que desconozco, el ADN de esta chiquita resultó ser parte clave en el diseño de una cura contra el albinismo oculocutáneo, una enfermedad que obsesionó a mi abuelo desde sus primeros años como químico.

—No entiendo en qué puedo ayudarte yo —respondió al tiempo que le devolvía el dispositivo.

—La bebida entró en un programa de protección de testigos, Franz la buscó por cielo y tierra porque la necesitaba para sus experimentos. —Calavera hizo una mueca de desagrado—. Ayer su abuela materna, amante de Franz durante años, apareció muerta. El asesino es un discípulo de mi abuelo, y creo que está tras la niña. Necesito que uses tus contactos y alertes a quien sea que la tenga bajo su guardia sobre la situación.

—¿Probaste hablar con la policía?

—¿La policía, Calavera? —preguntó ella disgustada—. Necesito saber con quién hablar en Interpol. Tenés contactos, por favor ayudame.

Ernesto la observó con atención un momento. Llevaba el pelo rubio atado en una coleta e iba de *jeans*, zapatillas y un suéter que le llegaba casi hasta las rodillas. No traía una gota de maquillaje, se la notaba agotada y, sin embargo, le seguía pareciendo la mujer más bella del mundo. Se obligó a hacer a un lado aquel pensamiento y resopló. Luego tomó su teléfono y, mientras buscaba un contacto, le indicó que lo siguiera y se sentara en uno de los sillones del comedor.

—Román —dijo Calavera, que conocía al director de Interpol a través de su hermano, Ciro—, soy Ernesto Ordóñez —se identificó, sin necesidad de aclarar nada más—. Necesito tu ayuda.

CAPÍTULO 26

La camioneta de Interpol detuvo su marcha un kilómetro antes de llegar a la gran esfinge. La noche se había instalado sobre los cielos de Egipto, y las estrellas empezaban a ubicarse en el lugar en el que se suponía que debían estar para realizar aquel extraño y arcano ritual que Herbert Carter tanto anhelaba. Para ello necesitaba a Verónica y a Tomás, quien era el portador del mapa que marcaba la ubicación del Libro de los Muertos.

Agustín Riglos se acomodó los lentes de visión nocturna y el auricular que lo conectaba con el resto del equipo y luego se acercó a su mujer para ajustarle el chaleco antibalas, que estaba apenas torcido.

—¿Estás segura de hacer esto, Ana? —preguntó protector.

—Cero —contestó ella usando su antiguo nombre de guerra—, no te olvides de que fui parte de la Policía Federal durante diez años, recuerdo muy bien cómo moverme en un operativo.

Él sonrió y observó cómo Román, que se había alejado para hablar por teléfono, regresaba con la mirada turbada, por lo que se acercó y le preguntó qué pasaba.

—Acabo de reforzar la seguridad de Cora.

—¿Qué sucedió?

—Nada, tranquilo. Pero la gente de Lauthen está al acecho y me acaban de avisar que Ivette Flores, la abuela biológica de la beba, fue asesinada. Mejor ser precavidos.

Riglos asintió.

—No le digas nada a Ana, por favor. No la quiero preocupar cuando estamos tan lejos.

Benegas asintió y terminó de alistarse para la misión.

—Señores —habló Tomás Ávalos, apenas reconocible debajo del casco táctico, los lentes de visión nocturna y la vestimenta típica de una tropa de élite—, nos están esperando. Herbert sabe que estamos listos para rescatar a Verónica. La central de la agencia será nuestros ojos: están monitoreando el exterior y el interior de la esfinge y las pirámides y van a guiarnos —les recordó, firme, en tanto observaba a cada uno de ellos—. Ustedes obedecerán cada una de mis órdenes hasta que, llegado el momento, deba ingresar a la esfinge. Sé que son agentes más que experimentados y que es probable que tengan más horas de operativos de alta complejidad

encima, muchas más que yo, pero en este terreno un paso en falso significa la muerte. Las pirámides son una trampa, un laberinto que hay que saber recorrer, y el ritual que va a llevarse a cabo dentro de unos minutos puede llamarles la atención y distraerlos; no lo permitan. Concéntrense en el objetivo, no importa lo que vean o lo que escuchen, solo sigan mi voz. Y cuando yo esté dentro, será la doctora Beltrán la que los guíe. Ella conoce muy bien el procedimiento.

Los cuatro asintieron. Ana observó a su alrededor, donde otros cuatro agentes más se habían sumado a la misión y terminaban de alistarse. El vehículo que los había trasladado se había ubicado fuera del alcance de su visión, pero, a lo lejos, cuando activó aquel aparato que le permitía ver en la oscuridad, divisó los dos tanques hidrantes y el centro de control móvil de la agencia. Desde allí veían todo aquello que los agentes de campo transmitían mediante las cámaras en sus cascos, como así también lo que emitían las cámaras satelitales que apuntaban al exterior de la esfinge y a todos los lados de las pirámides.

La criminóloga y exagente de la Policía Federal levantó la mirada. Las estrellas refulgían en el cielo con la magnificencia propia de los asteroides lejanos. Respiró hondo para intentar apaciguar la ansiedad que se había despertado en ella al saber que debía guiar al grupo de élite desde las afueras una vez que Ávalos entrara a la esfinge. Ella necesitaba participar e ingresar allí con ellos, pero el equipo había acordado que su mirada era la más fría y sensata a la hora de decidir y que por lo tanto sería ella quien los dirigiría. Respiró profundo, después pensó en Verónica y en que aquello se trataba de salvarla y, cuando escuchó la orden de iniciar el procedimiento, se enfocó solo en eso y avanzó.

* * *

Ruth ingresó al Centro de Antropología de la Nación cuando la noche ya reinaba en Buenos Aires y, con la familiaridad de quien recorre un terreno conocido, caminó por los largos pasillos hasta llegar a la oficina del antropólogo. Lo llamó a viva voz, pero no obtuvo respuesta. Las luces apagadas fueron la primera señal de alerta, y que Rafael no estuviera allí para recibirla, la segunda. Él le había enviado un mensaje en referencia a la lanza que estaban estudiando y había sido claro: la estaba esperando.

Algo no estaba bien. Volvió a llamarlo por su nombre sin resultado para después marcar su teléfono móvil. El sonido del aparato repicó en el ambiente. A oscuras logró encontrar el interruptor, y la luz fue encendiéndose con lentitud, al principio un parpadeo corto, luego aún con poca potencia hasta que las luminarias permitieron divisar la totalidad del recinto. Sobre el suelo, junto a su mesa de trabajo, Rafael Schatz yacía inconsciente. Ruth corrió hasta él y trató de reanimarlo mientras llamaba a emergencias. El hombre no reaccionaba y, a simple vista, la lanza no estaba por ningún lado.

* * *

Verónica notó que tenía la boca pastosa, que el sitio a su alrededor giraba y que le costaba moverse. Tardó unos segundos en recordar que había caído por una suerte de tobogán subterráneo que la había adentrado en la necrópolis de Saqqara y que, después de eso, se le había hecho difícil respirar, tanto que todo se había vuelto negro. No lograba recordar nada de lo sucedido después.

En ese instante, acostada sobre una superficie fría pero tersa, intentaba mover las manos y las piernas, pero no podía, algo la sujetaba. Levantó la cabeza y observó que estaba sobre un altar en el centro exacto de la cámara, bajo una de las patas de la gran esfinge de Guiza. Había visto el holograma de aquel recinto en la sede de Ibis en Buenos Aires, pero, a diferencia de esa vez, que no había sido más que una realidad virtual aumentada, aquel lugar era el verdadero. Notó que llevaba las ropas propias de una sacerdotisa egipcia: un vestido de algodón ligero y recto que se ajustaba bajo el pecho con un broche de oro y llegaba hasta la altura de los tobillos. Los pies, al igual que las muñecas, los tenía sujetos por cuatro grilletes de oro con escarabajos turquesas incrustados que terminaban en cuatro cadenas de oro macizo. Además, tenía la cabeza cubierta con una peluca lacia, de color negro azabache, hasta la altura del hombro.

Volvió a intentar moverse, pero era en vano. Intentó levantar las manos y las piernas con toda la fuerza que su cuerpo albergaba y apenas separó el cuerpo unos centímetros de la piedra sobre la que estaba apoyada. Repitió la tentativa, y el crujir de un engranaje la alertó. Comenzó a percibir bajo la espalda un movimiento sutil, apenas notable. ¿El altar se movía? De súbito, Verónica notó que, al tirar de las cuatro cadenas al mismo tiempo, había activado algún tipo de mecanismo de poleas mediante el cual el altar había empezado a descender de a poco. A medida que lo hacía, el repicar de lo que parecían ser cientos de tambores se tornó cada vez más fuerte.

Verónica, que podía mover la cabeza de lado a lado, empezó a observar dónde estaba y a distinguir la escena que la envolvía. Estaba sumergiéndose en las profundidades de la esfinge, a su alrededor las paredes de oro refulgían y apenas dejaban distinguir algunos de los jeroglíficos que la adornaban. El fuego de las antorchas que iluminaban ese recinto subterráneo rebotaba en las placas de oro de los muros y parecía multiplicarse una y mil veces. Cuando el aparato detuvo su marcha, notó que, si bien escuchaba los golpes a los instrumentos, no había nadie en aquella sala; el sonido provenía de algún otro lado. Aturdida por ese tamborileo constante y por el brillo del fuego, cerró los ojos un momento. Necesitaba pensar de qué manera salir de ahí. Pero no hizo a tiempo a respirar siquiera antes de notar que, a sus espaldas, había movimiento. El roce de las suelas de varios zapatos sobre el granito captó su atención de inmediato. Podía adivinar que quienes avanzaban llevaban vestimentas con algún tipo de metal ya que, al golpear unos con otros, el sonido le recordaba al de las espadas cuando chocan.

Las luces se hicieron más brillantes, la percusión cesó y el silencio volvió a invadir el lugar. Notó entonces que alguien se aproximaba, intuía quién. Segundos después, frente a ella, su medio hermano, Simon Carter Herbert, la observaba satisfecho de tenerla a su merced. Llevaba el pelo rapado bajo una cabeza de halcón fundida en oro, con esmeraldas y cientos de incrustaciones de piedras preciosas en tonos de azul y verde, coronada por el disco solar. Los ojos, delineados con un negro profundo y oscuro, estaban rasgados en las puntas, lo que acentuaba sus rasgos angulosos. Del cuello le colgaba una pechera de oro ancha, y llevaba varios brazaletes del mismo metal en la parte superior de los brazos. Por último, atada a la cintura, llevaba la típica *shenti*, una falda masculina que se usaba en el Antiguo Egipto, compuesta por una pieza de tela ligera rectangular que se sujetaba con un cinturón similar a un sayo y que, en el caso del faraón, llevaba bordados en oro y joyas. En la mano, sostenía un báculo de mando con la punta curva y hueca, como un círculo vacío. Herbert iba vestido de Ra, el dios del sol y de la vida. Verónica lo contempló desconcertada. Conocía su obsesión por la historia egipcia, pero aquella puesta en escena la había dejado sin habla.

Herbert, con un movimiento de manos, indicó a dos de sus colaboradores que la desataran. Enseguida, dos hombres vestidos con la misma faldilla, pero sin tocado o joyas, abrieron los grilletes que la esposaban y la ayudaron a incorporarse. Cuando quedó frente a él, ambos guardaron silencio. La escena era sobrecogedora: aquellos dos desconocidos unidos por la sangre, personificados como antiguos egipcios, frente a frente, mientras a su alrededor un círculo de cuarenta y dos dioses se iban acomodando en absoluto silencio. Hombres y mujeres vestidos como cada una de las deidades presentes en el Juicio de Osiris se colocaron en una circunferencia perfecta que rodeaba al hombre que llevaba las ropas de Ra y a la mujer que iba como sacerdotisa.

Así, Horus, dios del cielo, con su tocado de cabeza de halcón y doble corona, se ubicó junto a Isis, diosa madre del saber y la fertilidad, y a Osiris, dios de los muertos, que portaba con elegancia la corona de dos plumas. El majestuoso Anubis, guardián de tumbas, ocultaba la totalidad del rostro bajo una magnífica cabeza de chacal; situado junto a Hathor, la diosa del amor y la alegría, llevaba un tocado de cuernos y el disco solar en medio, con una túnica larga y joyas de inimaginable belleza. A su izquierda se erguía Thot, dios de la sabiduría, escondido detrás de una cabeza de ibis tan real que parecía pertenecer a un ser mitológico, mitad hombre, mitad animal. También estaba Seth a su lado, dios del mal, junto a Sejmeth, diosa de la guerra, envuelta en una cabeza de león y una túnica hasta el piso que le cubría los pies.

Uno a uno, los cuarenta y dos dioses del Antiguo Egipto conformaron un círculo perfecto. Verónica sintió que había entrado en una dimensión desconocida; desconocida y absurda, una irrealidad absoluta, carente de sentido y verosimilitud alguna. Sin embargo, allí estaba, circundada por un grupo de hombres y mujeres que personificaban antiguas deidades y tenían la clara intención de realizar el Juicio de Osiris. Y ella, sin duda, iba a ser juzgada.

—Estás grande para estas estupideces —expresó Verónica desafiante.

—No has visto las cosas que vi yo, Iris —le murmuró Herbert al oído—. Si lo hubieras hecho, no dudarías de que este es el principio de un nuevo ciclo —agregó mientras elevaba las manos al cielo.

La agente levantó la cabeza y notó cómo un redondel perfecto empezaba a abrirse en el techo de la esfinge. Así, a medida que la abertura crecía, comenzaron a vislumbrarse las estrellas, que parecían más brillantes que nunca esa noche.

—¿Qué es lo que pretendés? —quiso saber Verónica, que retrocedió un paso cuando notó que los dos hombres a su lado se aproximaban.

—Ahora —respondió Herbert mientras acortaba la distancia entre ambos— esperamos a que llegue Tomás.

La criminóloga intentó disimular la preocupación. Necesitaba que Tomás la ayudara en esa situación, pero jamás se perdonaría haber sido la causante de que tuviera que salir del ostracismo y exponerse de tal manera.

—Y mientras esperamos... —Herbert hizo una seña al hombre que personificaba a Anubis para que se acercara.

Aquel, encargado de colocar el corazón del difunto y la pluma de Maat sobre la balanza para ser juzgado, apoyó tan solo la pluma. De inmediato el resto de los hombres y mujeres vestidos de dioses se ubicaron en la posición que les correspondía. Osiris presidía el tribunal y, junto a él, Thot se preparaba para tomar nota de las respuestas y del resultado final del peso del corazón y de la pluma.

Verónica observó aquella puesta en escena con cierto estupor. Luego, no pudo evitar volver a mirar el cielo, donde las estrellas empezaban a alinearse. Pudo distinguir una de las más brillantes del Cinturón de Orión, Alnitak, y dedujo que en breve los tres astros, Alnitak, Alnilam y Mintaka, se posicionarían justo sobre Keops, Kefrén y Micerino. No tenía demasiado tiempo para escapar y evitar que Herbert realizara el ritual que anhelaba completar desde el día en que ella había nacido.

* * *

El factor sorpresa en una misión de alto riesgo y sobre terreno desconocido no era una opción. Sin embargo, cuando Román Benegas le planteó esa estrategia, Tomás Ávalos debió de haber reconocido que podía ser efectiva. Así, cuando aquella pequeña tropa compuesta por ocho agentes y un arqueólogo entrenado llegó frente a la esfinge, se observaron en silencio, corroboraron que

los intercomunicadores y cámaras funcionaban de manera correcta y asintieron antes de separarse, tal cual habían pactado. Tomás chequeó el cronómetro e hizo un gesto para que avanzaran en el momento justo en que el segundero empezó a correr. Tenían siete minutos para salvar a Verónica.

Junto a Tomás, Ana observó cómo Agustín, Román y Justo se acercaban a gran velocidad a la esfinge. Ataviados con un uniforme oscuro e inteligente que transmitía a la central el ritmo de sus pulsaciones y el estado general de su cuerpo, tenían la cara cubierta por completo por un casco táctico cerrado con lentes de visión nocturna incorporados. También contaban con detectores infrarrojos de calor y una pantalla comandada a través de la voz que les permitía realizar el cálculo inmediato de la distancia entre un punto y otro o de la velocidad del viento, entre otras tantas funcionalidades que hacían de ese dispositivo una herramienta de última tecnología. Desde donde estaba Beltrán, era difícil distinguir cuál de ellos era Román o Justo, pero podía reconocer a Agustín entre millones. Por eso, al verlo adentrarse en la esfinge por una entrada lateral que Tomás les había indicado, sintió que el corazón se le estrujaba.

—Tienen cuatro minutos más —murmuró Tomás por el auricular que los conectaba—. Sigán derecho por el pasillo en el que están. —El arqueólogo veía en su pantalla lo que ellos dentro de la esfinge—. En trescientos metros, encontrarán la falsa cámara y, a partir de ahí, deben seguir la ruta que les indiqué. Nadie notará su presencia si acceden por esa vía.

—Entendido —respondió Benegas, que empuñaba su arma reglamentaria, atento a cualquier imponderable en aquel operativo de ciencia ficción. Luego señaló con dos dedos la siguiente salida que debían tomar dentro de aquel laberinto de granito y arena.

Justo asintió ante la orden y siguió al líder del equipo. En su interior el fuego de la ansiedad se había desatado. Debía tranquilizarse, serenar la mente y convertirse en el profesional que sabía moverse con precisión en el campo de batalla, pero no podía dejar de pensar en Verónica y en que, si no lograban rescatarla, no se lo perdonaría jamás. Antes de lanzarse a aquella misión, aún en las oficinas de Interpol en Egipto, Román le había pedido que se reunieran a solas en una sala lo bastante apartada para que nadie pudiera inmiscuirse en aquella conversación.

—Ante todo quiero preguntarte si el hecho de que sea líder de equipo no es un problema para vos, para la misión.

—Román —había contestado Justo mientras se presionaba el tabique con dos dedos, la cabeza estaba por explotarle—, no es un problema.

—Bien. Lo suponía, pero debía preguntar. En realidad, Justo —había agregado Benegas con los brazos en jarra al tiempo que inclinaba la cabeza hacia abajo como si fuera más fácil pronunciar lo que iba a decir de aquella manera—, tenemos que hablar de la mantis.

—Vamos a encontrar la forma de liberarte de ese compromiso —había afirmado Zapiola.

—No hay manera, Justo, lo sabés.

Zapiola se había quedado en silencio. Nadie se libraba de la mantis, no podía discutir eso; sin embargo, no dejaba de darle vueltas al asunto, debía de haber una forma de resolverlo.

—Yo no voy a salir de la esfinge —había aseverado Benegas por último.

—¿Qué querés decir? —Justo se había cruzado de brazos, y lo observaba con atención.

—No voy a matarla y sin duda no voy a dejar que me maten a mí. Prefiero morir con honor, caer en combate.

—Lo que planteás es una locura, Román. No vas a matar a Verónica, ni vamos a dejar que te maten, menos que te inmoles.

—¿Te parece una locura? —Benegas se había revuelto el pelo—. Si no la mato, el muerto soy yo. Está claro que no voy a asesinarla y tampoco voy a dejar que me liquiden, pero, si no muerdo, si yo no muerdo para el final de esta semana, Justo —había repetido para hacer especial hincapié en la última frase—, la mantis se va a renovar, y no seré yo quien deba asesinarla. Será otro, incluso vos, quien esté en esta situación.

—No voy a dejar un hombre detrás, no me podés pedir eso.

—Justo, esta no es una decisión de la que participes, y es un tema cerrado. Cuando estés seguro de que Verónica está a salvo y yo no salga de la gran esfinge, ni vos, ni Agustín, menos Verónica, deben volver por mí.

Justo había guardado silencio un momento mientras sopesaba las palabras del director de Interpol con la seriedad que ameritaban.

—Es una locura, Román —había insistido el comisario.

—Está hecho, y preferiría entrar a la esfinge con la convicción de que vas a sacar a Verónica segura de ahí.

En ese instante, mientras avanzaba en la oscuridad de aquel custodio silencioso de las pirámides de Guiza, no dejaba de pensar en rescatar a la criminóloga y en encontrar la manera de que Benegas tuviera otra salida.

* * *

En las afueras de la esfinge, más de doscientos agentes especiales del ejército egipcio, conocidos como Unidad 777, se alistaron para iniciar un procedimiento inaudito. Entrenados para misiones de contraterrorismo y operativos especiales, habían decidido encarar esa tarea como si de una

toma de rehenes se tratara. El hombre que encabezaba el operativo, Rashid Emel, un exagente de la Sayeret Matkal israelí, terminó de intercambiar unas palabras con el arqueólogo Ávalos y luego dio la orden a los camiones hidrantes para que avanzaran y se colocaran uno a cada lado de los efectivos, listos para iniciar el rescate. Después les ordenó que encendieran los reflectores e iluminaran la esfinge. Si, en el interior de aquella antigua construcción, no habían notado su presencia aún, el rugir de las máquinas al avanzar sobre la arena y el helicóptero que comenzó a sobrevolar el área en ese preciso instante los alertaría. Así, el mediador ordenó hacer silencio y, mediante un potente altavoz, dijo:

—Simon Carter. —Hizo una pausa—. Simon Carter —repitió—, soy Rashid Emel y estoy aquí para hablar sobre su hermana, Verónica. A mi lado se encuentra el doctor Ávalos, quien dice que tiene algo para usted. —Rashid volvió a esperar y luego agregó—: El helicóptero que está sobrevolando la esfinge va a dejar caer un intercomunicador para que hablemos, espero su contacto. —Dio por terminado el primer acercamiento. A partir de entonces, tan solo quedaba esperar.

* * *

Verónica levantó la mirada, y las luces de un helicóptero la enceguecieron durante un momento. El estruendo de aquella máquina y el viento generado por las aspas hicieron que sus sentidos estuvieran más alertas. Un grupo de fuerzas especiales estaba afuera, Tomás estaba con ellos. Querían iniciar una negociación. Un cable de metal descendió desde los cielos y atravesó la perfecta abertura circular para adentrarse en las entrañas de aquel monumento con un paquete colgado de la punta de aquella cuerda.

Uno de los colaboradores de Carter se acercó y tomó el bulto. Sin perder tiempo, lo abrió y extrajo un teléfono satelital de última generación. De inmediato, el aparato sonó.

—Soy Rashid Emel —dijo la voz fuera de la esfinge—. Querría hablar con el señor Carter, por favor.

—Carter habla —respondió Herbert, que conocía a la perfección aquel juego. Estaba preparado para todo—. Pero no perdamos tiempo, quiero a Tomás Ávalos dentro de esta esfinge con el mapa antes de que el reloj marque las nueve.

—Señor Carter —repuso Rashid—, esta es una negociación. Libere a Verónica y puedo acercarle el mapa.

Un disparo se escuchó a través del intercomunicador.

—No hay nada que negociar —contestó Carter—. Ese disparo no es una advertencia, es lo que va a recibir su agente si el doctor Ávalos no entra con el mapa.

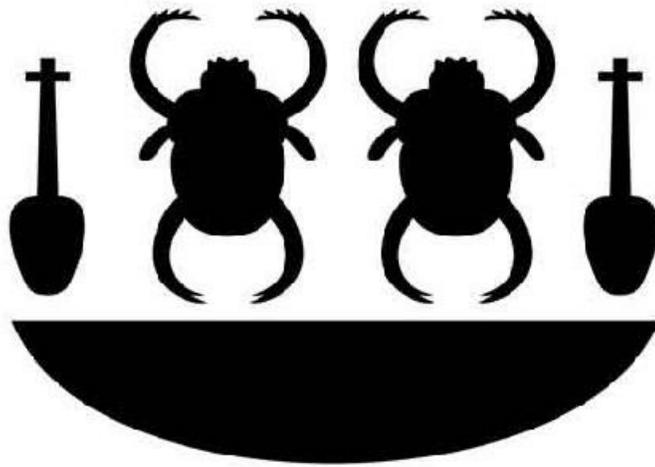
Tomás, que escuchaba la conversación atento y ya había pactado con Rashid ciertas acciones de antemano, tomó el teléfono.

—Simon —pronunció con voz firme—, voy a entrar. Estoy desarmado, confío en que honrarás tu palabra. Cuando entro, Verónica sale. Una vez fuera, el mapa es tuyo. —Un silencio pronunciado se apoderó de la línea. Tomás, que llevaba chaleco antibalas y se había quitado el casco táctico para que Ana Beltrán fuera sus ojos desde el exterior de la esfinge y guiara a los agentes dentro, se colocó luego una nanocámara de alta definición equipada con micrófono en uno de los botones de metal de la chaqueta que llevaba. Entonces empezó a caminar con las manos en alto y un sobre en una de ellas—. Me voy a acercar ahora de a poco, Simon —expuso con la mayor calma posible—. Estaré frente a la entrada principal dentro de menos de sesenta segundos.

Mientras marchaba, Tomás intentó serenar la mente. Los pasos sobre la arena apenas eran perceptibles, pero él en ese momento sentía que tenía los sentidos potenciados y escuchaba hasta el crujir de las suelas de sus zapatos sobre cada grano de arena. En sus oídos, retumbaba su propia respiración. Sus manos, aunque elevadas y a merced del frío de la noche del Sahara, estaban húmedas y calientes, tanto que comenzaba a arrugar el sobre que llevaba. Se detuvo un momento, inspiró con profundidad y, tras exhalar, continuó.

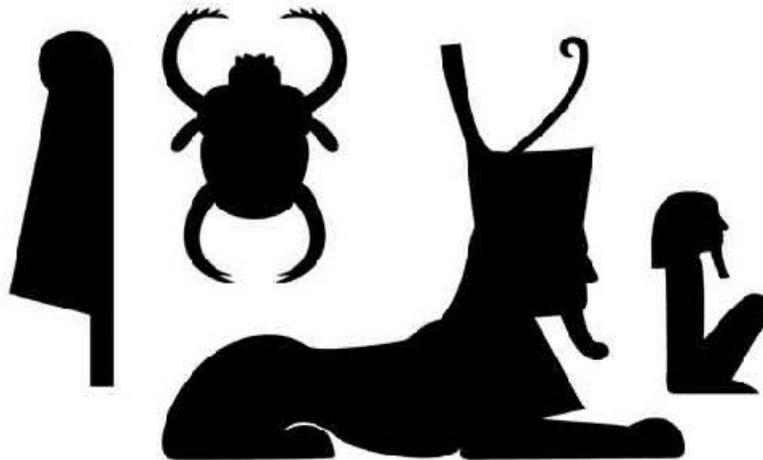
Ana, desde la distancia, lo observaba deslizarse por el terreno con cierta duda. Estaba nervioso. No era un agente de campo, era un arqueólogo que había pasado los anteriores veinte años de su vida en la clandestinidad por un asunto que todavía no terminaba de descifrar.

—Argos Uno —llamó Beltrán desde las afueras de la esfinge y con la vista puesta en las tres famosas pirámides detrás, iluminadas, magníficas e imponentes—, el arqueólogo está entrando. Acaba de llegar al portal de la esfinge. Seré yo quien los guíe desde ahora. Continúen avanzando en línea recta. En doscientos metros deben girar a la derecha, ahí se encuentra la puerta trampa. No se distingue a simple vista, así que van a tener que buscar entre los cientos de cartuchos jeroglíficos y ubicar con exactitud los tres que voy a enviarles. Deben presionarlos en el orden exacto en que se los mando; si seleccionan uno equivocado, la puerta no abre y se activa una trampa. No quiero saber cuál es la trampa, no cometan errores. —Ana hizo una pausa—. Este es el primer cartucho y significa “Perfecta existencia”.



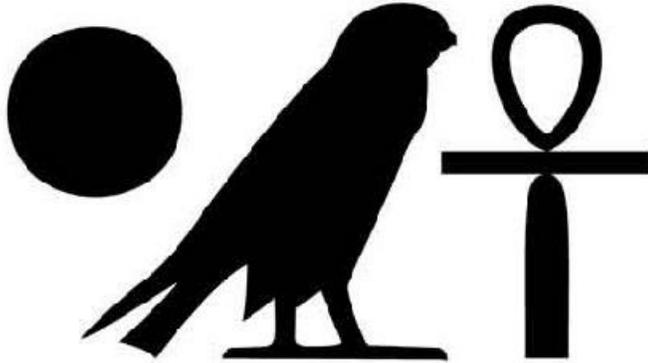
—Recibido —respondió Román desde las entrañas de la antigua construcción—. Aguardo al segundo cartucho —agregó al tiempo que seguían aquel recorrido en total oscuridad.

—Bien —continuó Ana—. “Aquel que es divino” es el significado del siguiente. —De inmediato mandó la segunda imagen:



—Recibido —volvió a responder Benegas, que les indicó a Agustín y a Justo que aminoraran la marcha porque estaban llegando al punto donde estaba la puerta trampa oculta.

—Y el último, “Que Ra viva”.



—Recibidos —confirmó Benegas, que, detenido frente a una inmensa pared grabada en su totalidad con jeroglíficos, dio la orden de encender las linternas incorporadas a los cascos.

—Va a ser difícil encontrar estos cartuchos —murmuró Riglos.

—Tienen cuatro minutos —interrumpió Ana con firmeza—, no desperdicien el tiempo. Recuerden que soy sus ojos, los cuatro buscamos acá. Román —dijo luego—, vos rastrea el primer cartucho, Agustín el segundo y Justo el de Ra. Y para no perder tiempo, ya estoy corriendo las imágenes contra las fotografías que saqué del muro a través de sus cámaras.

Los agentes empezaron a recorrer la pared en busca del cartucho asignado. Justo, con la imagen de Ra desplegada en el visor del casco, sobrevoló los grabados sin detenerse en ninguno, pero sin dejar de observarlos en detalle. Eran demasiados: soles, dioses, pájaros, barcas, pero ninguno el que necesitaba.

—Tres minutos —informó Ana, expeditiva pero ansiosa. Todavía no obtenía resultado de las fotografías. El tiempo se acortaba, el margen antes de que se alinearan las estrellas sobre Keops, Kefrén y Micerino iba disminuyendo, y debían respetar los lapsos con exactitud militar.

—¡Cartucho de Ra! —exclamó Zapiola—. La imagen coincide. —Luego giró el rostro y observó al líder de equipo—. Román, pásame las otras dos imágenes, ayudo a encontrarlas.

Benegas asintió y le envió los jeroglíficos que faltaban. Sin perder un segundo, ambos se dedicaron a la búsqueda.

—“Aquel que es divino” —dijo Ana al señalar en la pantalla de Agustín el sitio donde se ubicaba la inscripción—. Nos queda minuto y medio, falta “Perfecta existencia”.

—Ubicado —respondió Benegas, e indicó el sitio donde estaba el jeroglífico.

—Bien. —Ana volvió a liderar la escena desde las afueras de la esfinge—. Cada uno de ustedes deberá presionar la imagen que le toca en el orden que le indico. Debemos hacerlo rápido, pero con la certeza de no confundir los cartuchos. Román, vas primero: “Perfecta existencia”

Benegas estiró la mano, apoyó la palma sobre el signo y lo hundió en la pared.

—Agustín —continuó Ana—, “Aquel que es divino”, ahora.

Riglos presionó la imagen, que retrocedió al interior del muro.

—Justo, “Que Ra viva”.

Tras presionar el último, con lo cual las tres imágenes se alineaban en un triángulo perfecto, el muro comenzó a sumergirse en el mismo suelo para hundirse con lentitud a las entrañas de la esfinge.

* * *

Tomás Ávalos tomó una bocanada de aire y apretó la mandíbula antes de atravesar el portal de la gran esfinge. Apenas lo hizo, los recuerdos del pasado lo atormentaron. Había visto la sabiduría y el horror en ese sitio, el conocimiento absoluto y la miseria humana, y había jurado no regresar. Había prometido destruir el mapa, pero no había podido. No era capaz de atentar contra algo tan bello, aunque supiera que era el infierno mismo.

—Estoy adentro —informó al elevar la voz. Todavía no había visto a nadie.

—Su hermana lo espera en la cámara secreta —murmuró una voz desde la penumbra.

El arqueólogo asintió aunque no pudiera ver a su interlocutor, bajó los brazos un tanto acalambrados y avanzó en la oscuridad por los pasillos que conocía de memoria. Había pasado meses de trabajo en ese monumento, había estudiado su geografía y había escaneado las irregularidades del suelo con el objetivo de comprobar la teoría de Dubecki y Shoch sobre la cámara secreta bajo la pata de la esfinge. Y luego de tanto trabajo, había hallado el acceso oculto, el archivo de Thot, el cofre de Osiris y tantos tesoros preciosos. Y después estaba el mapa, ese mapa maldito que lo había llevado a donde nunca debería haber ido.

Con cientos de imágenes que desfilaban por su cabeza, el arqueólogo continuó el recorrido y, cuando llegó a la antecámara, pudo distinguir el resplandor de las antorchas que iluminaban aquel recinto cubierto de oro. Miró el reloj; dentro de menos de una hora, las tres estrellas más brillantes que componían el Cinturón de Orión estarían ubicadas justo sobre la cúspide de las

pirámides de Guiza, y la cuarta estrella, sobre la Pirámide Negra. Después de años, se repetirían las condiciones exactas del nacimiento de Verónica, que coincidían también con los supuestos datos astronómicos registrados de la llegada de Ra.

El reflejo de las llamas sobre los paneles de oro que revestían la cámara secreta aumentaba a medida que se acercaba a la entrada. La luz que provenía del interior se esparcía por el pasillo y le daba un toque mágico y espectral a la vez. Tomás se detuvo. Había llegado. Estaba de vuelta en el sitio al que había jurado no regresar. Cuando cruzara ese portal, descendiera los nueve escalones que antecedían a la habitación, ingresara allí y las estrellas estuvieran en posición, nada sería igual que antes.

Con el corazón en la garganta y las manos apretadas, Tomás se obligó a apoyar el pie derecho sobre el primer escalón y luego el segundo hasta recorrer los nueve bloques de granito perfecto que lo separaban de la cámara secreta. Ubicado allí, en el portal, pudo ver, después de veinte años, el recinto mortuorio más brillante y magnífico que jamás hubiera existido. Dentro, como si de una obra de teatro se tratara, Simon Carter Herbert llevaba las ropas de Ra, y a su alrededor se alzaba un tribunal presidido por una mujer vestida de Osiris e integrado por los cuarenta y dos dioses presentes en el Juicio de los Muertos. Aquella vestimenta, aquellos tocados, las máscaras que cubrían los rostros... Tomás tragó saliva. El espectáculo resultaba abrumador. Sin embargo, cuando sus ojos se cruzaron con los de su hermana después de dos décadas de no verse, sintió que iba a llorar como un niño.

—Bienvenido —lo saludó Herbert al verlo llegar, y lo invitó a sumarse a aquel grupo absurdo sin dejar de sonreír.

Al escuchar el nombre de su hermano, Verónica giró y se encontró con los ojos de Tomás. El corazón le dio un vuelco, y sintió ganas de llorar. Los ojos acuosos le nublaron la vista un momento, y olvidó dónde estaba y qué estaba pasando. No importó que estuviera vestida como una sacerdotisa egipcia y con cuatro grilletes de oro incrustados con escarabajos turquesas en las muñecas y tobillos, con la cabeza rapada y una peluca oscura de pelo lacio y satinado que le llegaba justo por encima de los hombros. Tampoco que tuviera los ojos cubiertos de kohl negro esfumado hacia arriba para acentuar la profundidad de la mirada, ni que estuviera parada en el medio de una cámara secreta que albergaba los secretos más arcanos. Todo ese escenario, toda aquella puesta pareció esfumarse cuando volvió a ver a su hermano, y tuvo que contenerse para no correr a su lado y abrazarlo. En cambio, retenida por los colaboradores de Herbert, debió mantenerse quieta.

—Estoy acá —habló Tomás—, dejala ir.

Herbert soltó una carcajada.

—Sabés que eso es imposible —repuso mientras se acomodaba el cinturón de oro que sujetaba la faldilla bordada—. Las estrellas estarán alineadas pronto, e Iris debe quedarse para el ritual.

—Eso no es lo que pactamos.

Herbert volvió a sonreír y luego les indicó a tres de sus hombres que se acercaran al arqueólogo y lo acompañaran al centro de la cámara, justo donde la abertura circular en el techo de la esfinge dejaba ver las estrellas de la bóveda celeste.

CAPÍTULO 27

Ana Beltrán observaba las imágenes que la cámara de Tomás Ávalos transmitía en directo. Tal cual lo habían supuesto, Herbert no iba a liberar a Verónica. Dentro de aquella tumba, la escena era dantesca: un grupo de hombres y mujeres disfrazados de dioses egipcios se alistaban para realizar el ritual que Tomás les había explicado en detalle.

La criminóloga hizo unas capturas de pantalla de lo que veía y se las envió a los agentes dentro.

—Hay cerca de cincuenta personas en del recinto —susurró al oído de Justo, Román y Agustín—. Van a tener que ser muy veloces.

—Esperamos tu orden para ingresar —dijo Benegas.

—Rashid está llamando a Herbert, estén atentos, este operativo no durará mucho más.

Ana ajustó las imágenes que veía en la pantalla: a la derecha colocó la visual que tenía Tomás, a la izquierda, en tres ventanas más pequeñas, alineadas de manera vertical, las transmisiones de Román, Justo y Agustín. Luego, giró apenas para observar al mediador contactarse con Simon Carter Herbert.

—El doctor Ávalos ha cumplido su parte —afirmó Rashid por el teléfono satelital—, es hora de que deje salir a la señorita Ávalos.

No obtuvo respuesta.

—Señor Carter —insistió el agente—, acordamos que, cuando el doctor entrara, la agente saldría.

—Y lo hará... —respondió el hombre desde dentro— en el momento adecuado.

—No me obligue a ingresar con mis hombres, sabe que no resistiré. —Rashid hizo una pausa—. No expongamos la esfinge a este maltrato, es un monumento histórico.

Herbert mantuvo silencio y desvió apenas la mirada cuando uno de sus colaboradores le indicó que faltaban menos de dos minutos para que las estrellas se alinearan sobre las pirámides. Entonces, como si ya no importara nada más, desconectó el intercomunicador y, con un simple movimiento de cabeza, dio la orden para que Verónica y Tomás fueran ubicados en el centro de la sala mortuoria.

Así la agente de Interpol se encontró de nuevo amarrada a los grilletes de oro, pero esa vez de pie en el centro de la sala. Frente a ella, Tomás, con su ropa de tropa, estaba sujeto por cadenas idénticas y asegurado al suelo, las muñecas y tobillos atados con la movilidad que el largo de las cadenas le permitía. Verónica no podía creer que estaba frente a su hermano, que estaba más flaco, más viejo y mucho más arrugado que la última vez que lo había visto, pero mantenía esa esencia de ser noble e íntegro y la miraba con los ojos más fuertes que jamás hubiera visto. Tomás levantó la cabeza. La segunda estrella, Alnilam, se había alineado y, dentro de menos de un minuto, Mintaka haría lo mismo sobre aquellas tres construcciones colosales. Entonces por fin el cielo repetiría el exacto dibujo de miles de años atrás.

El arqueólogo clavó los ojos en Herbert, que, ataviado en sus ropas de dios del sol y con un tocado de halcón, transmitía un aspecto de fuerza sobrenatural, como si el lugar en el que estaban y su mística hicieran efecto en su apariencia, en su postura, en su espíritu. De repente lo notó más alto, más fuerte, más feroz. Y como el hijo de Ra que creía ser, empezó a balbucear en copto antiguo, una lengua muerta que Tomás entendía bien.

—No había caos en el principio de los tiempos —recitaba Herbert—, solo oscuridad. Tan solo existían Nun y el dragón Apep. Apep es el responsable del caos, y el mundo fue creado a partir de ese caos —vociferaba como poseído al tiempo que gesticulaba en demasía y elevaba los brazos al cielo—. Sin caos no habría orden. Así, en un equilibrio divino, caos y orden conviven en perfecta proporción, armonía que debemos a la diosa Maat, que, como su pluma, marca el sendero de la verdad y la justicia. Esta creencia —relató Herbert, e hizo una pausa para luego enfatizar la palabra que usaría a continuación—, esta magia, es la *heka*, el encanto del Antiguo Egipto, el poder de los antiguos dioses que hoy buscamos despertar.

Los discípulos de aquel inesperado orador, que rodeaban el círculo que contenía a la cámara mortuoria y al archivo secreto de Thot, un círculo cubierto de láminas de oro puro, reluciente y brillante, con inscripciones por donde se mirara, repitieron una frase en aquel lenguaje olvidado que Tomás no logró descifrar. Los ojos del arqueólogo se cruzaron con los de Verónica, pero el desconcierto en la mirada de su hermana no lo preocupó, tan solo esperaba que el equipo de asalto que ya estaba dentro de la esfinge llegara a tiempo. El paso siguiente del ritual era el sacrificio de la sacerdotisa y, en aquella muerte, además de ser ofrendada, Verónica debía morir porque Herbert no iba a delegar jamás su poderío como hijo de Ra. En la cabeza de aquel loco, Verónica —que llevaba su misma sangre— era un problema del que debía deshacerse.

—Las estrellas están en su lugar, la línea sagrada vuelve a encontrar su dominio sobre los cielos —gritó Herbert.

Los hermanos Ávalos levantaron la vista, y la abertura circular de la esfinge pareció agrandarse. Herbert se arrodilló y besó el suelo, al tiempo que presionaba cuatro cartuchos jeroglíficos y, como si de una plataforma se tratara, aquel círculo de oro empezó a elevarse, con Verónica y Tomás amarrados al suelo, Herbert en el centro y los cuarenta y dos dioses del Juicio de los Muertos alrededor.

El cielo, tachonado de estrellas y de una oscuridad elegante e infinita, parecía acercarse a gran velocidad. En realidad, algún tipo de mecanismo oculto bajo la estatua elevaba el púlpito dorado hacia arriba mientras la abertura del techo se agrandaba para darle paso a la base que, minutos atrás, era el suelo de aquella cámara mortuoria.

—¡Oh, Ra! —exclamó Herbert en el centro de aquel altar que se alzaba hacia el cielo—, Pon tus brazos alrededor de este gran rey, alrededor de esta construcción y de esta esfinge como los brazos de símbolo de *Ka*, para que la esencia del rey pueda estar en ella y perdurar para siempre.

Como si Herbert hubiera ensayado aquel espectáculo, la plataforma se detuvo en el preciso instante en que terminó el discurso. Un pequeño movimiento al frenarse los desestabilizó, pero, en silencio y maravillados por el entorno, todos observaron la bóveda celeste. En medio del cielo estrellado, sobre la gran pirámide de Guiza, con Keops, Kefrén y Micerino alineadas con el Cinturón de Orión, el escenario era magnífico. Nadie hablaba. Las estrellas estaban ubicadas en el lugar exacto, por lo que Herbert aferró con fuerza el báculo que portaba en una mano y sacó, de un bolsillo oculto bajo el cinturón, un escarabajo turquesa. Verónica cruzó miradas con su hermano. Tenían la Llave de la Vida ahí; en manos de Simon Carter Herbert, estaban las tres piezas ensambladas: el escarabajo universal de Verónica, el macho de Tomás y la perla negra que habían robado del British Museum.

En absoluto silencio, Herbert encastró el escarabajo en el centro del báculo y lo elevó a los cielos. De inmediato una luz brillante, desconocida e inesperada emergió de la gran pirámide de Keops como un rayo que atravesaba la noche en línea recta hacia el infinito. Aquel resplandor pareció rebotar en la estrella ubicada justo sobre la cúpula y regresó al punto de partida para luego refractarse y atravesar el vértice de Kefrén, de inesperado brillo, y segundos después el de Micerino.

La luz, un destello como un rayo mágico que partía de Keops y llegaba a Micerino, continuó trazando aquel dibujo hasta encontrar la cuarta estrella. Lo que devino después los dejó sin habla.

Rashid, que había presenciado la escena desde fuera de la esfinge, apostado sobre la explanada con doscientos efectivos de la Unidad 777, se encontró boquiabierto, con la vista fija en la bóveda celeste atravesada por un haz de luz inexplicable. Ana Beltrán, junto a él, se había quitado el casco táctico y contemplaba ese fenómeno tan pasmada que en un momento notó que había dejado de respirar. ¿Qué estaba pasando? El ritual se estaba llevando a cabo de la manera en que Tomás les había explicado, pero no esperaba las centellas que emitían las pirámides, ni la plataforma elevada sobre los cielos. Volvió a ponerse el casco.

—Argos Uno, ¿me escucha?

—¿Qué está ocurriendo afuera, Ana? —preguntó Benegas desde una cámara oculta en la esfinge.

—Un pequeño cambio de planes...

* * *

El haz de luz atravesó el vértice de Micerino y concluyó el recorrido en una cuarta estrella, un astro tan brillante y bello que sería recordado durante siglos y se contarían historias sobre él. Así, cuando el rayo tocó el cuarto cuerpo celeste, la luz comenzó a difuminarse hacia abajo como si de una pirámide más se tratara y, cuando tocó el suelo, la tierra tembló.

Una sacudida mínima, apenas perceptible al principio, pero que cobró entidad unos segundos después, alertó a los hombres apostados en el lugar. La tropa de agentes retrocedió un paso. La arena se movía, se dividía, se retraía en el punto exacto bajo el fulgor de la cuarta estrella. Un viento inexplicable surgió de las entrañas de la esfinge, un rugido furioso anunció que la superficie estaba en plena transformación, pero, para sorpresa de todos, ese movimiento no era general, sino que se producía solo bajo la luz. Los reflectores que llevaban los camiones hidrantes y que habían estado apuntando a aquella antigua construcción todo ese tiempo giraron para iluminar el área. De repente, una punta del oro más brillante y macizo que hubieran imaginado comenzó a emerger del interior del desierto. Grande, majestuosa y magnífica, una pirámide cuyo vértice superior era del tamaño de un estadio de fútbol brotó de la oscuridad y fue creciendo hasta casi tocar los cielos y quedar por completo al descubierto.

Ante los ojos de todos los presentes, una cuarta estructura alineada a Keops, Kefrén y Micerino había surgido de la nada. Su vértice, de oro sólido, no opacaba en absoluto la magnificencia del resto de la construcción piramidal, toda de color negro y con los grabados más extraños que hubieran visto jamás.

El silencio se había apoderado del lugar. Donde antes solo había arena, entonces se erigía solemne una pirámide negra con jeroglíficos y punta dorada. El viento cesó; los temblores de la tierra también. La arena pareció quedarse quieta, tan quieta que hasta el aire aparentaba estar suspendido. La calma era abrumadora, la noche se había despejado, las estrellas dominaban el firmamento y la gente alrededor de las pirámides de Guiza no lograba salir del asombro.

—Argos Uno —llamó Ana, aún pasmada por el espectáculo que estaba presenciando—, ¿me escuchan?

En ese instante, el círculo de oro que había emergido de la esfinge y parecía estar flotando en el aire empezó a moverse. Uno de los focos de los camiones hidrantes giró para volver a iluminarla. Sobre aquella plataforma, al acercar las imágenes a través de la cámara incorporada a su casco táctico, Ana pudo vislumbrar que Verónica continuaba de pie, amarrada por grilletes que brillaban, al igual que Tomás. En medio de los dos, Simon Carter Herbert gesticulaba y hablaba. Subió el audio de lo que el arqueólogo transmitía desde allí y escuchó.

—Lo que estaba oculto fue revelado —vociferó en un estado de éxtasis evidente. Tenía los

ojos manchados de kohl negro, la piel brillante, producto del reflejo de las láminas de oro en el suelo, y la voz carrasposa por el esfuerzo de hablar en un volumen tan elevado—. La mano de Ra, a través de la Llave de la Vida, ha restablecido el equilibrio del universo, y ahora como es arriba es abajo: las cuatro estrellas con sus cuatro pirámides. —Herbert, en el centro del círculo, se volvió y se detuvo para mirar fijo a Verónica. Avanzó unos pasos y, a una distancia en la que casi podía sentirle el aliento, dijo—: Para que cada una de las deidades ocupe su lugar, ha llegado el momento de la introspección. —Herbert acomodó un mechón de la peluca negra que llevaba Verónica y sonrió—. Es hora de dar inicio a nuestro ritual de purificación.

Terminada la frase, elevó los brazos al cielo, y la plataforma que había comenzado a moverse empezó a desplazarse hacia adelante, directo hacia la Pirámide Negra.

—Argos Uno, avísenme cuando estén fuera de la esfinge, los necesito dentro de la Pirámide Negra ya.

Román Benegas, Agustín Riglos y Justo Zapiola, que acababan de salir de la gran esfinge tuvieron que detenerse un momento al ver que la geografía del lugar había cambiado de manera significativa. Como por arte de magia, una cuarta pirámide había emergido a la superficie y una plataforma que parecía flotar avanzaba lenta hacia la inexplicable construcción negra.

—Decime que esto es un truco, una ilusión óptica —rogó Benegas al intercomunicador.

—Estoy tan desconcertada como vos —respondió ella atónita—, pero ahora necesito que se concentren en lo que va a venir. Si no logramos subir a ese altar y sacar a Verónica antes de la medianoche, estará muerta. Estoy tratando de escanear la pirámide, su material es desconocido, no logro atravesarla con rayos infrarrojos ni con termoluminiscencia. Estoy buscando formas de ver dentro, pero, si no lo consigo, tendrán que meterse a ciegas, y no sabemos qué hay dentro, ni de dónde proviene, ni cómo...

—Ana —la detuvo Román desde la inmensidad de la meseta de Guiza, casi a punto de llegar a destino—, las cartas están echadas, no hay vuelta atrás. Vamos a salvar a Verónica.

Cuando Benegas terminó de decir aquello, la plataforma circular se posicionó justo sobre el vértice de oro de la Pirámide Negra. Sin que los ojos de los espectadores pudieran creer lo que veían, la nueva tumba comenzó a abrirse. Una luz desde su interior atravesó el cielo como un halo que refulgía hasta el infinito y, a medida que la apertura era mayor, el ángulo de aquel resplandor y su radio de acción se ampliaban.

El escenario dorado, con los cuarenta y dos dioses ubicados alrededor del centro, Tomás y Verónica amarrados en el círculo principal y Herbert en medio, se mantuvo suspendido en el aire mientras la pirámide terminaba de abrirse lo suficiente para que el radio de la circunferencia de aquel círculo pudiera ingresar a la estructura piramidal. Ana, aún concentrada en descifrar la manera de penetrar con la vista el interior, se distrajo un segundo al ver esa escena digna de una

película de cine. Una suerte de plataforma de oro refulgente, elevado en el cielo, con dioses egipcios que practicaban un extraño ritual sobre él comenzó a descender al interior de la pirámide.

—Vamos a entrar —anunció Benegas a su líder.

—Van a estar a ciegas —contestó Beltrán preocupada.

—Vamos a transmitir desde adentro y, si se pierde la señal, estamos entrenados.

—Bien —respondió Ana—. Tengo sus pantallas, me guiaré por lo que vean. Por ahora, la transmisión de Tomás se mantiene.

—¿Qué ve él? —preguntó Román.

—Estoy enviándoles la transmisión de Tomás a sus pantallas —apuntó luego mientras intentaba descifrar un método para lograr traspasar las paredes de las pirámides.

* * *

Agustín se acomodó el casco de asalto y observó el muro descomunal que tenía frente a los ojos. Estiró una mano y, con los dedos fríos, recorrió los grabados en oro sobre aquella superficie de inigualable tersura. Los jeroglíficos, por completo diferentes a los que había visto en el resto de las pirámides, lo desconcertaron. La base de datos de su pantalla intentaba buscar información de los grabados que registraba, pero no parecía encontrar nada similar en su memoria.

—Oigan —les llamó la atención Riglos—, no veo por dónde entrar.

—Tiene que haber un acceso —razonó el comisario Zapiola, que había comenzado a palpar la pared para ver si había una entrada escondida.

—Argos Uno —dijo Ana desde la distancia—, empiezo a ver el interior de la pirámide. Algo cambió —informó—, es como si estuviera recubierta con una barrera invisible que no nos permitía ver y que acaba de desaparecer, porque ahora la estoy escaneando en su totalidad.

—Estoy viendo también —informó Benegas, y luego observó a sus compañeros de equipo, que afirmaron lo mismo—. Agustín y Justo también.

—Busquen la entrada, tenemos menos de un cuarto de hora para sacar a Verónica de ahí.

—Argos —dijo Rashid llamando a Ana por el nombre de guerra que se le había asignado en esa misión—, si das la orden, mis hombres sacarán a Verónica y a su hermano en menos de cinco minutos.

—Que estén listos para entrar.

CAPÍTULO 28

Alexander encendió el tercer cigarrillo del día y dio una bocanada profunda mientras esperaba que la asistente social abandonara el edificio de minoridad. Desde temprano había estado monitoreando sus llamadas telefónicas, correos electrónicos y documentos. A esa hora de la tarde, la mujer iba a realizar una visita clave: iba a ver a la pequeña Cora Lencke, que llevaba el apellido Riglos.

Cuando la mujer dejó aquellas oficinas ataviada con un abrigo marrón algo gastado, la cartera colgada al hombro y el pelo revuelto bajo el gorro de lana, encendió el auto y comenzó a seguirla. Lento, distante, atento. Una vez que encontrara a la niña, completaría la misión que Franz Lauthen le había encargado y que ya una vez se había frustrado: llevar a la beba a los laboratorios en Paraguay y realizar la batería de análisis y experimentos necesarios para lograr la droga que curara el albinismo oculocutáneo. De tan solo pensar en cumplir el sueño del gran Franz, Alexander se sintió orgulloso. Sonrió y siguió acelerando tras la mujer que lo llevaría a destino.

* * *

Román elevó la cabeza al cielo y, al no lograr ver el final de aquella construcción, se alejó apenas del muro y dejó que su pantalla evaluara el terreno y los posibles accesos.

—Acá —señaló Justo, que, en el afán de encontrar una puerta oculta, había descubierto un pasaje al interior.

—Vamos a entrar —informó Benegas.

Ana observó las transmisiones de los tres agentes y vio cómo las líneas de un grabado se iluminaban con lentitud para luego comenzar a abrirse como un puente levadizo hacia adentro. Desde la explanada, el evento resultó impactante: en medio de la noche, la pirámide empezó a desplegar una compuerta, y tres agentes de Interpol se dispusieron a entrar mientras las tropas de la Unidad 777 se preparaban para secundarlos.

—Argos Uno —dijo Beltrán con un nudo en la garganta—, nos vemos afuera —los animó, y luego dio la orden de avanzar.

* * *

En medio de las tinieblas, tres figuras diminutas en contraste con la pirámide que parecía dominar el firmamento avanzaron sigilosas. Los tres hombres, que parecían estar recortados contra la luz del interior de esa extraña construcción, recorrieron la distancia que los separaba de la compuerta de ingreso con precaución. Cuando terminaron de atravesar el portal, desaparecieron de la visual de Ana, pero aún veía lo que ellos en sus pantallas, así como también lo que transmitía Tomás a medida que la plataforma descendía al interior de la pirámide.

Tomás, todavía conmocionado por lo que estaba sucediendo, intentó librarse de las cadenas, pero era en vano, los grilletes de oro sólido lo tenían atrapado. Miró a su alrededor y sintió que de alguna manera había ingresado a una irrealidad absoluta. Los hombres y mujeres vestidos de dioses respondían en copto antiguo al discurso delirante de Herbert mientras la plataforma bajaba hasta encastrarse en el suelo con la precisión de un diseño de ingeniería. La pirámide en la que estaban había emergido de la nada, con paredes recubiertas de oro en el interior, grabadas con escrituras cuneiformes. A simple vista distinguió que aquellos trazos no eran jeroglíficos egipcios, sino que tenían una antigüedad, al menos, de diez mil años. ¿Pero cómo era posible? La civilización egipcia databa, según cálculos aproximados, de unos tres mil años antes de Cristo. ¿Quiénes habían construido esa pirámide con escritos tan antiguos? ¿Sería un montaje?, ¿una farsa?

El altar terminó de acoplarse al piso interno, y un pequeño sacudón desestabilizó a quienes estaban sobre él. Tomás clavó los ojos en Verónica. Había llegado el momento que habían querido evitar: el final del ritual. Los agentes de Interpol no habían arribado porque el plan se había diseñado para la esfinge, esa pirámide era por completo desconocida, además del hecho de que quizás no hubieran podido entrar. Salvar a su hermana, entonces, estaba en sus manos.

—Herbert —exclamó para distraer al hombre que seguía su discurso en copto antiguo—, sé dónde está escondido el Libro de Thot, el Libro de los Muertos —reveló.

Simon Carter Herbert giró sobre sí mismo y, con una sonrisa que Verónica jamás olvidaría, se acercó al prisionero con cierta cadencia, se detuvo frente a él y dejó escapar una carcajada.

—Pensé que, como todo arqueólogo de bien, hablabas copto antiguo. —Tomás no respondió—. ¿No lo sabés, cierto? —Herbert se acercó más a él—. Todavía no lo descifraste, ¿verdad?

El hombre volvió a reír, esa vez de manera más escandalosa, exagerada. Después pronunció una frase en aquella lengua muerta, y sus discípulos vestidos de dioses respondieron con las mismas palabras que Tomás no había logrado entender la primera vez. Hablaban de Osiris, decían algo sobre el cofre de Osiris. El rostro del arqueólogo debió de haber expresado total desconcierto porque Herbert volvió a reír, tomó el báculo que llevaba el escarabajo e hizo señas para que le alcanzaran el baúl que había hecho traer desde la sede de Ibis en Buenos Aires. Así,

una mujer enfundada en una túnica blanca y con el rostro cubierto por una máscara con forma de pájaro ibis, salió de entre los dioses y caminó hacia el centro de aquella cámara con un cofre negro entre las manos, el cual apoyó en el altar que se ubicaba en el centro exacto del círculo. Sin más, se volvió y regresó a su sitio. Herbert, por su parte, tomó el escarabajo ensamblado del cetro y separó a la hembra del macho y la perla negra. A continuación, apoyó cada una de las partes sobre el granito y, como si estuviera mostrándole a su público las partes que componían aquel todo, se tomó el tiempo para volver a ensamblarla con esmero. Había desarmado la llave con la única intención de volver a encastrarla. Disfrutaba el proceso, el poder que esas piezas, entre sus manos, le hacían sentir. No pudo evitar una sonrisa. Demoró unos segundos más en observar el turquesa furioso de aquellas piedras y, de a una fue uniendo aquella llave de la vida; donde el escarabajo hembra que había heredado Verónica se acoplaba de manera perfecta con el de Tomás y refulgía cuando se le agregaba la perla negra. Así, cuando otra vez tuvo entre sus dedos la llave completa, la introdujo en el cofre y abrió el cerrojo de ese cofre que tantos años atrás Tomás Ávalos había encontrado en el archivo secreto de Thot, bajo la esfinge. Una clara expresión de deleite y satisfacción brilló en el rostro de Herbert, que estaba disfrutando aquel espectáculo como jamás nada en la vida.

Tomás y Verónica observaron cómo introducía el escarabajo en la abertura que hacía las veces de cerradura y cómo el mecanismo interno, al destrabarse, crujía. El placer en el rostro de Herbert no desaparecía, parecía estar relamiéndose ante ese prelude. Así, cuando empujó la pesada tapa hacia arriba, rio con ganas para luego mostrarle el contenido a Verónica primero y a Tomás después.

La caja estaba vacía.

—Seguís sin entender. —Herbert volvió a carcajearse y pronunció algo en copto a lo que su séquito respondió.

Entonces Tomás comprendió. Herbert no hablaba del cofre de Osiris, sino del secreto de Osiris. En copto antiguo, el término “cofre” se pronunciaba de manera muy similar a la palabra “secreto”. El secreto de Osiris, entonces, era esa pirámide en la que estaban y, si la leyenda era real, el Libro de los Muertos que siempre habían creído que estaba dentro del cofre se encontraba en realidad en el interior de aquella construcción. Tomás sabía que estaba equivocado, pero no dijo nada.

—Ahora —retomó Herbert cuando notó, en el rostro del arqueólogo, que había caído en la cuenta de lo que sucedía— sí voy a necesitar ese mapa.

Los dos hombres que lo habían retenido para colocarle los grilletes se acercaron y revolvieron sus ropas hasta dar con el sobre donde guardaba el plano. Sin más se lo entregaron a su líder.

El hombre vestido como Ra extrajo el papel y lo desplegó con extremo cuidado. Guardó silencio unos momentos y, no sin desconcierto, volvió a echarle una mirada.

—Es más complejo de lo que parece —expresó Tomás, decidido a aprovechar la oportunidad de resultar útil y demorar el momento del sacrificio para darle mayor margen a los agentes que debían ingresar y rescatarlos—. Puedo guiarte —insistió, aunque él ya supiera que no había un Libro de los Muertos allí.

* * *

La pequeña tropa de asalto compuesta por los agentes Agustín Riglos, Román Benegas y el comisario Justo Zapiola se adentró de manera coordinada en las entrañas de aquella intrigante pirámide.

No había habido posibilidad de reconocer el terreno antes de la misión, siquiera de manera virtual, por lo tanto, a medida que avanzaban a ciegas sobre territorio desconocido, intentaban potenciar los sentidos y estar tan alertas como pudieran.

—Argos —se comunicó Benegas, que, como interlocutor directo con el líder, era quien comandaba la misión desde dentro de la construcción—, ¿lográs ver la transmisión de nuestras cámaras? ¿Ves el interior?

—Sí —respondió Ana desde las afueras del predio—, pero...

—No hay nada, está vacía. Es un gigantesco círculo... vacío.

Beltrán observó las pantallas de los tres agentes. En efecto, la edificación estaba desierta: las paredes vírgenes de grabados, la oscuridad absoluta. Luego miró la transmisión que recibía de Tomás. En el centro de una sala del oro más brillante que hubiera visto, con algunas paredes negras pero grabadas en dorado, lo que lograba un contraste monumental, los hermanos Ávalos continuaban amarrados al suelo, y Herbert mantenía su posición en el núcleo de aquella ronda.

—Tiene que haber un acceso, busquen sin pausa —ordenó Ana—, Verónica está dentro de esa pirámide.

Justo, que se había adentrado un poco más en la zona mientras el corazón le galopaba en los oídos ante la desesperación que le generaba esa ansiedad por recuperar a Verónica, alumbró la inmensidad del espacio que los rodeaba. Trató de observar más allá de lo que era evidente, que no había nada.

—Necesitamos más luz —se quejó Zapiola—. Necesitamos ver dónde estamos y dónde puede haber un acceso oculto. Román, Agustín —dijo en tanto los miraba detrás de su casco táctico—, alumbren este sector. Mientras menos oscuridad haya, más fácil será ver si hay algo.

Los tres agentes fueron apuntando a zonas específicas del interior al mismo tiempo, lo que hacía más fácil distinguir los contornos a su alrededor. Sin embargo, a medida que avanzaban, el resultado era el mismo: la pirámide estaba del todo vacía.

Desmoralizado, Justo avanzó otro paso y notó que un pequeño destello comenzaba a crecer a medida que se acercaba a aquel punto más hacia el centro del recinto. Retrocedió, y el brillo desapareció. Avanzó de nuevo, y el fulgor comenzó a resurgir.

—¿Qué es eso? —preguntó Agustín, que también se había acercado cuando la luminosidad comenzaba a expandirse.

—Un campo magnético —interrumpió Ana desde fuera—. Apareció de repente, puedo verlo a través de los rayos infrarrojos. Tengan cuidado —agregó por último.

Zapiola, que ya había tocado el campo, volvió a ubicar la mano en el aire, próximo al reflejo. Cuando lo hizo, el destello se magnificó. Sin pensarlo dos veces, terminó de meter la mano y luego el brazo para atravesar aquel campo magnético. La mitad de su brazo pareció desaparecer detrás de aquel muro invisible. Con lentitud, lo retiró y lo vio emerger intacto. Román y Agustín lo observaban atentos y listos para asistirlo ante cualquier imponderable. Tras retirar el brazo, decidió adentrar la cabeza. Así, como si estuviera introduciendo el rostro tras un telón, sintió que atravesaba una coraza que protegía el corazón de la pirámide. Sacó la cabeza del interior del monumento y retornó a la oscuridad en la que los otros dos agentes lo esperaban.

—Es una barrera de seguridad —aseveró convencido—. Es probable que se trate de tecnología militar, del estilo que se usa cuando un submarino no quiere ser detectado. Vamos —agregó—, esta es la verdadera entrada.

Los agentes avanzaron con determinación y cruzaron esa barrera invisible que protegía el interior de la construcción. Apenas lo hicieron, la luz se hizo presente, el oro relucía por doquier, y se encontraron en lo que parecía ser una gran antecámara, con cuarenta y dos estatuas de dioses de oro sólido de tamaño monumental que custodiaban un cofre dorado en el centro.

—¿Qué es esto? —susurró Agustín, abrumado por la inmensidad de la sala.

Los tres agentes levantaron la mirada. Alrededor todo era absolutamente descomunal: los techos, las estatuas, los grabados... Caminaron hacia el centro del recinto y no pudieron evitar observar el dramatismo que aquellas estatuas imponían. Luego, al acercarse al cofre, notaron que detrás se ocultaba una escalera que penetraba aún más en el interior del lugar. Comenzaron a bajar mientras Ana observaba los monitores en silencio.

—Argos —dijo Benegas, que avanzaba primero—, creo que los encontramos.

Beltrán vio cómo las escaleras terminaban y, al final, la plataforma circular que había salido de la gran esfinge estaba ubicada en medio de una sala tan grande que no llegaba a calcular sus medidas. A lo lejos, distinguió a Verónica, a Tomás y a Herbert.

—Argos —continuó Benegas—, tenemos visual. Vamos a proceder a...

La escena que se produjo después parecía sacada de una película de ciencia ficción. El ritual de Herbert había seguido su curso y entonces Horus, Seth, Isis y el resto de aquellos hombres y mujeres vestidos de dioses bebieron lo que parecía ser vino, dijeron algunas palabras en un idioma que los agentes no llegaron a reconocer y volvieron a ubicarse en círculo. Un hombre, suponían que el escriba, tomaba nota de algo.

—El Juicio de los Muertos —murmuró Justo.

En silencio, mientras Herbert continuaba hablando en aquella lengua extraña, una de las mujeres disfrazadas de deidad se incorporó como si quisiera decir algo y luchó para sacarse la máscara que llevaba. No podía respirar. Los ojos se le habían vuelto rojos y los labios, como inyectados de sangre, forcejeaban en un intento por conseguir un mínimo de aire hasta que empezaron a tornarse morados. Después, se desmoronó y cayó al suelo como caen los objetos sin vida, tiosos como el concreto. La mujer fue la primera y, de inmediato, el resto de los cuarenta y dos testigos comenzaron a desplomarse, uno a uno, en iguales condiciones. En menos de dos minutos, todos, salvo Herbert, cuatro de sus colaboradores, Tomás y Verónica, estaban muertos.

—Veneno —adivinó Ana desde afuera cuando, en las imágenes que transmitía Tomás, distinguió una cara conocida—. Román, el hombre a la derecha de Herbert...

Benegas observó al sujeto.

—Borja Sanz.

El especialista en venenos de diseño cruzó miradas con Herbert y sonrió. Su misión estaba cumplida, solo restaba terminar el ritual y dar paso a la parte más importante: despertar el poder de Ra y su *heka* para que Ibis lograra el control de ese poder tan inigualable que, cuando lo consiguieran, nada fuera imposible.

—Argos —dijo Benegas—, entramos dentro de treinta segundos. Que la Unidad 777 nos dé dos minutos y luego ingrese. Vamos a rescatar a Verónica.

CAPÍTULO 29

Con la precisión de tres agentes de élite entrenados, Román, Justo y Agustín arrojaron las bombas de humo y gases lacrimógenos al centro de aquella sala mortuoria. La confusión inmediata le dio a la tropa la posibilidad de actuar de manera coordinada. Benegas fue directo hacia su objetivo, Simon Carter Herbert, quien estaba desconcertado ante la humareda que había cubierto la sala y había oscurecido el lugar de manera radical. La picazón de los ojos y la presencia inesperada tomaron por sorpresa a Herbert, que tardó en reaccionar el tiempo suficiente para que Benegas lo sujetara con un precinto y lo empujara al suelo. Luego fue por Sanz. El hombre, que intentó escapar, cayó de inmediato cuando el director de Interpol disparó una descarga eléctrica que lo inmovilizó sin piedad. Tras asegurar la captura, ayudó a Riglos con los otros dos hombres que lo enfrentaban. Cuando avanzó hacia ellos, en tanto observaba cómo Zapiola ya había reducido a otro sujeto, la pirámide comenzó a moverse.

La base sobre la que estaban parados pareció acomodarse, y un movimiento brusco arrojó a Agustín al suelo. Un rugido ensordecedor, casi como si la misma construcción se quejara, los aturdió. El círculo de oro comenzó a separarse del resto de la estructura. Tardaron en reaccionar, y la abertura empezó a ser cada vez mayor al tiempo que el altar iniciaba su ascenso. De manera súbita, mientras parecían trepar a las alturas, empezaron a sentir calor.

Las llamas emergieron de la nada: el círculo de oro estaba entonces rodeado de una fosa de estilo medieval que escupía fuego como el mismísimo infierno. El ruido de la pirámide continuaba, la plataforma se elevaba y el incendio crecía más y más.

—Ana —llamó Agustín desde dentro de la estructura, lo que rompía el protocolo de contacto único a través del líder de equipo—, que no entre la unidad de asalto —gritó para refrenar a los agentes apostados en la explanada, que estarían listos para ingresar—. ¡Que no entre nadie! —repitió al tiempo que intentaba ponerse de pie y hacer equilibrio en ese piso que parecía capaz de volar.

—Desátenme —exclamó Tomás, todavía amarrado al suelo por las muñecas y los tobillos. Román se acercó de inmediato, en tanto trataba de mantener el equilibrio, y lo liberó de las cadenas.

Justo, que se había aproximado a Verónica apenas había podido, la miró a los ojos y, sin decir nada, abrió los grilletes de oro con un dispositivo especial. Entonces la abrazó sin pensarlo dos veces y le susurró al oído:

—No me importa lo que veas o pase acá, si hay oportunidad de salir, salís y no mires atrás. Te quiero afuera, Verónica, te voy a sacar sea como sea, ¿entendés?

Ella asintió. Apretó fuerte la mano del hombre al que le confiaría su vida y a quien había querido desde la noche que le había dicho que no buscaba amor y quiso refugiarse entre sus brazos para siempre. Pero la plataforma volvió a sacudirlos. Era como si la furia de la pirámide por no terminar el ritual sagrado se manifestara a través de aquellos movimientos erráticos y del fuego descontrolado que los rodeaba.

Sin embargo, más allá del escenario adverso en el que estaban inmersos, al cruzar los ojos Verónica con los de Tomás, sonrió emocionada y se acercó como pudo sin perder el equilibrio. Una vez frente a frente, los dos hermanos se abrazaron después de veinte años.

—Sabés lo que es esto, ¿no? —preguntó el arqueólogo al oído de su hermana.

—La furia de Osiris.

Tomás asintió.

—No se empieza el ritual del Juicio de los Muertos y se lo deja inconcluso. La única manera que tenemos de salir con vida de acá...

—El sendero del fuego —interrumpió Verónica al recordar las enseñanzas de Tomás y de su padre.

—Solo vos podés hacerlo —susurró Tomás, y ella lo miró con desconcierto.

—Vos lo conocés a la perfección —objetó—, es más seguro si...

—Yo no soy hijo de Ra, yo no llevo sangre real.

—Yo tampoco, ¿qué decís? —La agente de Interpol se apartó apenas de su hermano y lo miró fijo. Temía lo que aquel hombre que no veía hacía dos décadas fuera a decirle.

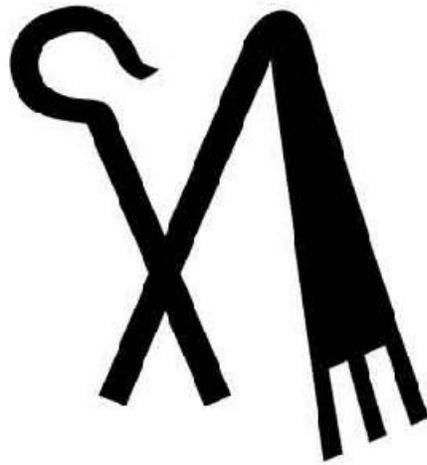
—Ese cartucho —expresó mientras señalaba un grabado en el suelo—, ¿qué dice?

Verónica no creía que su hermano le hiciera perder el tiempo en creencias absurdas, menos cuando la plataforma en la que se encontraban parecía agitarse con la furia de un pequeño temblor que iba creciendo.

—No sé, ¡qué importa! Salgamos de acá; vos podés sacarnos.

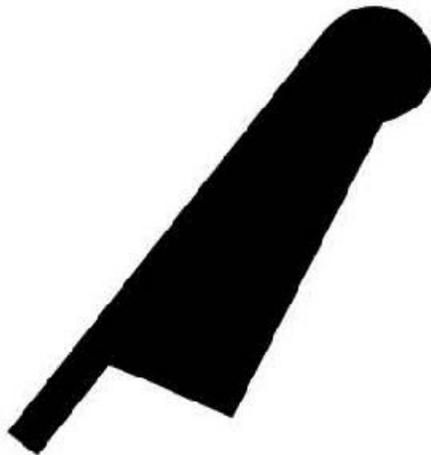
—Leé los cartuchos grabados en el centro del suelo, Verónica, no tenemos mucho tiempo. Leelos —insistió.

Así, furiosa por la situación, Verónica Ávalos se arrodilló y observó los jeroglíficos que le señalaba. El manejo del antiguo lenguaje jeroglífico no era su fuerte, pero conocía lo suficiente para descifrar los más importantes. Mientras recorría con los dedos las inscripciones, comenzó a interpretar el primero de los cartuchos:



—*Heka* y *Nekhakha* —susurró Verónica—, los dos antiguos emblemas de Osiris.

Tomás asintió, y ella avanzó al siguiente jeroglífico:



—La pluma de Maat. Este cartucho habla del Juicio de Osiris —afirmó exaltada.

El arqueólogo volvió a asentir. La agente, que continuaba arrodillada sobre el suelo mientras el resto la observaba al tiempo que trataba de mantener el equilibrio, continuó con la decodificación:

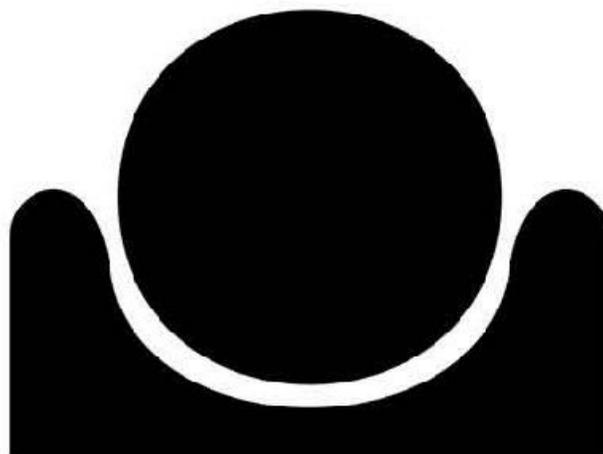


—El *Ka* y el *Ba* —dijo Ávalos, que empezaba a comprender el mensaje—. Son dos nombres que, según las creencias egipcias, representan las dos partes del ánima humana: el espíritu, el *Ka*, y el aspecto, el *Ba* —aclaró.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Agustín, ansioso por salir de ahí.

—Que, una vez iniciado el Juicio de Osiris, debe terminarse. En caso contrario, se pierde el equilibrio. Y para restituir ese equilibrio...

Verónica avanzó en la lectura de los cartuchos.



—*Ajet* —pronunció—. El equilibrio debe restablecerse antes del amanecer.

Al llegar al último jeroglífico, guardó silencio un momento y terminó de comprender lo que decía Tomás.



—Este orden solo puede ser restablecido por la hija de Ra.

—Leé el cartucho, pero con el nombre egipcio, por favor —insistió Tomás al notar que la plataforma se había quedado quieta a unos diez metros del suelo, pero que el fuego avanzaba de manera sofocante.

—El orden debe restablecerlo *Sa Ra...*, la hija de Ra...

—Iris SaRa Carter Herbert no es tu nombre porque sí —afirmó Tomás Ávalos—, sangre de los antiguos faraones corre por tus venas.

—Yo soy el hijo de Ra —gritó Herbert desde el suelo, furioso y desencajado.

—La profecía habla de una mujer, de la hija, la princesa hija de Ra: *Sa Ra* —concluyó Tomás, y volvió a mirar a su hermana—. ¿Entendés ahora por qué debés ser vos la que camine por el sendero de fuego?

—Tomás..., ¿y si no lo recuerdo? —preguntó Verónica mientras se incorporaba para mirar fijamente al arqueólogo.

—Papá te entrenó para esto. Conocés cada paso, cada sortilegio.

—Argos Uno —interrumpió Ana desde fuera—, necesitamos sacarlos de ahí, la pirámide está moviéndose, descendiendo. Han empezado a caer láminas negras del cielo.

—No hay tiempo que perder —apuró Tomás—. Vos, en el centro —le ordenó a Verónica—. El resto no se mueva de donde está, esto se va a poner feo.

—¿Qué es lo que va a pasar? —quiso saber Benegas, que debió luchar para mantenerse en pie cuando el círculo comenzó a moverse de nuevo.

El vaivén que siguió después resultó brutal, y los gritos de Sanz distrajeron a Verónica, que repasaba en la mente los pasos que debía dar. Sabía que tenía que ser exacta en cada palabra, precisa, y que cualquier error haría que el altar se alejara más del suelo y que el fuego creciera. Si recitaba aquellas leyes en el orden adecuado, la plataforma descendería y el fuego iría extinguiéndose. Por alguna razón tenía la mente en blanco, no lograba recordar, no podía...

—Verónica —gritó Tomás al ver que ella demoraba y la plataforma volvía a subir—, “Conozco el nombre de los dioses que están...”.

La agente Ávalos giró la cabeza, miró a su hermano a los ojos y luego a Justo, a Román y a Agustín. Asintió con la cabeza y repitió para sus adentros la frase que Lao Lencke le había dicho antes de morir: “Conozco el nombre de los que están”. De alguna manera Lao sabía lo que iba a suceder, tal vez debido a su vínculo con Tomás. Esa oración remitía al texto exacto que debía recitar en aquella instancia para salir de ahí con vida. Con el corazón a mil por hora y los puños apretados, Verónica comenzó a enumerar las leyes de Maat.

CAPÍTULO 30

ErEran cuarenta y dos las confesiones en las que el fallecido aseguraba que no había realizado nada negativo en vida y se declaraba inocente en el juicio divino, y Verónica conocía de memoria aquellos sortilegios porque su padre se los había hecho estudiar una y otra vez. Así, decidida a restablecer el equilibrio y terminar el Juicio de Osiris, comenzó a recitar en voz alta:

Salve, dios grande, Señor de la Verdad y de la Justicia.

Amo poderoso: he llegado hasta ti.

¡Permíteme contemplar tu radiante belleza!

¡Sé tu nombre mágico y también los de las cuarenta y dos divinidades

que te rodean en la Gran Sala de la Verdad y la Justicia!

El día en que se rinden cuentas de los pecados ante Osiris,

la sangre de los pecadores le sirve de alimento.

Cuando Verónica comenzó a repetir ese mantra, la plataforma comenzó a descender, lenta pero firme, y el fuego pareció disminuir de intensidad. Pero, apenas se detuvo, el círculo volvió a elevarse. La agente no recordaba el párrafo siguiente. Apretó las manos y cerró los ojos antes de volver a recitar el inicio con la esperanza de que eso le refrescara la memoria. El suelo se movía, parecía saltar mientras lenguas de fuego salpicaban los bordes, Herbert gritaba al tiempo que trataba de incorporarse, Riglos lo sujetaba y otro de los colaboradores que había logrado incorporarse corrió hacia ella con la intención de sacarla del círculo. En ese instante, cuando el hombre se abalanzó sobre ella, Justo, que la vigilaba atento, corrió en medio de la plataforma sin importar si caía o no y evitó que el hombre empujara a su mujer. En cambio, ambos quedaron al borde del abismo. Verónica gritó, y Tomás le ordenó que continuara, que no prestara atención, que no había tiempo. La agente de Interpol, con los ojos puestos en Justo, que luchaba por mantenerse dentro de la plataforma volvió a concentrarse en las leyes de Maat, ese rezo que debía repetir sin errores para salvar su vida y la de todos los allí presentes.

Tu nombre es: el Señor del Orden del Universo cuyos
dos ojos son las dos diosas hermanas.

Es así que yo traigo en mi corazón la Verdad y la Justicia
porque he sacado de él todo mal...

Ávalos continuaba con aquel discurso cuando el colaborador de Herbert, en plena pelea con Zapiola, cayó al precipicio, a las llamas que rodeaban la plataforma, y Justo terminó colgado de uno de los bordes del círculo, a punto de zafarse. De inmediato, Román Benegas corrió desde donde estaba para asistirlo, le dio la mano y tiró hacia arriba.

—Aguantá, Zapiola —gritó Benegas mientras intentaba subirlo—, aguantá. —Román sintió que las manos le transpiraban y que el calor de ese fuego infernal que parecía crecer de las entrañas de la tierra estaba ahogándolo. En ese momento, Agustín, que también se había movido hasta allí para auxiliarlo, tomó la otra mano de Justo y, entre los dos agentes, lograron subirlo de nuevo al altar.

—Seguí recitando las leyes, Verónica —gritó Tomás, que intentaba incorporarse luego de haber caído por el movimiento de aquella base.

Yo no he hecho mal a los hombres.

Yo no empleé la violencia contra mis parientes.

Yo no reemplacé por la Injusticia a la Justicia.

Yo no frecuenté a los malos.

Yo no cometí crímenes.

Yo no hice trabajar en mi beneficio con exceso.

Yo no intrigué por ambición.

Yo no di malos tratos a mis servidores.

Yo no blasfemé a los dioses.

Verónica gritaba, la voz áspera y ronca a esa altura se le cortaba cada tres o cuatro palabras. El

humo del fuego subía, el calor era sofocante, transpiraba. Se arrancó la peluca que la gente de Herbert le había colocado y quedó al descubierto que la habían rapado. Continuó exclamando las leyes de Maat, como si Osiris escuchara, y ella pudiera así calmar su furia.

Yo no privé al pobre de su alimento.

No cometí actos execrados por los dioses.

Yo no permití que un amo maltratase a su sirviente.

Yo no hice sufrir a otro.

Yo no provoqué el hambre.

No hice llorar a los hombres, mis semejantes.

Yo no maté ni ordené matar.

Yo no provoqué enfermedades entre los hombres.

Yo no sustraje las ofrendas de los templos.

Yo no robé panes de los dioses...

A medida que avanzaba en la oración, la plataforma parecía calmarse, empezaba a descender, y el fuego se retraía. Verónica sonrió. ¿Podía ser posible aquello que estaba viviendo? Siguió adelante con aquellas antiguas palabras:

Yo no me apoderé de las ofrendas destinadas a los espíritus santificados.

Yo no cometí acciones vergonzosas en el recinto sagrado de los templos.

Yo no disminuí la porción de las ofrendas.

Yo no traté de aumentar mis dominios

utilizando medios ilícitos,

ni usurpando los campos de otros.

Yo no manoseé los pesos de la balanza ni su astil.

Yo no quité la leche de la boca del niño.

Yo no me apoderé del ganado en los campos.

Yo no tomé con el lazo las aves que estaban destinadas a los dioses.

Yo no pesqué peces con peces muertos.

Yo no puse obstáculos en las aguas cuando debían correr.

Yo no apagué el fuego

en el momento que debía arder.

Yo no violé las reglas de las ofrendas de carne.

Yo no me apoderé del ganado que pertenecía a los templos de los dioses.

Yo no impedía a un dios que se manifestara.

La agente sabía que estaba próxima a terminar aquel texto y, al notar que ya estaban a menos de seis metros del suelo, hizo señas a Justo y Román para que estuvieran listos para saltar si algo salía mal. Tomás la miró y la animó a continuar; su hermana debía terminar de recitar los cuarenta y dos sortilegios.

¡Yo soy puro!, ¡soy puro!, ¡soy puro!

Fui purificado igual que el Gran Fénix de Heracleópolis

porque yo soy el señor de la respiración

que da vida a todos los iniciados.

¡No me sucederá ningún mal en esta región, oh, dioses!,

ni tampoco en vuestra sala de la Verdad y Justicia

porque yo sé el nombre de los dioses

que rodean a Maat, la gran divinidad de la Verdad y la Justicia.

El círculo de oro se detuvo a dos metros del suelo. Verónica tuvo que sostenerse de Justo, a su lado, cuando el movimiento la desestabilizó. El fuego rugía aún bajo sus pies, pero estaban más cerca de la salida. Tomás se le acercó, la abrazó fuerte y le susurró algo al oído. La escena que siguió pareció suceder en cámara lenta: el arqueólogo Tomás Ávalos se acercó a Simon Carter Herbert y, tras levantarlo por los hombros, tomó de él el mapa que señalaba la ubicación exacta del Libro de los Muertos y lo destruyó en mil pedazos. Herbert comenzó a gritar y a patear, ante lo cual Tomás se le acercó y, al oído, musitó:

—Esto solo termina con la muerte de quien abrió el libro.

Herbert tardó un segundo en comprender.

—El libro... —murmuró azorado— existe.

—Cada lámina, las setenta y ocho planchas de oro —mascullo Ávalos—, y las tuve entre mis manos.

Los ojos de Herbert se abrieron, brillaron sorprendidos, impactados, y luego Tomás lo sujetó fuerte y, sin mirar atrás, saltó al fuego con él y los restos del mapa. Sacrificaba así la vida de quien había torturado a su hermana y la propia, la que pagaba haber abierto el Libro de los Muertos, que jamás debería haber sido encontrado.

Al verlo, Verónica gritó y trató de correr para atraparlo. En ese momento, la plataforma volvió a tambalearse y el fuego volvió a arder. Tenían que salir de ahí. Justo la tomó de la cintura y la arrastró hasta uno de los lados del círculo, el que estaba más próximo al suelo. Agustín saltó desde aquel altar hasta el otro lado de la fosa medieval ardiente y le dijo a Justo que lanzara a Verónica. El comisario levantó a la mujer y la arrojó por sobre las llamas con la velocidad de quien sabe que debe escapar pronto, para enseguida buscar a Román. Benegas estaba a sus espaldas, del otro lado del círculo.

—Vamos —gritó Justo sin siquiera considerar lo que Benegas le había planteado antes del operativo.

El jefe de Interpol no se movió. Desde el otro lado de la fosa, Agustín y Verónica lo llamaron a voces. Ana, que veía todo desde fuera de la pirámide, empezó a hablar por el intercomunicador.

—Tienen que salir ahora, Román —lo apremió—, la pirámide va a colapsar, las arenas se están abriendo, va a sumergirse, salten... ¡ahora! —gritó furiosa—. Es una orden.

—Justo —vociferó Benegas desde el otro lado del círculo—, si me muevo, nos caemos los dos. Saltá primero, enseguida lo hago yo.

—No —se negó Zapiola—, acercate lo que más puedas, yo mantengo el equilibrio, y nos tiramos al mismo tiempo.

Benegas avanzó lento para intentar no desestabilizar aquella plataforma siniestra.

—¡Vamos, Román, un poco más! —volvió a gritar Zapiola.

—Román, acercate —lo alentó Verónica desde la superficie—. Avancen, tenemos que huir de acá.

—A la cuenta de tres, salto —coordinó Justo—. Cuando me escuches decir “dos”, empezá a correr y tirate lo más rápido y lejos que puedas. Te vamos a atrapar desde el otro lado.

Benegas asintió, se acomodó y escuchó cómo Zapiola iniciaba el conteo. Al oír el número indicado, empezó a correr. Justo saltó, y él fue detrás. El altar se desbalanceó y quedó elevado hacia los cielos de manera vertical para después volver a girar sobre su eje y darse vuelta.

Los agentes se estrellaron contra el suelo y se incorporaron en segundos. Enseguida notaron que ya no había aire, que el suelo se retraía y que el fuego avanzaba sin piedad. Sin demora, corrieron como jamás lo habían hecho, sin siquiera mirar atrás, al tiempo que el rugido de la tierra reverberaba y cientos de láminas negras caían de los cielos, lo que anunciaba que la pirámide se desmoronaba para volver a sumergirse en la arena y desaparecer. Los cuatro lograron cruzar el portal un segundo antes de que se hundiera del todo y se esfumara, un instante antes de que el sol saliera en el horizonte.

* * *

Alexander estaba listo para llevarse a la niña. La asistente social conversaba con otra mujer que, estimó, era la niñera. Ambas, sentadas en un banco de plaza, observaban cómo la nena jugaba en el arenero frente a ellas, y Alex avanzó a paso a firme con el arma cargada y con silenciador escondida entre la ropa, con la certeza de que secuestrar a la beba iba a ser mucho más fácil de lo que esperaba.

Apuró el paso y estaba por pasar frente a las mujeres con la clara intención de dispararles cuando dos hombres se aproximaron a él por detrás y lo sujetaron al tiempo que le aplicaban una descarga eléctrica que lo inmovilizó. Uno de los oficiales, que se presentó como agente de Interpol, le quitó el arma y le ató las manos con un precinto de seguridad en segundos. Lo habían atrapado. Durante un segundo la vista se le nubló, y después recordó las palabras de su Gran Maestro durante su rito de iniciación, cuando le había dado como regalo un reloj muy particular: “Cuando te encuentres en una situación en la que sepas que no hay salida —le había dicho mientras le ajustaba la correa del reloj—, siempre pensá en nuestra orden, en su seguridad. Cerrá los ojos, tomá el valor que tu corazón, miembro de los caballeros custodios de la lanza sagrada, alberga, y activá la cuerda interior del reloj”. En ese momento le había mostrado la pequeña rosca oculta en uno de los lados del dispositivo y había explicado: “Este aparato emitirá una alerta y sabremos

que estás en peligro. Si continuás apretándolo, un veneno te dejará sin vida en dos minutos, y el artefacto nos hará saber entonces que debemos replegarnos, que estamos en peligro de ser descubiertos y que hay que abortar la misión en la que estás trabajando, aunque más no sea por un tiempo. Si llega el momento, querido Alex, serás recordado como un héroe”.

Entonces, Alexander von Hummel, a quien habían ubicado en un auto de la Policía con las manos sujetas por detrás, movió los dedos de tal manera que el mecanismo de alerta funcionara y el veneno hiciera su efecto. Por lo menos, así se aseguraba de que la orden que custodiaba la lanza sagrada y a la que Franz Lauthen adoraba siguiera a resguardo, con las instrucciones precisas para encontrar la reliquia que él había recuperado, aunque debieran replegarse en la búsqueda de Cora Lencke. Ya llegaría el momento de retomar aquella misión y terminar la investigación que Franz Lauthen había iniciado. En ese instante, lo importante era que la orden sobreviviera.

Tras la ventana del patrullero, la agente que hablaba con la asistente social se acercó y sacó una fotografía del aprehendido que luego envió por WhatsApp. Enseguida llamó a quien le había encargado esa singular misión:

—Román —dijo al contestador—, soy Eleonora Núñez. La niña está a salvo, y el fulano este se va a pasar la vida entera encerrado.

CAPÍTULO 31

El primer rayo de sol arañó el firmamento en el instante exacto en que la Pirámide Negra desapareció bajo las arenas de aquel desierto. Aquellos que habían presenciado ese evento sin explicación mantuvieron silencio frente al espectáculo. El astro rey asomaba, las pirámides de Keops, Kefrén y Micerino parecían recortadas en la distancia, y la gran esfinge mantenía su custodia silenciosa como si allí nada hubiera sucedido.

La Unidad 777 se mantuvo en posición, y las ambulancias se aproximaron hacia donde estaban los agentes que habían logrado escapar del derrumbe para asistirlos. Ana Beltrán corrió sobre la explanada y abrazó a Verónica y a Agustín con la certeza de que habían salido de allí casi de milagro.

Verónica lloraba, destrozada porque Tomás se había arrojado al fuego para cerrar el ciclo. “El que abre el Libro de los Muertos paga con su vida”, le había susurrado al oído, y las lágrimas no dejaban de aflorar. Notó que tenía frío, que estaba vestida con un lino tan liviano que estaba casi desnuda, y un paramédico le alcanzó una manta. Ella se pasó una mano por la cabeza rapada, que pinchaba. Giró y buscó a Justo, que trataba de escapar del control médico para estar junto a ella. Se apresuró a correr a su lado y lo abrazó como jamás lo había hecho, con la intención de no volver a perderlo. Zapiola le dijo algo al oído, a lo que ella sonrió apenas y se acurrucó un momento en el hueco que se le formaba entre el hombro y el cuello. Y aunque se habría quedado ahí la vida entera, los paramédicos les rogaron que les permitieran revisarlos. Accedieron y, mientras los especialistas verificaban el estado general de los involucrados en aquella epopeya, Justo, sentado sobre la parte trasera de una de las ambulancias, con Verónica al lado, notó que no veía al director de Interpol por ningún lado. Se incorporó y comenzó a buscarlo con la certeza de que había salido de la pirámide justo detrás de él.

—¿Dónde está Benegas? —preguntó.

Ana, Verónica y Agustín observaron a su alrededor, sin verlo por ningún lado. Comenzaron a buscar entre la gente y en la tercera ambulancia, que estaba un poco más alejada. Ana volvió a colocarse el casco táctico y lo llamó.

—Argos Uno —dijo. No obtuvo respuesta.

Verónica sobrevoló la explanada y el desierto con la mirada. No había señales de Román. Se le hizo un nudo en el estómago, algo estaba mal. Justo se llevó la mano a la cabeza y sacudió algo de arena de la calva en tanto trataba de recordar los pasados minutos. Benegas había saltado detrás de él, había salido de la pirámide, ¿o no?

—Argos Uno —repitió Ana. No había respuesta, ni tampoco señal de Román en la pantalla. Era como si, de repente, hubiera desaparecido.

—¿Vos lo viste salir? —preguntó Zapiola preocupado.

Ana Beltrán, Agustín Riglos y Verónica Ávalos observaron a Justo con la incertidumbre reflejada en el rostro. Ninguno tenía la certeza de que Benegas hubiera escapado. Lo habían visto saltar y habían corrido juntos; luego, la pirámide se había consumido hasta desaparecer.

* * *

Rashid atravesó la puerta principal de aquella barraca en absoluto silencio. Frente a él los doscientos hombres que habían participado del operativo de las pirámides lo aguardaban de pie. Se plantó ante ellos y los observó en detalle. No había atisbo de cansancio en sus rostros o una gota de desconcierto por los eventos que habían presenciado. Esa unidad, especializada en asuntos delicados y, en particular, en misiones que requerían de un hermetismo absoluto, estaba formada por profesionales que, por sobre todo, eran leales a su patria, al objetivo y a su equipo.

—Los sucesos de anoche —comenzó Rashid con firmeza mientras posaba los ojos sobre cada uno de ellos—, es parte de nuestra misión protegerlos del resto del mundo. Como en tantas otras de nuestras operaciones, hemos visto cosas que no podemos explicar ni contar. Lo ocurrido anoche en Guiza quedará en nuestra cabeza nada más. Su misión es proteger esos hechos al no divulgarlos, el código de honor de la Unidad 777 se los exige. ¿Entendido?

Los soldados respondieron al unísono de manera afirmativa. Aquello que habían vislumbrado bajo los cielos de El Cairo quedaría a resguardo inquebrantable de sus memorias.

CAPÍTULO 32

El Gulfstream de Interpol partió de El Cairo y se llevó consigo la desolación y la tristeza por la ausencia de Benegas. No tener una explicación para lo que había pasado estaba carcomiendo los cerebros de los viajantes. Verónica, ubicada en una de las butacas, repasó los acontecimientos de la semana anterior, cómo su vida se había dado vuelta. No sabía si quería continuar su labor en Interpol o cómo seguir. Necesitaba pensar. Respiró profundo y se acomodó. Entonces se cruzó con Ana, que observaba una foto de Cora en el teléfono móvil. No pudo evitar sonreír, se la veía feliz. Después recordó las palabras de Tomás antes de morir y se acercó a ella. Necesitaba contarle que Cora era hija del arqueólogo.

—Anita —le dijo cariñosa—, tengo que decirte algo.

Beltrán asintió, se puso de pie y la siguió a la sala de reuniones que solían usar para trabajar durante aquellos vuelos. Se sentó junto a su amiga del alma y esperó a que le revelara aquello que le urgía explicarle.

—Es sobre Cora —adelantó Verónica sin anestesia, y Ana sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Qué ocurre con Cora? —preguntó alerta.

—Creo que deberían adoptarla Agustín y vos —opinó Ávalos, convencida de lo que afirmaba.

Beltrán sonrió.

—Es la idea. Nos encantaría, pero...

—¿Pero?

—Nuestra guarda es temporal. Mérida, su madre, está muerta, y no sabemos quién es su padre biológico. Nos lo advirtieron de entrada, si el padre reclama la paternidad...

—Es hija de Tomás.

Ana observó a Verónica con absoluto desconcierto.

—No entiendo —soltó al tiempo que trataba de decodificar esas sencillas palabras.

—Cora es hija de Mérida y Tomás. Y, antes de morir, Tomás, que siguió los pasos de la niña desde el anonimato, me dijo que te pidiera que la adoptaras, que le contaras quiénes fueron sus padres y que, por supuesto, mantuviera el vínculo conmigo, que soy su tía. —Verónica sonrió—. Él quería que vos y Agustín se convirtieran en sus padres. Esa bebita ha sufrido mucho, ha tenido demasiados cambios en su vida en muy poco tiempo, pero ahora se la ve feliz, está en un hogar sano, cuidada, amada.

Ana sintió que las lágrimas se le escapaban, que el corazón iba a explotarle de alegría y que la vida no dejaba de sorprenderla.

—Cuando lleguemos a Buenos Aires, los papeles para la adopción van a estar esperándote, Tomás los envió antes de la misión. Él sabía que iba a morir.

Luego, Verónica le relató a su amiga toda la historia que Lencke le había revelado en sus horas de encierro.

* * *

Cuando el avión aterrizó en el Aeropuerto de El Palomar, la noche empezaba a asomar. Sobre la pista, dos automóviles de Interpol aguardaban para llevar a los agentes a destino: sus hogares.

Verónica, que no podía dejar de pensar en Román y en lo sucedido, sin poder concebir la posibilidad de que la pirámide se lo hubiera llevado consigo, tampoco dejaba de darle vueltas a lo que había vivido y visto. ¿De qué se había tratado todo aquel evento irreal de plataformas que volaban, dioses egipcios y mensajes de la Antigüedad? No quería pensar más. Se obligó a descansar la cabeza, a sacarse ese tema de la mente por lo menos aquella noche, permitirse dormir ocho horas y, al día siguiente, descansada, retomar ese asunto. Si no se daba una tregua, iba a colapsar.

Terminó de bajar las escalinatas del avión y divisó el coche en la pista. Sin siquiera mirar por dónde caminaba, agarrada del brazo de Justo, cansada y con la necesidad imperiosa de dormir y dormir y que de alguna manera todo se resolviera al despertar y Benegas apareciera sin un rasguño, se acercó a Ana. Beltrán ya le había contado a Agustín la situación de Cora, y los dos irradiaban felicidad.

—Tengo que hablar con Nadia Calderón —le dijo Verónica a Agustín después de abrazarlo fuerte para despedirlo—, tengo que ponerla al tanto de todo lo sucedido.

Riglos asintió. Comprendía la tristeza de Verónica por su hermano, pero él tenía la cabeza en otro lado, en Román, en averiguar qué le había sucedido, dónde estaba... Subió al auto que los llevaría a él y a Ana a su casa y pensó en Cora, en las ganas que tenía de verla, abrazarla, llegar a

su hogar y disfrutar de su familia. Como si Ana le hubiera leído la mente, se acomodó a su lado y comentó:

—Cora debe de estar dormida, pero mañana temprano le doy todos los besos que le debo por estos días lejos.

Agustín sonrió, estiró el brazo sobre la cabeza de su mujer y la abrazó. No veía la hora de llegar.

—Se va a convertir en nuestra hija, ¿te das cuenta? —susurró Agustín al oído de su mujer.

—Cora es nuestra hija desde el día que llegó casa —respondió Ana con los ojos llenos de lágrimas de felicidad. Luego besó con cariño a su marido y contó los minutos para abrazar a la niña.

* * *

Yuturna dejó la copa de vino sobre la mesa y avanzó con lentitud hacia el interior de la casa. Se acomodó la bata, se sacó los zapatos y se dispuso a subir a su habitación cuando un crujido le llamó la atención. Giró, más por instinto que por curiosidad, y lo último que vio fue el fognazo de la bala que le atravesó el cráneo.

* * *

Cuando abandonaron el aeropuerto, Justo se recostó apenas sobre el respaldo y decidió que debía contarle a Verónica lo que Benegas le había pedido antes de entrar a la esfinge.

—Hay algo que creo que debés saber —expresó.

Verónica, adormilada, se despabiló de inmediato ante el tono de voz serio del comisario y guardó silencio, expectante, hasta que él hablara.

—Román vino a verme horas antes de la misión.

La agente asintió, pero no pronunció palabra.

—Me dijo que no iba a salir de la esfinge. —Verónica arqueó una ceja—. Dijo que no iba a cumplir la ley de la mantis, no iba a matarte y tampoco iba a permitir que lo mataran; que prefería morir con honor, en combate... y dar por cerrada la sentencia de muerte.

Verónica observó con atención al hombre frente a ella y de repente empezó a reír, casi como si el alma le hubiera vuelto al cuerpo.

—Román está vivo —afirmó entre carcajada y llanto—, ¡está vivo!

Zapiola la miró desconcertado.

—Justo —dijo Verónica mientras le sostenía las manos con amor—, si conocieras a Román Benegas como lo hago yo, sabrías que jamás sacrificaría su vida por nadie, ¡y menos su carrera! Benegas no respeta reglas, ni códigos, ni nada, es un lobo solitario que busca para sí la mayor ventaja, la mejor tajada. Te aseguro que Román está vivito y coleando, no sé dónde, no sé cómo, ni con quién negoció, pero Benegas no pierde, jamás —enfaticó—. Y si resignó el puesto de Interpol, es porque la ganancia era tanto más grande que bien valía la pena hacerse pasar por muerto.

Con aquella noticia, Verónica había logrado cierta tranquilidad. Así, cuando llegaron al departamento de Zapiola y, pese al agotamiento, él insistió en cocinarle algo, ella aceptó de buena gana.

La criminóloga sonrió. Durante un segundo olvidó el cansancio que la azotaba y la vorágine en la que había estado inmersa la semana anterior y se detuvo en el escenario que la rodeaba. La cocina de la casa de Justo era austera, pulcra, casi monacal. Sin embargo, el aroma a salvia que invadía el lugar mientras la manteca se derretía sobre un *wok* gigante y el aceite de oliva se amalgamaba con las hojas aromáticas de aquella salsa improvisada inundaba el ambiente y compensaba el minimalismo de aquel recinto. La fragancia la trasladó a otros tiempos, a otros lugares: a las vacaciones de verano con su padre, a una infancia que prometía felicidad, a las aventuras que había compartido con Tomás, a las enseñanzas que había recibido de Francisco. Pero no tuvo tiempo de pensar porque Justo se acercó a ella, que, como si estuviera en trance, había comenzado a abrir la caja de ravioles de ricota y nuez para arrojarlos al agua hirviendo. Él la rodeó con los brazos por detrás para colaborar en aquella tarea, y ella se dio cuenta de que sonreía, de que el cuerpo de Justo se amoldaba a la perfección al de ella, de que su aroma la invadía y de que el caos de los últimos días se esfumaba cuando Zapiola estaba cerca. Se recostó apenas sobre el pecho de él mientras terminaban de arrojar la pasta juntos. Luego se volvió de a poco, con los ojos clavados en los del él, y lo miró fijo. No habló, solo le sostuvo la mirada. Frente a ella estaba el hombre más noble e íntegro que conocía, la persona que más la había cuidado y protegido.

—¿Sabés lo que quiero? —dijo ella mientras le acariciaba la nuca.

—¿Qué? —preguntó él, que la miraba con todo el amor del mundo.

—Una vida simple, en la que nos demos la mano y caminemos sin rumbo; una vida que prometa que a los noventa todavía nos miremos con amor. Quiero domingos de invierno frente a la chimenea, tardes de verano en el jardín con un libro, silencios que digan todo y nada, compartir mis horas con vos, Justo. Todo eso quiero, pero, por sobre todo, te quiero a vos.

Zapiola sonrió. El mundo no había sido benévolo con él; sin embargo, en ese instante comprendió que nada pasaba porque sí, que cada paso que había dado, errado o no, sufrido o no, lo había llevado a aquel puerto, y allí se quedaba. Para siempre.

EPÍLOGO

Museo de El Cairo, diciembre de 2019.

La caja sellada y embalada a nombre del director del museo arribó por la mañana. De tamaño considerable y catalogada como frágil y confidencial, solo podía ser abierta por su destinatario. Por tanto, hasta que Zahi Razek no arribó al edificio, la caja permaneció cerrada y a resguardo.

Razek, que había sido informado sobre el singular envío y el remitente, además de intrigado, estaba preocupado. Había dado orden de que guardaran aquel bulto en la sala de seguridad y de que solo él estaba autorizado a abrirla. Antes, pasó por la oficina de su asistente y le pidió la carta que acompañaba el paquete. Caminó unos pasos hasta su despacho, cerró la puerta y leyó las palabras que el doctor Tomás Ávalos había escrito seis meses atrás. Aquel novel arqueólogo que tantos años antes le había referido su querida alumna Aurora Moreno para que lo guiara en una búsqueda muy ambiciosa había redactado aquello justo antes de morir en el extraño –y secreto– incidente de las pirámides de Guiza. Para cuando terminó la epístola, los ojos se le habían llenado de lágrimas y su realidad, como la conocía, había dejado de ser tal.

Tomó un pañuelo, secó aquellas gotas y avanzó hasta la sala de seguridad. Una vez allí, verificó que las puertas estuvieran cerradas, desconectó las cámaras de vigilancia y se dispuso a abrir la caja. Cuando vio su contenido, rompió en llanto. Ante sus ojos, yacían las setenta y ocho láminas de oro que componían el Libro de los Muertos escrito por Thot; el primer Libro de los Muertos, el libro de sortilegios más bello y arcano, escrito por el propio dios de la sabiduría. Sin embargo, las palabras de Tomás habían sido lapidarias: “No debe leerse sortilegio alguno de esos textos malditos. Quien lo haga verá y vivirá el horror. He estado ahí, he presenciado las peores miserias. Si te envío esto a ti, Zahi –continuaba–, es porque confío en que sabrás ocultarlo y en que no caerás en la tentación de leer estas páginas del infierno”.

Así, en tanto luchaba con toda la fuerza de su voluntad para no sucumbir a la tentación y analizar esa maravilla de principio a fin, retiró las etiquetas del paquete, el código de barras y cualquier dato que pudiera ser rastreable y generó un nuevo número de registro y una declaración por completo falsa respecto al contenido de la caja. Luego de ingresarla al sistema bajo la estricta restricción de no abrirla, pidió que fuera llevada al depósito para ser archivada. Cuando dos encargados fueron a buscarla y la subieron al carro en el que la trasladarían, Razek se quedó quieto y observó cómo aquel inigualable descubrimiento se alejaba sobre cuatro ruedas de caucho que resonaban contra el suelo de linóleo gastado, rumbo al olvido en un depósito de cientos de miles de objetos que nadie jamás estudiaría.

* * *

San Isidro, base de Interpol.

Verónica abandonó las oficinas sobre la calle 25 de Mayo con la intención de volver rápido a su casa. Aquella tarde, Ana y Agustín bautizarían a Cora y celebrarían la adopción plena que acababan de otorgarles.

Dentro de unas horas, su sobrina, Cora Ávalos Riglos, como habían decidido llamarla, festejaría el principio de una nueva vida, y ella no quería dejar de conseguirle un regalo especial. Por tal motivo había salido antes de la agencia y avanzaba con prisa por una de las calles comerciales principales de la zona.

Diciembre era una época en la que se realizaban las compras de Navidad y las calles estaban infestadas de gente. Por eso, en un primer momento, el rostro que la observaba desde la calle de enfrente no le llamó la atención, de hecho lo pasó por alto sin darle mayor importancia. Pero, cuando reaccionó, volvió a buscarlo entre la muchedumbre. Al principio, pensó que era un espejismo, que sus ojos la traicionaban, pero enseguida comprendió que lo que veía era real. De la mano de enfrente y como si fuera una escena en cámara lenta, un hombre que conocía bien caminaba mientras la miraba fijo. El sujeto sonrió y bajó la cabeza un momento a modo de saludo, gesto que ella correspondió y, durante un segundo, olvidó dónde estaba y qué iba a hacer mientras sus ojos siguieron el andar de aquel que quería bien, pese a todo. Allí, a metros de donde estaba ella detenida por la sorpresa que esa cara le había generado, estaba Román Benegas, que, como siempre, había burlado al destino.

* * *

Benegas sonrió. Al verla después de tanto tiempo, comprendió que Verónica sabía que él no estaba muerto. Aquella mujer lo conocía mejor que nadie. Sin perder la sonrisa en los labios y con la certeza de que algún día volverían a tener una oportunidad, ingresó a sus nuevas oficinas y, sin perder tiempo, se ubicó detrás del escritorio que había pertenecido a Yuturna.

La mujer que le había asignado la mantis con el convencimiento de que jamás asesinaría a Verónica Ávalos y el claro objetivo de negociar con él la renuncia a Interpol le había pedido que fuera el heredero de su cargo. La condición era que aplicara la mantis con ella. Un cáncer lento le comía las entrañas, y el suicidio no era una opción. Necesitaba a alguien que la ejecutara; a cambio, le ofrecía la Dirección.

Román no había dudado. A partir de entonces, además de estar a cargo de la organización secreta más importante del mundo del contraespionaje, también manejaría los hilos detrás de Interpol. Su poder era infinito.

El golpe en la puerta lo trajo de regreso a la realidad.

—Sí —dijo, y su asistente se asomó para avisarle que la persona que esperaba acababa de llegar—. Hágalo pasar, por favor —indicó.

Segundos después, el empresario Ernesto “Calavera” Ordóñez atravesaba la puerta y se ubicaba frente a él en busca de consejo.

—¿En qué te puedo ayudar, Calavera? —preguntó.

AGRADECIMIENTOS

A María Border, por sus personajes Camila Ocampo y Bhric Neri Cameron de *Dame un año de tu vida* (Plaza & Janés, 2018) y a Mariana Guarinoni por Nadia Calderón y Santino Benedetti, de *Hijas del sol* (Vergara, 2017). Ambas muy amorosamente me los “prestaron” para sumarse a la aventura de Verónica Ávalos y se mostraron tan entusiasmadas como generosas al momento de aceptar este cruce de personajes. Gracias por la confianza y por hacer de este libro una aventura aún más divertida de escribir. Un placer haber podido trabajar con ustedes, gracias infinitas.

A Gonzalo M. Núñez, que me asesoró sobre las cuestiones técnicas referidas a seguridad informática y tecnología militar que aparecen en esta historia. En especial, en el desarrollo del corte de luz del 16 de junio de 2019 y el *hackeo* que tiene lugar en esta novela durante ese apagón. Además, por leer cada capítulo a medida que lo escribía cuando necesité un par de ojos “extra” para terminar la historia en tiempo y forma. Gracias por la ayuda y por las horas dedicadas a la lectura y los consejos, pero, fundamentalmente, gracias por todo lo demás.

A Carlos Correa Luna, mi padre, que ha sido guía y referente a lo largo de los años. Siempre a mi lado, con la palabra justa, exacta y porque lo que soy se lo debo, en gran medida, a él. Gracias, papá, mi amor infinito siempre.

A María de Elizalde, mi madre, que siempre a mi lado ha hecho de mí lo que soy. Gracias por el apoyo constante y por creer en mí. He tenido la mayor suerte del mundo al tenerte. Gracias, mamá, mi amor infinito siempre.

A Rufino, que me acompaña en esta aventura de escribir desde que nació. Que me ayuda a elegir tapas, me sugiere títulos y enigmas a considerar para escritos futuros. Porque en esta historia escribió “fin” y porque la idea del Juicio de los Muertos fue suya. Gracias, mi pequeño titán, por hacerme reír tanto, por todas esas “curiosidades” que conocés del mundo y que enriquecen el mío cuando me las contás. Gracias por cada uno de tus chistes que me descostillan, tus abrazos y tu bondad inigualable. Y sobre todo, gracias por entender las tantas veces que no pudimos jugar juntos, porque tenía que escribir. Te quiero con el alma, caballero andante, no podría estar más orgullosa de vos.

A Isabel, el terremoto que llegó a nuestra familia para llenarla de risas, y que, como es su costumbre, pasó la mitad del tiempo que me llevó escribir esta historia arriba mío. Gracias, compañera de escritura nocturna, por tus abrazos, que hacen que todo valga la pena. Te quiero con el alma, princesa de todos mis palacios.

A mis hermanos, que no me leen, pero que son mis aliados incondicionales. Los quiero con el alma.

A Juan, siempre, por los dos hijos que tenemos. Mi amor infinito, y el deseo de que seas siempre muy feliz.

A mi adorada Leila Meyrelles, siempre.

A mis editores, por la confianza de siempre. Gracias. Y por las sugerencias y trabajo que le ponen a cada una de mis novelas.

A los lectores, sin ellos, nada. Gracias a cada uno de los grupos de lectura, que hacen de la aventura de escribir, no solo un placer, sino algo único e irrepetible... ¡Y tan divertido! Gracias Amigos literarios sin fronteras, El almacén de libros, El pantano de Fiona, Espacio para autores y lectores, Las locas de los libros, Lectoras de Córdoba, Lectoras marplatenses, Lo leo o no, Mundos de papel, Rincón literario, Spa literario, Spoileame esta, Tefi Lectora Lecouna, Tiempo de leer y tantos más. Gracias especiales a todos los lectores que estuvieron en la feria, esa tarde fue mágica. Gracias por todas las meriendas y eventos a los que me invitaron este 2019. No me alcanza la vida para agradecer tanta malacrianza. Gracias infinitas por su amor, su tiempo y sus palabras siempre tan lindas para conmigo.

A mis compañeras de Giras Literarias Argentina.

A mis amigas del alma, Vicky Loitegui, Euge Archimbal, Gaby Castro, Flor Giargia Hardoy, Mariela Corral, María Loitegui y mi prima adorada, Vicky de Elizalde. Por tantas aventuras compartidas, por todas las que vendrán.

Y a la vida, que no deja de sorprenderme. Gracias infinitas.